SERIE MYRKUR CRANSTON 5



TORMENTO

BY ARIEL ZORION

Para los que no se dejan atormentar con facilidad.

TORMENTO

Serie Myrkur Cranston 5



ARIEL ZORION

www.arielzorion.com

Copyright

© Ariel Zorion

Imagen de portada: plantilla de Canva editada por *Ariel Zorion. Imagen extraída de la biblioteca de Canva.*

© Ariel Zorion
Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación de la escritora o han sido usados de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier semejanza a personas, vivas o muertas, así como a sucesos reales, locales u organizaciones son pura coincidencia o se han usado exclusivamente de forma figurada para construir la trama, sin guardar relación alguna con la realidad.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida en forma alguna sin permiso expreso de la autora.
Instragram: @ariel_zorion
TikTok: @arielzorion
Web: https://www.arielzorion.com
Mail: arielzorion@arielzorion.com

"La esperanza es el peor de los males, pues prolonga el tormento del hombre".
— Ernest Hello

SINOPSIS

Última entrega de la serie Myrkur Cranston.

Frederick Cranston se ha escapado de la cárcel y se encuentra en busca y captura. Un hombre de su inteligencia y sus recursos puede hacer cualquier cosa, algo que trae de cabeza a la policía de Boston. Es mucho más que un peligro potencial lo que anda suelto.

Por su parte, Myrkur tendrá que bregar con lo sucedido en su última investigación. Se enfrentará a una evaluación psicológica de la que dependerá su continuidad en la policía. ¿Actuó en defensa propia o movida por la posible psicopatía heredada de su padre?

Entretanto, Patrick se debate en un mar de dudas, al tiempo que trata de dar caza al padre de su pareja. Su relación con Myrkur parece tambalearse. Y por si todo esto fuera poco, empiezan a aparecer cuerpos de personas brutalmente asesinadas.

Tormento da título a una novela en la que el lector se sumergirá en los distintos tipos de padecimiento de los que puede ser objeto el ser humano y que pueden conducirle a tomar decisiones, en ocasiones, demasiado drásticas.

Cada uno es víctima de sus propios tormentos.

Nota de la autora



Estimados lectores y lectoras,

Tormento pone el punto y final a la serie Myrkur Cranston. No obstante, más adelante, publicaré un *spin-off* relatando la historia del Devorador de Corazones, pues creo que os merecéis conocer el origen de todo. Al fin y al cabo, algo de él forma parte de la personalidad de nuestra protagonista.

Con *Tormento*, reflexionaremos acerca de las distintas situaciones, pensamientos, emociones, sentimientos, recuerdos y otras mil cosas que pueden atormentarnos hasta límites insospechados. A veces, ese tormento que nos acecha nos conduce a realizar acciones que jamás pensamos que seríamos capaces de cometer.

El ser humano está lleno de matices. Es como un caleidoscopio de múltiples formas y colores, que varía dependiendo de las circunstancias de la vida, las personas, las experiencias y nuestra manera de interpretar cada una de ellas. Somos una amalgama infinita, un agujero negro capaz de absorber infinidad de cosas, algunas buenas y otras malas, hasta que, llegado el caso, terminamos también por explotar.

Es una novela de ficción y, como tal, puede que algunos pasajes de la misma os parezcan extremos. A pesar de ello, he procurado que experimentéis junto a los personajes sus propios tormentos y que, de ese modo, os pongáis en su piel.

Ariel Zorion

Capítulo 1
Antecedentes



Es demasiado para él, una auténtica tortura, un suplicio. Si pudiera, le encantaría escaparse de sí mismo, convertirse en cualquier otra persona, habitar otro cuerpo, pero, sobre todo, otra mente. Se golpea los dos lados de la cabeza con las manos. Cada vez lo hace con más furia. Tiene que parar, detener ese carrusel de ideas que llegan una tras otra sin descanso.

Debe dejar de atormentarse.

Ha de procurar no prestarles atención, distraerse, pensar en cualquier otra cosa, recordar momentos felices, aunque sean muy lejanos.

Pero no puede.

Es inviable.

No es dueño de sus pensamientos; son ellos los que han tomado el control y deciden el qué y el cuándo. Le gustaría ponerles freno. Eliminarlos. Desearía que otros, más positivos y agradables, ocuparan su lugar. Sin embargo, no es ni remotamente capaz.

Ya no.

Es demasiado tarde.

Justo después, comienzan las voces. Le hablan. Intenta no escucharlas. Corean su nombre. Lo llaman. Le indican lo que hay que hacer a continuación. Les contesta que no le es posible hacer lo que le solicitan. Es inmoral. Pero ellas son muy insistentes y

directivas. Su tono de voz no admite lugar para las dudas. No se lo piden, se lo ordenan.

Es absolutamente avasallador. No hay opción de réplica. Las voces lo dominan todo, cada segundo, cada momento. Se ve incapaz de abstraerse de ellas, de acallarlas. Sus manos aprietan con fuerza los lados de su cabeza, tratando de presionar su cráneo hasta hacerlo reventar y, así, terminar con todo.

Ha pasado etapas difíciles.

Visiones.

Voces.

Manía persecutoria.

Pero jamás como ahora.

Nunca antes le habían pedido que matara a otro ser humano.

No puede creerlo.

No quiere hacerlo.

Pero no le dejan opción.

Deberá engañarlas con falsas promesas.

Capítulo 2
Situación de Myrkur



Mismo día, otro lugar…

Esa noche le cuesta dormir. La agitación no cesa. Su cuerpo lo manifiesta de diversos modos. Los recuerdos de lo sucedido días atrás la asaltan sin descanso.

Fue una jornada de emociones demasiado intensas.

De mucha tensión.

De experiencias límites.

De temer por su vida.

De terminar con la de otro ser humano.

No se levantó aquella mañana pensando que las cosas se resolverían así. Nadie se despierta creyendo que todo se pondrá patas arriba y dará al traste con el esfuerzo realizado durante años. Igual está siendo demasiado drástica, o dramática, o ambas cosas, pero no es para menos después de lo sucedido. No deja de ser una advenediza, aunque empezaba a recoger algunos frutos y hasta sentía que sus compañeros comenzaban a respetarla y a considerarla una más.

Era un día más de trabajo, aunque es innegable que, en su profesión, los imprevistos están a la orden del día. Sin embargo, todo se torció tanto y de forma tan inesperada, que acabó secuestrada por el sospechoso de una serie de crímenes cometidos contra mujeres de fisionomía parecida a la de la joven agente rubia. No había imaginado que ella pudiera estar en el centro de la diana de aquel psicópata.

Una y otra vez las imágenes de lo sucedido le asaltan como si conformaran una extraña letanía visual, con una sucesión de fotogramas que se repiten en bucle. Supone que eso es lo que la mantiene tan agitada.

Pero hay más.

Está lo de su padre.

Sigue en paradero desconocido. No puede evitar preocuparse. Es su hija y, aunque le cueste reconocerlo, todavía le quiere. El asunto pinta muy mal para él. Teme que, si lo encuentran, no se molesten en preguntar antes de disparar. Es un prófugo de la justicia con delitos de sangre.

Muchos y muy violentos.

Luego, en ese carrusel incesante de tormentos que la asaltan, vuelven a cargarse las instantáneas de su propio crimen. Se ve a sí misma en un plano elevado, fuera de su cuerpo. Observa con horror lo que sucede: el ensañamiento, su expresión de furia, la rabia, cómo clava una y otra vez el cuchillo en la carne.

Y cómo lo disfruta.

Recuerda con nitidez el momento preciso y el modo en que se despertó en su interior un instinto que hubiera deseado no poseer.

Podía haber parado.

Pero no quiso.

Es una verdad incómoda, aunque no por eso es menos cierta. Ya estaba muerto y, a pesar de todo, siguió y siguió apuñalando a aquel hombre hasta acabar extenuada por el esfuerzo. En cierta medida, disfrutó de aquel baño de sangre, de su propio bautismo como asesina.

Aunque ahora se arrepienta.

Esa escena la atormenta. Las consecuencias no se harán esperar. Si logra salvar el escollo de la investigación de Asuntos Internos que ya se encuentra en marcha, como mínimo la pondrán en manos de algún psicólogo o psiquiatra. De momento, está apartada del servicio hasta nueva orden. Tal vez sea el fin de su carrera, una que solo acababa de arrancar.

Rememora los instantes inmediatamente posteriores. Estaba sentada en medio de un charco de sangre, recubierta de ella,

paralizada al darse cuenta de que había actuado de una forma que no responde a un comportamiento normotípico.

Porque ella no es normotípica.

Es la hija de un asesino en serie.

Forma parte de la estirpe de uno de los criminales más crueles que ha visto su país.

Cierra los ojos. Intenta sentir su corazón. Sus latidos. Quiere pensar con calma. Ver con más claridad. Analizar su propio comportamiento de nuevo hacerlo desde otro prisma, intentando buscar una respuesta diferente que, en realidad, sabe que no va a llegar.

No era rabia.

Ni miedo.

Era placer.

Sin duda.

Y eso es lo que más tormento le provoca.

Capítulo 3
Delirios y muerte



Un cuchillo corta la carne y deja su muesca malévola y mortal en forma de sonrisa dentada. Acaba de rajarle el cuello de lado a lado y la sangre sale a borbotones. Le salpica el rostro y siente la humedad de las gotas posándose sobre su piel. Una se cuela en su boca, y percibe el sabor metálico típico de la muerte inundando sus papilas gustativas. La cara de espanto, materializada en la expresión de unos ojos fuera de sí, certifica que ha ocurrido algo terrible.

Se despierta sobresaltado por una pesadilla que parece muy real. Tanto, que se palpa las mejillas con sus manos. Después, mira sus palmas para asegurarse de que todo estaba en su imaginación y no se ha materializado de verdad, algo que cada vez ocurre más a menudo, pues los límites entre ilusión y realidad se han vuelto cada vez más difusos.

El nerviosismo que siente le provoca un temblor incontrolable en sus manos. La agitación se extiende por todo su cuerpo, hasta que incluso le castañetean los dientes, como si fuera víctima del frío más helador.

Acto seguido, se frota los ojos con fuerza. El olor agrio del sudor invade sus fosas nasales y le recuerda que convendría que se diera una ducha antes de nada. Igual el agua se lleva por el sumidero algunos de sus pensamientos más perturbadores y le ayuda a recuperar parte de la compostura perdida.

Ahora posa las manos sobre su cara, refugiándose en ellas. Las cosas, desde luego, no van a mejor últimamente. Cada vez son más frecuentes esos sueños y algunos pensamientos avasalladores, incoherentes y sanguinarios que danzan sobre la progresivamente más fina línea de la cordura. Su cabeza se ha convertido en el hogar de los delirios, donde estos campan a sus anchas, dormido o despierto, pidiéndole que cometa disparates. Poco importa si se encuentra en soledad o en compañía, ya que no dudan en aparecer en el momento más inesperado.

Hasta la fecha, está consiguiendo conversar con ellos, con las voces que los representan, con la ilusoria sensación de que va a lograr mantenerlos a raya, a pesar de que eso no va a durar mucho. Su diálogo interior va perdiendo fuerza por momentos, cediendo a un monólogo destructivo que él no protagoniza. Cada día que pasa, nota que sus fantasmas conquistan más terreno, ganando mayor nivel de control. Curiosamente es consciente de que, poco a poco, le es más difícil llevar el timón de su mente.

Y eso le resulta una realidad aterradora.

Desde muy joven, coqueteó con las drogas. Empezó, como suele ser habitual, como un juego con su grupo de iguales, una pandilla de adolescentes irreverentes con más ínfulas que otra cosa. Primero, que si dale una calada a este cigarro; luego que si vamos a cogernos un buen «pedo», hasta que, apenas sin darse cuenta, ya estaba fumando María.

El paso siguiente fue casi inevitable.

Una cosa acabó llevando a la otra y las adicciones tienen una tendencia natural a crecer de forma incesante. Cada vez necesitamos un poco más para saciar la necesidad imperiosa que nuestro cerebro nos exige.

Cuando sus padres descubrieron que había empezado a fumar marihuana, intentaron disuadirlo de todas las formas posibles. Era un chico inteligente y, por eso, le hablaron de los riesgos para la salud que aquello tenía, así como de las consecuencias que acarrean las sustancias en distintas facetas de la vida. Creyeron que aquello lograría disuadirle, en especial porque siempre había soñado con ser astrónomo, algo para lo que se necesita una mente lúcida. No

obstante, desde la arrogancia características de la juventud, pensó que a él no le afectaría.

Se equivocó.

Al ver que el diálogo era inútil con su hijo, pasaron a ser más restrictivos. Comenzaron a prohibirle diversas cosas y se mostraron más autoritarios, en un intento desesperado de traer a su vástago de vuelta a los hábitos saludables que suelen conllevar una vida sana.

Tampoco funcionó.

Cuanto más se empeñaban ellos en que lo dejase, más consumía él y más rebelde se volvía. Como en tantos casos, esto les condujo a una situación de desencuentro que cada vez se hizo más evidente, hasta abrir un abismo en la familia.

Y por mucho que supiera de la capacidad adictiva que tienen las sustancias psicotrópicas, no era capaz de imaginar lo que le supondrían a él a medio y largo plazo. Desde nuestra absurda creencia de invulnerabilidad, solemos convencernos de que podemos gestionar aquello que rápidamente pasa a estar fuera de nuestro control.

Somos víctimas de nuestra química cerebral.

Habían pasado ya unos cuantos años desde entonces. No solía pensar en ello. La relación con su familia se deterioró de forma cada vez más notoria, y ahora el contacto era algo esporádico, casi accidental. Del mismo modo, sus relaciones sociales también se fueron dañando y su círculo de amigos disminuyó a prácticamente cero.

A pesar de sus adicciones y de su conducta errática en tantas ocasiones, fue capaz de reducir su consumo con ayuda profesional. Consiguió un empleo que no requería de alta cualificación, y logró mantenerlo. Le daba para seguir a flote sin demasiados excesos, aunque sí había reincidido en algunos de sus perniciosos vicios, eso sí, en menor medida.

Su cerebro había empezado a dar signos de alerta hacía tiempo, que había obviado con justificaciones vanas como el cansancio, la excusa más recurrente. Fallos de memoria, atención cada vez más dispersa y, en ocasiones, ideas inconexas e, incluso, de forma

esporádica, afasia, es decir, dificultades para expresar lo que quería decir y evocar las palabras adecuadas.

Pero, desgraciadamente, no era ese el problema, sino el conjunto de síntomas que revelaban y alertaban de que, bajo la superficie, se ocultaba un deterioro que cada vez iba a más.

El cannabis y el resto de compuestos habían ido devorando, con el tiempo, parte de la sustancia blanca de su cerebro, provocando cada vez más fallos en sus conexiones neuronales y destruyendo un significativo número de ellas.

En aquel preciso momento, sin que apenas se hubiera levantado de la cama, tenía ante sí la imagen de alguien que le hablaba desde el pasado.

Y había venido a pedirle cuentas.

Capítulo 4
Myrkur



No me gusta estar parada. Me ataca los nervios. Me hace pensar que no controlo mi vida, que soy tan solo una marioneta a expensas de que otro me ponga en movimiento. También detesto sentirme evaluada, y justo en esa situación me encuentro en la actualidad. Está claro que soy única tomando decisiones acertadas que me conducen directamente hacia mis objetivos personales.

Abro y cierro comillas con la palabra sarcasmo, obviamente.

Por el momento, sigo en el banquillo. Me hace sentir como un estorbo, un parásito para la sociedad. Metida en casa, apartada de mi trabajo, no soy útil para nada ni para nadie. Me crispa los nervios y saca lo peor de mí. Y yo que pensaba que se estaba dulcificando mi carácter… Pues se ve que no. Se me ha puesto un gesto tan agrio que comienzo a guardar un parecido razonable con Lord Voldemort.

Han pasado cinco días desde que le arrebaté la vida a una persona, aunque me cuesta llamar así a alguien que se dedicaba a matar a mujeres jóvenes. Supongo que es una hipocresía por mi parte decir esto, siendo como soy hija de un despiadado asesino… Más todavía después de haber conseguido la primera muesca en mi marcador de homicidios.

Todavía no he empezado las sesiones con el psicólogo. O psiquiatra, que no tengo muy claro quién se supone que me va a tratar. No sé a qué esperan para que esto cambie. Ni siquiera me han asignado ninguno por el momento. Los de Asuntos Internos

están *missing*. Y eso es lo más extraño de todo. Dijeron que hablarían inmediatamente conmigo, es decir, justo lo que suelen hacer, pero se ve que en mi caso no es así.

Es desesperante.

Parece que se ha abierto un paréntesis en mi carrera profesional y no hay ganas de cerrarlo. Tengo la sensación de que a nadie le apetece encargarse de mi caso. Comprendo que es un buen marrón, hablando en jerga de la calle. Soy como una mosca que revolotea, molesta, pero que no hay manera de echar de la habitación.

O igual es justo lo contrario y resulta que están dándose tortas por evaluar a la hija del Devorador de Corazones, la jodida tarada que acuchilló una vez tras otra a su primera víctima, iniciando así el camino como fiel heredera de su progenitor. Puede que incluso hayan empezado las apuestas para ver si soy asesina de un solo crimen o si, por el contrario, aspiro a seguir la estela de mi padre.

Va siendo hora de desvelar el misterio.

Mi excusa es que lo hice en defensa propia, lo que no es mentira, pero tampoco del todo verdad. Cuando pienso en lo que sucedió, cada vez estoy más convencida de que podría haberle herido sin llegar a matarlo. Eso me habría posibilitado reducirlo y esposarlo hasta que llegara la ayuda.

Pero eso solo lo sé yo.

Al menos, de momento.

A mi favor tengo la diferencia de tamaño y peso entre los dos. Él era mucho más corpulento. Esto refuerza mi historia y la hace creíble. El argumento de que, en cualquier momento, podría haberse cambiado la situación y ser yo la muerta ahora me puede beneficiar.

Tendré que aferrarme a esa versión hasta lo indecible si no quiero perder mi trabajo y, lo que es peor, acabar en chirona. Las cosas se pondrían muy feas para mí si se descubriera lo que pasó por mi mente en aquellos instantes. Si es necesario, jugaré la baza de la joven asustadiza que se enfrenta por primera vez ella sola a un asesino y que ve peligrar su vida.

—«Era una situación altamente inestable y estaba aterrorizada —diré con ojos tiernos—. Pensé que iba a matarme y solo me defendí lo mejor que pude».

Sería estupendo añadir unas cuantas lágrimas como aderezo perfecto para un teatro de primera, pero soy incapaz de llorar lágrimas de cocodrilo. Tampoco soy muy buena actriz, así que no me conviene enredarme demasiado ni sobreactuar.

Solo yo estoy en posesión de toda la verdad.

Y la verdad es que disfruté matándolo.

Una verdad desagradable.

Indeseable.

La sensación de poder que experimenté es difícil de expresar. Sospecho, por desgracia, que también es complicada de repetir con otro tipo de acciones. Saber que tienes la capacidad de arrebatarle a alguien el bien más preciado, sentir el control de una vida en tus manos, te hace creer que eres un ente superior.

La vida.

Una vida que él dedicaba a eliminar otras, las de mujeres inocentes que no habían sido afortunadas. Mujeres cuyo peor error fue cruzarse en su camino sin quererlo.

Esa no es forma de vivir.

Era un ser destructivo y dañino que no se merecía un destino mejor. No me arrepiento de lo que hice. ¿Cómo voy a hacerlo? Estoy segura de que actuaría otra vez del mismo modo. Ahora hay un asesino menos.

Y una asesina más.

Quizá una justiciera.

Prefiero verme así.

Es una versión edulcorada y más digerible.

Sospecho que la gente de a pie no va a entender mis motivaciones, ni lo verá como un acto justificado. Si el psicólogo me preguntara si ahora me siento diferente, la respuesta es clara. Sí, por supuesto que sí. Demasiadas cosas han cambiado en tan solo unos pocos minutos con la capacidad de modificar el destino.

Ya no soy la misma persona.

Ha sido un punto de inflexión.

No hay vuelta atrás.

Se ha abierto una puerta de no retorno y me da miedo lo que me espera más adelante. No sé si estoy preparada. No tengo muy claro

quién soy. He intentado convertirme en alguien con cierta escala de valores y, ahora, creo que estos son más endebles de lo que yo pensaba.

Sospecho que mi padre, allá donde esté, se sentirá orgulloso de lo que su pequeña y aparentemente inofensiva hija ha demostrado ser capaz de cometer. No me cabe duda de que estará al tanto de lo sucedido. Soy sangre de su sangre, la continuación de su depravado linaje.

Todavía no hay ni el menor indicio de su paradero. Cinco largos días sin que haya pistas de dónde puede encontrarse. Me temo que va a ser difícil localizarlo, si no imposible, salvo que él quiera aparecer por alguna razón. Se me escapa el motivo por el que ha fugado de la cárcel justo ahora. Tal vez todo sea una enorme casualidad, o lo tuviera planeado mucho tiempo atrás, pero me puede la curiosidad.

Dudo mucho que, pase la evaluación psicológica o no, me permitan participar en su búsqueda. Sin embargo, no hay nada que me apetezca más en este momento. Creo que podría aportar mucho, aunque me da miedo considerar cómo actuaría en según qué hipotética situación.

Me mata la curiosidad de saber dónde para en este instante.

Me consume el ansia de conocer el modo en el que logró escapar.

Capítulo 5
Ilusión o certeza



Se frota los ojos una y otra vez. No puede creer lo que está viendo. No es posible. Hace mucho que murió. Porque murió, ¿verdad? Sí, está muerto. De eso puede estar seguro. Vio su cadáver, salvo que lo viera del mismo modo que lo está haciendo ahora de pie frente a él con su sonrisa siniestra de dientes torcidos y amarillos.

—Hola Mickey, ¿me has echado de menos?

Se sobresalta. Esa voz… Resulta espeluznante. Se echa a temblar. Es una pregunta capciosa. Da igual lo que conteste, porque se meterá en un brete. Más le vale eludir la respuesta… mientras pueda.

No, por supuesto que no lo ha echado de menos, sino todo lo contrario. Lo ha echado "de más", aunque duda que esa expresión sea correcta o que siquiera exista. La noticia de su muerte significó todo un alivio para él. Le debía mucha "pasta", y sus problemas desaparecieron de un plumazo. El miedo también se esfumó al saberse a salvo. ¿Quién no se alegraría en su misma situación? No es una mala persona por eso, es solo instinto de supervivencia. El más básico de todos.

—Creí que estabas… —comienza a decir con voz temblorosa, dejando la frase a medias, incapaz de emitir ni una sola palabra adicional.

El otro le clava la mirada y un sentimiento enterrado hace tiempo renace en su interior. Su rostro cetrino y apagado se llena de lúgubres arrugas ante su esbozo de sonrisa. Hay algo maligno en su gesto, lo cual le pone la carne de gallina y lo llena de un frío interno del que es difícil evadirse.

Es el miedo regresando en oleadas.

Es pánico en su forma más aterradora, puesto que está cada vez está más convencido de que es una presencia de ultratumba que ha venido a por él.

—¿Muerto? Bueno, eso es lo que tú quisieras.

—No, Rocky, yo no…

—¡Calla! —grita en un tono que no admite réplica—. No quiero escucharte. No quiero oír tus mentiras. Sé que te alegraste cuando te llegó la noticia, pero fíjate tú por dónde, no iba a ser tan fácil. Además, sé que tuviste algo que ver con lo que me pasó, así que he venido a cobrarme una deuda.

Eso no es cierto. O no del todo. Él no fue responsable de lo que le sucedió. Rocky solito se lo buscó. Unos tipos malos andaban detrás de él. La culpa fue suya por meterse con gente chunga y pisarles su territorio. A Mickey le vino bien que lo quitaran de en medio. Consiguió otro proveedor con el que no tenía problemas. Estaba al día con los pagos y ya apenas se metía nada, al menos en comparación con lo de otros tiempos. Solo de forma esporádica y en épocas especialmente difíciles. Le supuso mucho esfuerzo llegar a ese punto, pero lo logró. Sin embargo, la victoria es solo parcial ya que, de tanto en tanto, recaía en los mismos errores de siempre.

Y ahora está atravesando uno de esos momentos complicados en los que necesita meterse «algún que otro tiro». En realidad, eso no es más que un eufemismo, puesto que es mucho más que alguno que otro, pero no quiere reconocerlo.

De todos modos, aquello fue lo que le ayudó a poner ciertos límites a su consumo. Las amenazas y el peligro implícito eran demasiado reales. El miedo puede ser un poderoso motivo. Sabía que no podía dejarlo del todo, no de golpe, pero tampoco podía abandonarse como lo había hecho en determinados momentos de su pasado. Buscó ayuda y resultó bastante bien, al menos al principio.

También era cierto que en los últimos meses había comenzado a regresar a los malos hábitos, pero nunca como en los viejos tiempos. Seguía intentando mantener el control, aunque, fuera consciente o no, estaba perdiendo la batalla.

Habían pasado ya varios años de aquello. No tenía sentido que Rocky, vivo o muerto, apareciera ahora para pedirle cuentas, ¿no? No podía tener tan mala fortuna.

De pronto, la visión se esfuma. En su lugar, queda un vacío en el rincón que acababa de ocupar aquel fantasma de su pasado. Se frota los ojos. Los abre y cierra varias veces, apretando fuerte los párpados.

—¿Rocky? ¿Rocky, sigues ahí? —pregunta para cerciorarse.

Se acerca timorato, dando pasos lentos y calculados, extendiendo su brazo hacia delante con la intención de palpar ese repentino vacío.

Nada.

Se queda estupefacto. Lo ha visto y escuchado con claridad. ¿Acaso estaba todo en su mente? Agita la cabeza para aclarar sus ideas. Se golpea las sienes con los puños cerrados. Cada vez le resulta más difícil discernir lo que es real de lo que no.

Es muy estresante vivir así, sin la certeza de que lo que escuchas o ves es real, sin saber a qué atenerte, dudando en todo momento si tu mente te está haciendo una de las suyas.

Esta vez ha sido diferente. Como si sus alucinaciones, sin ser consciente de ello, hubieran ido un paso más allá. Ya no solo son voces que le hablan en su cabeza. Ahora se vuelven corpóreas y se presentan ante sus ojos como si casi pudiera tocarlas. Teme que lleguen a hacerle daño de algún modo.

En realidad, ya se lo están haciendo.

Pero lo peor aún está por llegar.

Capítulo 6
Frederick



Creí que no lo conseguiría. Fue todo tan precipitado que pensé que estaba abocado al fracaso. Incluso temí que me traicionaran los nervios en algún momento, a pesar de que no es algo que me caracterice, ya que suelo mantener la mente fría. No obstante, en esta ocasión había demasiado en juego. Un error, por pequeño que fuera, podría resultar fatal.

Hasta el más templado se habría sentido así.

No soy un hombre al que le guste improvisar. Me gusta tenerlo todo medido, hasta el más mínimo riesgo. Los imprevistos deben estar calculados, milímetro a milímetro, segundo a segundo. Sin embargo, las circunstancias eran apremiantes. Las noticias informaron de que Myrkur se encontraba en paradero desconocido y estaba en manos de un asesino que mataba a mujeres que se parecían a ella. El azar quiso que, en dirección a la lavandería, cruzase por la sala de entretenimiento justo cuando lo decían. Creí que sería necesaria mi intervención, que tendría que encontrarla y liberarla de ese malnacido antes de que fuera demasiado tarde. Igual fue una estupidez por mi parte pensar que cabía la remota posibilidad de que llegase a tiempo, pero debía intentarlo. Me moví por puro instinto. Nunca podría perdonarme si me hubiese quedado tranquilamente sentado en mi celda sin hacer nada, esperando un posible desenlace fatal.

Ese no soy yo.

Yo soy proactivo.

Por fortuna, no me necesitó. Ni a mí ni a nadie. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera por rescatarla de las garras del mal, aunque me fuese la vida en ello. Sé perfectamente lo que es eso, porque forma parte de mí. Se siente como una materia oscura y vacía en el pecho, que traga todo tipo de sentimientos sin que te afecte lo más mínimo. Tenía claro que todos aquellos que tuvieran la más mínima responsabilidad lo pagarían muy caro.

Pero Myrkur me sorprendió.

Aproximadamente un par de horas después de escaparme, me enteré de lo sucedido. Había quitado de en medio a aquel tipo. Sabiendo los datos que he descubierto después —en concreto, el número de puñaladas que le asestó—, puedo señalar sin lugar a dudas que mi hija se ensañó con aquel hombre. La radio del vehículo en el que viajé los primeros kilómetros dio la noticia. Casi no lo podía creer.

Bien por Myrkur.

Me alegra saber que no se deja amedrentar.

Puede que ahora me comprenda un poco más, que sepa lo que es estar en mi piel, experimentar mis pensamientos, deseos y anhelos. Es posible, incluso, que lleguemos a restablecer la conexión que parecíamos haber perdido gracias a este nuevo nexo que compartimos.

Por suerte para los dos, tenía previstas una serie de contingencias en el caso de que lograra huir alguna vez. No lo había intentado hasta el momento. Era algo que estaba planeado para más adelante. Lo había ido postergando incomprensiblemente de forma indefinida.

Ahora vuelvo a ser un hombre libre que *respira* el aire puro.

Experimento, por fin, la plenitud que esto supone.

Ya no me conformo con *sueños* de un cielo abierto.

No me limito a las *sombras* de los muros de la cárcel.

He dejado atrás el *tormento* de los grilletes oprimiendo mis manos, pero también mi espíritu.

Hay ocasiones en las que no entiendo mi apatía al respecto, ese infame desdén que me ha dominado durante años. He desperdiciado

mi vida en el interior de esa mazmorra diseñada para aniquilar la voluntad del ser humano.

Creo que mi principal motivo era disponer de un lugar en el que mi hija pudiera encontrarme siempre que quisiera. No comprendo cómo puedo sentir tanto amor por ella, pero es algo real y que me desconcierta. Pasé más de once años sin verla ni en una sola ocasión y no dejé de pensar en ella ni un solo día, hasta que, hace unos meses, se presentó por primera vez en la prisión acompañada del detective Baker.

Valieron la pena la espera y los sacrificios.

Esto me hace preguntarme en qué punto estará su relación en este momento. No sé qué tal llevará mi querido Patrick —véase la ironía— saber que su chica es capaz de asesinar con total frialdad. Igual ya no se siente tan seguro durmiendo a su lado.

Yo, en su lugar, me lo pensaría dos veces.

No tengo dudas respecto a lo acontecido y creo que puedo adivinar lo que pasó por su cabeza. Por lo que he podido saber, he llegado a la conclusión de que Myrkur asesinó a aquel tipo plenamente consciente de lo que hacía.

Pese al tiempo que hemos perdido, conozco a mi hija a la perfección. Ya cuando era pequeña pude ver lo que había en su interior. A pesar de su alegría y su dulzura, de esa fachada que tenía de niña adorable, de su aspecto casi frágil, Myrkur albergaba una parte oscura de la que no ha podido desasirse. No creo que nunca fuera consciente de ello hasta ahora, pero sin duda en la actualidad debe saberlo a la perfección.

Este crimen no ha hecho más que confirmar lo que ya sabía.

Una idea me lleva a la otra, y me siento realmente tentado de seguir, en cuanto me halle en disposición de hacerlo, los movimientos de Patrick Baker para conocer la situación de primera mano. No obstante, sería algo de lo más estúpido por mi parte. Después de todo lo que me ha costado escapar y de las penurias que estoy pasando, tiraría por la borda el esfuerzo, pues haría crecer las posibilidades de que me echara el lazo.

Permaneceré cerca.

Entre las sombras.

Agazapado como un animal.
Y como tal, me guiaré por mis instintos.
Me convertiré en su tormento.

Capítulo 7
Myrkur



Ayer por la tarde, ya a eso de las ocho, me llamaron para citarme esta mañana a primera hora con una psiquiatra especialista en estrés postraumático. Quiero pensar que esto es una buena señal, si va a centrarse en el trauma, en lugar de dilucidar qué pasaba por mi mente en el momento en que clavaba el cuchillo en la carne.

Me parece que solo son vanas ilusiones.

Me dijeron que era fundamental empezar cuanto antes la valoración para tomar las medidas oportunas, algo curioso teniendo en cuenta el tiempo que ha transcurrido desde el suceso. En cualquier caso, me temo que, si lo traducimos a un lenguaje paralelo, es sinónimo de decir si me van a echar del cuerpo o si podré reincorporarme.

Si es la primera opción, caben otras dos alternativas: una es que me manden a casa con una pensión; la otra, que lo hagan igualmente, pero con una mano delante y otra detrás, que es la menos atrayente, como resulta obvio. La última opción que se me plantea es la peor, porque tampoco puedo descartar que presenten cargos contra mí y acabe viéndomelas con la justicia.

No tengo ni la menor idea, por el momento, de las pesquisas que han llevado a cabo los de Asuntos Internos. Han pasado otros dos días más y todavía no me han interrogado, lo cual me parece de lo más extraño. Son siete jornadas completas sin tener noticias al respecto. Intuyo que ya no tardaré mucho en enterarme.

Desde lo sucedido, no he visto demasiado a Patrick. Hemos pasado de compartir gran parte de nuestro día a día a vernos de forma rápida y esporádica. No estoy cien por cien segura de si la excusa del trabajo era solo eso o si, verdaderamente, no ha tenido tiempo para que estemos juntos. No le culpo, no debe ser fácil enfrentarse a lo que vio. Él es un avezado investigador y sobra decir que sabe con certeza que la mayor parte de las puñaladas fueron innecesarias.

En realidad, tampoco hace falta ser el Doctor Reid de *Mentes Criminales* para darse cuenta de ello.

El problema es que, al margen de que otros policías hayan llegado a esa misma conclusión, él posiblemente se está preguntando hasta qué punto lo disfruté y qué implica eso en nuestra relación.

No puedo borrar de mi memoria la expresión de su rostro cuando me vio, en medio de ese charco de sangre. Lo primero fue el estupor, pero también el miedo, la preocupación. Creía que me encontraba malherida, y pude ver cómo se moría por dentro deseando que estuviera bien.

Luego llegó el baño de realidad.

No tenía ni un rasguño.

Entonces aparecieron las dudas, la incertidumbre, las preguntas que no quería responder. El dilema que se presentaba ante él acerca de la persona con la que mantenía una relación romántica. ¿Podría encontrarse saliendo con una asesina?

Durante los momentos que hemos pasado juntos desde ese día, Patrick no ha sacado el tema. No solo no lo ha sacado, sino que casi diría que lo ha evitado. Sospecho que no está preparado para responder esa pregunta. Quizá no quiere saber la verdad.

O simplemente la teme.

Sin embargo, yo no puedo permanecer por mucho más tiempo en este paréntesis indefinido, en esta especie de limbo emocional en el que no sé muy bien a qué atenerme. Odio esta sensación, la incertidumbre, el no saber qué esperar. No entiendo cómo algunos prefieren esto a la certeza, por dura y difícil que esta sea. Una vez que conoces las respuestas y los hechos, puedes empezar a afrontar lo que esté por venir.

Debo reconocer que se ha mostrado tan cariñoso conmigo como es habitual en él, pero también he sentido un mayor recelo hacia mí. Igual me estoy volviendo paranoica y soy yo la única que se empeña en atormentarse con lo sucedido y con las implicaciones que conlleva. Siempre he sido de pensar demasiado, de darle vueltas una y otra vez a las cosas.

Y esto me lleva de nuevo a mi cita de mañana con la psiquiatra. No sé por qué, pero creo que preferiría que fuera un hombre. Debería darme igual, mas no es así. Tal vez sea una proyección de algo que no quiero ver.

¿Qué voy a hacer?

¿Voy a interpretar un papel o voy a ser brutalmente sincera con ella?

Una parte de mí me pide ser franca y no ocultarle nada. Ya se sabe lo que dicen: se pilla antes a un mentiroso que a un cojo. Otra parte me aconseja que no sea estúpida, porque confesarlo todo es entregarme con las esposas ya puestas a mi condena, relegada de por vida al ostracismo como policía.

Me gusta lo que hago. No quiero dejar de ser poli. Creo que, además, no se me da nada mal. Llevo poco tiempo y he aprendido mucho. ¿Dónde podría llegar si me dan la oportunidad de continuar en el cuerpo? Tengo que buscar una forma de arreglar este lío.

El problema es que lo que sí se me da fatal es mentir.

Me encuentro ante un dilema de difícil resolución.

Capítulo 8
Obsesión y adicciones



Acude a su trabajo como si fuera otro día más. Eso hará que tenga la mente ocupada. No puede obsesionarse con lo sucedido la noche anterior. Si lo hace, terminará por perder por completo la cabeza. Debe borrarlo de sus recuerdos. Lo más probable es que no vuelva a suceder. Seguramente fue la consecuencia de tomar alguna sustancia de mala calidad. Su nuevo proveedor no se caracteriza por vender mierda de la buena, sino por rebajar los costes. Se promete a sí mismo no volver a fumar ni un solo porro en una temporada, a ver si así logra tener sus alucinaciones bajo control.

Pero una cosa son los propósitos y otra muy diferente los hechos. Si fuera tan sencillo, no se encontraría en la situación actual.

Apenas pudo conciliar el sueño. La inquietud lo mantuvo alerta gran parte de la noche. Al levantarse, se ha sentido terriblemente cansado. El día pasa despacio y se le hace cuesta arriba. Por mucho que no quiera, siente que no le va a quedar más remedio que meterse algo. De lo contrario, no aguantará la jornada. No importa que trate de distraerse, pues la necesidad no cesa de crecer.

A veces, escucha cosas y tiene dudas de si lo ha oído de verdad o se lo ha imaginado. Dirige sus ojos, con mirada extraviada, hacia sus compañeros y estos le responden con gestos de extrañeza. Notan que algo no va del todo bien, pero nadie se atreve a preguntar.

Tampoco les merece la pena.

Mickey siempre ha sido un tipo un tanto peculiar, y a nadie se le escapa su afición por las sustancias psicotrópicas, así que no descartan que vaya fumado, tal y como viene siendo habitual. Alguno, incluso, lo mira con desdén. Resulta muy fácil juzgar a los demás cuando no conocemos toda su historia, cuando vivimos ajenos a sus preocupaciones y problemas. Todos quisiéramos ser fuertes, resilientes, contar con la valentía suficiente para abordar la vida con la cabeza alta. Pero no siempre es fácil ni poseemos las herramientas necesarias.

—«¿Te has fijado en cómo te mira Don? Deberías plantarle cara y dejarle las cosas bien claras. Es un gilipollas y un prepotente que se cree mejor que tú, Mickey. Pero la culpa es tuya por permitírselo. Le vendría bien dejarle una bonita cicatriz en el cuello que fuera de lado a lado».

No contesta.

No puede hacerlo, aunque la tentación es demasiado grande.

Tiene que hacer callar a la voz.

—«Si tuvieras valor, hoy mismo le darías una lección. Bórrale esa expresión de suficiencia. Un tipo con un par de huevos le daría unos cuantos puñetazos a esa cara de memo que tiene. Pero claro, tú eres un cagado que nunca ha valido para nada, que se deja aplastar por cualquiera, que no tiene ni pizca de coraje. Mira, si no, lo que ha hecho Rocky contigo. Sigue dándote miedo, a pesar de que sabes que está muerto y bien muerto. Pero da igual. Todavía piensas que puede hacerte algo. ¿Cómo eres tan idiota? Te atemorizaría hasta un mosquito si quisiera. Eres un miedoso y un donnadie, Mickey. Mientras no hagas algo, el resto seguirá tomándote por un imbécil del que se pueden burlar. La verdad es que te lo mereces».

No se da cuenta de lo que hace, no es consciente, pero está moviendo la cabeza de un lado para otro, en un recurrente gesto de negación que no pasa desapercibido para los demás. Una vez más, se está poniendo en evidencia.

—«Eres un blando, Mickey, una puñetera nenaza y lo sabes. Cualquiera puede aplastarte como a una polilla. Es muy fácil tratarte mal. Lo realmente difícil es lograr que los demás te respeten cuando ni siquiera tú te respetas a ti mismo».

—¡Basta! —grita entonces, proporcionando a sus compañeros un argumento más para que lo tomen por un zumbado.

Todos los demás levantan la cabeza casi al unísono y detienen por unos segundos lo que estaban haciendo. Al final, la curiosidad ha ganado la batalla y nadie se pierde el espectáculo.

—¡Joder, Mickey! ¿Qué mierdas te pasa ahora? No eres más que un puto tarado —le espeta uno de ellos, con quien mantiene una relación especialmente mala.

La vergüenza es sustituida por un sentimiento lóbrego.

La voz tiene razón.

Don es un imbécil que se ha ensañado con él.

La mirada de Mickey se oscurece varios grados.

Quisiera ser capaz de hacer algo y que todos vieran que es alguien respetable, que reconocieran que es un tipo con valor, que no se deja amedrentar ni permite que se rían de él.

Una nueva determinación va ganando terreno en su interior. La rabia es una emoción poderosa. Las voces tienen razón. Lo tratan como a un idiota porque pueden, porque él se lo permite y no hace ni el menor intento de defenderse.

Quizá sea el momento de poner a cada uno en su lugar.

Tal vez haya llegado la hora de detenerlos y no tolerar que nadie le trate así.

Es momento de dar ejemplo.

Capítulo 9
Myrkur



No sé cuánto tiempo llevamos mirándonos a los ojos sin decir una palabra desde que comenzó la sesión. Entiendo que esta situación responde a la clásica estrategia de crear incomodidad hasta que el paciente se lance a hablar y desnudar su alma para rellenar esos silencios molestos. Muy propio de la denostada corriente psicoanalítica. Me dan ganas de hacerle un *spoiler* y decirle que conmigo esto no funciona. Podríamos ahorrarnos un tiempo valioso. Pero, por otro lado, ¿qué sería de la vida sin juego?

El problema aquí es que creo que la doctora no ha calculado bien las condiciones de partida, porque yo me encuentro muy a gusto en situaciones como estas. Estoy demasiado acostumbrada a que me miren como si fuera un bicho raro. Además, tengo un largo historial de visitas a todo tipo de comecocos. Desconozco a cuántos pacientes portadores del «gen del asesino en serie» habrá tratado ella. Igual tengo el privilegio de ser la primera.

Por si eso fuera poco, no me gusta la cháchara vacía y tampoco estoy en posición de revelar nada que pudiera perjudicarme. Hay que añadir otro elemento más, ya que no me atormenta ningún remordimiento por lo que hice. Paradójicamente, ese es justo mi principal tormento: la ausencia del sentimiento de culpa que experimento y que se supone que sería natural sentir. Al menos, en una persona normal, ¿verdad? No tengo ninguna necesidad de hablar acerca de lo sucedido, ni de limpiar mi conciencia, ni de nada

que se le asemeje. Lo único que quiero es dejar esto atrás, y ya me aclararé yo cuando pueda.

Quizá solo esté utilizando una estrategia defensiva.

Me asalta la idea de que, en esta situación, el único que podría resultarme de utilidad es mi padre. Tal vez él me ayudaría a discernir si él experimentaba lo mismo que yo después de matar a alguien. ¿Qué sentía? ¿Qué pensamientos cruzaban su mente? ¿Le generaba algún tipo de remordimiento o creencia al respecto? No obstante, en cierta medida, eso también me atormenta, puesto que si siento lo mismo que él, la cosa es más grave de lo que consideraba.

La doctora continúa mirándome a través de los cristales de sus gafas de pasta. Tiene una expresión serena. Sostiene la clásica libreta sobre sus rodillas y una pluma en la mano derecha. Me parece ver un atisbo de sonrisa. No sé si pretende congeniar conmigo o si hay algo en la situación que le hace gracia.

Intento mostrarme relajada, pero mi mente no para de cavilar. Llevamos aquí media hora y las dos seguimos igual, atrincheradas en la inexpresividad. Me da por pensar que esto parece una batalla de egos. La primera que hable, pierde. La primera que retire la mirada, claudica ante la superioridad de su adversaria. Posiblemente es una tontería como otra cualquiera, pero algo tengo que hacer para entretenerme.

Por el rabillo del ojo, observo el lugar en el que estamos, hasta donde mi vista alcanza. Nada más acceder a su consulta, traté de hacer acopio de toda la información posible con el único objetivo de conocer mejor a mi terapeuta.

Por lo que pude captar, es un despacho bastante sobrio, aunque las plantas de hojas verdes y grandes le dan un aire fresco. Las paredes, de un pálido tono de *beige,* proporcionan luminosidad. No me pareció ver títulos colgados en ellas, sino cuadros abstractos de alegres colores, quizá también con la idea de hacer menos grave el ambiente que ofrecen los muebles oscuros y las clásicas molduras que recorren el techo. Eso me hace pensar que se da aquí una curiosa combinación de matices que transmiten cierta contradicción. Colores alegres y serios, claros y oscuros.

Sobre su mesa, hay una placa metálica con su nombre, un vade de color crema, una estilográfica elegante y una a bandeja con papeles. También hay un ordenador portátil cerrado. No he visto tampoco fotos que revelen nada de su vida personal. Puede que sea una forma de salvaguardar su intimidad. Al fin y al cabo, trata con pirados todos los días. Siempre me ha parecido poco inteligente tener imágenes de tus seres queridos en tu despacho o en tu mesa, en según qué profesiones, ya que puedes ponerlos en peligro sin pretenderlo.

De todas formas, haré un nuevo recorrido con la mirada por la estancia para recabar más datos cuando abandonemos este duelo absurdo y, por fin, sea liberada por hoy de la esclavitud de esta sesión prescriptiva de la que no tenía modo de escapar.

—Bueno, Myrkur, ha terminado nuestro tiempo por hoy —asegura, ampliando su sonrisa—. Mañana te espero a la misma hora.

Tengo la impresión de que acaban de abrirme unos grilletes imaginarios y experimento una maravillosa sensación de libertad. Siento una alegría contenida que no puedo expresar sin levantar sospechas.

—Por supuesto —respondo, incorporándome. Menos mal que la butaca es cómoda y ha hecho más llevadera la sesión—. Hasta mañana, entonces.

Me dirijo a la puerta, recorriendo con la vista todo el espacio que me rodea, como si mis ojos fueran un radar y necesitaran detectar algo que pudiera resultarme de utilidad, algo con lo que pueda contrarrestar en un futuro cercano su actual capacidad para decidir sobre mi carrera. Al fin y al cabo, no puedo abstraerme del hecho de que mi futuro está a su disposición.

Ya tengo mi mano ya apoyada en el pomo de la puerta cuando la doctora Rose Park dice algo que hace que se me erice el vello de la nuca.

—Ha sido una primera sesión muy productiva y reveladora. Los silencios, agente Cranston, tienen un elevado poder comunicativo. En este caso, diría que incluso más, si cabe. Es la primera vez que un policía que ha matado a otra persona demuestra tanta calma y no ha necesitado decir ni una sola palabra al respecto en los sesenta

minutos que hemos pasado aquí juntas. Sorprendente, además, por tu edad. No estás enojada, ni nerviosa, ni mucho menos arrepentida.

Me giro hacia ella y su mirada confiesa que ha detectado cómo mis ojos se han ensombrecido. Casi me ha parecido ver pánico en su expresión. No me agrada pensar que ahora soy de ese tipo de personas que le dan miedo a los demás. ¿En qué diablos me he convertido?

Abandono la consulta lo más rápido que puedo. Quiero dejar esto atrás. A la vez, quiero volver a ese punto anterior a que aquel maldito asesino me atrapara y me llevara a su piso, poniendo del revés, una vez más, mi mundo. Quiero regresar al tiempo en el que todavía podía pensar que, tal vez, el mal no estaba dentro de mí, y cabía una mínima posibilidad de llevar una vida normal como la de la mayoría de la gente.

Siento el corazón acelerado y, al mismo tiempo, percibo frío dentro de mi pecho. ¿Es una contradicción? Quizá lo sea. Todo últimamente lo es. Yo, desde luego, no lo puedo explicar.

Llego a la calle y experimento una necesidad de huir, aunque no tengo ni la menor idea de hacia dónde. No parece haber un destino para una persona como yo, que vive en un limbo eterno en el que siempre tiene que demostrar al resto que es humana.

¿Soy una asesina?

¿Soy una jodida psicópata como mi padre?

Posiblemente sí. Y, a pesar de que intentase convencerme antes de venir a la consulta de que no me importa lo más mínimo, lo cierto es que no es verdad. ¿Me hace eso mejor persona? ¿Me convierte en alguien capaz de sentir?

Todo esto me da mucho en lo que pensar.

Pero estoy demasiado cansada para hacerlo.

Solo anhelo dejar mi mente en blanco y desconectar.

Capítulo 10
Patrick



La huida de la prisión de Frederick Cranston nos tiene de cabeza en la comisaría. Los medios de comunicación nos están haciendo picadillo desde distintos frentes. Si bien es cierto que nosotros no tenemos culpa de que se haya escapado de una prisión de máxima seguridad, no han dudado en decir que ha sido una imprudencia que su hija trabajara con la policía de Boston, en especial estando su padre tan cerca. Algunos incluso han lanzado la hipótesis de que ella misma podría ser una colaboradora activa en este episodio que tiene atemorizada a gran parte de la ciudad. Si a esto le añadimos la forma en que acabó el último caso en el que participó Myrkur, la polémica ya está servida.

Por otra parte, nos apremian para que encontremos pronto pistas sobre su paradero actual cuanto antes, puesto que la ciudadanía no puede sengtirse segura hasta que semejante depredador vuelva a estar entre rejas. Teniendo en cuenta su historial, no puedo quitarles la razón en ese aspecto. No quiero pensar qué tendrá en su cabeza en estos momentos. Han pasado siete puñeteros días y no estamos más cerca de averiguar dónde está.

Sospecho que ahora su prioridad es poner distancia para que no le atrapemos, pero, ¿qué sucederá si lo consigue? ¿Retomará sus viejos hábitos? Un hombre que posee esos instintos tan bajos, es probable que vuelva a sentir su urgencia después de permanecer

cierto tiempo en libertad. Podría irse a cualquier parte del mundo y comenzar otra vez a matar inocentes sin que aquí nos enterásemos jamás. Un hombre tan inteligente como él seguro que tiene los recursos y dispone de un plan bien elaborado.

En resumen, están siendo días de locos

Lo cierto es que todo apunta a que lo tenía pensado desde hace mucho tiempo. Su salida fue demasiado limpia. No saltaron las alarmas, aunque sí se produjo un pequeño corte de luz de apenas unos segundos, por lo que hemos podido saber. Resulta algo realmente raro en una institución de este tipo dotadas con múltiples sistemas de seguridad. Supongo que nada es perfecto. Por el momento, se achaca a un retraso en la activación de los generadores que no debería haberse producido y que continúan revisando los técnicos.

De no ser así, de no haber estado todo planificado con antelación, me da la impresión de que es casi imposible que alguien, por muy elevada que sea su capacidad intelectual, pudiera salir así, sin más. Sin embargo, intuyo que hubo un punto de improvisación. Hay a un detalle que me ha llamado la atención. No puedo dejar de darle vueltas, aunque quizá sea solo cosa mía y tenga que esperar a que avancemos más en la investigación. El simple hecho de que escapara en el mismo momento en el que su hija se encontraba en manos de un asesino me hace temer que no fue una inocente casualidad. Igual es solo cosa mía y no tiene relación alguna. No obstante, lo que resulta sorprendente es que no lo hiciera hasta la fecha, después de tantos años encerrado, pues no le ha costado nada desarrollarlo para fugarse con éxito.

Estos siete primeros días han sido agotadores en todos los sentidos. En primer lugar, cuando se notificó a las fuerzas de seguridad del estado que había escapado, la policía local montó un operativo de urgencia para buscarle en las inmediaciones de la cárcel. Poco después, nos sumamos nosotros, pero el retraso fue inevitable. La ubicación en la que se halla es compleja, puesto que está rodeada de bosques, lo suficientemente alejada de los núcleos de población más cercanos.

En cuanto nos fue posible, mi compañero Peter Radler y yo nos desplazamos hasta allí, después de que otros muchos agentes desarrollasen las labores previas. Debido a lo que le había sucedido con Myrkur, logré zafarme de acudir esa misma noche aludiendo que quería ayudar a mi habitual compañera. Además, ya estaban allí los de la policía judicial y los de la científica. Más efectivos en una celda tan pequeña no iban a ser de gran ayuda. Se encargaron de recoger las pruebas y de interrogar a los funcionarios que estaban trabajando en aquel turno.

A la mañana siguiente, nos entrevistamos con el alcaide. Pese a lo que pueda parecer, la demora en acudir nos resultó de utilidad. Tenían algunas cosas más claras. Todo apuntaba a que pudo esconderse en alguno los furgones que salieron la noche anterior desde la prisión. Había tres posibilidades: el del servicio de catering, el de la lavandería o el que traslada a los presos hasta la ciudad. Sin embargo, tuvo que abandonar su medio de transporte con prontitud. En cuanto se detectó que Frederick Cranston no se encontraba en su celda ni en la lavandería, que era el último sitio en el que se le había visto, se dio aviso para que averiguasen dónde se ubicaba cada uno de los tres furgones y los detuvieran inmediatamente.

No estaba en ninguno de ellos.

Los de la policía científica analizaron los tres vehículos. Teniendo en cuenta que Cranston había estado en la lavandería aquella tarde, ese parecía el más plausible. No obstante, todavía no hay nada concluyente. Había varios cestos de ropa de un buen número de prisioneros, incluida la suya propia. Son demasiadas muestras que analizar. Les llevará un tiempo del que, por desgracia, no disponemos. El problema es que, aunque se encuentren cabellos o cualquier otro ADN de Frederick Cranston, eso no confirmaría nada.

—¿Con qué frecuencia salen los furgones de la cárcel? —le preguntó mi compañero al funcionario que se encargaba aquella noche de las cámaras de vigilancia.

—Pues, verán, hay mucho movimiento por aquí. Dense cuenta de que estos muros dan cobijo a más de doscientos reclusos. No es tan grande como la Alcatraz de las Rocosas —puntualizó, haciendo una comparación con la ADX Florence, la famosa prisión de máxima

seguridad de Colorado—, pero siguen siendo muchos hombres aquí dentro. Entre los furgones del catering, los de la lavandería, los que trasladan a los presos de ida y vuelta a a la ciudad para juicios y demás, así como los que traen otro tipo de materiales, podemos estar hablando de más de veinte al día.

Peter y yo nos miramos valorando esa información. Desde luego, era mucho lo que se movía cada jornada en un lugar como este.

—¿Y todas las noches salen estos tres que hemos visto en las pantallas? —indagué.

—Es bastante habitual, sí.

—¿Siempre son los mismos conductores los que hacen este turno? —trató de averiguar mi compañero.

—No. Supongo que tendrán un sistema rotatorio, al igual que nosotros aquí dentro. El de noche suele ser el más duro, así que lo habitual es que todo el mundo pueda optar a distintos turnos.

Es desesperante.

Cada dato, nos conduce a una madeja nueva difícil de desembrollar.

Entre los funcionarios que trabajaban aquella noche, las mayores sospechas recaen sobre cuatro de ellos, a los que estamos investigando a fondo. Por el momento, mantenemos la mente abierta en torno a lo que pudo suceder aquel día que facilitó que Cranston abandonase la prisión sin dejar rastro aparente. La pura verdad es que seguimos sin tener prácticamente nada.

Con todo esto que se nos ha venido encima, no he visto apenas a Myrkur. Aparte de la fuga de su padre, he tenido que ayudar a Chrysler a cerrar el caso en el que ambos trabajaban, puesto que me encontraba al tanto de las pesquisas que seguían. Esto es sinónimo de una montaña de papeleo, varias visitas a los juzgados y largas reuniones con el fiscal. No tenemos un sospechoso vivo, de eso ya se encargó Myrkur, pero eso no es sinónimo de que toda la labor realizada se cierre sin más, sino que requiere un expediente como dios manda y demostrar sin duda razonable que sabíamos quién era el responsable. Solo nos faltaba que hubiera una mínima sospecha de que asesinó a un inocente para que todo se complicase mucho

más. Por suerte, todas las pruebas halladas en el piso del fallecido apuntan a su implicación en los crímenes que investigaban.

En realidad, debo reconocerme a mí mismo que, en parte, no es más que una excusa, puesto que ahora mismo estoy hecho un auténtico lío. No tengo dudas de lo que siento hacia ella, pues estoy enamorado desde hace mucho más tiempo del que confesaría a viva voz. Sin embargo, también siento terror en cierta medida. Lo que vi cuando fuimos a por Myrkur me puso la piel de gallina.

En un primer lugar, el miedo casi me atenazó, como si alguien estuviera apretando mi corazón con una garra de acero, puesto que estaba cubierta de sangre y pensé que había resultado gravemente herida en la confrontación.

Temí perderla.

Si había logrado hacerle daño como parecía, considerando la hemorragia masiva que indicaba la cantidad del líquido carmesí extendida por su ropa y por el suelo, el futuro se volvía incierto. La posibilidad de que muriese desangrada parecía muy real.

Hasta que comprobé que estaba ilesa.

Entonces, al serenarme y analizar lo que había sucedido allí, sentí un escalofrío en mi interior que me alertaba de que algo muy malo había acontecido, algo que, a pesar de todo, no estaba preparado para digerir.

Al principio no quise creerlo.

Era un golpe demasiado duro.

No era posible que ella hubiera demostrado tal saña. Desconocía la cifra exacta, pero el cuerpo mostraba una ingente cantidad de heridas de arma blanca. Demasiadas, en cualquier caso, para justificarlas. Poco después, el forense me sacó de la incertidumbre.

Le había infligido veintiocho puñaladas.

Veintiocho.

Una auténtica barbaridad.

Una carnicería.

Debe existir una explicación razonable para lo sucedido. Myrkur no puede tener ese nivel de crueldad. No puedo ni quiero creerlo, porque hacerlo abriría un enorme interrogante que no estoy

dispuesto a responder. Por desgracia, cuanto más analizo la escena, más cuenta me doy de lo sucedido.

Un buen número de las puñaladas que asestó no tenían justificación alguna.

Capítulo 11
Escuchar e ignorar



Cuando sale de trabajar, procura mirar hacia delante y no hacer caso a las voces que hablan en su interior, contradiciendo su anterior determinación de actuar y no permitir que se burlen de él ni lo ridiculicen nunca más. No quiere más problemas. Ya tiene más que suficientes. Un enfrentamiento con sus compañeros no le ayudaría en nada en absoluto. Cierto es que está cansado de las vejaciones y las burlas, pero a veces, es mejor restarles importancia que añadir más motivos para la inquina.

¿Qué conseguiría dándole una lección a Don? ¿Más respeto? Puede ser, pero también cabe la posibilidad de que los demás salgan en su defensa y, no solo eso, que el jefe le dé la patada y tenga otra vez que buscarse un trabajo, algo que no es nada fácil con su historial y su condición. No está en una situación en la que merezca la pena jugarse el pan de cada día. Así que, una vez más, se come su orgullo y deja que el sentimiento de humillación se vaya desvaneciendo poco a poco, hasta terminar por caer en el olvido.

Por desgracia, el ruido dentro de su cabeza no disminuye. Ahora no es solo una voz la que le dice lo que debe hacer. Al menos, oye otras dos. ¿De dónde han salido?Esto es nuevo. No da crédito. Es absolutamente agotador enfrentarse a ese tormento. Se siente cada vez más abrumado. Su mundo es un caos. Un desastre. Una maraña que no cesa de enredarse. Cada vez le resulta más difícil discernir

qué es real y qué no. Llegará un momento en que será prácticamente imposible si no hace nada para remediarlo.

No lo hará.

De eso está convencido.

No piensa volver a meterse en ningún programa de desintoxicación ni a hablar con ningún psiquiatra. La última vez fue un martirio. Ya sabe lo que tiene que hacer, a pesar de que no lo ponga en práctica.

«¿Acaso no te has dado cuenta de la manera en que te miraban todos? Te menosprecian. Te ven como a alguien a quien se puede ridiculizar, una piltrafa, como si no fueras más que basura. Mientras no hagas nada para remediarlo, esto va a ir a peor», asegura con determinación una de las voces. Tiene un tono dominante, de sonoridad grave. Le recuerda a alguien. Esa forma de hablar parece que proviene de alguna parte de su pasado.

Intenta recordar, agarrar ese recuerdo que parece esquivo. No está seguro, pero tiene la sensación de que es similar a la del director de su antiguo colegio. Aquel hombre le daba pavor. Siempre encontraba alguna excusa para ir a por él y castigarlo de todas las formas imaginables.

—«Ya se lo he dicho yo en otras ocasiones. Pero nada. No atiende a razones. Mickey es un blando. Si la gente lo trata mal, es porque se lo merece. Se lo permite. Les da la oportunidad de que lo menosprecien y no actúa para evitarlo. Muy bien. Pues que se burlen de él. Que se rían bien alto. No necesitan disimular, pueden hacerlo delante de sus narices, porque no tiene lo que hace falta para pararles los pies y demostrarles que con él no deberían meterse», argumenta ahora la vieja conocida. Ha estado con él desde hace tanto tiempo que ya no sería capaz de precisar cuándo hizo su aparición.

—¿Y qué queréis que haga? —pregunta, levantando la voz en medio de la calle, lo que provoca que la gente lo mire. Algunos, incluso, se cambian de acera—. Es muy fácil hablar. Además, os lo estáis inventando. Solo queréis meterme en problemas.

Su rostro está contraído. Se lee la angustia en él con suma claridad. Los gestos de sus manos corroboran esa sensación

opresora, puesto que las cierra en puños tan apretados que sus nudillos palidecen hasta parecer casi blancos.

«¿Y por qué íbamos a querer meterte en problemas? Es más, estaría bien saber cuándo lo hemos hecho. Solo intentamos ayudarte, evitar que te engañen, que te tomen por un lerdo sin personalidad. Pero contigo es imposible. Mira, por ejemplo, tus padres. Te han manipulado toda la vida, mas solo porque tú se lo has permitido», comenta la voz de siempre.

—¡No metas a mis padres en esto! No sabéis nada —dice ahora, parado en mitad de la acera. Su aspecto desaliñado y sucio después del trabajo no ayuda a que las personas que pasan cerca de él lo miren con buenos ojos precisamente. Es solo un ingrediente más añadido a su conducta errática.

En ese instante, percibe las miradas de algunos a su alrededor. Está a punto de increparles, pero, por suerte, se lo piensa mejor en el último segundo y se controla.

Al menos, por ahora.

Empieza a caminar otra vez con decisión, dando pasos rápidos y zancadas largas, manteniendo sus manos sobre las orejas, como si eso pudiera ayudar a silenciar aquellas voces que no vienen del exterior, sino de una parte profunda de su psique.

«Todo el mundo te mira. Eres el hazmerreír de la calle. ¿No lo ves? Si no me crees, puedes detenerte un instante más y observar con detalle a quienes te rodean en este preciso momento. Pero lo cierto es que da igual, ¿verdad, Mickey? No tienes agallas para decirles nada», le reta ahora la voz que le recuerda al director del colegio.

No tiene intención de hacerles caso, porque no quiere que las voces le dominen. Ya le pasó hace tiempo, y las cosas no acabaron bien para él. Sabe que debe ignorarlas. Todavía no ha perdido la capacidad de discernir al menos eso. Por desgracia, son muy persistentes y no dejan de hablar. Ahora lo hacen a coro, superponiéndose unas a otras, incluida una que susurra y no acaba de entender qué dice.

Entonces, se para y mira a su alrededor. Quiere demostrarles que se equivocan, pero no puede hacerlo porque su actitud, sus gestos, su expresión… todo provoca que los demás vuelvan a fijar su

atención en él. Casi parece que se ha hecho el silencio a su alrededor.

—¿Qué coño miras? ¿Y tú? ¿Eh? ¿Acaso tengo algo raro en la cara?

Resopla con fuerza.

Aprieta los puños otra vez.

Tensa sus músculos.

Está harto de todo esto.

Ahora cierra los ojos y dirige su cabeza hacia el cielo.

Pasa un segundo en esa posición.

Dos.

Tres.

Parece que se ha hecho el silencio en su mente.

Aprieta la mandíbula y sigue su camino.

Capítulo 12
Frederick



Hay una frase que dice que es bueno tener amigos hasta en el infierno. Por mucho tiempo que pase, no deja de ser un gran consejo, eso sin duda. Ahí es justo donde he pasado los últimos doce años de mi vida, en el mismísimo infierno. Por suerte para mí, mis habilidades sociales no han perdido brillo y, casi desde el comienzo, hice distintas amistades con facilidad. Amistades, además, de las que podía obtenerse algún tipo de beneficio, que es el objetivo final de tener amigos.

Hay que ser pragmáticos.

Los sentimentalismos solo so un lastre.

No me costó demasiado, solo el tiempo necesario para adaptarme a mi nueva situación. Una vez que conocía las reglas básicas que regían la prisión, empecé a moverme para ir preparando el camino.

Tenía claro que no podía ser una isla en mitad de un océano lleno de tiburones.

Comencé a acercarme a los que podían necesitar mi ayuda. Era una forma de generar cierta lealtad. Después, cuando ya tenía un nombre, establecí ciertos lazos con los presos más respetados. Despacio, sin prisa, para evitar suspicacias. Finalmente, necesitaba estar cerca del último eslabón de la cadena: los funcionarios. Ahí había que tener más tino. Lo primero de todo fue analizar la personalidad de cada uno. Era básico detectar cuáles eran

susceptibles de soborno y, por lo tanto, utilizables en mi propio beneficio. El dinero suele ser un buen motivo para olvidarse de los valores morales y la ética. Además, resultaba aconsejable también identificar a quienes eran ya de hecho corruptos. Podría decirse que, si lo analizamos globalmente, fue una especie de experimento social que me llevó años.

Hipótesis comprobada: los amigos siempre son útiles.

Por otro lado, se me da bien manipular a otros. No solo es que se me dé bien, sino que me divierte. Cuanto más desafiante parece el reto, más lo disfruto. En realidad, con la mayoría es pan comido, en especial con los que se creen más listos. Esos son siempre los más fáciles de engañar, precisamente porque puedes aprovecharte de su ego desproporcionado. En todo momento piensan que son más avezados que tú y que ni siquiera te atreverías a engañarlos, porque eso es poco menos que imposible. Así que juego con ellos, alimento y engordo su egocentrismo, les hago creer que están en una situación de poder que controlan y que yo solo hago lo que ellos desean.

Caen como moscas.

Ni siquiera se dan cuenta de que son mis marionetas.

Es sencillo detectar qué buscan. Necesitan ser respetados y que los demás piensen que son superiores. Muchos esconden un complejo de inferioridad apabullante. Si tuviera sentimientos, hasta me darían pena. Que alguien como yo les baile el agua, les hace creer que son casi dioses del Olimpo. Me cuesta horrores aguantarme la risa, porque se tragan mis mentiras sin masticar y, cuando se dan cuenta de todo, se sienten tan humillados que son incapaces de hacer público lo sucedido, pues eso implicaría ración doble de vergüenza.

A lo largo de estos años, he conseguido un buen número de contactos. Además, todos saben que soy un tipo generoso y me gusta pagar bien mis favores, sea del modo que sea, da igual si hablamos de dinero o de otra clase de cosas.

Siempre pago.

Siempre saldo mis deudas.

Con creces, además.

Mucho antes de ingresar en prisión, antes incluso de que llegara siquiera a imaginar que terminaría allí, desarrollé un plan de contingencias por lo que pudiera pasar en un futuro. Es evidente que no erré en hacerlo. Es una cualidad de la que siempre podré vanagloriarme, puesto que, como ya he dicho con anterioridad, destaco por ser alguien a quien le gusta prever los imprevistos y que suele diseñar una estrategia ante distintas emergencias que puedan darse. Lo contrario es una imprudencia. Nadie en su sano juicio creerá que las cosas saldrán bien eternamente. Hay que estar preparados para todo tipo de vicisitudes que estén por venir.

Al final llegan y no pueden pillarte con la guardia baja.

Mi trabajo nos proporcionaba a mi familia y a mí una buena vida y sustanciosos ingresos, lo que suponía un importante colchón financiero si los administraba con cabeza. De ellos, una parte, más o menos un cuarenta por ciento, la solía destinar a una variedad de fondos. De hecho, dispongo de cuentas bancarias con diversas identidades y en ubicaciones dispares. Son casi imposibles de rastrear, salvo que se tenga muy claro lo que se está buscando. En cada una de ellas, el dinero se invertía en fondos con diferentes niveles de riesgo, de modo que siempre tuviera asegurado un mínimo del que disponer si llegaba el momento en el que tenía que reiniciar mi vida con una nueva identidad. Lo que se convirtió en una sorpresa más que agradable fueron los rendimientos de los bitcoins. Pensé que nunca llegaría a poder disfrutar de ellos y que acabarían haciéndome perder dinero. Me alegro de haberme equivocado en eso.

La mayor parte de mi vida me la he pasado estudiando cosas nuevas, diversos oficios, conocimientos emergentes necesarios para una amplia gama de escenarios. No me refiero al aprendizaje reglado, pues ese es limitado y se ciñe a unos parámetros, en ocasiones, demasiado básicos. He sido autodidacta desde que tengo uso de razón. Y en cuanto detectaba que mis habilidades eran insuficientes, buscaba quién pudiera formarme y proporcionarme los conocimientos que me faltaran. Siempre he sentido una necesidad innata de crecer, de aprender, de superarme, de convertirme en una mejor versión futura de mi yo presente.

Karen, mi esposa, no conocía todos mis secretos. En realidad, si no compartí con ella el tema de la diversificación de inversiones, no fue por falta de confianza. Más bien al contrario. Me fiaría de ella con los ojos cerrados. Es la única persona de la que lo haría. El motivo era otro. Quería mantenerla en un margen seguro, en el que nunca ningún investigador pudiera llegar a involucrarla en mis tejemanejes. Yo era el único responsable de mis asuntos y el único, por tanto, que podría ser castigado.

Mi familia debía permanecer a salvo.

En caso de mi fallecimiento, estaba arreglado para que fueran las beneficiarias.

¿Sabía Karen que no todos mis ingresos acababan en la cuenta familiar? Por supuesto que sí. Jamás se lo oculté, pero ni por asomo le favorecía conocer los detalles. Además, en el caso de que yo entrase en la cárcel, ella y mi hija tenían asegurado un depósito con el que poder seguir adelante. Por otro lado, yo sabía que Karen continuaría a flote, pues es una mujer inteligente y con muchos recursos. No dudé jamás de su capacidad.

Los instantes más peliagudos, aparte del momento en el que inicié el plan de escape dentro de la prisión, fueron justo los primeros días posteriores a mi huida, puesto que me encontraba sin recursos *a priori* ni medios para poder contactar con nadie ni aproximarme a mi salvación. No fue algo improvisado, sino que tenía planificado que fuera así. Era momento de confiar en que alguien, con el que hace tiempo compartí muchas cosas, recordase la ruta a seguir. La noticia habría llegado a sus oídos, de eso no tenía duda alguna. De hecho, debía estar en todas las cabeceras de los noticiarios.

Era preciso viajar lo más ligero de equipaje que me fuera posible. Sabía que serían jornadas decisivas en las que debía subsistir como pudiera, moviéndome por zonas alejadas de la civilización, alimentándome casi del aire, buscando refugios allá donde fuere.

Avancé muy poco los tres primeros días, salvo por los kilómetros que hice en un furgón a la salida. Fui cuidadoso y procuré no dejar rastros, pero no puedo estar seguro de ello, porque no contaba con los medios para garantizarlo, y mucho menos con el tiempo. Quizá a

estas alturas sepan cómo escapé en primera instancia, pero dudo de que tengan alguna idea de la trayectoria que seguí a continuación.

Me guarecí en cualquier cosa que pudiera servirme de cobijo. Una cueva, el hueco de un árbol, una casa abandonada. Por suerte para mí, no es una época del año en la que se puedan sufrir los rigores de una meteorología extrema con temperaturas bajo cero. Sabía que era más inteligente y prudente hacerlo así, con cautela, empleando un ritmo pausado y meditando bien cada paso. Cuantas más horas y días pasasen sin tener noticias de mi paradero, más lejos supondrían que estaba.

Ese era el plan.

Debía estar ilocalizable, literalmente.

Quizá incluso barajasen que había contado con ayuda exterior, lo cual no deja de ser cierto en parte, aunque esa colaboración se hará más evidente en los siguientes pasos. Ya no tratarían de localizarme en las inmediaciones de la prisión. Eso era lo importante.

Han sido comienzos duros.

Pero, poco a poco, voy viendo la luz.

En unas cuantas jornadas más, podré poner en marcha mis otras ideas.

Capítulo 13
Myrkur



He metido la pata con la doctora Park a base de bien. Hasta el fondo. Es algo innegable. No sé si darme palmaditas en la espalda por ser tan condenadamente "lista" o arrancarme los pelos de la cabeza uno a uno por comportarme de forma tan estúpida. Sería una tortura liviana para lo que mi idiotez se merece.

Parece que la encrucijada se ha simplificado y ya solo tengo dos opciones: o hago cambiar de opinión a la psiquiatra, o me empapelan. Elijan, caballeros: opción A u opción B. Me pasé de la raya, es un hecho irrefutable. Supongo que esta soberbia, tras la que me escudo y de la que no logro desasirme con el paso de los años, es parte del problema. En realidad, pocas veces me ha reportado nada bueno. Quiero pensar que no es más que una estrategia defensiva que adopté desde el momento en el que detuvieron a mi padre. Quizá debería replanteármela, pues es evidente que me trae más disgustos que alegrías.

Pero es tan difícil dejar de ser quien has sido durante tantos años…

Puede que lo que tenga que replantearme de una vez es este victimismo marca de la casa que parece abarcarlo todo. Estoy cansada de este papel de segunda fila que, en más de un sentido, ha definido mi personalidad. Va siendo hora de sobreponerme a ser la hija de quien soy. Ningún hecho va a cambiar eso. Y no puedo escudarme de por vida en ello.

La cuestión aquí es que quizá sea, en realidad, una jodida psicópata, y que lo más inteligente sea mantenerme alejada de las fuerzas del orden, por el bien de todos. Si ya he rebasado un límite tan claro como el de matar a alguien, ¿qué otras líneas rojas podrían detenerme? Me aterra pensar que ninguna.

Estoy hecha un lío.

Me miro al espejo y no sé muy bien en quién me he convertido. A veces, tengo la sensación de que vuelven a mí esas diferentes personalidades que siento que conviven en mi interior y que no terminan de reconciliarse. No me estoy refiriendo a ningún tipo de disociación. Soy muy consciente de las distintas versiones de Myrkur que viven dentro de mí y que se ajustan e interpretan diversos roles. En eso no soy diferente de los demás. La gente no se comporta igual con su pareja que delante de sus amigos, ni tampoco son los mismos en su trabajo que en situaciones límite. Somos figuras geométricas de infinitas aristas y, quizá, eso es uno de los motivos que nos hace tan interesantes.

Reflexiono sobre todo esto y trato de recolectar las piezas para recomponer el puzle que determina quién es Myrkur Cranston. Es algo que llevo haciendo demasiado tiempo sin excesivo éxito.

Igual me ha faltado madurez hasta ahora.

Igual no llegue a alcanzarla nunca.

¿Quién soy, entonces?

Por un lado, la niña de mi primera infancia, la de los años felices, la que se mostraba alegre, sonriente, despreocupada. Alguien muy lejano que, por desgracia, casi he llegado a olvidar. No sé si queda algo de esa chiquilla ingenua en mi interior. Esa es justo la persona que me gustaría recuperar y ser en la actualidad.

Por otro lado, la adolescente y la joven enfadada con el mundo, de carácter recalcitrante y amargo, la que estaba llena de una rabia que nunca se ha terminado de disipar y que ha dejado un poso en mi interior del que no puedo desasirme. A esa adolescente la reconozco en muchas de mis reacciones impulsivas y dañinas.

Y por último, la mujer que soy hoy en día. La que quiere ser feliz. La que sueña con dejar atrás un pasado acibarado. La que anhela poder tener una vida como la del resto, con sus problemas

cotidianos y mundanos. Pero, a la vez, soy la que no puede evitar desconfiar de todo y de todos, supongo que por lo que he tenido que pasar a lo largo de los años desde que mi mundo colorido de la infancia entró en un túnel negro del que no sé muy bien cómo salir. Desde entonces, la vida parece transitar entre las distintas tonalidades del gris.

Me viene a la cabeza mi madre.

Es un salto de idea curioso. Es lo que tiene la encadenación de pensamientos, que unos te llevan a otros casi sin querer. Hace tiempo que no hablamos. Más o menos, desde que abandoné Salem y me trasladé a vivir a Boston. Hemos ido perdiendo el contacto de forma gradual. Nuestra relación nunca fue excelente, pero, según he ido haciéndome mayor, se ha hecho más compleja, más distante y, por qué negarlo, más fría. Me cuesta mucho comunicarme con ella. En ocasiones, tengo la impresión de que hablamos dos idiomas diferentes o, como mínimo, transmitimos en frecuencias paralelas que nunca llegan a confluir. No sé muy bien los motivos. Deberíamos aferrarnos al hecho de que somos lo único que tenemos la una y la otra.

Pero no es así.

Las dos somos testarudas.

Esa es una característica que tenemos en común.

Quiero pensar que somos diferentes, que no encajamos bien, que nuestras personalidades son opuestas, que la forma de ver la vida de cada una es demasiado dispar como para reconciliarse y confluir en algún punto. Sin embargo, debo reconocer que llevo ya mucho tiempo enfadada con ella y creo que es porque la culpo de todo lo sucedido.

De todos modos, resulta extraño que no me haya llamado después de que la noticia de la fuga de mi padre de la cárcel ocupara la primera plana de todos los informativos. Claro que, siendo honesta, yo tampoco he contactado con ella. Mis razones, una vez más, se me escapan incluso a mí. Las suyas, creo, se deben al temor a que le hayan pinchado el teléfono y a que hablar conmigo sobre el tema en cuestión pueda levantar sospechas. No la culparía si fuera así. Es mejor anticiparse que sufrir las consecuencias.

Mi propia teoría se desmorona por sí sola, puesto que lo más extraño aquí es que ni la una ni la otra hayamos mostrado ningún interés en ello, cuando lo cierto es que para las dos es algo tremendamente relevante. Su marido y mi padre es ahora un prófugo de la justicia, uno de los hombres más buscados de todo el país. Como mínimo, es un asunto para hablarlo en algún momento y compartir nuestras preocupaciones.

Me pregunto si, desde que se escapó, habrá contactado con ella. Tal vez tuvieran algo planeado juntos, en el hipotético caso de que él saliera alguna vez. Debieron hablar de ese tema en alguna ocasión, ¿no? Si lo pienso dos veces, me doy cuenta de que no es plausible. Mi padre adoraba a mi madre y dudo muchísimo que la pusiera en ningún riesgo.

Sospecho que mi progenitor debe haber recibido ayuda. Veo muy difícil que lo haya logrado por sí mismo. Es más, lo considero altamente improbable, por no decir prácticamente imposible. Sin embargo, tampoco quiero menospreciar ni subestimar su capacidad, pues sé de sobra lo inteligente y lo hábil que es en diferentes esferas de la vida. Por si eso fuera poco, es un hombre que no conocía el miedo. Me sorprendería que esa faceta suya se hubiese perdido a lo largo de los años de encierro.

Resulta inquietante no saber qué tiene planeado. Todos estos años ha permanecido encerrado y, de buenas a primeras, logra fugarse sin dejar rastro. Me asaltan infinidad de preguntas al respecto. ¿Tenía la fecha pensada desde hace tiempo o ha surgido la oportunidad de manera espontánea? ¿Hubo algún detonante que propiciara su salida subrepticia de la cárcel justo ahora? ¿Alguien más estaba al tanto de lo que pensaba llevar a cabo? ¿Dónde se dirige y qué se ha planteado hacer en libertad? ¿Será capaz de dejar atrás a su familia?

Y lo que más me preocupa de todo, ¿retomará su actividad delictiva?

Es todo un enigma.

Solo tengo una cosa clara.

Con mi padre no existen las casualidades.

Su mente calculadora tuvo que prever cada uno de sus movimientos.

Para él, la vida es como un tablero de ajedrez.

Capítulo 14
Ver y oír



Por esa vez, ha logrado controlarse. No tiene muy claro que vaya a seguir siendo así. Las voces cada vez van ganando en intensidad, en dominio y en capacidad de estar en todas partes, a todas horas. Cada vez son más frecuentes y menos esporádicas. Parece que ya son una parte más de él, una influyente y poderosa.

Según se aleja del que podría haber sido un grave conflicto, no paran de decirle que se ha comportado como un cobarde, que no va a poder eludir siempre la confrontación, que si no hace algo, va a ser una persona fácil de manejar y todo el mundo podrá abusar de él. No cesan ni un segundo de hablar. Da la impresión de que siempre tienen algo que decir, como si no pudiesen guardar silencio ni un solo minuto.

Nadie puede imaginar su suplicio.

Nadie que no esté en su piel puede entender su sufrimiento.

Su día a día es un auténtico tormento.

Empieza a pensar que estaba equivocado y que, en realidad, tomarse algo podría ayudarle a silenciar su ruidosa mente. Al fin y al cabo, fumar siempre lo ha relajado y le ha ayudado a sentirse más tranquilo. Ha sido una vía de escape en los momentos más difíciles.

Y este es uno de ellos.

Se palpa los bolsillos y no encuentra nada. Se sorprende. Vuelve a palparse una vez más, buscando el bulto que revele dónde se halla

ese objeto tan preciado para él en ese instante. ¡Qué extraño! Estaba seguro de haber cogido el mechero, el papel de liar y una bolsita con marihuana antes de ir a trabajar. Sí, sin lugar a dudas, se lo ha llevado.

Pero ahora no está.

Insiste.

Una vez más.

Y otra.

Mete las manos en los bolsillos, intenta encontrar los objetos perdidos en los entresijos de las telas, aunque es absurdo creer que están allí, pues ya lo ha comprobado palpándolos de forma insistente. Al primer toque, tendría que haber notado el mechero, ya que tiene un tamaño nada despreciable y pesa bastante. Un objeto así de sólido no se cuela sin más por un descosido.

Empieza a preocuparse. No es por el valor económico de lo que llevaba, aunque le fastidia, ha de reconocerlo. Es por otra cosa. Si está en lo cierto y lo había cogido, ¿dónde se encuentra ahora? Puede que se lo haya olvidado en la taquilla del curro. Si es así, más le vale haberla dejado cerrada. De lo contrario, alguien podría verlo, y eso le traería problemas, seguro. El capataz se enfadaría y tendría otra excusa para darle la patada. Por si fuera poco, se añade el hecho de que le complicaría la posibilidad de que le contratasen en otra constructora. Desde luego, no le iban a hacer una carta de recomendación precisamente a un drogata como él.

«¿Cómo puedes haber sido tan estúpido? No haces más que darles motivos para que te tomen por un inútil. Debería darte vergüenza…»

—¡Cállate! —dice, de nuevo, levantando la voz más de lo necesario. No ha tenido en consideración que todavía sigue en medio de la calle.

Los transeúntes que pasan cerca de él lo miran, calibrando si va hablando solo o mantiene una conversación por el móvil. Es algo muy común hoy en día. No obstante, su aspecto y sus gestos denotan que presenta algún tipo de desequilibrio.

Ya tiene bastante con sus preocupaciones como para que, encima, le recuerden que ha actuado de forma negligente. Aunque no sea

demasiado lo que cobra, lo cierto es que necesita ese dinero para pagarse el alquiler del cuchitril en el que vive. Su sueldo le basta para cubrir sus gastos, incluidos los innombrables. No es ambicioso, hace mucho que dejó de soñar con un futuro mejor. Las oportunidades se cerraron a cal y canto para él. Sobrevivir al día a día ya le parece un triunfo. Si pierde su trabajo, las cosas se pondrán aún más feas.

Y no le apetece tener que volver a empezar de cero.

Continúa caminando, angustiado por lo que pueda haber sucedido y por las consecuencias que puede traerle, cuando le parece percibir una figura conocida. Se encuentra en una esquina, dos calles más adelante, apoyado con los brazos cruzados sobre el pecho. Es lo último que le faltaba para rematar un día de mierda.

Un ramalazo de terror le sube por la espalda.

Trata de pensar qué puede hacer.

Aprieta el paso y procura alejarse deprisa.

Algo le dice que no tiene escapatoria.

¿Cómo escapar a lo que se encuentra dentro de tu cabeza?

Capítulo 15
Myrkur



Decido llamar a mi madre. Es casi un impulso que no pasa por mi nivel consciente, puesto que estoy con el teléfono en la oreja sin casi haberme dado cuenta de que tomaba esa decisión. Por algo dicen que, en realidad, lo que decidimos lo hacemos antes incluso de ser conscientes de que estamos eligiendo hacer una cosa en lugar de su alternativa. No sé si será puro psicologismo o verdaderamente es algo con una base neurocientífica. Tampoco es eso lo importante ahora. No entiendo por qué me da por cuestionarme cosas tan trascendentales.

Mientras mi mente vaga por esos derroteros, escucho la voz de mi madre en mi oído izquierdo y casi me sobresalto. Me cuesta un segundo darme cuenta y reaccionar. Un segundo parece poco pero, en según qué situaciones, es una eternidad.

—Myrkur, ¿me oyes? —indaga, no sin motivo.

Sí, la oigo. No la estaba escuchando, que es muy distinto, a pesar de que he sido yo quien ha iniciado la llamada. Yo y mis contradicciones. Parece un sello de identidad de la casa. La cuestión es que comprendo su pregunta. Por un lado, no estaba prestando atención y, por otro, debe pensar que la he llamado por error, algo comprensible también. Estoy segura de que, incluso, ha pensado en colgar por si me había equivocado. ¿No os decía que nuestra relación es maravillosa? Pues ahí tenéis otra demostración. Si optáramos al premio a las mejores madres e hijas del año, es

evidente que quedaríamos relegadas al último puesto de la clasificación.

—Hola, mamá.

—¿Va todo bien, Myrkur? —pregunta con un tono que refleja preocupación.

Esta cuestión me descoloca completamente. ¿En serio quiere saber si todo va bien? Menos mal que sé que es una mujer inteligente, pues, de lo contrario, dudaría si sufre algún tipo de discapacidad intelectual. Considerando que el hombre que tenemos en común se ha fugado de la cárcel, es evidente que las cosas, por decirlo de alguna manera, no van ni remotamente bien. Eso sin mencionar que debe estar al tanto de que hace unos días he matado a un sospechoso y mi carrera puede haberse terminado.

La vida me sonríe.

Igual tendríamos que salir a celebrarlo.

—¡Claro, mamá! Todo va de fábula —le digo, exagerando un poquito nada más el sarcasmo. El autocontrol continúa siendo mi asignatura pendiente.

—No hace falta ese tono irónico, hija. Si me llamas y no contestas, creo que entra dentro de lo razonable que me preocupe y que suponga que te pasa algo. Además, tampoco es que hablemos a menudo, así que doble motivo para sentirme intranquila —responde en un tono que no deja dudas acerca de su estado de ánimo. Ahora que lo pienso, en eso sí que nos parecemos.

Hay unos segundos de silencio en los que el orgullo de ambas lo conquista todo.

Está en lo cierto.

Por esta vez, voy a ceder.

—Supongo que tienes razón. En realidad, no sé muy bien por qué te he llamado. Quizá porque hace un tiempo que no hablamos, aunque tampoco tengo mucho que contarte, si te soy sincera.

Mentira.

Una más.

Hay mucho de lo que hablar.

Es complicado.

Ni yo misma me comprendo.

¿Es tan difícil para el resto de la gente?

—¿Qué te parece si me acerco a Boston y comemos juntas? —propone. Creo que le ha salido la vena maternal y quiere cuidarme.

No sé qué contestar. El silencio se hace demasiado largo, un tanto incómodo, así que supongo que no le doy otra opción que sugerir otra cosa.

—¿Prefieres venir tú a Salem? Podemos tomar al menos un café. Estamos tan solo a media hora de coche.

—Me parece bien.

—¿Cuál de las dos opciones?

Noto su irritación en la pregunta. Es algo que le saca de quicio. No puede disimularlo. Detesta que me tenga que extraer las respuestas con sacacorchos. Le saca de sus casillas, pero ahora se controla porque hace demasiado que no sabemos la una de la otra.

Nuestra exquisita relación vuelve a asomar la patita.

Lo pienso por un segundo y decido que me vendrá bien salir de Boston. No es que me apasione regresar a Salem, pero menos es nada.

—Iré yo.

—¿Qué te parece mañana sobre la una? A esa hora suelo salir a comer a un restaurante que está cerca de mi trabajo —propone, retomando un tono jovial. Debería alabarle su facilidad para reponerse de las emociones negativas.

Considero todo lo que tengo que hacer, es decir, nada. La una puede ser una hora tan buena como otra cualquiera.

—Me parece perfecto. Allí estaré.

Capítulo 16
Frederick



En estos últimos días he tenido mucho tiempo para reflexionar. Supongo que permanecer rodeado de naturaleza ha despertado mi lado más filosófico. Toda mi vida he sido consciente de lo importante que es mantener un buen estado de forma física, al igual que es fundamental tener un cerebro activo. El cuerpo es un templo que requiere cuidados y, si eres amable con él, suele ser agradecido.

En mis circunstancias actuales, se hace incluso más evidente.

No comprendo cómo muchas personas pueden no tener esto en cuenta y abandonarse a su suerte. Luego se quejan de que les llegan las enfermedades, que tienen el colesterol alto, que empiezan a detectar fallos de memoria, que no son tan rápidos y ágiles como antaño, que les duele esto y lo otro, y un largo etcétera.

Me ponen de los nervios.

Detesto a los que se quejan cuando no han hecho nada para evitar lo que les sucede, en lugar de asumirlo como un efecto de su falta de voluntad. No soporto a los lloricas que no hacen más que lamentarse en vez de poner los medios para mejorar. Cada uno somos los responsables de lo que nos pasa. Somos creadores de nuestro futuro, incluso cuando nos enfrentamos a condiciones adversas.

He cuidado con mimo ambos aspectos, mi cuerpo y mi mente. No es solo por salud, el cual de por sí ya es un buen motivo, sino

porque estar sano y lúcido te facilita las cosas en muchos sentidos. Para empezar, puede suponer una ventaja sobre otros que no lo han hecho y que, por lo tanto, son más lentos en sus reacciones.

El tiempo me ha dado la razón y estas dos máximas que he abrazado durante toda mi vida me han ayudado siempre, en especial en los últimos días. Si me hubiese abandonado y permitido que el paso del tiempo me castigara con los rigores del envejecimiento, en primer lugar, ahora no estaría fuera de los muros de la cárcel y, en segundo, aunque hubiera logrado salir, me habrían atrapado antes de que me diera tiempo a contar hasta tres.

Mens sana in corpore sano.

No puede ser más cierto.

Hace mucho que en mi cabeza estaba diseñado un plan, el cual se ha cocinado a fuego lento, detalle a detalle. No obstante, necesitaba el estímulo necesario, esa chispa que prende la llama, el último impulso que te hace levantarte y empezar, el primer paso sin el que no hay camino. Si las cosas no hubieran salido como tenía calculado, me temo que ahora mismo me encontraría con mis huesos apaleados en una celda de aislamiento. El castigo sería ejemplar para disuadir al resto de los presos de que no se les ocurriera intentar nada semejante.

Ser conocedor de que mi hija estaba en manos de un asesino, me hizo acelerarlo todo. Fui un incauto, porque era obvio que no llegaría a tiempo para salvarla. Reaccioné de modo instintivo, algo que no es propio en mí. Hubo momentos en los que temí haber cometido algún error grave. Todavía me asalta, de vez en cuando, ese temor. A pesar de ello, la adrenalina no me dejaba parar ni dar marcha atrás. Habría sido una estupidez detenerse a hacer comprobación alguna. La urgencia de la situación me instaba a mirar solo hacia delante.

A la postre, se demostró que, por fortuna, Myrkur no me necesitaba, lo cual es un alivio y un motivo por el que sentirme orgulloso de ella. Para tener una mínima garantía de éxito en lo que me proponía, todo tendría que haberse acelerado de manera considerable. Para empezar, mi desplazamiento debería haber sido con el furgón hasta el destino final, lo cual pondría en riesgo muchas cosas del plan a pesar de contar con escasas posibilidades de salir

airoso. Por si eso fuera poco, ni siquiera tenía la menor idea de cómo localizar a aquel hombre que la retenía. Tampoco contaba, *a priori*, con medios para averiguar dónde se encontraban.

No pensé.

Solo actué.

A veces, me reprendo por ello.

Otras, me felicito, pues ahora soy libre.

O casi.

Desconozco las consecuencias que habría tenido, independientemente de que le atrapasen o no, si le hubiera hecho siquiera un rasguño a mi hija. Analizando como reaccioné en cuanto me llegó la noticia de que la habían apresado, no puedo medir mis acciones posteriores. Lo que es seguro es que no habría podido parar hasta ser yo quien le torturase y matase.

Pero nada de eso ha sucedido porque ella demostró ser mucho más inteligente que él y le dio la vuelta a la situación. Y ahora yo me encuentro en libertad decidiendo los siguientes pasos que me conviene seguir a continuación.

Ahora sí que ya no puedo cometer error alguno.

Desde el momento en el que ingresé en la trena, empecé a tejer la red que necesitaría en el futuro. No tenía ni la menor intención de acabar mis últimos días entre esas paredes de hormigón. Eso lo tenía muy claro. Me atraparon porque Edward me traicionó. No lo habrían logrado sin su ayuda. No me correspondía estar encerrado cuando no me habían atrapado por sus propios méritos.

Previsión, aquí, es la palabra clave.

Primero, tuve que hacerme fuerte y demostrar a unos y a otros que era alguien a quien temer, y que mejor sería tenerme de su lado que como enemigo. Mi fama me precedía. Ser un asesino en serie con tal falta de empatía ya hablaba de mí de una forma tan clara que no eran necesarias las palabras. No tendría el menor escrúpulo de quitar de mi camino a cualquiera que se interpusiera. Y no solo eso, sino que me recrearía y le causaría el mayor dolor posible, disfrutando de su sufrimiento, regocijándome con él.

En alguna ocasión, al principio de recalar allí, tuve que hacer una demostración de hasta qué punto me importaba poco la vida de mis

semejantes, sin contemplar las consecuencias. A uno le rajé el cuello lo justo para que no se desangrara y le dije que le dejaba vivir porque yo quería. La siguiente vez, no sería tan magnánimo.

No fue el único que pilló el mensaje.

Resulta muy gratificante ver el miedo en los ojos de hombres que se supone que son crueles y han cometido terribles fechorías. Tenerlos sometidos de esa forma me hizo experimentar sensaciones nuevas, más intensas incluso que cuando asesiné a mis víctimas. Si lo hubiera sabido antes, quizá podría haberme empleado en eliminar a esos seres desagradables de la sociedad. Quién sabe si no habría quien me considerase un justiciero y no un vil criminal sin alma, como ahora.

En realidad, poco me importa la opinión de los demás.

Nunca he hecho nada por el resto de mis congéneres, ni por su aprobación, ni por lo que puedan pensar o decir.

No voy a empezar ahora.

Mis escarceos con otros presos, necesarios por supuesto, me valieron varios castigos, pero no me soliviantaron. Que me aislaran durante días no me suponía ni el menor desasosiego. Soy un hombre que disfruta en su propia soledad. Casi llegué a apreciarlo como un premio. Me dio mucho tiempo para pensar sin interrupciones y empezar a diseñar en mi cabeza los pasos necesarios que toda perfecta planificación precisa.

Posteriormente, entendieron que era un hombre de múltiples recursos y con una inteligencia que está muy por encima de la media. Es un hecho, no una forma de fanfarronear. Tengo un cociente intelectual superior, en concreto, más de tres desviaciones típicas por encima de la media, algo bastante inusual. El mensaje subliminal caló en sus mentes. Puede que esté mal que yo lo diga, mas no por ello deja de ser cierto. Me costó meses ganarme el respeto de todos, guardias y reclusos, pero, una vez logrado, solo me dediqué a recoger los frutos de un trabajo bien hecho.

Me ha llevado años conocer al milímetro el funcionamiento de la prisión. Sabía que intentar fugarme durante los primeros meses, por ejemplo, era un suicidio. Tenía mucho que estudiar. Horarios, cambios de turno de los guardias, qué se mueve en cada sección,

quién ejerce más influencia, quiénes son susceptibles de chantajear o de mostrarse colaboradores, con qué empresas trabajan para los distintos suministros, a quién convenía hacerle algún favor… Cualquier dato que pudiera ser relevante lo anoté mentalmente, aunque también tengo otros escritos en un pequeño cuaderno que mantenía bien escondido y que, a la postre, me beneficiaría que descubriesen ahora que ya estoy fuera.

También he pasado por distintos oficios allí dentro, sin importarme la dureza de los mismos o lo que tenía que hacer. Eso me posibilitaba conocer a más funcionarios y más reclusos. Sabía que, a largo plazo, ese sacrificio tendría su recompensa. Lo fundamental era estar al tanto de los latidos de ese edificio que, al fin y al cabo, funciona como un organismo vivo en el que todo está relacionado íntimamente.

Por otro lado, he comprobado en mi piel lo fundamental que era calcular las necesidades antes de que estas llegaran a producirse. La anticipación es una estrategia clave para el éxito. Ahora, gracias a la conjunción de estos factores, se presenta ante mí de forma férrea y sólida la posibilidad de volver a ser un hombre libre con un futuro por delante. Lo único que tengo que dilucidar es si soy capaz de iniciar una nueva vida sin mirar atrás o quiero llevarme a mi mujer y mi hija conmigo. Puede que esta sea la parte más difícil de todas.

Karen sé que me acompañaría, pero dudo mucho que Myrkur lo hiciera también.

Y menos ahora que es policía.

Antes o después, sabré si estoy en lo cierto.

Capítulo 17
Myrkur



Regreso a Salem después de unos meses de ausencia. Siento una sensación extraña en mis tripas. Quizá por los recuerdos que se agolpan en mi cabeza. He vivido aquí durante años, una parte de mi adolescencia y mi primera juventud. Obviamente, nada ha cambiado en la ciudad. ¿Por qué iba a hacerlo? Ha transcurrido demasiado poco tiempo desde que me trasladé para esperar modificaciones sustanciales. Todo está más o menos igual que la última vez que estuve aquí. Lo sorprendente sería justo lo contrario.

Ni siquiera sé por qué pienso en esto. En este periodo de inactividad, he tenido demasiado tiempo libre, supongo que eso ha provocado que esté más reflexiva. Quizá lo que sucede, simplemente, es que lo que sí parece haber cambiado en ese reducido plazo de tiempo es mi vida.

Y yo.

He pasado de ser una novata en una pequeña comisaría local —a la que se la podía ningunear y menospreciar— a ser una agente más o menos respetada por sus compañeros en Boston. No parece una mala evolución para alguien de mi edad.

Al menos, hasta ahora.

Desconozco el sentir general en la comisaría después de lo sucedido en el último caso en el que trabajé junto a Chrysler. Imagino que los rumores y los chismes se estarán extendiendo como la pólvora, al igual que las teorías e hipótesis de todo tipo.

Por si eso fuera poco, después de más de once años, me he reencontrado con mi padre, el cual acaba de fugarse de una prisión de máxima seguridad. Y tengo una relación que creía más o menos estable y que ahora no tengo ni la menor idea de hacia dónde va, si es que todavía va a hacia algún lado.

Y todo esto ha pasado en poco más de un año.

Así resumido incluso da un poco de vértigo.

Sigo siendo una chica de veintipocos años con una forma de vida nada convencional para alguien de su edad, de eso no cabe ni la menor duda. Estoy segura de que no encontraría ni a una sola persona que envidiase mi trepidante y emocionante estilo de vida.

Mi madre acaba de salir del edificio en el que trabaja. Su imagen me ayuda a que mi mente deje de divagar. Me saluda con la mano y sonríe. Intento imitarla pero no me sale, así que me limito a hacer un gesto con la cabeza para que sepa que la he visto. No estoy hoy de humor para disimulos, y menos con la persona que me trajo al mundo.

—Alegra esa cara, hija. Estás tan seria que cualquiera diría que vienes de un entierro.

Esa es mi madre, siempre destacando mis virtudes.

Acaba de salir un hombre del mismo edificio y se dirige hacia nosotras. Me pongo en guardia de forma casi instintiva. Es alto y bien parecido. Lleva algo en la mano, pero no me detengo a mirar con atención, puesto que reconozco un objeto que juraría que pertenece a mi madre. Me sorprende lo decidido que parece. Solo me faltaba hoy tener que aguantar a un desconocido y fingir que me importan sus opiniones.

—Karen, disculpa, te has dejado el bolso —dice, tendiéndoselo a mi madre con una mirada radiante. Cualquiera diría que es lo más excitante que ha hecho hoy. Es evidente que este tipo bebe los vientos por ella.

Lo que no tengo tan claro es que sea correspondido.

Mi madre es una mujer muy atractiva. A lo largo de los años, he visto cómo manejaba a los hombres a su antojo. Es una experta manipuladora. Cualquiera diría que tiene un don para ello. Un don

que, por cierto, yo no he heredado. Aun así, se me plantea la duda de si tendrá algo con él y si mi padre estará al corriente.

No lo creo.

—Gracias, Frank. Eres un cielo —le responde ella con una sonrisa de anuncio, mientras posa un segundo su mano sobre el antebrazo de él—. Lo cierto es que me lo he dejado a propósito. No lo necesito. He cogido las gafas de sol, la cartera y el móvil. Llevo todo lo que me hace falta —explica mostrándole los objetos que ha nombrado, mientras amplía, si cabe, más esa sonrisa dentífrica. Sí, es exactamente lo que pienso, aunque no sé si está bien dicho. El caso es que, cuando alguien sonríe mostrando todos los dientes, casi puedo ver un destello brillante en ellos como en un anuncio. Así que, como decía, creo que lo hace de forma dentífrica.

Yo también puedo permitirme mis licencias.

Para algo son mis pensamientos, ¿no?

—¡Oh, vaya! Creo que me he pasado de listo entonces. —Se sonroja ligeramente y a mí me resulta patético. Parece un adolescente "pajillero". No puedo evitar poner mis ojos en blanco. Al menos, reprimo el gesto de hacer como que vomito.

—No te preocupes. La intención es lo que cuenta.

Mi madre podría cortarse un poco y no ligar delante de mí, porque está tonteando con este imbécil de manera evidente.

—¿Es esta tu hija? —pregunta él con interés, al tiempo que aprovecha para cambiar de tema y dejar atrás su metedura de pata. Como diga eso de que parecemos hermanas, juro que no me reprimo y le meto un guantazo por falto de imaginación.

—Sí, esta es Myrkur.

—Encantado, Myrkur. Veo que eres tan bonita como tu madre.

Mis ganas de vomitar se intensifican. Odio a los tipos empalagosos como este. Cada palabra que suelta por su boca consigue que me caiga peor. Por supuesto me quedo seria, con el rostro pétreo como si fuera un Moai de la Isla de Pascua. Así le disuado de iniciar una conversación. No sé por qué me da que intenta ser amable conmigo para ganarse el beneplácito de mi madre.

Pues lo tiene crudo.

Debería haberle avisado de que soy más áspera que el papel de lija, en especial cuando no tengo un buen día como hoy. Suerte para él que no estoy con la regla, porque entonces no me aguanto ni yo.

—Bueno, será mejor que os deje a solas —se apresura a decir. Me alegra ver que ha pillado la indirecta. Un punto positivo para él—. Seguro que tenéis mucho de lo que hablar. Te veo luego, Karen.

Le miro mientras se aleja.

Aliviada.

Eso es lo que siento. Si llega a insinuar que se viene a comer con nosotras, me meto en el coche y me voy sin mirar atrás.

—¿Quién era ese, madre? —le pregunto con retintín, pues sé lo poco que le gusta que la llame «madre». Suena casi al *Cuento de la Criada* y la hace sentirse más vieja—. ¿No me digas que tienes tan mal gusto como para acostarte con un pazguato como ese?

—Podías haber sido un poco más amable, Myrkur. No te costaba nada. Y para tu información, no me acuesto con Frank. De hecho, por si cabe alguna duda, te aclararé que no tengo nada con él, pero me ayuda con cosas en el trabajo y me conviene tenerlo contento. Si sigue pensando que tiene alguna esperanza conmigo, mejor para todos. Ser amable puede ser ventajoso, hija. Igual podías probarlo alguna vez.

Me encojo de hombros. Ella sabrá lo que hace con su vida. A mí, desde luego, no me gustaría tener a un hombre así a mi alrededor. Claro que yo no soy mi madre ni tengo el ego que tiene ella. Siempre le ha encantado que la adorasen. Mi padre lo hacía. El único defecto que tenía era su afición insana por arrebatar vidas humanas.

Está claro que no existe el hombre perfecto.

—Será mejor que vayamos al restaurante. No tengo mucho tiempo —señala pragmática, mientras mira la hora en su teléfono móvil.

El local está literalmente a menos de tres minutos de su trabajo. Ya lo conocía de la época en la que todavía vivía aquí, aunque se ve que lo han reformado hace poco. Tiene una decoración minimalista y sobria, sin excesos. Me gusta que sea así. Detesto los bares muy recargados que saturan mis sentidos desde el mismo instante en el que abro la puerta para entrar.

Nada más sentarnos, un camarero nos trae la carta. Esto también me gusta. Es más agradable y práctico que tener que escanear un código QR para saber lo que hay. No sé por qué, pero casi siempre tengo que hacerlo varias veces, bien porque se sale de la página o bien porque no hay buena cobertura de red. Me resultan un incordio.

Parezco más del *baby boom* que de la generación Z.

Las dos miramos la carta en silencio. Mi madre suele cuidarse mucho, así que imagino que pedirá una ensalada o un pescado con guarnición de verduras. Yo no tengo demasiado apetito. Puede que pida lo mismo que ella y así la permito ilusionarse con el hecho de que vigilo mi alimentación.

Antes de que me decida, suelta una bomba que me deja sin aire.

Capítulo 18
Voces y presencias



Apesar de que lo que necesita es descansar y encadenar varias horas de sueño, lo cierto es que este se muestra esquivo. Después de lo que ha visto, no le sorprende. Lo que sí lo hace es el hecho de que no haya ido tras él. Sospecha que tendrá planeado algo, pero no está seguro. Nada parece tener sentido. Quizá solo intentaba atemorizarle.

Da una vuelta tras otra en la cama, tratando de alcanzar ese estado de bendita inconsciencia durante el cual nuestro cerebro se resetea y se limpia de lo sobrante que se ha generado a lo largo de las horas de vigilia. Esa labor de reciclado es algo necesario, imprescindible, aunque no siempre le otorguemos la importancia justa, en especial cuando decidimos trasnochar y robarnos salud a cambio sin ser conscientes de ello.

Cada decisión que tomamos implica un peaje a pagar.

En su caso, el problema es su mente en llamas. Sus neuronas están en modo hiperestimulación. Si alguien le hiciera una resonancia magnética nuclear, se aterrorizaría al contemplar el nivel de actividad que tiene ese cerebro. Valoraría hasta la opción de un coma inducido para bajar tamaña activación. Esto no es precisamente una muestra de buena salud, sino de todo lo contrario. Sus conexiones neuronales son caóticas ahora mismo, enviando

estímulos químicos y eléctricos por toda la corteza cerebral, inundándola de una sopa química peligrosa.

Esa hiperactividad es la que le impide descansar. Las diferentes sustancias que ha tomado a lo largo de tantos años y sus malos hábitos le han conducido a este punto. Su única esperanza, aunque ya mínima después de tantos años de abuso, sería ponerse en manos de profesionales y adherirse estrictamente a una medicación adecuada y a un estilo de vida saludable.

Pero no es lo que decide en ese instante.

Se levanta de la cama, se pone unos vaqueros, una camiseta y una cazadora y sale a la calle otra vez. Se dirige a una zona de bares que suele frecuentar. Piensa erróneamente que, tal vez, en esta ocasión, el alcohol le ayude a relajarse hasta el punto de verse preparado para dormir.

No hace otra cosa que complicarse la vida.

Si ya su conducta durante el día ha sido errática, la bebida solo le servirá para agudizar ese estado de inestabilidad. Se muestra inquieto, impaciente, porque el camarero tarda en atenderlo. No entiende que hay demasiada gente en la barra y otros están esperando antes que él. El centro donde reside el control ejecutivo, es decir, su lóbulo prefrontral, está en un estado de hiperactividad alarmante.

Otra vez le parece ver una presencia en el local. No puede creerlo. ¿Cómo demonios ha dado con él? Tal vez le haya seguido.

Pero no.

No es posible.

Debe recordar que Rocky está muerto. Por muy real que le parezca, no es más que una alucinación. Tiene que ser consciente de ello, ya que está seguro de que él falleció hace ya tiempo y los muertos no se levantan de sus tumbas para perseguirnos.

Grita, llama la atención del *barman*, golpea la barra con los puños. Su nivel de agitación no para de crecer. Algunos de los que suelen frecuentar el garito lo miran con descaro. El guarda de seguridad ya ha sido avisado para que esté atento. Allí no les gustan los tipos como ese que parece tener ganas de iniciar un altercado.

No es consciente de que su modo de comportarse es inadecuado y está fuera de control. Es como una llamarada en mitad de la negra noche: imposible no verla.

Continúa gritando que le pongan una cerveza, sin importarle las miradas de la gente. Necesita ese trago cada vez más. Cree que es su única salida y, por ello, su nerviosismo no para de crecer. No hace falta ser muy observador para darse cuenta de que está fuera de sí.

—¡Eh, no me chilles! —exclama indignado el camarero, quien solo intenta hacer su trabajo lo mejor que puede.

Es una noche movida, con mucha clientela. El bar está atestado. Se ha disputado un partido de fútbol americano y hay más jaleo del habitual. Los New England Patriots han ganado. A la gente le gusta celebrar las victorias de su equipo. Los ánimos están ya de por sí encendidos. Es lo que tiene el deporte de alta competición, que enardece las emociones como pocas cosas logran hacerlo.

Por fin le pone un tercio antes de que la situación vaya a más, pero el segurata ya lo tiene calado. No le quita ojo, ni a él ni a otros tres que le preocupan porque han estado sobrepasándose con unas chicas. En ese instante, el tipo nervioso es su prioridad.

Ahora parece que habla solo. Desde lejos, da la impresión de que está discutiendo consigo mismo. No le gusta. Esa clase de tíos son impredecibles. Al menor movimiento en falso, le va a invitar a que se largue. Lo tiene claro. Sabe por experiencia que siempre es mejor cortar por lo sano. Hay otros bares. Que vaya a beber donde quiera, pero él piensa tener una noche tranquila.

Capítulo 19
Myrkur



Si tenía poco apetito, se me acaba de quitar del todo. Otra cosa que debo agradecerle a mi madre. Luego me dirá que estoy muy delgada. Como si se tratase de un tema tan trivial como dónde ha ido a hacerse las uñas la última vez, me pregunta qué haría si me dijese que ha estado con mi padre.

Me quedo blanca.

Más de lo que ya soy.

Y eso que, de natural, rozo el color nieve de Alaska.

¿Se está tirando un órdago?

No sé qué pensar. Mucho menos qué decir. Tengo dudas de si lo ha visto o no. ¿Será capaz de estar jugando conmigo? No lo descartaré por el momento. Puede que solo esté tanteándome para saber qué haría si me enterase de su paradero. Al fin y al cabo, sigo siendo policía, aunque no sé por cuánto tiempo.

Mi deber sería hacer lo que fuera preciso para atraparle.

El problema es que no estoy segura de que sea lo que quiero.

Esta disyuntiva no se me debería plantear. En primer lugar, porque moralmente tendría que tener muy claras mis acciones. En segundo lugar, porque el sitio en el que debe estar es en prisión y que se haya fugado lo complica todo. Y en tercer lugar, porque era más fácil tomar esta decisión cuando llevaba años sin verle, pero desde que hemos retomado el contacto, aunque sea por asuntos policiales, algo se ha removido dentro de mí.

Todo es una mierda.

Mis padres siguen encargándose de joderme la vida, incluso cuando ya me he hecho adulta y me he independizado de ellos. Está claro que debe ser su *hobby* favorito. Me alegro de que, al menos, alguien se lo pase bien. Incluso me siento afortunada de ser el objeto de su diversión, véase la ironía.

—¿Le has visto después de que se fugara? —le pregunto con un nerviosismo en mi interior que es imposible negar. Ni siquiera trato de fingir lo contrario.

—Baja el tono, Myrkur —responde de manera prácticamente inaudible, mirando en derredor—. No hace falta que se entere nadie de lo que hablamos.

Le dijo el ratón al gato.

—Muy bien. Si quieres puedo susurrar o hablarte en lenguaje de signos, pero te agradecería que contestases a mi pregunta.

Me mira.

Me analiza.

Quiere anticipar mi reacción.

Trato de relajar la musculatura de la cara y calmarme, pero no me está resultando fácil. Sé que ella me conoce y es capaz de leer lo que pienso. En esta ocasión creo que disimular está fuera de mis posibilidades. Mi padre se halla en busca y captura y mi madre puede saber dónde se encuentra. ¿Cómo se aparenta que eso no te preocupa lo más mínimo?

—El sarcasmo sobra, hija. Comprenderás que es un tema para no gritarlo a los cuatro vientos —me reprende.

Se ha puesto seria.

Demasiado.

No sé qué pensar al respecto.

—Sí, lo comprendo a la perfección. ¿Y bien…?

—Solo te he preguntado qué harías en ese caso. No he dicho en ningún momento que le haya visto. Pero estoy preocupada, qué duda cabe. Sigue siendo mi marido. Y también tu padre, Myrkur, por si lo has olvidado.

No sé qué trata de insinuar con lo último que ha dicho. Claro que tengo muy presente que es mi padre. ¿Cómo olvidarlo si ser la hija

de un monstruo despiadado ha marcado mi vida entera? Como si echarlo al baúl de los recuerdos que se entierran muy hondo fuera siquiera una posibilidad.

—Te aseguro que no se me va de la cabez, madre. Cada día de mi vida pienso en ello —respondo con un tono de evidente acritud.

—No sé por qué tiene que ser tan difícil tener una conversación distendida contigo, hija. Te lo creas o no, me he esforzado mucho por ti.

—Ya me lo has dicho unas diez mil veces desde que atraparon a papá. No sé qué esperas a cambio. ¿Agradecimiento? ¿O quieres que te rinda pleitesía? —Me burlo de forma cruel—. Pues lamento decepcionarte. Yo no elegí venir a este mundo. Vosotros sois los responsables y como padres dejáis bastante que desear.

Observo cómo hace respiraciones cortas. Mi madre también tiene un carácter muy fuerte. En eso los tres nos parecemos mucho. Marca de la casa. Quizá ahí estén los ingredientes básicos para una familia disfuncional: mal carácter, psicopatía y egoísmo. Lo extraño es que hubo un tiempo en el que nos iba bien.

Ahora mira hacia otro lado. Intuyo que está intentado relajarse y no soltarme ningún improperio, que seguramente es lo que más le apetece ahora mismo.

Lo que no me esperaba es el cambio radical de conversación.

—¿Qué tal está Patrick?

Pestañeo rápido varias veces para adaptarme al cambio de tercio. Cualquiera que no me conozca podría pensar que soy un robot y me estoy reiniciando. Hasta ese punto me ha dejado fuera de juego.

—¿Qué? —le devuelvo la pregunta, no sé si para ganar tiempo o para que me explique a qué viene su repentino interés.

—Te he preguntado cómo está Patrick.

—Bien, supongo.

Me mira de forma extraña. Entrecerrando los ojos. Está jugando al despiste, aunque no pillo el objetivo. Ya sé que está al tanto de nuestra relación, pero no pienso hablarle de ello.

—¿Nada más? Desde luego eres escueta. Hace mucho que no le veo. Es normal que te pregunte por él, no solo porque ya sabes que me cae bien, sino porque sé que es alguien importante para ti.

Empiezo a verlo.

Ahora sí.

Está procurando hacer un paralelismo entre la relación que tiene ella con mi padre y la que tengo yo con Patrick. No sé por qué me da que quiere exponerme a mis sentimientos, a qué haría yo por Patrick, para justificar lo que ella está dispuesta a hacer por mi padre. No la voy a dejar que vaya por ahí. Es hora de reorientar la conversación.

—Dímelo de una vez, mamá —digo ahora en un tono más dulce y utilizando un apelativo más cariñoso—. ¿Ha contactado contigo?

—Todavía no —responde.

No puede ocultar su decepción.

Y esto me desconcierta.

Capítulo 20
Patrick



Al menos, ya empezamos a entender cómo logró escaparse Frederick Cranston de la prisión. Me da rabia reconocerlo, pero lo cierto es que creo que solo alguien tan inteligente como él podía lograrlo. Una vez más, ha demostrado que cuenta con una mente fría y calculadora. Parece que carecer de sentimientos no tiene más que ventajas.

Después de las barbaridades de las que demostró ser capaz, me pregunto cómo no se valoró en algún momento mantenerlo durante todo el tiempo en una celda aislado. Alguien que se come el corazón de sus víctimas, tras causarles un tremendo dolor, no puede considerarse humano. Desde que conocí su caso, me recordó al personaje de Hannibal Lecter y, por eso mismo, creo que, como a él, se le debería haber dado un trato diferente que al resto de los presos.

El tiempo me está dando la razón.

Claro que Lecter forma parte de la ficción y esto es la vida real, así que sospecho que un buen número de organizaciones en favor de los derechos humanos se habrían lanzado a solicitar que se le diera un trato digno, en especial porque hace ya años que se ha estado comportando de manera ejemplar.

O eso parecía.

Tiene pinta de que solo era parte de una estrategia.

Lo que sucede en realidad es que ha sabido ocultar muy bien su rastro y sus movimientos. En su celda, entre otras cosas, hemos hallado escondido un pequeño cuaderno en el que estaban anotados datos de lo más interesantes acerca del funcionamiento de la prisión. También habla de contactos de interés dentro, incluidos funcionarios, algunos de los cuales pudieron ayudarle, tal y como sospechamos.

—Ven a ver esto, Patrick —me dijo Peter Radler, el compañero al que le dio uno de los agentes de la policía local lo que habían encontrado en el registro.

—¿De qué se trata?

—El puñetero Devorador de Corazones se ha dedicado a detallar casi el día a día de su estancia en este lujoso hotel —bromeó, exagerando claramente.

—Déjame ver —le solicité con curiosidad. Viendo la expresión de mi compañero, debía de tratarse de algo jugoso.

Según iba leyendo las distintas páginas, me costaba dar crédito a lo que veían mis ojos. Frederick Cranston se ha encargado de dejar con el culo al aire a un buen número de personas que tendrán que dar cuenta de sus actividades en el interior de estos muros. En dicho cuaderno, hay anotaciones de fraudes, delitos de cohecho, tráfico de ciertas sustancias y faltas de diversa índole. Llevará tiempo comprobar la veracidad de todo lo que sugiere en ese cuaderno. También podría ser que solo pretenda mantenernos entretenidos y, así, de paso, desviar la atención.

Me da la impresión de que no se lo ha dejado aquí por descuido ni como fruto de una bonita casualidad, sino que es un detalle que también es premeditado. Quiere que se nos venga encima tanta cantidad de mierda que no podamos ni asomar la cabeza. Si empezásemos a investigar a todos los que aparecen aquí, no haríamos otra cosa en los próximos tres años.

Lo bueno es que eso no va a ser tarea nuestra.

Ya vendrán otros a ocuparse.

Me está quitando el sueño, lo reconozco. Me arrepiento del día en que accedí a investigar los crímenes de la urbanización, cuando me lo pidió Aron porque sospechaba que Frederick Cranston estaba

relacionado con ellos de alguna manera. Ahora se ha convertido en una persona casi omnipresente en mi vida, pues parece que todo acaba conduciéndome a él. Siento que este ser maligno me roba la energía, en todas sus formas y expresiones. Es como un vampiro que me chupa la sangre, sin importar lo cerca o lo lejos que me encuentre de él.

Experimento, además, una terrible ambivalencia, puesto que no puedo quitarme de la cabeza el hecho de que estoy enamorado de su hija. Ojalá no fuera así, sobre todo después de lo sucedido en el último caso en el que Myrkur estuvo trabajando junto a Chrysler. Todavía estoy horrorizado y tratando de digerir lo que vi.

Empieza dolerme otra vez la cabeza, no sé si debido a la tensión o a la falta de sueño que acumulo ni sé desde cuándo.

—Patrick, ¿estás bien?

Es Peter Radler el que me lo pregunta. En realidad, no es solo un compañero más, sino mi más cercano colaborador dentro del equipo asignado que dirijo para encontrar a Cranston. Es un tipo listo con quien resulta estimulante trabajar, puesto que tiene esa clase de pensamiento que los psicólogos llaman divergente. En resumidas cuentas, no acostumbra a seguir las líneas habituales, ni tampoco se deja influenciar por lo que parece evidente, sino que suele buscar aquellas explicaciones tangenciales que a la mayoría se nos escapan.

Peter y yo trabajamos juntos durante un tiempo antes de que me asignaran como compañero de Aron Rubicon. Al principio me costó acostumbrarme a él. Echaba de menos a Peter y su genuino sentido del humor. Aron, por el contrario, era un tanto prepotente y me trataba con cierta condescendencia. Después, hallamos el modo de cooperar de la mejor manera y resolvimos muchos casos juntos. Llegamos a ser buenos amigos, por imposible que pareciera al principio.

Hasta que las cosas comenzaron a torcerse.

Los métodos que utilizaba no casaban exactamente con mi forma de ver nuestro trabajo. Las rencillas entre nosotros cada vez eran más frecuentes. Llegó un momento en el que se evidenció que nos convenía tomar un poco de distancia. Fue entonces cuando accedí a infiltrarme en la policía de Salem para acercarme a Myrkur y tratar

así de establecer comunicación con su padre, el cual se negaba en redondo a hablar con nosotros.

Cuando pienso en retrospectiva, creo que no fue una buena idea. Desde luego, no para Aron, que ha terminado criando malvas después de ser asesinado por un amigo de Cranston con similares aficiones a la de él.

—Estoy bien, Peter, tranquilo. Un poco cansado, nada más. Supongo que como el resto. Tenemos demasiadas cosas en la cabeza —le respondo, posando mi mano derecha sobre su hombro como gesto tranquilizador.

—Eso espero. No tienes buen aspecto, colega. En fin, quería enseñarte algo. Creo que ya sé cómo escapó Cranston y tengo una teoría sobre quiénes pudieron ayudarle.

Capítulo 21
Myrkur



Después de dejar a mi madre en el trabajo, telefoneo a Patrick. Siento que necesito hablar con él. Le echo de menos más de lo que me gustaría reconocer e intuyo que nuestra relación está a punto de quebrarse para siempre. Imagino que a nadie le gusta descubrir que su pareja porta en su interior un oscuro pasajero al más puro estilo Dexter Morgan.

Espero varios tonos hasta que, por fin, salta el contestador. Nunca se me ha dado bien dejar mensajes en esos aparatos. Me siento idiota hablándole a una máquina, más o menos lo que me sucede cuando veo a otros dirigiéndose a Alexa como si fuera una persona real. Es un puñetero aparato que no hace otra cosa que espiarnos y, encima, parece que la gente está dispuesta a exponerle sin ninguna precaución sus gustos e intereses, así como su vida privada.

Sí, es verdad. Parezco una vieja de veinticuatro años.

—Patrick, soy yo, Myrkur. Llámame cuando puedas.

Esta no es más que una demostración de lo bien que me expreso ante el contestador. «Patrick, soy yo, Myrkur». Esa frase se merece algún premio, aunque no se me ocurre cuál. Quizá a la más lumbrera o la más espontánea hablándole a un contestador automático. El Nobel de Literatura está al alcance de mi mano.

La cuestión es que no me sorprende que no responda. No descarto que, verdaderamente, no pueda coger mi llamada en este preciso instante, puesto que forma parte del equipo encargado de la

investigación acerca de la fuga de mi padre. Casi me parece una ironía, o una mala pasada del destino o, mejor dicho, de alguien de carne y hueso que quiere tocarnos la moral. No obstante, no veo a NorNor, el jefe de policía de la comisaría de Boston en la que ambos trabajamos, con la pericia necesaria como para haber averiguado que su detective estrella y la hija del asesino en serie huido llevan un tiempo montándoselo a escondidas.

Por mi bien, espero que así sea.

Si me equivoco, es posible que mis días en la policía de la capital de Massachusetts estén más que contados.

Está meridianamente claro que en mi vida nada puede ser normal. La gente de mi edad sale a divertirse y vive un poco a lo loco, tiene sexo, prueba experiencias nuevas, viaja y conoce múltiples lugares, culturas y personas. Mientras tanto, yo llevo mi adolescencia y juventud midiendo las reacciones de los demás para evitar ponerme en peligro o que puedan hacerme daño, tratando siempre de no salirme de un margen seguro.

Eso sí que suena divertido hasta decir basta.

Me subo al coche y tiro el teléfono al asiento del copiloto. Estoy de mal humor y no tiene pinta de que este cabreo se me vaya a pasar a corto plazo. Necesitaba hablar con él, quería que nos viéramos hoy, que se pasase por mi casa o dejarme caer yo por la suya y compartir tiempo juntos, tal y como hacíamos antes de que se me ocurriera asestarle una infinidad de puñaladas al sospechoso de mi último caso.

La mayoría de jóvenes de mi edad tampoco hacen cosas como esa.

Un punto a mi favor.

No hay quien me gane a originalidad.

Todo ha cambiado de forma vertiginosa y no me ha dado tiempo a adaptarme a la nueva situación. De la noche a la mañana, no estoy en activo y la única relación de pareja que he tenido en mi vida mínimamente estable, parece haberse ido al garete. Me siento triste, decepcionada y enfadada. Estoy harta de ser un bicho raro, de que analicen cada cosa que hago y cada paso que doy. Quiero ser una persona normal, anodina, sin ningún interés. Quiero poder

comportarme como una chica de veinticuatro años y vivir de forma alocada, divertirme y salir de fiesta, quedar con amigos y no darle mil vueltas a todo.

Noto cómo me arden los ojos debido a que lágrimas de rabia pugnan por salir. Es difícil retenerlas porque, me guste o no, creo que son arrastradas por una marea que viene de años. Tantas veces he procurado mantenerme estoica, que cada vez me cuesta más gestionar lo que siento. No sé si es un signo de debilidad o un síntoma de que el dique empieza a resquebrajarse.

Quiero pensar que, en realidad, eso es lo que sucedió cuando apuñalé a Thomas Harley. Quizá no sea una psicópata como mi padre, sino que ahí vi el modo de canalizar todos los sentimientos reprimidos durante tantos y tantos años.

Arranco el motor.

No quiero pensar más.

Estoy agotada.

Solo necesito alejarme, física y emocionalmente, de lo que me hace mal. El problema es que no tengo a dónde ir ni tampoco sé por dónde empezar. Es jodido sentirse así. Sospecho que los demás ni siquiera imaginan toda la marea negra que recorre mi interior. No es fácil ser yo, de eso estoy segura. Ya me gustaría que otros tuvieran que estar en mi piel para ver cómo reaccionaban y afrontaban el día a día. Igual aprendía algo.

Me incorporo al tráfico con la esperanza de que, de manera casi mágica, se me ocurra un lugar en el que seré bien recibida para tener un destino al cual dirigirme.

Capítulo 22
Alcohol y anestesia



Al final, entre varios gorilas, le sacan del local. Las voces se ponen en pie de guerra, recordándole que, una vez más, se ha dejado tratar como si fuera una mierda. Le han pisoteado igual que si se tratase de una insignificante hormiga. Intenta hacer oídos sordos, a pesar de que es consciente de que eso es casi imposible. Son un coro diabólico que no para de gritar cada vez más alto.

Decide ir a una licorería. Ahí conseguirá lo que quiere, que no es otra cosa que dejar que el alcohol inunde su sangre y su sistema nervioso hasta anegarlos. Sabe de una que tiene horario veinticuatro horas. Se aprovisionará de varias botellas y beberá en cualquier parte.

Quiere encharcar su cerebro para no poder pensar.

Anhela naufragar en la inconsciencia.

Desea abotargar sus conexiones neuronales con alcohol para que estas no puedan comunicarse.

No tarda mucho en llegar. Cuando entra, el dependiente le observa desde el mostrador. Su aspecto le resulta amenazante, pues tiene la mirada perdida y está desaliñado. Además, va tambaleándose, un claro indicativo de que ya ha ingerido suficiente alcohol considerando criterios socialmente aceptables. En realidad no es así, pues no ha tenido tiempo para hacerlo, pero la mezcla de

sustancias que circulan por su cuerpo le proporcionan ese caminar inestable.

No le dice nada. No le apetece complicarse la vida. Solo espera que coja lo que haya venido a buscar, que pague y siga su camino. El turno de noche es lo peor, mas no tuvo otra opción que aceptarlo, ya que los demás ya estaban cogidos. Ni hablar de rotaciones. Nadie cede a ese respecto. Ser el novato no ayuda para exigir condiciones.

O lo tomas, o lo dejas.

Continúa observándolo desde la distancia. Cuando sale de su campo de visión, lo sigue en la pantalla de las cámaras. No tienen alta resolución, pero sí suficiente. Parece que va hablando solo. Lo que faltaba. A esas horas de la noche no hay ni un alma. Desde luego, no piensa meterse en problemas. Si no quiere pagar, que no lo haga. No tiene intención de jugarse la vida por unos pocos dólares. El negocio ni siquiera es suyo. ¿Para qué ponerse en riesgo entonces?

Lo cierto es que está juzgando sin conocer el contexto. Solemos hacerlo la mayoría de los seres humanos. Nos dejamos guiar por pensamientos automáticos que no siempre están basados en experiencias previas ni en datos fidedignos, sino en puros, simples y dañinos prejuicios. Y, lo peor de todo, es que actuamos guiados por esas ideas preconcebidas sin fundamentación.

Ignora que ese cliente sí tiene intención de pagar y que no está pensando en meterse en líos, sino que solo busca una salida rápida a sus problemas. No es de los que agreden a otros sin más. No lo ha hecho nunca hasta el momento. Más bien al contrario, se ha convertido en el objeto de burlas de manera recurrente.

No obstante, si en algo tiene razón, es en que ese hombre no se comporta de la forma habitual. No es únicamente el hecho de que hable solo, sino que parece hacer gestos involuntarios, como si fueran tics. Además, de cuando en cuando, levanta la voz y manda callar a alguien que, sin dudarlo, no se encuentra allí.

El dependiente de la tienda está deseando que salga y quedarse tranquilo de una vez. No le apetece ni lo más mínimo tener ningún sobresalto, a pesar de que sabe que es algo casi rutinario por las noches. De pronto, le asalta una idea que le hace empatizar con el

cliente que se halla en ese preciso instante deambulando por los pasillos. No sabe qué es lo que le sucede realmente, pero algo tiene claro: debe ser un tormento estar dentro de su mente. Él no puede escapar de sí mismo. No tiene otra salida. Siente algo similar a la compasión, pero esta se desvanece en cuanto se acerca al mostrador. Vuelve a ponerse en alerta por lo que pueda pasar.

—Te digo que me dejes. No voy a escucharte. Solo quiero estar tranquilo —espeta en voz alta a un interlocutor inexistente.

Está ahora frente al joven. Su rostro está crispado. Desde luego, debe estar pasándolo realmente mal. Menuda mierda llevar una vida así. Ojalá nunca olvide esta lección cuando le entra la pereza de no estudiar y acaba discutiendo con sus padres. La universidad será la llave que le abra la puerta para una buena vida, muy distinta de la que supone que tiene aquel tipo.

Lo siente por él, pero está deseando que salga y siga su camino, sea este cual sea. Quizá debería llamar a los servicios de emergencia para que le atiendan. Duda por un segundo, hasta que, finalmente, declina la opción. ¿Para qué hacerlo? En cuanto salga del local, pasará a ser problema de otros.

—¿Desea algo más, señor? —le pregunta, después de haber escaneado el código de las botellas que ha dejado en el mostrador. Apenas le mira a la cara mientras lo hace. Hasta que termina y entonces levanta los ojos.

Un escalofrío le recorre la espalda cuando fija su mirada en él.

Aquellos ojos están llenos de oscuridad.

Capítulo 23
Myrkur



Regreso a Boston en poco más de treinta minutos. El tráfico ha sido fluido la mayor parte del camino. El día está despejado, y eso se nota en la carretera. Cuando llueve, suele haber más atascos o, como mínimo, una circulación más lenta.

No sé muy bien qué hacer a continuación. Sigo como antes de salir de Salem. No se me ocurre dónde ir. La inactividad, desde luego, no es algo que me haga sentir cómoda. Tampoco me mantiene lúcida, por lo que se ve. Mis pensamientos parecen alquitrán de lo espesos que están. Miro el teléfono. Ya sé que Patrick no me ha devuelto la llamada, pero, a pesar de ello, lo compruebo en la pantalla con una vana esperanza.

En fin. Es lo que hay. Más me vale aceptarlo.

No conozco a mucha gente aquí, por no decir que no conozco a casi nadie. Me viene a la cabeza el nombre de Leonard, el forense que me dejó claro en más de una ocasión que le gustaría que nos viéramos fuera del trabajo. Es atractivo e inteligente, además de ser divertido y buen conversador. Se me presenta como una opción muy tentadora, pero finalmente la descarto. Creo que resultaría pueril llamar a un hombre que está interesado en mí porque mi pareja no me contesta al teléfono. Recuerda a un *sketch* de mercadillo sacado de una novela romántica de segunda fila. Chica llama a chico porque su novio la ignora para darle celos.

Patético.

Sin embargo, aunque cueste creerlo, no pienso en él como medio de poner celoso a Patrick, sino porque verdaderamente no quiero estar sola y me gustaría hablar con otro ser humano que demuestre un mínimo interés por mi persona. Estoy segura de que pasaría un rato agradable y lograría que, al menos por unas horas, me olvidase de mi mierda de vida.

Después de aparcar y descartar definitivamente esa opción, decido darme una vuelta y tratar de despejarme. Un poco de aire fresco no me puede sentar mal, aunque lo de fresco es más un deseo que una realidad, porque hoy vuelve a hacer calor.

Pienso en mi padre y en el modo en el que puede haber escapado. No han dado demasiados datos en los medios de comunicación. Desde luego, están siendo escrupulosos con la información que les facilitan, puesto que es un tema delicado y peligroso. Patrick tampoco me ha contado gran cosa, por lo que mi mente no para de elucubrar.

Intento dilucidar cómo lo ha logrado. La teoría de que pudo salir en un furgón y de que le ayudó alguien de dentro es la que más se baraja y la que, además, parece más plausible. Trepar por los muros o cavar un túnel, por supuesto, son cosas de la ficción, pero algo inviable en la realidad actual.

Meterme dentro de su cabeza para entender su modo de proceder sería una buena forma, pero los años de distanciamiento no me lo ponen fácil, puesto que no puedo basarme solo en lo que conocía de él siendo todavía una niña. Aun así, seguramente seré más capaz que la mayoría de entender sus razonamientos y adivinar los pasos que dio.

La cuestión es que me gustaría formar parte del operativo que se ha montado para localizarlo, algo que, por supuesto, está más que descartado. El único motivo no es que esté de baja administrativa hasta nuevo aviso, sino, obviamente, el vínculo paterno filial, que posiblemente no despertaría mucha confianza en el resto del equipo, en especial en este instante en el que se yo misma estoy siendo investigada por Asuntos Internos.

Nunca confesaría ante otro ser humano que siento una punzada de orgullo dentro de mí al pensar en la capacidad que ha

demostrado de burlar las medidas de una prisión que tiene una consideración de alta seguridad. No es la ADX Florence, conocida como la Alcatraz de las Montañas Rocosas, pero se le parece bastante, por lo que no está al alcance de cualquiera lograr burlar las distintas medidas de seguridad.

Sigue siendo un hombre brillante, qué duda cabe, y esto me recuerda a cuánto lo admiraba cuando era una cría. Parecía tener la habilidad de resolverlo todo, y ello me hacía sentir absolutamente segura. Me creía invulnerable porque él me protegería de todo y de todos. ¿Cómo esperar que, precisamente, el mayor daño que podía sufrir vendría por su parte?

Aparto estos pensamientos de mi mente. No me sirven de nada. No son más que barro en mis zapatos. Decido que tengo que empezar a hacer algo por mi cuenta. Este es un país libre y nadie puede negarme el derecho a obtener más información.

Comenzaré por investigar todo lo que pueda acerca de la cárcel en la que estaba retenido. Procuraré hacerme con los planos y averiguar todo lo referente a horarios, así como el funcionamiento interno de la institución. Es importante saber quién hace qué allí dentro, por si alguien pudiera estar al tanto de sus planes o incluso, tal y como me temo, ayudarle a escapar. Supongo que no será fácil conseguir estos datos, pero tampoco pierdo nada por intentarlo.

Tendré que echarle imaginación.

Es un manipulador de primera y, a pesar de los años de ausencia y de lo que ya he dicho, creo que sigo conociéndole mejor que la mayoría de las personas, aunque ese conocimiento no sea tan profundo como me gustaría. Puede que eso me sirva también para intuir sus pasos al salir de allí y anticipar alguno de los posibles movimientos que pueda tener en mente. Igual estoy siendo demasiado optimista.

Tuvo que haber planeado todo con mucho tiempo de antelación. Sospecho que conocía a la perfección los entresijos de la cárcel en la que estaba, mejor incluso que el propio alcaide y los funcionarios. Mi padre siempre destacó por su don de gentes. No le costaría demasiado ganarse a más de uno. Eso le serviría para tener acceso al tipo de cosas de las que uno solo se entera si te las cuentan.

Además, alguien como él que no deja nada al azar, debía tener prevista una situación de emergencia en la que necesitase dinero. Mi madre me dijo en alguna ocasión que era bueno con las finanzas. Si es así, sabría dónde invertir y cómo hacerlo. Una vez fuera de los muros de la prisión, necesitará acceder a sus activos, y posiblemente para ello también precise de algún colaborador.

Imagino que Patrick y el resto del equipo estarán intentando recabar información relativa a los libros que pudo consultar cuando estaba dentro y sus búsquedas por internet. No creo que dejase muchos rastros, puesto que eso sería una imprudencia de novato. Aunque no sea un experto en informática, sospecho que sabría lo suficiente para borrar aquello que le pusiera en riesgo. Además, enterraría los datos que le interesaran bajo una montaña de búsquedas intrascendentes.

Al menos, eso eso es lo que yo haría.

Desconozco si estarán investigando algo de todo esto, aunque supongo que así será. Sin duda, son muchos aspectos los que hay que considerar. Si pudiera demostrar que mi ayuda puede ser de utilidad para dar con él, quizá lograse que se olvide todo el tema de la investigación de Asuntos Internos, de la que cada vez estoy más convencida que no saldré airosa.

Una quimera como cualquier otra.

Lo pienso una vez más y ya no tengo tan claro si quiero hacerlo. Soy similar a una veleta, que se mueve según el viento que azota en cada instante. Es agotador estar nadando todo el tiempo en este mar de dudas que me asaltan últimamente y no me dejan avanzar.

Es decir, quiero conocer cómo lo ha logrado y averiguar dónde puede esconderse, eso lo tengo muy claro. Es mucho más que simple y pura curiosidad. Sin embargo, no estoy tan convencida de si estaría dispuesta a facilitar esa información a las fuerzas de seguridad para que puedan atraparlo. Si formase parte del operativo, no podría ocultar lo que encontrase y, si aun así lo hiciera, en el caso de que me pillasen, entonces ya no habría dudas de que mi carrera terminaría ahí y me esperarían años de encierro.

En fin, tengo ante mí un tremendo dilema.

Y por si esto fuera poco, sigo dándole vueltas a qué hacer justo ahora.

¿Quién dijo que la vida es simple?

Capítulo 24
Voces y apariciones



A la mañana siguiente, no se acuerda de prácticamente nada de lo sucedido la noche anterior. Por un instante, incluso tiene dificultades para tomar conciencia de en qué lugar se encuentra. Su mente está en mitad de una niebla densa en la que le cuesta discernir qué es sueño y qué forma parte de la realidad.

Abrir los ojos es una tarea que se le antoja complicada. No es solo por el cansancio provocado por una noche de sueños agitados, sino también porque los siente pegajosos. Si ha despertado es gracias a que suena la alarma del despertador que hace tanto tiempo que tiene programada. Es básicamente lo que le salva día tras día de la desidia y le obliga a levantarse para ir a currar. Debe agradecer a sus viejos hábitos que pueda mantener el trabajo todavía hoy, cosa que cada vez resulta más complicada.

Según parece, cuando llegó a su piso, se tumbó sobre la cama con la ropa puesta. En la habitación hay un olor fuerte y pesado que pide a gritos una limpieza profunda. Cuando se incorpora, observa que sus prendas de vestir se encuentran en muy mal estado y desconoce el motivo. Tiene incluso algún desgarro en la tela de la camisa que lleva abierta. El bolsillo está prácticamente arrancado. Le sorprende ver rastros de lo que parece sangre sobre su camiseta, la cual un día fue blanca. Se acerca a un espejo para ver si tiene algún corte en la cara. Su aspecto es nefasto. Está demacrado y la piel

tiene un tono macilento. Los ojos enramados. Hasta le produce asco verse así. Se avergüenza de sí mismo, aunque tampoco piensa hacer nada por remediarlo, salvo cambiarse de ropa y poco más. Es lo que tiene estar inmerso en una espiral de autodestrucción.

No resulta fácil encontrar la salida cuando cada curva te conduce a la siguiente en un bucle infinito.

Al quitarse la camiseta, nota una punzada de dolor en el costado derecho. Se mira; tiene toda la zona amoratada. No lo recuerda, pero le da la impresión de que le han molido a palos. Tal vez le dieron una paliza y le propinaron patadas y puñetazos. No es lo único que le sorprende. Sus nudillos están en carne viva. Debió pelearse con alguien, ya no le cabe ni la menor duda.

Intenta pensar y aclararse las ideas. No cree haber tenido nunca esos lapsus de memoria. No descarta totalmente que los haya sufrido en ocasiones anteriores, pero desde luego no es consciente de ellos. El caso es que ahora sí que le preocupan, porque abren el camino a nuevas incertidumbres.

Es un paso más allá en su enfermedad.

¿Qué sucederá de ahora en adelante si no es capaz de recordar lo que hace? ¿En cuántos problemas se podrá meter?

De todos modos, la noche anterior bebió hasta casi perder el conocimiento. Tampoco debe darle tantas vueltas ni preocuparse en exceso. ¿Quién no se ha levantado con la mente en blanco tras una noche de borrachera? Seguro que no es ni el primero ni el último al que le ocurre algo similar.

«¡Eh, Mickey! Espabila de una puta vez. Tienes la cara que da grima verte». Escucha que le dicen, sin saber dónde ubicar el sonido.

Esa voz…

Esa voz le hace temblar de pies a cabeza.

Mira a su alrededor intentando localizar su procedencia. No es como otras veces. No es como las voces habituales, a las cuales conoce, en cierto sentido. Es distinto ahora. De hecho, la última vez que la escuchó, también pudo verlo…

Y eso fue lo más aterrador.

Se dirige al lavabo y abre el grifo de agua fría. Mete la cabeza debajo, porque lavarse la cara no es suficiente. Observa cómo el líquido, normalmente transparente, se torna rojizo. Se toca con los dedos el pelo y no tarda en notar algo viscoso. Es sangre medio coagulada. Le duele donde se palpa en ese instante.

«¿No te acuerdas de nada, patán?», le pregunta ahora la voz que da la impresión de tener el don de la ubicuidad.

Se yergue asustado y se sobresalta al ver su imagen reflejada en el espejo, porque hay alguien más tras él. Se gira con rapidez, pero ahí no hay nada. Es un puñetero tormento lo que está viviendo. Empieza a llorar desesperado. ¿Cómo puede poner fin a ese suplicio?

«¿Ahora lloras? ¿En serio? Me das vergüenza ajena. No tienes huevos. Eres una nenaza. Siempre lo he pensado. Nunca debí mezclarme contigo. Eres un saco de mierda y lo sabes muy bien».

Esta vez sí lo ve. No es una imagen nítida, pero sin duda es Rocky el que se esconde entre la penumbra de esa esquina de la habitación que se aprecia desde la puerta del baño. ¿Cómo es posible? ¿Qué diablos está pasando? Intenta justificar lo injustificable con un argumento razonable. Piensa en la posibilidad de que se colara en su piso por la noche. Sí, eso debió ser. Al fin y al cabo, no recuerda nada de lo que sucedió. Tiene que ser más cuidadoso.

De pronto, su visitante cambia de tercio, incluso de tono de voz, ahora más amable.

«Yo puedo librarte de todos tus problemas. Podría ser más sencillo de lo que imaginas. Solo tienes que hacer algunas cosas por mí. Me lo debes y lo sabes. Y a pesar de ello, estoy siendo generoso contigo».

—Rocky, no, por favor. Tienes que irte. Déjame en paz —suplica, aterrorizado. Ni siquiera atiende a lo que le dice. Solo quiere que desaparezca.

«Ya no, Mickey. Ya no me voy a ir. Ahora he venido para quedarme. Más te vale aceptarlo. Lo primero que voy a hacer es silenciar todas esas puñeteras voces que te hablan y te confunden. ¿Qué te parecería eso? Estoy seguro de que te gustaría, ¿me equivoco?».

Se queda petrificado. ¿Cómo puede saber él eso? Niega débilmente con la cabeza, como si así pudiera convencerle de que no tiene razón, de que es imposible que esté al tanto de algo que nadie más conoce, salvo los psiquiatras que le trataron en el pasado.

«Simplemente lo sé». Se adelanta a sus elucubraciones.

Cierra los ojos. Los aprieta fuerte. Tiene la esperanza de que al abrirlos, su mayor tormento se haya desvanecido, pero no es así. Cuando se atreve otra vez a mirar, no solo no ha desaparecido, sino que se encuentra mucho más cerca de él.

Tiembla de pies a cabeza. Está aterrorizado. Sabe que Rocky es implacable y cruel. No le va a quedar más remedio que hacer lo que le pida si desea seguir vivo.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta con temor.

«Muy sencillo: tienes que matar a alguien por mí».

Otras veces las voces le han pedido que haga cosas malas y ha logrado eludirlo. No está en su naturaleza. No es violento *per se*. Sin embargo, en esta ocasión es distinto.

Ahora no le quedará más remedio que obedecer.

Capítulo 25
Myrkur



He rellenado el día como he podido. Es patético reconocerlo, pero esa es la mejor forma de describirlo. He estado leyendo en internet artículos sobre las fugas más famosas de las prisiones, no sé si por curiosidad, por documentarme o por entretenerme. Me ha servido para hacerme una idea sobre el tema.

Hay unos cuantos libros también acerca de este asunto y, como voy a tener tiempo, voy a leer alguno de ellos. Nos encantan estas historias. Solo hay que ver la cantidad de películas y series que giran sobre esta temática. No sé si es el morbo o qué, pero tanta filmografía y tantos libros sobre lo mismo dejan muy claro que es algo que nos fascina.

Además, he buscado información relacionada con la prisión, pero no hay tantos datos disponibles como esperaba. No va a ser fácil acceder a ellos. Necesitaré hablar con gente conectada de un modo u otro con ella y, sin mi placa, no me va a resultar fácil. ¿Qué voy a decir, qué estoy escribiendo una novela? Bueno, podría ser una opción, pero estoy convencida de que la información que me proporcionarían sería muy superficial. Lo que yo necesito llega a capas mucho más profundas, a esas a las que solo los que están dentro tienen acceso.

Parece que tendré que cambiar de estrategia.

A última hora del día, aburrida ya de no dar con nada realmente útil o interesante, me he dirigido a casa de Patrick. He llamado a la

puerta, a pesar de que me imaginaba que no estaría en su piso. Sospecho que hoy, igual que las últimas jornadas y las venideras, serán largas para él y el resto del equipo.

He decidido quedarme en el coche a esperarle. Soy consciente de que puedo pasar varias horas aquí dentro, pero tampoco tengo nada mucho más apasionante que hacer. Quizá me esté arrastrando ante él, pero lo cierto es que necesito que hablemos. Ya hay demasiada incertidumbre en mi vida en este momento. Si al menos puedo sacar en claro hoy hacia dónde va lo que sea que tenemos, mucho mejor.

Por un momento, me asalta el temor de que regrese a casa acompañado. No soy celosa, o creo no serlo, pero ahora mismo eso sería algo devastador para mí. Y a pesar de todo, creo que lo preferiría a este limbo en el que me encuentro ahora. Si me dieran a elegir, siempre escogería la certeza, por muy dura que esta sea y por mucho que arrase con cualquier mínima esperanza a la que aferrarme.

Reflexiono unos instantes y me doy cuenta de que nuestra relación ha sido una mierda desde el primer momento, llena de desconfianzas y de juegos a dos bandas. Algo así está condenado al fracaso desde el comienzo. No comprendo en qué momento nos pareció una buena idea estar juntos. Y sin embargo, aquí estoy, esperando a un hombre que no sé si realmente me profesa algún sentimiento parecido al amor o simplemente le atrajo el morbo de estar con una mujer que le parecía casi prohibida.

Una vez más, la sombra de mi padre planea sobre mí.

Estoy harta de percibir su influjo en cada faceta de mi vida. Siento que soy un ser sin identidad, una persona sin nombre, un ente alienado que ha sido despojado de su propia personalidad.

Tal vez sea hora de reconocer que Patrick no me conviene, pues tampoco me gusta sentir esta dependencia que experimento ahora. Me atormenta pensar que pueda tener la capacidad de absorberme de tal manera que no sepa hacer nada sin él.

Yo no soy así.

Soy una joven independiente y luchadora que nunca ha necesitado a nadie y que no pretende empezar ahora a depender de otro ser humano, mucho menos de un modo enfermizo.

Veo su coche acercarse y salgo del mío. Mi corazón se acelera de una manera preocupante. No debería sentirme así al reencontrarme con alguien que se supone que me quiere. Más bien al contrario, mis latidos deberían ralentizarse al saberme segura a su lado.

Quizá le doy demasiadas vueltas a todo.

Patrick se baja y se encuentra con mis ojos.

No sé qué pensar.

Capítulo 26
Fantasmas y demonios



El tiempo parece haberse detenido. No está seguro de haber escuchado con claridad. No puede haberlo hecho porque lo que le ha pedido es algo grotesco e inadmisible. Pero claro, está supuestamente hablando con Rocky, alguien que no se caracterizaba por ser compasivo, sino un desgraciado e inhumano ser lleno de vileza.

—No puedo matar a nadie, Rocky. Yo no soy así —confiesa de forma casi inaudible.

El otro se ríe. Cabecea como si le hubiera dicho una barbaridad sin sentido. Como si fuera una estupidez inaceptable. Entonces su gesto cambia y se vuelve cruel, amenazador. Esa desagradable expresión le trae recuerdos de tiempos pasados que no quiere rememorar.

«Me da igual como seas, cacho de mierda. He intentado ser amable y ofrecerte algo a cambio. Deberías sentirte agradecido por mi buena fe, pues, en realidad, creo que estoy en disposición de exigirte que cumplas con lo que yo quiero después de lo que hiciste. En un gesto de buena voluntad, te he propuesto librarte de tus problemas y de esas voces que no te dejan en paz. ¿Acaso las escuchas ahora mismo? ¿Dime la verdad?».

Se hace el silencio.

Mickey escucha con atención.

Nada.

Apenas puede creérselo. Por primera vez en mucho tiempo, es un silencio absoluto, no uno plagado de dudas, ni de ecos remotos, ni de reverberaciones lejanas.

Hay silencio dentro de él.

SILENCIO.

Uno extraordinario, agradable y delicioso.

SILENCIO.

Uno que le da calma y sosiego momentáneo a su mente.

SILENCIO.

Uno que no es uno real, pero lo parece.

En verdad, las voces han sido reemplazadas por otra con una presencia más densa, con más peso, con mucho más poder también, porque aparenta materializarse en una corpulencia física de la que es imposible evadirse.

Mickey, incrédulo, mueve la cabeza de un lado a otro.

—No, no las escucho. Es como si se hubieran ido.

«Porque se han ido. Yo las he echado. De nada…», dice el otro con ironía, achinando los ojos de forma fiera.

Sigue sin creer que aquello esté pasando. Resulta… raro. Es agradable no escucharlas por una vez. Es liberador. Se siente más descansado al desasirse de su parloteo incesante. Imagina por un segundo lo que sería vivir sin ellas, la paz, la tranquilidad. No estaría nada mal. Podría acostumbrarse a ello con suma facilidad.

—Muy bien. Parece que empiezas a valorar el silencio que mi presencia te ha regalado. Pero ya sabes que no es gratis. Ya te he dicho que tendrás que matar a alguien por mí. Soy un enviado del demonio y ni a él ni a mí vas a osar desobedecernos, porque las consecuencias no se harán esperar.

¿El demonio? ¿Le ha escuchado bien? No es posible. ¿De qué está hablando? Eso son ya palabras mayores. ¿Significa que si acepta cumplir con lo que le solicite se convertirá en un siervo del diablo? ¿Y qué implicará eso?

Percibe un frío oscuro que llena la habitación.

El terror regresa de forma ineludible.

Está atrapado en lo que parece un futuro sin esperanza.

Ahora mismo le gustaría poder fumarse un canuto hasta perder la consciencia.

—Necesito tiempo para pensarlo —responde, al final, tratando de ganar tiempo.

Tiembla.

No puede evitarlo.

Es superior a él.

Ya ni siquiera controla su cuerpo.

El miedo domina ahora hasta el último rincón de su ser.

«No hay nada que pensar. El gesto de buena voluntad no era sino una forma amable de darte la opción de aceptar de buena fe, pero no tienes posibilidad de elegir, porque esto es una orden. Y tu primer encargo es para ya mismo».

Capítulo 27
Patrick



Me sorprendo al ver a Myrkur. Su aspecto me conmueve y me hace difícil conciliar el hecho de que su apariencia de fragilidad y su rostro dulce convivan con los de alguien capaz de asestar tantas puñaladas a otro ser humano. Me atormenta el hecho de que pueda tener tantos rostros diferentes y no haberme dado cuenta hasta ahora.

Y a pesar de todo, en este momento que la tengo frente a mí, lo único que me apetece es abrazarla y besarla hasta caernos rendidos de agotamiento. La he echado de menos, por mucho que haya intentado convencerme de lo contrario.

Me temo que ha descifrado lo que pasaba por mi mente cuando la he visto, puesto que la expresión de su rostro ha mudado a una seria e implacable. Hasta sus ojos parecen de un azul más… frío.

—¡Hola! ¡Qué bien que hayas venido hasta aquí! No he tenido apenas tiempo…

—Basta, Patrick —me interrumpe de forma cortante—. No más mentiras.

Es tajante. No le gusta andarse por las ramas. Lo comprendo. En eso nos parecemos. Las cartas boca arriba y sobre la mesa. Espero ser capaz de hacerlo.

—No te estoy mintiendo —le respondo. Me engaño a mí mismo únicamente, porque ambos sabemos que no estoy diciendo toda la verdad—. ¿Qué tal si subimos a mi piso y hablamos con calma? —le sugiero al ver su gesto. Creo que será mejor tener esta conversación

en un lugar en el que podamos estar a solas, lejos de imprevistos, de miradas indiscretas y de posibles interrupciones.

Me sigue hasta el portal. Entra justo detrás de mí. En el ascensor, ni siquiera hablamos. Es como si los dos tuviéramos claro que el tema que tenemos pendiente es demasiado grave como para comentarlo en cualquier parte. Requiere de privacidad y un grado de intimidad que solo puede encontrarse en un lugar personal y reservado. Hay demasiados elementos a considerar, ya que no es solo relativo a nuestra relación, sino algo más intrincado en el que se mezclan delitos de distinta índole. No podemos arriesgarnos a que cualquiera pueda escucharnos.

Cuando por fin entramos en mi casa, enciendo la luz y cuelgo la chaqueta en la percha de la entrada. Me siento nervioso y no debería. Es Myrkur. Llevamos ya unos meses de relación, nos conocemos demasiado bien, ¿no es verdad? No. Ya no estoy tan seguro de ello. ¿Qué demonios está pasando para que todo haya cambiado tanto entre nosotros en tan poco tiempo?

Conozco la respuesta, pero no quiero reconocerlo.

—¿Te apetece tomar algo? —le pregunto para romper el hielo. Tendría que estar ahora mismo estrechándola entre mis brazos y, sin embargo, parecemos dos desconocidos.

—¿Qué está ocurriendo, Patrick? Y no me vengas con rodeos. Necesito toda la verdad. Desnuda y cruda. Podré digerirla. Soy fuerte, ya lo sabes.

¿Por dónde empiezo? ¿Por las dudas que me han surgido últimamente? ¿Por el miedo que tengo? ¿Por los sentimientos que me despierta tenerla aquí a tan pocos centímetros? ¿Por el desagrado que me suscita su padre? ¿Por el temor que me atenaza el pecho al saber que ahora está libre?

Cierro los ojos, agacho la cabeza y suspiro.

—No sé qué decirte.

—¿Qué tal si empiezas por reconocer que nos hemos distanciado desde la resolución del último caso?

No me da tiempo ni a respirar.

Necesita respuestas y las necesita ya.

—Sí, tienes razón. Me he alejado de ti. Y no debería haberlo hecho. Tendría que haber estado a tu lado, más que nunca, porque imagino que lo estás pasando mal. Son… demasiadas cosas. Soy un egoísta, Myrkur —le confieso. Es lo que creo. Solo he pensado en mí, esa es la verdad. Pero no deja de ser menos cierto que estoy un poco asustado por no saber realmente a lo que me enfrento—. Igual ella también debería comprenderlo. Soy humano y tengo defectos, pero no soy el único.

—Sigo siendo la misma persona, Patrick. Y sí, no voy a negarte que te necesitaba a mi lado. No lo estoy pasando precisamente bien, ¿sabes? Una vez más, soy el objeto de estudio que analizar bajo el microscopio. No imaginas lo agotadora que es la sensación de que te hagan sentir un bicho raro.

Tiene razón. No puedo imaginarlo. Nunca he estado en su situación. Para ser honestos, suelo encontrarme en el otro lado, analizando el comportamiento de otros para saber si tienen alguna implicación o no en determinado delito.

—Lo siento mucho. Me he portado como un capullo —me disculpo con sinceridad. Sin embargo, me sigue rondando un pensamiento por la cabeza que no puedo obviar. Es justo lo que me ha tenido en vilo todos estos días, lo que me ha mantenido a distancia de ella.

Myrkur mira para otro lado. Juraría que procura reprimir las lágrimas. No es habitual en ella. Procura no mostrarse vulnerable.

Quizá no sea el mejor momento…

Pero no se me ocurre cuál puede serlo.

—Necesito que me digas algo y que seas totalmente sincera —me atrevo a pedirle.

Se gira otra vez hacia mí. El azul de sus ojos es un enigma en estos momentos. Tiene una mirada que me recuerda demasiado a la de su padre y ese detalle remueve algo en mi interior.

Es un miedo ancestral el que se agita dentro de mí.

Es el miedo por la vida.

—No sé qué esperas que te cuente —se adelanta a mi petición. Lo sabe perfectamente, aunque intenta eludirla sin demasiado convencimiento. Está segura de lo que voy a preguntarle a continuación.

Siento que el ambiente entre nosotros se vuelve opresivo. Me disgusta que sea así. Lo nuestro nunca ha sido fácil. Es comprensible, teniendo en cuenta que lo que comienza con mentiras tiene raíces rotas y superficiales. A pesar de todo, mis sentimientos por ella son intensos. El problema es que no tengo claro que pueda seguirla queriendo según lo que me diga.

—¿Qué pasó exactamente?

—Eso ya lo sabes. Analizaste la escena —responde escueta, pragmática.

—No me refiero a eso. Necesito comprender por qué le asestaste tantas puñaladas y, más importante todavía, conocer qué sentiste al hacerlo.

Capítulo 28
Vida y muerte



Las voces no están. Se han desvanecido. No escucha sus incesantes comentarios. Parece que se han evaporado, sin más. No puede creerlo. Después de tanto tiempo, le cuesta convencerse de que pueda estar sucediendo. Es un regalo de un valor incalculable. Nadie que no haya estado sometido a su influjo puede entender lo valioso que esto resulta para él.

Es agradable recobrar el silencio mental. Hacía ya demasiado tiempo que no lo experimentaba. Exactamente, desde que estuvo en rehabilitación y el tiempo que pasó después siguiendo las pautas que le dieron los médicos. Cuando se mantuvo alejado de las drogas.

No duró mucho tiempo.

El ruido incesante regresó.

Justo cuando volvieron los malos hábitos.

Después de pensar que había tocado fondo y que nunca volvería a recaer en ese pozo negro en el que le sumían las sustancias psicotrópicas, pasado un tiempo, volvió a las andadas. Se justificaba pensado que estaba en su naturaleza, que tenía una tendencia natural a la adicción y que estaba fuera de su control. En parte, no le faltaba razón, pero no dejaba de ser menos cierto que su fuerza de voluntad era débil, y tampoco se esforzaba demasiado en afrontar el día a día sin recurrir a cualquier sustancia psicoactiva.

En ese preciso instante en el que disfrutaba del silencio y la quietud que percibía en su interior, se planteó por un segundo la posibilidad de hacer lo que Rocky le pedía. ¿Acaso no se merecía un poco de paz?

—¡No, no, no! ¡No puedo hacerlo! —expresó en voz alta, nervioso. Lo que le había pedido era demasiado. Implicaba trascender un límite de esos que no pueden traspasarse. No le había hecho una petición sin importancia, sino que le había solicitado algo aberrante que era sencillamente inconcebible.

—No soy un asesino. Yo soy incapaz de matar a una persona —manifestó de modo contundente. ¿Cómo iba a hacer algo semejante cuando ni siquiera se sentía con fuerzas para enfrentarse a las burlas de sus compañeros? Nunca les plantaba cara. No se defendía ante ellos. Era del tipo de personas que suelen rehuir las confrontaciones.

Entonces, un pensamiento fugaz pero certero atravesó su mente. Aquella idea le provocó una oleada de pánico. Rocky no le había dado la opción de elegir.

Fue muy claro al respecto.

No era una petición, sino una orden.

Tragó saliva con dificultad. Aquello no podía ser real. Una vez más, estaba todo en su cabeza. Esa era la única explicación razonable. De hecho, su presencia se había esfumado como si tal cosa. ¿Cómo podría haberlo hecho de no ser así?

Trató de tranquilizarse razonando al respecto. Era eso. No cabía duda alguna. En realidad, no tenía motivos para preocuparse. Se lo había imaginado, no existía una explicación mejor.

Respiró con alivio.

Una vez más, constató que las voces no estaban ahí. Disfrutó, otra vez, de esa agradable sensación. Quizá se hubieran resuelto sin más sus problemas. A veces ocurren cosas así. Sí, debía ser eso. Uno de esos sucesos aleatorios y sorprendentes que, a veces, acontecen de manera inexplicable.

Se sentía bien, liberado.

En primer lugar, se asearía un poco. Las manchas de sangre que le cubrían la ropa y los moretones del costado, de pronto, habían perdido relevancia. Seguramente se metió en alguna pelea por estar

tan bebido. Pero eso ya era pasado. Se lavaría bien y procuraría olvidar que estaban ahí. Aunque también presentaba alguna magulladura en la cara, estas no eran demasiado evidentes.

También olvidó que su mechero y la bolsita con "polvos mágicos" que llevó el día anterior al trabajo habían desaparecido de forma inexplicable. Por suerte para él y aunque desconociera su paradero, no supondrían ningún problema, ya que los había perdido en otro lugar y no podrían emplearlo como un argumento contra él.

Después, decidió prepararse un buen desayuno antes de ir a trabajar. Necesitaba reponer fuerzas. Se encontraba de buen humor. Casi le parecía increíble, después de la zozobra que le asaltó al despertarse y del terror que le había infundido ver otra vez a Rocky en su piso. Se merecía que la vida empezara a sonreírle. Quizá fuera el momento de empezar a cambiar para mejor. No tendría que ser de golpe, pero sí empezar por sustituir algunos hábitos, especialmente los más dañinos. Él no era una mala persona. Simplemente, la vida no le había repartido las mejores cartas y él tampoco supo cómo jugarlas a su favor.

El autoengaño funcionaba. Era mucho más digerible que darse cuenta de que, en realidad, lo tuvo todo y lo perdió por sus malas decisiones. Tuvo una buena familia que le cuidó y se preocupó por él, pero eligió las peores compañías que le condujeron a un camino que le dirigía a la autodestrucción.

Se levantó para dejar la taza y el plato en el fregadero. Cuando regresara por la noche, fregaría todos los cacharros y adecentaría la casa. Sus propósitos eran firmes, pero su resolución, una vez más, sería débil.

Abrió el cajón en el que estaban los cubiertos, el cual también le servía para guardar algunas pastillas y otro tipo de estimulantes.

«No te olvides de llevarte un cuchillo. Lo vas a necesitar», le dijo la voz grave de Rocky junto al oído.

Del sobresalto, se cayó al suelo.

Allí no había nadie.

Capítulo 29
Myrkur



Sabía que este momento, antes o después, iba a llegar. Era una situación ineludible. Desde el instante en que aprecié que Patrick era consciente de que yo había salido ilesa de la confrontación y que el cadáver tenía un número de puñaladas injustificable, supe que querría hacerme esas dos preguntas.

¿Por qué y qué sentí?

Me debato entre ser descarnadamente sincera o mentirle sin compasión. Sería casi una forma poética de vengarme por todo el tiempo que me mantuvo engañada, cuando me hizo creer que me eligió como compañera en Salem por mis presuntas habilidades, y no porque quisiera utilizarme como medio de acercarse a mi padre.

En aquella época, hace poco más de un año, se encontraban investigando unos crímenes en una urbanización abandonada en una zona residencial de Boston que ocurrieron muchos años antes. Nuevas evidencias, las cuales habían salido recientemente a la luz, apuntaban a que podrían ser obra del Devorador de Corazones. De hecho, estaban bastante convencidos de ello. En todo momento se ha barajado que mi padre ha cometido muchos más crímenes que aquellos que lograron imputarle, así que aquellos bien podrían ser obra suya.

En última instancia, no resultó ser así, sino que el responsable era uno de los mejores amigos de mi progenitor en aquella época, Edward Scott o, mejor dicho, Albert Kenwood, tal y como se

descubrió que se llamaba originalmente antes de cambiarse el nombre para empezar una nueva vida.

Supongo que ambos estaban condenados a conocerse y a entenderse, pues los dos compartían el mismo gusto por execrables perversiones. Dios los cría y el viento los revuelve, que es una variación del dicho que me gusta más que esa que dice que ellos se juntan.

Filosofía al margen, creo que tendría que haberlo pensado mejor antes de venir hoy a casa de Patrick. En los pocos ratos que hemos compartido desde el sangriento suceso, no se ha atrevido apenas a preguntarme nada sobre lo ocurrido aquel día, pero no podía tardar mucho.

Como el título del libro de García Márquez, estamos ante *La crónica de una muerte anunciada*.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿Cómo que por qué? ¿No te parece evidente? —me pregunta con el ceño fruncido. Estoy siendo evasiva aposta, supongo que para ganar tiempo mientras decido qué responderle. Mentir o decir la verdad. Sigo sin decidir cuál es la mejor opción y hacia qué camino nos conducirá cada una.

—¿Qué va a cambiar cuando lo sepas?

Ahora es él quien duda qué responder.

—No lo sé, Myrkur. Puede que nada, o tal vez todo. Hasta que no me des una explicación, no podré saberlo.

Me quedo callada. Alargo el silencio todo lo que puedo, hasta que se hace incómodo. Voy a ver si la estrategia que usó la psiquiatra conmigo funciona con Patrick, y él se lanza a llenar este vacío que nos rodea y nos engulle.

Eureka.

Al final, claudica y habla.

—Te quiero y lo sabes. Después de todo lo que hemos pasado juntos, espero que no tengas dudas de lo que siento por ti, a pesar de que el comienzo no fuera más que pura ficción. Ya sabes que me arrepiento de ello y, si pudiera, daría marcha atrás para hacer las cosas de forma diferente. Después me enamoré de ti. He hecho lo imposible por acercarme a ti y que me dejaras amarte. Te aseguro

que me lo has puesto muy difícil. Y aun así, nunca me he rendido contigo.

—Pero no sabes si podrás seguir queriéndome si te queda alguna duda acerca de si soy o no una asesina.

—No es exactamente eso lo que quería decir. Myrkur, los sentimientos no desaparecen sin más. Uno no deja de querer a alguien en un segundo, pero te confieso que moralmente no podría estar contigo, puesto que estaría traicionando lo que soy.

—Ese hombre iba a matarme, Patrick, y me defendí lo mejor que supe. ¿Quién no habría hecho lo mismo en mi lugar? ¿Quién no usaría todas las armas que tuviera a su disposición para salvar su propia vida? Le manipulé de forma fría y calculada, eso no te lo puedo negar, pero es que, insisto, era mi vida la que estaba en juego, ¿puedes entender eso?

—Lo entiendo, aunque no es eso lo que te he preguntado —responde con una seriedad que me sobrecoge.

Sí, tiene razón. Estoy corriendo en círculos para evitar explicar por qué no paré cuando era suficiente, y qué sentimientos me despertó aquel acto infame. Sigo sin tenerlo muy claro tantos días después. Solo sé que no me arrepiento y que me da miedo averiguarlo, porque en el momento que definitivamente constate que he heredado la psicopatía de mi padre, no habrá marcha atrás. Asumir algo así no es sencillo, en especial cuando no quieres ser ese tipo de persona.

Le miro fijamente a los ojos, hasta que me doy cuenta de que las ganas de llorar son más fuertes que yo. Entonces, giro mi cabeza hacia otro lado con el fin de evitar que Patrick lo vea.

Cuando me recompongo mínimamente, comienzo a hablar.

—¿Quieres que sea sincera? Pues, lo seré. Fueron un cúmulo de sentimientos y de emociones. Por un lado, la adrenalina no me dejaba parar, la rabia de verme en esa situación, el miedo que sentí cuando me secuestró en mi coche, y toda la tensión acumulada hasta que hallé el momento de ganarle y salvarme. Por otro lado, creo que no quise parar. Me sentí extrañamente bien por haberle doblegado. Era mucho más corpulento que yo y, a pesar de ello,

pude con él porque fui más lista. Y no me arrepiento de lo que hice, eso sí que no lo voy a negar.

Las lágrimas siguen nadando en una piscina que está a punto de rebosar. Hago malabares para controlarlas y no dejar que se derramen. En mi pecho, noto los latidos acelerados de un corazón que rebosa tensión. He defendido mi vida y ahora tengo que defender lo que hice para no perder a la única persona con la que realmente creía que encajaba bien. ¿Acaso no merezco que alguien me quiera? ¿Qué es lo que he hecho tan mal para tener que sufrir siempre el rechazo de los demás?

Patrick no dice nada.

Y yo siento la necesidad de seguir hablando.

Tal vez ahora esté empleando él psicología inversa conmigo.

—Ahora te voy a preguntar yo algo. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? Piénsalo bien. No digas lo primero que se te pase por la mente ni lo que consideras que es correcto. Y cuando lo hayas reflexionado, me gustaría que me respondieras a otra pregunta que para mí es mucho más relevante. ¿Actuarías igual si yo no fuera la hija de un asesino? ¿Sentirías la misma desconfianza? ¿Me merezco ser juzgada con más dureza por ser mi padre quien es?

Capítulo 30
Frederick



Después de días de esconderme como si fuera un animal, he logrado alcanzar uno de los lugares clave. Ha sido un duro periplo, pero al fin estoy aquí. Las circunstancias han sido adversas en muy diferentes sentidos. Al hecho de saber que me buscan, lo cual ya es una dificultad *per se*, se suma la falta de medios disponibles. Si bien, por suerte, pude quitarme el mono naranja de la prisión, la premura con lo que he llevado a cabo todo me ha impedido llevarme las provisiones que tenía previstas. Han sido días de pasar hambre y sed, además de no contar con más ropa para cambiarme y un calzado más cómodo y adecuado para este trayecto. Por suerte, las temperaturas de esta época me han hecho la huida un poco más cómoda y he podido guarecerme sin pasar excesivas penurias en distintas cuevas y otros refugios que he ido encontrando por el camino.

Por otra parte, he estado completamente incomunicado, por lo que no he podido saber cómo iban la búsqueda. He tenido que hacer gran parte del camino a ciegas. Gracias a que había estudiado en profundidad la zona a lo largo de los años, he podido orientarme, aunque en muchos momentos he temido que me hubiera desviado y, por tanto, perdido el rumbo que me había marcado.

Eso ya es cosa del pasado.

Cuando, al fin, he visto mi destino, he respirado aliviado.

Se trata de una pequeña población en la que tenía un contacto. Un lugar recóndito en el que perderse, donde no llega casi ni la electricidad —es un decir, claro—, y lo que es más importante todavía, donde la pasma no se molesta en meter sus narices. No es una elección al azar, sino que fue debidamente meditada, gracias a la información que mi amigo me facilitó. En ella reside gente que tiene cosas que esconder y que no le gusta ser molestada. Existe un acuerdo consuetudinario entre los vecinos de no meterse en la vida de los demás.

Justo lo que yo necesitaba.

Lo difícil era llegar hasta aquí. Los primeros días por mi cuenta eran los más complicados y lo sabía, aunque mis expectativas se hayan visto superadas con creces. Jornadas de pura subsistencia, sin más esperanza ni motivo. Menos mal que tengo la mentalidad de un superviviente y va contra mi naturaleza rendirme. Una vez alcanzado mi destino, todo lo que venga a partir de ahora será más sencillo.

Al menos, relativamente.

Willy Ram y yo teníamos un trato desde hacía mucho tiempo. Coincidimos en mis primeros meses en la cárcel y jamás perdimos el contacto. Era un tipo muy resuelto, de los que se puede conceptuar como un conseguidor, puesto que era difícil encontrar algo con lo que no pudiera hacerse. Desde el primer instante, me maravillaron sus habilidades para ello. Supe que sería un bastión muy útil en mi futuro, igual que él supo que, gracias a mí, lograría hacer crecer su cuenta corriente de manera más que significativa.

Lo nuestro es una simbiosis casi perfecta.

A él le convenía que yo escapara, puesto que acordamos una suculenta cantidad si yo lograba mi objetivo. A cambio, me tendría preparada una nueva identidad y los papeles necesarios para comenzar una nueva vida. Además, me facilitaría un ordenador, un teléfono móvil, un vehículo discreto y un lugar en el que quedarme al principio. Después, nuestros caminos se separarían y tendría que apañármelas por mi cuenta.

Ningún problema. Estoy acostumbrado a ello.

La cifra que en su día le ofrecí no era desdeñable. El hecho de que Willy Ram no esté precisamente en armonía con nuestro sistema

judicial debido a sus encontronazos con la ley en el pasado, me daba ciertas garantías de que cumpliría su parte.

Su ilimitada ambición era la otra certeza que necesitaba.

Las noticias se encargaron de hacerle saber que era un hecho que había abandonado el techo que me cobijó durante los últimos doce años. Ya me estaba esperando cuando llegué y había dispuesto todo con suma eficiencia. De hecho, tenía previsto salir a mi encuentro si no hubiera llegado dentro del plazo que establecimos.

—Has tardado más de lo que esperaba —me confesó.

Observé los estragos que había hecho en él el paso del tiempo. Había engordado y su pelo había huido de su cabeza, hasta dejarlo casi como una bola de billar. Ahora lucía una barba que recordaba a un amante de las Harley Davidson. Sus tatuajes en los brazos y su chaleco de cuero, poco apropiado para la época del año en la que nos encontrábamos, reforzó esa imagen estereotipada.

Lo que sí permanecía intacta era esa mirada inteligente de ojos vivos y despiertos. Seguía siendo el mismo hombre avispado que conocí años atrás tras aquellos opresivos muros de hormigón.

—No ha sido fácil, ¿sabes? Esto está lejos y no tenía modo de saber si me seguían la pista. Siempre fui consciente de que no sería sencillo. Por eso establecí ese plazo de tiempo tan amplio. Según parece, no me equivoqué. Me alegro de no haber sido más optimista. Si hubieras tenido que salir a buscarme, podríamos haber levantado algunas sospechas.

—Al final lo lograste, Freddy. Eso es lo que cuenta —me dijo mientras me entregaba el material. Nadie me llama así. Es una licencia que le permito. Casi me pareció entrever cierto orgullo. No era algo personal, aunque ambos nos respetábamos. Era el hecho de saber que alguien de semejante condición a la suya había logrado burlar el sistema.

—¿Lo dudabas? —Sonreí con suficiencia. Comprendía sus dubitaciones. Hubo un momento en el que yo también tuve mis dudas. Tal vez porque ya estaba institucionalizado. Apenas te das cuenta, pero lo cierto es que, día a día, minuto tras minuto, te vas integrando cada vez más en el funcionamiento de la prisión hasta sentirte parte de ella. Te conviertes en un engranaje más. Tienes

que recordarte mentalmente que eres un ser libre y no debes plegarte al sistema.

Quizá me resistí antes a escaparme debido a que, en parte, me valía con saber que mi hija y mi mujer estaban cerca. O cabía la posibilidad, por qué no, de que me hubiera acostumbrado a esa vida igual que una mosca se resigna a estar encerrada en un tarro de cristal.

—¿Cuándo tendrás disponible lo mío? —me preguntó pragmático. Nuestra amistad se basaba en el interés mutuo, ni más ni menos, así que era absurdo disimular lo contrario. Por descontado, no esperaba de su parte ninguna expresión de cariño.

—Depende de la conexión a internet. Si me das unos minutos, antes de que te apures esa cerveza podrás verlo en tu cuenta. Al menos, la primera parte. La otra, en cuanto confirme que todo lo demás está tal y como lo acordamos.

Estábamos en un bar de mala muerte de un pueblo perdido de Massachusetts en el que a nadie le importa lo que hace el vecino. No era casualidad que nos viéramos justo allí. Aquel tipo sabía bien lo que se hacía. Willy Ram conocía el entorno mejor que nadie.

Encendí el ordenador. Hice algunos ajustes para evitar que pudieran rastrearme. Me conecté a la wifi de su móvil. Al fin y al cabo, él era un hombre libre sin causas pendientes con la justicia. Al menos, por el momento, puesto que ya cumplió debidamente su condena.

No quería encender, por el momento, el mío. Todo a su tiempo. No había ninguna prisa. Mejor reservar los recursos para cuando fueran estrictamente necesarios. No tardaría en estar solo y valerme únicamente por mi cuenta.

Recordaba a la perfección los usuarios y contraseñas de todas mis cuentas. Por suerte, tengo una mente privilegiada para almacenar datos. Nunca necesité escribir nada acerca de mis víctimas. Simplemente anotaba mentalmente sus rutinas, así como todo aquello que precisaba conocer antes de ejecutar mi plan y deleitarme con el placer que proporciona arrebatarle la vida a otro ser humano.

Jamás cometí un fallo.

Puede que ahora fuera más precavido en ese aspecto, pues han pasado los años y, aunque mi memoria sigue siendo excelente, me costaría fiarme tanto de ella como entonces. Los años no pasan en balde.

Ahora tengo un nuevo futuro por delante. Tendré que pensar muy bien cómo aprovecharlo. Las segundas oportunidades no se pueden desperdiciar. En estos primeros días que tengo planeados pasar alejado de la civilización, tendré tiempo de pensar, mientras defino los pasos que tendré que dar a continuación. No tengo prisa ni ganas de acelerar las cosas. Quién sabe si no le cogeré gusto a esto y pasaré aquí más tiempo del que, en principio, tenía planificado.

El único problema es que hay apetitos que son insaciables. Si mi hambre se despierta, este no es un buen lugar para satisfacerla.

Capítulo 31
Myrkur



No es que no comprenda la desconfianza de Patrick. Supongo que es lo normal, ¿no? Apuñalé veintiocho veces a un hombre y yo tenía apenas un rasguño. ¿Quién no se echaría a temblar? Tampoco es que no sea capaz de ponerme en su propia piel. Es algo más instintivo e irracional que eso, porque hablo de emociones puras y desnudas, de esas que no pasan por la corteza cerebral, de las que nacen de la amígdala y salen disparadas sin pedir permiso para dominarnos de pies a cabeza. Me duele y mi dolor no lo puedo disfrazar de razones, porque se siente sin más.

Este punto de inflexión traerá consecuencias, qué duda cabe. Algunas serán imprevistas, otras anunciadas. En todo caso, lo que tenga que pasar, me tocará asumirlo para poder seguir adelante. No puedo quedarme atascada en el sufrimiento. Todavía me queda demasiado por vivir. Soy muy joven y el camino que se abre delante de mí espero que sea muy largo.

Después de nuestra conversación, me quedé a dormir en su casa. Sospecho que si alguien se enterase de ello, la carrera de los dos se acabaría en un abrir y cerrar de ojos, en especial teniendo en cuenta su misión actual: localizar el paradero de mi padre para volverlo a enchironar. No creo que nadie viera con buenos ojos que los dos hayamos compartido cama en tales circunstancias.

Patrick fue brutalmente sincero y, aunque me escoció, lo agradecí. Efectivamente, tal y como suponía, mi genética es la que hace que

sus dudas y sus temores se amplifiquen. No lo culpo, cuando yo misma tengo miedo de convertirme en una asesina desalmada después de haber comprobado lo poco que sentí al matar a aquel sospechoso. Para ser totalmente honesta, lo más preocupante y que nunca confesaré fue precisamente el disfrute que por unos instantes experimenté de forma alarmantemente cristalina.

¿Qué dice eso de mí?

Los días pasan, a la vez deprisa y despacio. Es una incoherencia, pero es congruente. Despacio porque se me hace eterna esta inactividad, este paréntesis en el que parece encontrarse mi vida hasta que alguien pulse el botón de reinicio. Deprisa, porque al final de cada uno sigue pareciendo que fue ayer cuando mi mundo se puso del revés, y sin embargo, ya han pasado unos cuantos.

Hoy toca otra vez sesión con la psiquiatra. Ha pasado una semana desde la última. No comprendo por qué no tienen una mayor frecuencia. Igual es un tipo de estrategia. Puede que haya querido darme en qué pensar antes de volver a vernos o que, como mínimo, me encuentre más dispuesta a hablar.

Cuando acabe la sesión, tengo que pasarme por la comisaría y hablar con un par de agentes de Asuntos Internos. Me hicieron unas preguntas el día de los hechos y tampoco he vuelto a saber de ellos. Todo me resulta extraño. Pensé que, a estas alturas, las cosas habrían avanzado más. Al menos, podré hacerme una idea de por dónde van los tiros, que no es poco. Cualquier cosa con tal de salir de esta incertidumbre.

Esos mismos quince días, aproximadamente, que han transcurrido desde el día de mi apocalipsis personal son los que lleva mi padre fugado, y todavía no tienen ni la menor idea de su paradero. Tengo la impresión de que no lo van a encontrar, salvo que él quiera. La otra vez lo pillaron por algo ajeno a él, amigos que no lo son tanto y que quieren eliminar lo que empiezan a considerar un posible obstáculo. Sin embargo, al final se hizo justicia, pues Edward Scott acabó siendo eliminado por sus propios pecados. No voy a decir que me entristezca, igual que no lo hizo el hecho de que Aron Rubicon terminase con sus huesos bajo tierra. Fue un capullo conmigo y

estoy convencida de que habría hecho lo indecible por complicarme la existencia.

Me pregunto cómo lo habrá logrado. Por una parte, está el modo de fugarse, algo que es posible que no tarden ya mucho en esclarecer, si es que no lo tienen claro ya. No han dejado que trascendiera demasiado al respecto, algo sorprendente. Sospecho que no quieren darle pistas de lo que saben, por si mi padre pudiese emplearlas para obtener alguna ventaja.

A mí lo que más me intriga es el después. No puede haberlo hecho solo. Es evidente que le ayudaron a salir en primera instancia. Burlar las medidas de una prisión de máxima seguridad es inviable, salvo que cuentes con colaboración desde dentro. Debe estar más que claro quién o quienes le echaron un cable. O bien, habrán desaparecido del mapa o su cuenta corriente habrá engordado de forma generosa, salvo que lo hiciesen por salvar su propia vida y proteger la de sus familias.

Establecido eso, falta dilucidar lo que hizo una vez fuera. Tiene que haber necesitado la colaboración de alguien. Quizá tuviera un contacto que conociera sus planes y estuviera esperándolo justo a la salida. Es una cárcel rodeada de bosques y la población más cercana se encuentra a bastantes kilómetros. No obstante, dudo que se dirigiera a ella, puesto que sería demasiado evidente y ya podrían estar esperándolo. Habría sido demasiado arriesgado para el buen samaritano.

¿Ha llegado hasta algún núcleo urbano? Si es así, ¿cómo lo ha conseguido? ¿Se ha dirigido antes a otro lugar? Desde luego, si ha logrado sobrevivir en esos bosques, es toda una proeza por su parte. Sin comida, sin apenas recursos de ningún tipo, sin ropa de abrigo, pues aunque es verano, por la noche en los bosques refresca y dormir a la intemperie puede ser poco o nada recomendable.

Según reflexiono acerca de todo esto, no puedo evitar sentirme orgullosa de él, de su capacidad de sobreponerse a los problemas, de su valentía, de su fuerza, de su coraje y de sus habilidades para solventar las situaciones más complejas. Puede que sea un asesino despiadado, pero es innegable que también es un hombre de innumerables cualidades.

No obstante, hay una opción en la que no he pensado, tal vez porque no quiero creerla. Existe la posibilidad de que no lo haya logrado. Puede que esté gravemente herido en algún lugar o incluso muerto. Puede que siga moribundo en algún sitio ahí fuera esperando que le llegue su hora.

Aparto esta idea de mi pensamiento, porque, a pesar de todo mi enfado de estos años, duele demasiado pensarlo. Sigue siendo mi padre, el héroe de mi infancia, mi protector. Está en algún lugar y estará a salvo, quizá empezando una nueva vida.

Cojo mi ordenador y abro Google Maps para ver con detalle un mapa del estado. Tomo una captura de pantalla y la imprimo. Me resultará más fácil sobre el papel estudiar sus opciones. Por una parte, si alguien fue a recogerle a su salida de la cárcel, entonces pudo huir realmente lejos desde el primer instante. Sin embargo, ya habrían descubierto huellas de neumáticos en los alrededores y en las pistas forestales de la zona. Se habrían hecho eco de ello en las noticias sin dudarlo.

Si no fue así, sus movimientos debieron ser mucho más lentos. Además, tendría que buscar lugares en los que guarecerse y asegurarse de que no le localizaran. Puede haberle llevado muchas jornadas. Hasta existe la remota posibilidad de que continúe en esos bosques tratando de llegar a su destino.

Estudio el mapa con atención y marco las poblaciones a las que puede haberse acercado. Tengo el pálpito de que se ha dirigido a la más pequeña que haya en la zona, en la que a nadie le importe lo que hacen los demás. Hay sitios que son así. Cada uno va a su rollo. Cada cual tiene sus secretos que no le interesan a los demás. Es como un pacto tácito en el que yo no me meto en tus asuntos si tú no te metes en los míos.

No es mala filosofía de vida, la verdad.

Eso no significa necesariamente que el contacto de mi padre, si estoy en lo cierto, sea de la zona, si no que simplemente sabe que es así y que es un lugar seguro. Es decir, en cualquier caso conoce esa área en concreto o se ha encargado de investigarlo para él.

Si existe tal contacto, hay varias posibilidades. La primera es que pertenezca a su pasado. Una persona que conociera de antes de

entrar en la cárcel. Me parece poco probable. Salvo Edward Scott, me apuesto lo que sea a que nadie más sabía de sus actividades delictivas. Si fuera así, se habría encargado hace mucho tiempo de eliminarlos.

Mi madre podría ser otra opción, pero después de haber hablado recientemente con ella, ya la he descartado. Noté cierta decepción por el hecho de que no se hubiese comunicado con ella. Debo confesar que a mí también me sorprendió en cierta medida, a pesar de que no dudo de que lo haya hecho en su beneficio, pues podría ponerla en riesgo. Mi padre la idolatra y la protegería por encima de su propio bienestar.

Me decanto por la tercera posibilidad que me ha venido a la mente. Intuyo que su contacto es alguien que conoció en prisión. Antes de entrar en la cárcel, mi padre no podría saber a cuál le enviarían si le trincaban. Una cosa es ser previsor y otra muy distinta tener elaborado un plan de fuga para cada una de las prisiones del país. Es irreal y absurdo. Eso refuerza la hipótesis de que se trata de un compañero de estancia.

Necesita a alguien que conozca la zona y sea o resida por aquí. Podría ser algún funcionario de la penitenciaría, lo que encajaría como posible ayuda en la parte inicial de su plan de fuga también, pero no puedo descartar que se trate de algún preso con el que coincidió estando ya dentro.

Es lo que parece más plausible.

Sería uno que abandonó la trena tiempo después, puesto que necesitaría que, desde fuera, le facilitase las cosas. Debe tratarse de alguien con ciertas habilidades para ello, un hombre inteligente, no un simple malhechor sin cerebro que mata o comete actos violentos por puro instinto.

Para un funcionario de la cárcel sería demasiado arriesgado seguir ayudándole una vez fuera. Si le echó una mano en la salida inicial, le convendría desvincularse de mi padre cuanto antes, eso en el caso de que no haya volado lejos del estado hace mucho tiempo ya, como seguramente habrá hecho.

No puedo cegarme con mis suposiciones. Eso provocaría que dejara fuera otras teorías igualmente válidas y me conduciría, tal

vez, a pistas poco fiables. Pero, a pesar de ello, no dejo de pensar cada vez un poco más en que mi hipótesis parece ser una posibilidad muy real.

Es la hora de dirigirme a la consulta. Espero poder concentrarme en la sesión. Es de vital importancia que mi mente no se vaya por estos derroteros que ahora me intrigan y captan mi atención.

Es demasiado lo que está en juego.

Capítulo 32
Morir o matar



Parece que no tiene alternativa. Esta vez no está en sus manos poder tomar la decisión más oportuna. Ha perdido su voluntad. Se ha convertido en un siervo de un ser superior, lo quiera o no. Rocky ha sido muy claro. Le ha convertido en su vasallo e, indirectamente, en el del demonio, sin importarle su opinión al respecto. Tiene que hacer cosas por él si no quiere pagar un precio muy elevado.

Las opciones están bien claras.

Morir o matar.

Si cumple con sus peticiones, le regalará el silencio de una mente sin voces, la tranquilidad de ese ansiado vacío en el interior de su cabeza, una paz a la que le han puesto como precio la vida de otros seres humanos.

Un precio demasiado alto, en cualquier caso.

Si, por el contrario, le desafía y decide no hacer lo que le solicite, entonces no solo se multiplicará el ruido dentro de él, sino que además deberá prepararse para cubrir sus espaldas y mirar bien por dónde pasa, pues los peligros estarán acechándole allá donde vaya.

Puede que incluso dentro de él.

Se ha abierto paso una nueva realidad de la que no puede escabullirse. Da vueltas por la habitación, pensando en cómo transcurre su vida, siempre transitando de un tormento al siguiente,

como si no tuviera derecho a una existencia tranquila como la de los demás.

Lo que desconoce es que cada ser humano tiene sus propios tormentos.

No puede eludir la tarea que tiene por delante. Ese día ha metido un par de cuchillos de hoja dentada en su mochila. No es lo más práctico ni lo más inteligente, pero es con lo único que cuenta. Lo más recomendable será que se haga con una navaja. Si es automática, tanto mejor.

Todavía no se cree que no haya escuchado a ninguna de las voces en tanto tiempo, ni siquiera a la que parecía estar de forma permanente al acecho para dar su opinión en cualquier instante. Es un alivio difícil de explicárselo a alguien que no haya sufrido algo similar a lo que ha padecido él.

Rocky le ha dicho que va a vigilar sus movimientos. Está claro que nada es gratis en esta vida. Estará cerca para que no se distraiga del objetivo y para aconsejarle sobre cómo proceder. Le ha insistido en que, antes de nada, es importante que practique con sustitutos asequibles. Ha tratado de aleccionarle para hacerlo del mejor modo posible. Los métodos y los procedimientos son la clave del éxito. Necesitará coger confianza y probar sus nervios, al igual que sus habilidades. No puede ir a por sus asesinos en primera instancia, puesto que acabarían con él antes de que le diera tiempo a sacar el arma.

No se siente cómodo con esto. Él no es así. No es una mala persona. No es alguien que disfrute provocándole daño a otro ser humano. Sin embargo, ante el dilema de convertirse él en la víctima, se le antoja que lo mejor es hacer caso y cumplir con la misión que le ha encomendado.

Ese día en el trabajo está más nervioso de lo habitual. No es uno cualquiera. Es uno trascendental que marcará un antes y un después. Será un punto de inflexión entre la persona que ha sido y en la que se convertirá a partir de entonces. Sabe que cuando acabe su jornada, no podrá eludir el encargo siniestro que pende sobre él como una espada de Damocles. Una prueba de fuego en la que puede quemarse si no se anda con ojo.

—¡Eh, Mickey! —le llama Don en un momento dado. ¿Por qué no puede olvidarse de que existe ni siquiera por una vez?—. A ver si te fijas en lo que haces, porque has roto ese saco de arpillera con material. Como se entere el jefe, te va a quitar un buen pellizco del sueldo. Eso sí, de manera bien merecida. Desde luego, es que no hay día que no líes alguna.

Primero, se pone rojo por la vergüenza. Poco a poco, se da cuenta de que el sentimiento va cambiando hacia la ira y una rabia insana que le demanda sangre para resarcir todas las humillaciones que ha soportado desde que trabajan juntos. Ese hombre le tiene una ojeriza insana y lo ha convertido en el blanco de sus burlas. Lleva aguantándole demasiado tiempo. Tal vez debería ser él quien primero probase la hoja de su cuchillo.

No se puede creer que esté pensando en algo así. No está en su naturaleza la violencia y, sin embargo, parece que, poco a poco, se va haciendo hueco en su interior. ¿Llegará el día en el que la normalice como una parte de sí mismo? Quizá no esté mal del todo, sobre todo para cuando tenga que afrontar su destino inmediato. Necesitará reunir todo el valor del que sea capaz.

Algo va a cambiar para siempre cuando salga.

Tiene miedo.

Está aterrorizado.

Pero no estará solo.

Rocky estará allí por si algo sale mal.

Mueve ligeramente la cabeza a la derecha y se sorprende.

Ha cometido un error.

No estará allí.

Ya lo está.

Acompañándole en cada paso del camino.

Su presencia ya no va a desaparecer.

Capítulo 33
Myrkur



La doctora Park me recibe con una sonrisa. Sabe perfectamente que el último día me coló un gol por toda la escuadra. Su gesto de suficiencia lo dice todo. Sin embargo, no creo que se trate de una mujer vanidosa ni que esté intentando remarcar mi fracaso del último día. Ni siquiera creo que pretenda que lo vea como tal fracaso. Más bien, tengo la sensación de que lo que procura es que sea bien consciente de que no estoy ante una novata, sino que tiene muchas tablas a sus espaldas y que una cría como yo no va a engañarla.

—Myrkur, me alegro de verte otra vez. Espero que hoy vengas con más ganas de hablar. No hace falta que insista en el hecho de que continuamente estamos comunicando, lo pretendamos o no. Es más, para los seres humanos es imposible no hacerlo. Somos comunicadores empedernidos —concluye con una expresión complaciente y una leve sonrisa.

Me fijo en su aspecto y da la impresión de ser una buena persona. Sospecho que es justo lo que persigue. Tantos años en la profesión la han convertido en una actriz de primera. No estoy diciendo que no lo sea, sino que ha aprendido a poner esa pose que emana confianza para que los pacientes se abran. Es una buena estrategia, eso no lo pongo en duda.

Me cuesta responder de primeras. No quiero sonar excesivamente complaciente ni sonreír ni ofrecerle una imagen que no se

corresponde con la realidad. Resultaría falso, y el último día aprendí que, detrás de esas gafas de carey, se esconden unos ojos inteligentes. Observa cada uno de mis actos, de mis palabras, de mis gestos. Debo ser coherente con lo que diga y haga.

—¿Y bien? —me pregunta de nuevo, invitándome a responder.

—Sí, por supuesto. La otra vez… bueno, me cuesta abrirme, es solo eso.

Hay unos segundos de silencio en los que resulta obvio que está valorando mi respuesta. He decidido contar medias verdades, de modo que no podrá decir que he mentido. Y eso es lo que acabo de hacer, pues es cierto que me cuesta contarle a un extraño lo que me pasa por la mente. ¿Cómo puede la gente hacerlo y exponer así su intimidad?

—Lo entiendo. Y la experiencia que viviste, desde luego, no es fácil de digerir. Tu vida estaba en peligro y, en situaciones similares, nuestra amígdala reacciona de la peor manera.

—Supongo que así fue.

—Comencemos por el principio. Me refiero al momento en el que descubriste que estaba en tu coche y te encontrabas a su merced.

Desde luego no se anda con miramientos. Es directa. No ha buscado una forma de enredarme para llegar al asunto que nos interesa. No sé si procederá igual con todos sus pacientes o solo con los que, como yo, no hemos dado muestras de arrepentimiento ni de continuar atemorizados.

—Soy policía. Creo que eso me dio una ventaja.

—Sí, lo entiendo. Pero lo que me interesa conocer son tus sentimientos en aquel instante.

Viajo a un pasado que parece lejano y que, sin embargo, es bastante reciente. Tengo la impresión de que sucedió hace mucho tiempo. No me resulta fácil constatar lo que sentí, salvo rabia, una furia inmunda por sentirme tan estúpida.

—Estaba aterrorizada —contesto, tratando de sonar convincente.

—¿Qué sucedió después?

—No lo recuerdo. Está todo borroso desde ese momento.

Bueno, eso no es del todo cierto. En realidad, es una gran mentira, pues recuerdo con nitidez cada segundo de esa noche.

¿Cómo olvidarlo?

—Cierra los ojos y vamos a intentar regresar a esa noche. Si no lo conseguimos, no te preocupes, existen métodos que pueden ayudarnos, como la hipnosis o la entrevista cognitiva. Lo importante es llegar al fondo para conocer lo que pasó por tu mente y las emociones que experimentaste en momentos de tanta tensión.

Vale, mejor no. Lo de la sugestión hipnótica no me ha gustado lo más mínimo. No pienso dejar mi control volitivo en manos de nadie. Igual me conviene empezar a recordar, en lugar de permitirle que hurgue en mi cerebro. Es prioritario que mantenga el control.

Durante unos segundos, permanezco con mis párpados cerrados y aprovecho para ganar tiempo y generar un discurso coherente al que aferrarme. Es fundamental poder rememorar posteriormente lo que narre.

Paso la siguiente media hora relatando lo sucedido con detalle, contestando a sus preguntas lo mejor que puedo. No le cuento que, desde el primer instante, me pareció un ser frágil y un pusilánime, por lo que comencé a manipularle desde el principio. Fue arriesgado porque, pusilánime o no, había matado ya a muchas mujeres y estaba deseando hacer lo mismo conmigo.

Sí le cuento a la doctora que probé algunas técnicas que aprendí en la academia que creía que me servirían para sacar ventaja en una situación tan complicada. De nuevo, verdades a medias disfrazadas de algo políticamente correcto.

Continúo con mi relato. Llegamos al piso y, por tanto, a la hora de la verdad, a ese instante en el que perdí el control. Es el momento en el que debo ser más cuidadosa con la información que le ofrezco. Tiene que cuadrar con el escenario del crimen y no puedo olvidar que los de Asuntos Internos, con los que me entrevistaré en un rato, van a pedirle el informe a la doctora Park. La congruencia entre todas las versiones tiene que ser absolutamente intachable.

Lo tengo crudo para salir airosa, pero de mí depende, en parte, que las consecuencias sean más livianas. Me encantaría poder llorar en este momento, pero no soy capaz. Así que debo mostrarme afligida. Para ello, intento pensar en cosas que me ponen triste, en algunos de los momentos más difíciles que he vivido y en lo

desdichada que me he sentido en tantas ocasiones, cuando llegaba a casa y me enfrentaba a la Myrkur solitaria sin máscaras.

¡Joder, qué mierda de vida tengo!

Al final, voy a llorar de verdad.

—Hubo un segundo en el que fui consciente de que tenía una mínima ventaja que debía aprovechar. Aquel hombre estaba asesinando a chicas con las que guardo un gran parecido. Supe, desde que me atrapó en el coche, que quería matarme y quería verme sufrir. ¡Fue horrible! —exclamé de forma quizá demasiado teatral. Con mis dotes de interpretación, no me cogerían ni para el casting de una obra de un colegio de primaria.

La psiquiatra me observa. Está seria. Está analizando cada uno de mis gestos y de mis palabras. Está buscando incoherencias, desajustes. Lo noto. Debo tener cuidado porque estoy caminando por un cable muy fino.

—¿Qué sentiste, Myrkur?

—Mucho miedo. Auténtico pavor. Si hubiera adivinado mis movimientos, sería yo la que estaría muerta.

Me sorprende el hecho de que, en realidad, no recuerdo ese temor. Ni rastro de él. Habría sido lo lógico. Mi vida pendía de un hilo. Él quería matarme de forma cruel. Habría sido toda una ironía: la hija del asesino en serie muerta a manos de otro psicópata sin escrúpulos de la misma calaña que su padre.

—Eso es lo esperado, que experimentaras miedo, pero tengo la sensación de que no fue esa la emoción principal —indaga.

Me pongo en alerta. De manera automática, mi cuerpo se tensa, por lo que debo hacer el esfuerzo de relajar mi musculatura.

—Es lo que recuerdo. Pasar mucho miedo. Cuando me encontraron en la escena, me han dicho que estaba en *shock*. Supongo que, en parte, por eso estoy aquí—. Intento justificar mi respuesta para convencerla, pero no estoy segura de que sea suficiente.

—Luego llegaremos a eso, pero quiero saber lo que sentiste de verdad. Y la tensión de tu mandíbula en este momento me da la razón.

—Yo… no sé a qué se refiere.

—Vamos, Myrkur. Puedes hacerlo. Eres una joven extremadamente inteligente, pero eso no significa que puedas engañarme. Llevo demasiado tiempo en esto. Cuanto más pronto saques lo que tienes dentro será mejor. Acabaremos antes con esta farsa. No olvides que, en cierto modo, tu futuro depende de lo que hagas y digas aquí. Si tratas de manipularme una vez más, no podré recomendar tu reincorporación —asevera con una expresión que no deja lugar a dudas.

Me tenso un poco más. Parece una amenaza. Me está forzando a hacer algo que no quiero. Siento ira en este momento. Noto como una sensación oscura se hace paso dentro de mí. Una sensación que conozco mejor de lo que quisiera. No puedo permitir que vaya a más.

—Rabia —contesto sin dar más explicaciones.

Esta vez, mis palabras, mis sentimientos y mi expresión corporal están plenamente en consonancia.

Suspira despacio y asiente levemente con la cabeza.

—Ahora sí que empezamos a hablar con sinceridad.

Capítulo 34
Ver y probar



La jornada de trabajo se le ha hecho más larga de lo que le gustaría. La sensación de que lo vigilaban era desagradable. Es algo que siempre le ha puesto muy nervioso. No solo lo dice por Don y alguno de sus compañeros, los cuales parece que no tienen otra cosa que hacer que observarlo para ver si se equivoca. ¿Acaso sus vidas están tan vacías que lo mejor que se les ocurre es estar pendiente de lo que hace?

Por un momento, incluso echa de menos a las voces echando pestes de ellos, increpándole para que reaccione. Tenían razón, le tratan como si fuera un despojo, nada más. Se creen mejores que él, pero solo porque se lo ha permitido. Hace tiempo que tenía que haberles puesto límites. Merecerían que les diese una lección que no olvidasen jamás.

Da igual. Eso ahora no es una prioridad. El principal problema ha sido que Rocky no le quitaba ojo. Eso sí que es una preocupación seria. Hiciera lo que hiciera, notaba su presencia cerca. En algunos instantes, hasta lo ha visto de forma nítida. Este le ha hecho algunas señas con la mano o la cabeza con el único objetivo de recordarle que seguía ahí.

Esa noche será la de su estreno. No puede rehuirlo. Está de los nervios. Pueden surgir infinidad de inconvenientes, sobre todo para alguien como él, el cual no está habituado a la confrontación. Por

eso, es fundamental seleccionar bien a su primera víctima. Debe ser alguien que pueda manejar con cierta facilidad.

Lo primero que tiene que hacer es darse una vuelta por los barrios en los que suelen estar los *sintecho*. Tiene que elegir un objetivo que sea sencillo. Tampoco está él en un estado magnífico de forma como para jugársela con un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con alguien que pueda resistirse. Cuanto peor sea su estado y más indefenso le parezca, mucho mejor.

«Es un buen campo de entrenamiento, Mickey. Créeme que sé de lo que me hablo», afirmó con rotundidad su vigilante.

Claro que sabe de lo que se habla. Rocky siempre fue un pieza. Un maleante. Alguien a quien temer. Nadie quería meterse en problemas con él, porque sabían que no tenía ninguna piedad. Era un hombre desalmado. No hacía concesiones. No había perdón posible. O saldabas la deuda que contraías cuando adquirías el material, o lo pagabas caro. A nadie se le ocurría discutir tampoco si la droga que les vendía era de buena o mala calidad, a pesar de que lo cierto era que cada vez era peor. Un matarratas colocaba más y mataba menos.

Se dirige resignado hacia su destino. Le tiembla el pulso. Lo primero de todo, se meterá algo que le infunda valor y le de ánimos para acometer semejante barbaridad. Debe templar esos nervios. No obstante, debe ser cuidadoso y no cometer el error de matar a alguien en el barrio en el que suele pillar su mierda. Sería una estupidez colosal, pues correría el riesgo de que le viera alguien que le reconocería con facilidad. Hay otros lugares en la ciudad en los que se concentran drogadictos e indigentes.

Una vez que la droga le ha hecho efecto, se siente con más empuje. No quiere pensar demasiado lo que va a hacer. No importa que no esté en su naturaleza. No tiene más remedio. La mirada viciada y maligna de Rocky a pocos metros de él le recuerda que no tiene escapatoria. Más le vale no hacer ninguna tontería.

Llega a uno de los suburbios de la ciudad. Es una barriada de extrema pobreza en la que duermen en la calle un buen número de vagabundos. Una zona lamentable en la que parece que están esos seres humanos que ya no cuentan, porque el resto ya no se

preocupa por ellos. No son más que una estadística que pocos miran, una anotación a pie de página. Deja la furgoneta a una distancia prudencial, ni muy cerca para que puedan recordarlo, ni muy lejos para que no pueda llegar con relativa rapidez cuando esté hecho el trabajo. Tendrá que salir de allí lo más pronto que pueda.

Siente que le tiembla el cuerpo entero solo de pensarlo.

Experimenta un bajón. Le dan unas ganas inmensas de llorar. Él no es un asesino. ¡Joder, no! ¡Él no es así! Se ha visto abocado a un destino que no ha elegido. Haría cualquier cosa por cambiar su pasado para impedirle llegar a este punto. Sacude la cabeza para intentar apartarse esa idea de la cabeza. Total, no le sirve de nada, salvo para infundirle más inseguridad.

Se adentra en el lugar. Siente una lástima inmensa que se extiende por cada fibra de su ser. Pero no puede dejarse vencer. Le lleva unos minutos elegir su objetivo. Su víctima. La primera de muchas, tal vez. Se encuentra tirado en el suelo, en un callejón alejado de los demás. Se trata de un bulto pequeño, parece enclenque. Está tapado con una manta. Con un poco de suerte, ni siquiera tendrá que verle la cara.

Y así lo hace. Se dirige hacia allí decidido. Tiene un momento de duda, el cual desaparece cuando percibe a Rocky por el rabillo del ojo. Le mira sin compasión. Se gira para asegurarse de que no es una alucinación más y lo ve con un gesto turbio, la piel del color de la muerte.

«¡Hazlo!»

Y lo hace.

Comienza a apuñalarlo sin permitirse pensar.

Capítulo 35
Patrick



Lo de la otra noche fue raro. Todavía no he logrado aclararme. Debo reconocer que Myrkur tenía razón en una cosa: si no fuera la hija de Frederick Cranston, no la juzgaría con tanta dureza. Si se tratase de cualquier otro compañero, solo pensaría que se dejó llevar por la rabia y el miedo, algo bastante lógico en circunstancias tan extremas como las que vivió ella. Me habría costado mucho menos ponerme en su piel. Justificaría sus acciones por el *shock* de haberse visto secuestrada y amenazada de una forma tan real por alguien con la clara intención de matarla, alguien que, además, tenía planeado de antemano hacerla sufrir.

Lo entendería como una reacción motivada por el terror.

Lucha o huida.

Sin más alternativas.

Myrkur eligió luchar.

Algo comprensible.

Yo mismo lo habría escogido también.

Casi debería sentirme orgulloso de ella. Fue muy valiente. Estaba en clara desventaja, y le dio la vuelta a una situación que pintaba mal para ella. Tenía todas las de perder. Sé que mi desconfianza no me va a permitir conocer la verdad de lo sucedido, pero me gustaría saber los detalles para entender cómo logró precisamente salir airosa de unas circunstancias tan adversas, en las que partía con clara desventaja. Y aun así, logró salir prácticamente ilesa de ello.

Sin embargo, hay algo que me intriga más.

Algo que, en ocasiones, no estoy seguro de querer saber.

Había demasiadas puñaladas innecesarias.

Intento dejar esto de lado para centrarme en lo que ahora nos ocupa. Es una poderosa distracción que no me conviene. No tenemos ni el menor rastro de Frederick. Hemos peinado los bosques de alrededor de la prisión, y parece que se ha esfumado.

Simplemente es imposible.

El problema es que, con el tiempo transcurrido, cada vez puede resultar más complicado localizarle. Puede estar en cualquier parte. Puede hallarse ya a miles de kilómetros de aquí.

Entre las teorías que barajamos, está la de que se subió a algún vehículo que salía del edificio de la cárcel. Sin embargo, cuanto más avanzamos en las pesquisas, menos encaja, a pesar de que es la opción que resulta más lógica.

Un sí pero no.

Es un sinsentido lo que estoy diciendo, lo sé, pero tiene su razonamiento. Estamos buscando rastros de su presencia en todos los furgones que salieron aquella tarde y aquella noche. Se están analizando al milímetro y, por el momento, no hemos hallado nada en absoluto que resulte anómalo. Eso es lo que hace parecer poco plausible que saliera en un vehículo oficial. ¿Cómo pudo no dejar rastro si estuvo allí?

Salvo que alguien lo limpiara.

Alguien que se encargara también de deshacerse de su ropa.

Hemos llegado a la conclusión más que evidente, después de lo dicho, de que tuvo ayuda desde dentro. Tuvieron tiempo de eliminar cualquier evidencia de su presencia allí, desde el momento que salió hasta el que se descubrió que se había fugado. Y no solo eso, puesto que se ha tardado mucho en llegar a la conclusión de que abandonó la penitenciaría en un vehículo interno.

Como es obvio, eso implica que el colaborador recibirá un beneficio por lo que ha hecho, pues se ha jugado mucho y eso no se hace a cambio de nada. Por lo tanto, estamos siguiendo los movimientos sospechosos de dinero que pueda haber en las cuentas de nuestras personas de interés en la investigación.

Aunque estoy siendo bastante negativo con todo esto, tampoco puedo negar que es un avance. Supongo que, en parte, se debe a mi estado de ánimo. No obstante, lo que es innegable es que, por el momento, lo que hemos descubierto no nos acerca al paradero de Cranston.

Después de esos instantes iniciales, ya no sé qué pensar. Una vez fuera de los muros de la prisión, no tengo nada claro qué sucedió. Ni siquiera tengo una hipótesis al respecto.

¿Pudo hacerlo todo solo?

Es un hombre capaz de eso y más, así que no puede descartarse de primeras.

¿Escapó a pie o alguien fue a recogerlo?

Sabemos, al menos, que su mujer no lo hizo.

Cualquiera de las dos opciones tiene visos de ser realidad conociendo la cantidad de recursos que puede lograr, gracias entre otras cosas a sus habilidades de manipulación.

¿Acaso sigue todavía ahí fuera?

Si es así, si aún está por aquí cerca, entonces es porque realmente nos considera estúpidos e incapaces de localizarlo, lo que despierta una rabia nueva dentro de mí, una rabia que me impulsa a dar lo mejor que llevo dentro para atrapar a ese malnacido.

¿Y si no lo ha logrado y está enfermo en algún sitio o, quizá muerto?

Supongo que es una posibilidad como otra cualquiera, pero casi me resultaría decepcionante que fuera así. Sería algo merecido, eso por descontado, que terminara sus días tirado como un perro en mitad de ninguna parte.

Cada una de esas preguntas hace que surjan más. Desde luego, lo único que es una verdad irrefutable es que no puede haberse esfumado como si se lo llevase el viento. Tiene que estar en algún sitio y tengo intención de encontrarle, aunque no haga otra cosa hasta el final de mi carrera como policía.

O hasta el final de mi vida.

Su celda nos ha dado mucha información. Es obvio que no estaba en sus planes quedarse encerrado para siempre. El problema es que tengo la sensación de que es información sesgada e interesada, es

decir, que hemos encontrado justo lo que él quería que viésemos. Algunos de nuestros sospechosos se basan precisamente en sus anotaciones. Hay referencias a personal de la prisión que va a verse metido en problemas próximamente, puesto que serán objeto de una investigación. Prácticamente menciona a todos, de un modo u otro. Lo difícil será separar el grano de la paja.

No sé si me parece una jugada inteligente por su parte.

Si vuelve a la cárcel, podría tener muchos problemas con ellos. Es evidente que no tiene la mínima intención de regresar, así que puede ser más peligroso todavía si prefiere morir a estar otra vez entre rejas. Por otro lado, no me sorprendería que muchos perdieran su trabajo y que incluso acabasen al otro lado de los barrotes.

No es para menos.

El cohecho es el menor delito que se les puede imputar.

No obstante, lo cierto es que no tendría que verse con ellos si regresara, pero, incluso así, necesitaría volver a empezar a tejer su red de influencias. Esta vez, desde luego, le resultará mucho más difícil porque, cuando se sepa todo esto, nadie estará dispuesto a confiar en él.

No deja de sorprenderme la vileza de este hombre. Utiliza su gran inteligencia con el objetivo de hacer mal a los demás. A lo largo de todos los años que ha estado interno, ha aprovechado para recabar información delicada con la que poder sacar beneficio cuando lo precisara.

Y con la que hacer daño también.

En el caso del resto de presos, puede que su imagen se encumbre un poco más puesto que, no solo ha logrado evadirse de la cárcel, sino que además, ha conseguido meterles un buen marrón a los funcionarios que les vigilan. Algunos lo entenderán como un regalo entre colegas. De todos modos, dudo mucho que espere recibir las felicitaciones y las palmaditas en la espalda de sus compañeros carcelarios.

Hay algo que sabemos con relativa certeza y es que Frederick no estaba en su celda cuando inició su huida. Según los horarios que nos ha facilitado el alcaide y el tiempo que se ha estimado desde que salió, lo más probable es que se encontrara realizando tareas en

la lavandería. Ya era tarde pero, a pesar de ello, según los registros, es el lugar en el que todo apunta que se encontraba. Por si esto fuera poco, estaba previsto que esa noche se recogiera la ropa sucia de la jornada, así que eso hace que tome fuerza otra vez la teoría de que fue en ese furgón en el que se escapó.

Por otra parte, es una de las áreas de la prisión en la que es más fácil esconderse. Nos queda saber si era casualidad o eso también lo tenía planeado. ¿Surgió la oportunidad o había planeado salir desde allí? ¿Alguien más conocía sus planes? ¿Algún funcionario estaba al tanto? ¿Alguno facilitó que se dieran las circunstancias oportunas? ¿Sabían qué momento había elegido y lo dispusieron todo en su favor?

Preguntas y más preguntas sin respuesta.

En una prisión como la que se encontraba, no es nada fácil lograr huir sin ayuda. Me corrijo: resulta imposible. Hay un férreo sistema de vigilancia que deja pocos recovecos por los que colarse. Para hacerlo, hay que conocerlos muy bien primero.

Estamos entrevistando a todos los que se encontraban con él en los momentos previos a que se perdiera su rastro y a otras personas de interés. Son los principales sospechosos, aunque no los únicos, por supuesto. No obstante, demuestran pocas ganas de cooperar y muchas reticencias a hablar.

Debo confesar que empezamos a desesperar con los escasos avances hasta la fecha. Estamos invirtiendo mucho esfuerzo y muchos recursos, pero los resultados están lejos de ser los esperados. El tiempo pasa y no es precisamente a nuestro favor, si no en el suyo.

Resulta bastante frustrante.

Confío en que esto cambie en las próximas jornadas, en cuanto afinemos más y empecemos a descartar a los que estén limpios, cosa que no parece tan fácil como pueda pensarse sobre el papel. No imaginaba que pudiera existir tanta corrupción dentro de una institución como esa. Quizá es que sigo siendo demasiado ingenuo para según qué cosas.

Cada día que pasa, disminuyen las posibilidades de localizarle.

Y mis nervios no paran de crecer.

Capítulo 36
Myrkur



Salí de la consulta de la doctora Park con una sensación agridulce. No solo eso, también con una patente frustración pero, al mismo tiempo y por paradójico que parezca, alivio. Es como cuando te duele el estómago y, después de un mal rato, de pronto tienes que vomitar. Justo después de hacerlo, experimentas un desahogo y un bienestar que no suele durar mucho, pues se debe a que has expulsado lo que te hacía daño. No obstante, es una sensación de liberación que se parece a pocas. Por desgracia, no siempre lo sacas todo y, antes o después, vuelves a sentirte hecha una mierda.

En cualquier caso, la consulta de hoy es lo más cerca de ser sincera que he estado desde el día de autos. La doctora debería anotarse un tanto por ello.

Ahora estoy esperando a entrevistarme con los de Asuntos Internos. Tuvimos una primera toma de contacto poco después de que matara a Thomas Harley. Fue muy breve, apenas unos minutos. Consideraron que seguía en estado de *shock* y decidieron posponerlo, aunque no imaginaba que tanto. Esperaba que me llamasen en los días siguientes para ampliar la información que les proporcioné en ese primer instante. Es lo habitual, pero, por alguna razón que desconozco, han decidido proceder de otro modo conmigo.

En mi favor, se hallaron incontables pruebas que relacionaban al fallecido con el asesinato de varias mujeres. Si me hubiera

equivocado, si hubiese matado a un inocente, ahora me encontraría en una situación incluso peor, y estoy segura de que no me habrían dado ni la menor tregua.

La psiquiatra me dijo que debía llamarles después de nuestra sesión de hoy para informarles de sus conclusiones preliminares y de su dictamen, si es que lo tenía, algo poco probable, sospecho. Me intriga conocer lo que les dirá y qué recogerá en su informe.

En todo caso, quizá ya tenga un poco más claro hacia dónde se encamina mi futuro. Me guste o no lo que concluyan, al menos dejaré de correr en círculos.

—Agente Cranston, puede pasar.

Un hombre de unos cincuenta años es el que ha salido a la puerta para avisarme de que llega mi hora de acudir al matadero. No me suena de nada. No es ninguno de los dos con los que hablé aquel día. Debe haber habido una reasignación del caso. Quizás por eso no me habían entrevistado hasta el momento. Estoy segura de que no lo he visto antes. Suelo recordar una cara. Es una buena cualidad, supongo. Imagino que entra dentro de lo esperado que no me resulte familiar, puesto que no llevo demasiado tiempo en la policía de Boston y tampoco ha sido necesario que me llamen a capítulo antes.

Ojalá no tengan que volver a hacerlo.

Su aspecto es impecable. Pantalón y camisa perfectamente planchados y almidonados. Corbata con un nudo perfecto, casi hecho al milímetro. Su pelo, bien recortado, comienza a cubrirse de hebras grises, aunque todavía conserva una buena mata de cabello oscuro. Sus ojos son de un tono que recuerda a la plata. No debe llevar gafas de manera habitual, pues no parece tener la típica mirada del miope que se les pone a las personas que sufren dicha dificultad de visión, y suelen llevar los anteojos la mayor parte del tiempo.

Tiene pinta de tomarse muy en serio lo que hace. Su cuerpo está en una posición recta, pero no rígida. Su gesto grave, su tono de voz sin fisuras y su mirada imponente transmiten que no le gusta que jueguen con él. Más me vale tenerlo en cuenta y no pasarme de lista.

La última vez me salió mal la jugada.

—Agente Cranston, gracias por venir. Somos los inspectores Brad Wilson y Emilia Rodríguez —me dice, una vez que ya he tomado asiento—. Como ya sabrá, estamos a cargo de las pesquisas relacionadas con la muerte de un sospechoso de un caso que estaba usted investigando.

—Me hago cargo.

Intento no mostrar ninguna emoción, algo que no se me da mal, desde luego. No obstante, tampoco hay que pasarse. Si parezco fría como el hielo, no creo que les dé muy buena impresión.

—Hemos analizado la escena del crimen de forma minuciosa y ahora pasaremos a comentarla con usted, agente Cranston —me explica Wilson—. Es importante estudiar lo sucedido escuchando también su versión. Le aconsejamos que no trate de engañarnos, porque no hará otra cosa que perjudicarse.

La doctora Park me ha dicho lo mismo. Me ha recomendado que sea sincera. Me gustaría. Sería tan sencillo… El problema es que ser honesta, hasta las últimas consecuencias, no es lo recomendable en mi caso. Tendré que ceñirme a un porcentaje razonable.

—No pensaba hacerlo. Sería una estupidez. Solo quiero que esto se resuelva cuanto antes. No soporto esta incertidumbre y detesto estar parada. Cuanto antes pueda volver al trabajo, mucho mejor —respondo, incluyendo mis deseos en lo que digo. No creo que sirva, pero tampoco pierdo nada por intentarlo.

Wilson asiente con la cabeza. Rodríguez me estudia con una expresión indescifrable. Casi da la impresión de que él es el encargado de llevar el interrogatorio y ella es la que saca conclusiones acerca de mis reacciones y mi lenguaje corporal.

Una vez más, soy sujeto de estudio.

La mota de polvo bajo la lente del microscopio.

—Me alegro de que hablemos el mismo idioma. Para empezar, quiero que nos cuente su versión de los hechos. Desde el principio.

—El detective Chrysler y yo estábamos investigando los asesinatos de varias jóvenes…

—Disculpe que la corte. Me refiero al día de autos —aclara—. Ya estamos al tanto de la investigación en la que estaban inmersos su

compañero y usted.

—Muy bien. Cuando entré en mi coche aquel día, me di cuenta de que había alguien más. No me dio tiempo a reaccionar, puesto que enseguida noté la amenaza de un arma en mi cuello. Supuse que era nuestro sospechoso. Quizá fue una corazonada, no lo puedo asegurar, pero lo supe. Por lo que habíamos estudiado del caso, jugué una baza que, sin duda, resultaba arriesgada, pero pensé que podía ser mi mejor opción. Traté de mostrarme con él dominante, a pesar de que, ni por asomo, tenía el más mínimo control de la situación. Debía tratar de someterlo, de hacerle creer que no le tenía miedo. Creí que, por la personalidad que intuíamos que tenía nuestro sospechoso, podría funcionar.

—¿No pensó que eso podría cabrearlo y ponerse más agresivo?

—Sí, por supuesto que lo hice, pero no quería que me viera como una pobre desvalida. Aquel hombre odiaba a las mujeres, a un tipo concreto que físicamente se parecían a mí, y no podía permitirme mostrarme sumisa. Como ya he dicho, me basé en la información que habíamos ido recabando en los días anteriores. Simplemente, usé la estrategia que me pareció más efectiva en aquel momento.

—Y la más arriesgada —apostilló Wilson.

—No lo creo. Mi objetivo no era enfadarle, sino dejarle claro que no podría hacerme daño con facilidad. Estaba dispuesta a defenderme y tenía que saberlo desde el principio. En otras ocasiones, había buscado chicas vulnerables o con las capacidades mermadas por el alcohol, por ejemplo. Eso nos indicaba algo. A pesar de su físico, de su corpulencia, sospechábamos que no tenía la valentía suficiente para ir a por mujeres que considerase fuertes. Eso indudablemente respondía a un motivo. Yo debía mostrarme valiente precisamente por eso, para que supiera que no era presa fácil, para que sintiese miedo y cometiese algún error. No podía permitirle que se sintiera cómodo en ningún caso.

—Cuando he dicho que era la más arriesgada, lo he hecho repitiendo sus palabras, puesto que usted misma lo ha dicho justo antes.

Sí, tenía razón. Había usado la palabra “arriesgada”, pero no me entendió bien.

—No es eso lo que he afirmado. He conjeturado que podría ser arriesgada, pero también lo sería cualquier otra opción. Nuestro sujeto era muy inestable y estaba en plena escalada. Era una situación límite y tuve que tomar decisiones en milésimas de segundos.

—Si volviera atrás, ¿cambiaría algo?

Sé que esta justo es una de las preguntas trampa. Me conviene ser cautelosa. Todavía no hemos llegado al número de puñaladas que presentaba el cadáver. Ni siquiera nos hemos acercado a la escena del crimen y ya me está preguntando esto, si cambiaría algo de lo que hice, si tomaría alguna decisión de forma diferente. ¿Hay gato encerrado? Es posible. Tampoco sé qué les habrá dicho la psiquiatra, si es que han hablado ya con ella. Debo medir al milímetro cada una de mis palabras.

Veo que la inspectora Rodríguez cambia de posición. Echa su espalda levemente hacia delante. Se muestra expectante.

Capítulo 37
Sangre y sudor



El esfuerzo ha sido mayor de lo que imaginaba. No resulta sencillo atravesar la carne humana, en especial cuando no llevas un arma adecuada para ello. Tuvo que ejercer mucha más presión de la que había calculado. Puede que la razón fuera que el cuchillo no estaba suficientemente afilado.

El sudor le corría por la espalda como si un embalse hubiera abierto sus compuertas. Los brazos le parecían ahora de gelatina por la fuerza que ha necesitado, también por la sensación de debilidad posterior que queda tras un esfuerzo para el que tu cuerpo no está preparado o, como mínimo, habituado.

Todavía no puede creerse que haya sido capaz de cometer tamaña atrocidad. Tiembla al pensarlo. Tirita como si una corriente fría le recorriera de pies a cabeza solo con pensar en el tipo de monstruosidad en el que se ha convertido. Si hace años le hubieran dicho que sería capaz de algo así, lo habría negado de manera rotunda. ¿Cómo imaginar este terrible desenlace? Le viene a la mente por un instante la imagen de su familia, en concreto de sus padres. ¿Qué pensarían ahora de él? Está seguro de que se horrorizarían.

Durante un segundo, se quedó observando lo que había hecho. La sangre lo teñía todo, coloreando de muerte lo que unos minutos antes había sido un ser vivo. Ha sentido un ataque de repugnancia que casi le provoca una oleada de vómitos. Las arcadas le hacían

convulsionar. Se ha logrado controlar a tiempo. Después, se ha ido deprisa con el cuchillo en la mano y se ha subido a su vehículo sin mirar atrás. Sus manos están llenas del líquido carmesí. Siente el olor metálico que este desprende y, de nuevo, le sobrevienen las náuseas.

Pero no solo son sus manos.

Tiene sangre en su ropa y por todas partes. El rastro de de su acto deleznable le ha impregnado por completo. Tendrá que limpiarlo todo a conciencia, empezando por el cuchillo, salvo que se deshaga de él. Puede que esa sea la mejor opción, pero tampoco se le ocurre dónde hacerlo. Quizás alguien lo encuentre y, entonces sí, la policía vaya a por él.

Le esperan horas duras en las que tendrá que eliminar todos los rastros posibles. Necesitará estar bien consciente y no dejarse llevar por la necesidad de alimentar su adición, la cual ahora le reclama que la atienda y la satisfaga con sus polvos mágicos, capaces de transportarle a un mundo muy alejado del real.

Confía en que Rocky esté conforme con lo que acaba de hacer. Era algo muy difícil y desagradable, pero lo ha cometido tal y como le ha pedido. Debería valorar lo que ha llevado a cabo. Para ser su primera vez, ha sido muy valiente, si entendemos como tal acuchillar a otro ser humano indefenso que duerme sin esperar lo que se le viene encima.

Opiniones y juicios de valor al margen, en toda su existencia se había creído capaz de hacer algo de ese estilo. Se ha demostrado a sí mismo que no hay límites cuando la motivación es una fuente poderosa. Rebasamos fronteras que eran auténticas líneas rojas y que nos parecían imposibles poco antes.

Aun así, no se siente todavía preparado para enfrentarse a los tipos que acabaron con Rocky. Eso es harina de otro costal. Le parece improbable que algún día llegue al punto de sentirse capaz de enfrentarse a ellos. Desde luego, no tendría ni una sola oportunidad en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

Son gente peligrosa.

Son violentos.

Y están acostumbrados a causar dolor.

Acabarían con él en un abrir y cerrar de ojos.

Una oleada de miedo le devuelve a la realidad. Definitivamente, no puede hacerlo. Sería un suicidio en toda regla. Tiene que existir una salida, una alternativa a algo tan arriesgado.

«Tendrás que hacerlo. Es el trato. No hay excusas. Y me lo debes por haberte ido de la lengua y ser un jodido chivato. No te puedo dar mucho más margen. Búscate la forma de conseguirlo. Me dan igual todos los muertos de hambre que tengas que liquidar primero hasta que te sientas con garantías de lograr el éxito. Tienes una misión y la vas a cumplir sin pretextos», le dice ahora sentado en el asiento del copiloto.

Se sobresalta de tal modo que está a punto de perder el control del volante y salirse de la carretera. ¿Cómo demonios se ha colado en su furgoneta? Está seguro de que no estaba ahí antes. ¡Tendría que haberlo visto nada más subir al vehículo! Entonces, ¿qué explicación existe?

Una muy sencilla en realidad.

Ha accedido del mismo modo que lo hicieron las voces.

Ha ido tomando forma poco a poco a lo largo de los años, con cada calada, con cada gramo, con cada sustancia que iba destrozando sus neuronas hasta convertir su cerebro en un queso gruyere.

Todo está dentro de su cabeza, pero no por ello deja de parecerle real.

«Relájate, Mickey, chaval. Lo has hecho bien. Tienes que sentirte orgulloso», le arenga esta vez, con una sonrisa sardónica instalada en su rostro decrépito y de tono poco saludable.

Pero no, él no se siente así, ni mucho menos. No cree que pueda estar orgulloso de lo que ha hecho jamás en la vida. ¿Como vanagloriarse de haberle arrebatado la vida a otra persona? Se siente como un animal sin corazón, una alimaña capaz de matar a otro ser humano, a uno indefenso que ni siquiera ha podido defenderse. Un ser sin alma ni razón, una bestia de las de la peor calaña.

Mickey experimenta entonces unas inmensas ganas de llorar por lo que ha hecho, por lo que supone, por los remordimientos que le

roen por dentro, por el monstruo en el que se ha convertido. Su ánimo se acaba de montar en una montaña rusa de pendientes imposibles, de esas que hacen que se te salga el estómago por la boca.

Ahora me avergüenzo.

Ahora me siento valiente e invencible.

Ahora no me lo creo.

Ahora quiero morirme.

Ahora me siento fuerte.

Ahora solo quiero meterme en la cama y llorar.

No obstante, no le está permitido derramar ni una sola lágrima, no delante de Rocky. Este lo vería como un signo de debilidad y no quiere ni imaginarse las consecuencias que podría conllevar. Le conviene empezar a enseñar otra cara delante de él si no quiere que se muestre todavía más abusivo.

«Tienes que ver el lado bueno de todo esto. Lo que acabas de hacer, te ha convertido en un hombre más respetado, en alguien a quien temer. Los memos de tu trabajo ya no se meterán contigo si saben de lo que eres capaz. Tendrán mucho cuidado de los comentarios que te hacen y de la forma en la que tratarte. Debes sacar provecho de lo que esto supone. Hay que aprender a sacar ventaja de cada circunstancia de nuestra vida».

—No puedes decirles nada de esto. Acudirían a la policía y yo acabaría en chirona —replica en tono lastimoso y sin poder ocultar el temor que siente. ¿Y si alguien se enterara? ¿Y si le han visto? Sería el fin.

«Tranquilo. No tengo esa intención. Y tampoco estaba refiriéndome a ello. Lo que quería decir es que, poco a poco, cuando te acostumbres a la sensación de poder que te da arrebatar una vida, empezarás a sentirte más fuerte y menos vulnerable. Ese cambio se irá produciendo en ti día tras día. Verás como dejarás de sentir miedo. Cuando mates al siguiente, muchos de esos sentimientos que te atormentan ahora desaparecerán».

Lo duda.

No cree que ese tormento pueda esfumarse así como así.

Piensa en lo que le dice y en lo que solían recordarle las voces una y otra vez. Siempre le habían conminado a enfrentarse a aquellos que se metían con él y le hacían sentir inferior, a no dejarse amedrentar.

Pero nunca se sintió capaz de hacerlo.

Tal vez Rocky tuviera razón y algo hubiera empezado a cambiar dentro de él.

Capítulo 38
Frederick



Sigo la evolución de las noticias cada vez que tengo ocasión y casi me sorprendo de la poca habilidad de la policía para encontrar pistas, sobre todo teniendo en cuenta que he sido mucho más chapucero de lo que me gustaría. Al fin y al cabo, la decisión fue precipitada debido a que pensé que mi hija necesitaba mi ayuda. Me pudieron las prisas y tuve que acelerar un plan que durante mucho tiempo había estado macerando en mi cabeza. Cometí errores, estoy bastante seguro de ello, más de los que me hubiera gustado. A toro pasado, sé que fui demasiado impulsivo.

Y sin embargo, no dudo de que en similares circunstancias, reaccionaría nuevamente igual.

Por un lado, lo más inteligente habría sido esperar un poco más a ver la evolución de los acontecimientos. Lo cierto es que la noticia me llegó de refilón, casi por casualidad y no pude escucharla al completo. En la cárcel no siempre hay posibilidad de acceder a la información, y menos cuando uno quiere. Pero cuando se supo que era mi hija la que había sido secuestrada, fue inevitable que llegara a mis oídos. Lo hubiera escuchado o no en las noticias, alguien se habría encargado de contármelo. La sensación de que peligraba su vida me arrastró a tomar decisiones en caliente y de manera prematura.

Si me hubiera detenido a pensar en los pros y los contras, habría buscado el momento más oportuno y con todo bajo control. Eso es

lo que me pide mi mente lógica, la analítica, la que le gusta tener todo perfectamente medido y calculado.

Por otro lado, mirando en retrospectiva, creo que, en el fondo, significó el impulso que necesitaba para entrar en acción. Llevaba demasiado tiempo posponiendo algo que quería hacer. Tengo que quedarme con el lado positivo de todo esto. Al fin y al cabo, el resultado hasta el momento es bastante satisfactorio. No tiene por qué irme mal a partir de ahora.

Podría encontrarme ya muy lejos de aquí y comenzar una nueva vida. Tengo la impresión de que no me lo habrían impedido y, a la vez, me sorprende el hecho de que no haya sido así. Pero también cabe la posibilidad de que sepan mucho más de lo que dan a entender y se encuentren más cerca de lo que imagino.

No puedo dar nada por sentado.

No debo bajar la guardia.

No me conviene confiarme ni lo más mínimo.

En lugar de poner tierra de por medio, que era lo aconsejable, permanezco agazapado y en peligro esperando una oportunidad segura de acercarme a mi mujer y mi hija. No debo olvidar los riesgos que esto conlleva.

Desde una edad bien temprana, comprendí que los sentimientos son losas pesadas que no te dejan ver con claridad y que te impiden avanzar o, como mínimo, te ralentizan en tu camino hacia delante.

Justo eso es lo que me está sucediendo.

Igual tendría que haber seguido siendo fiel a mis principios.

Mi familia ahora es un ancla que me retiene aquí y tendré que decidir si me conviene levarla en cierto momento, en concreto si las cosas empiezan a ponerse feas para mí. A veces, las cosas cambian en cuestión de minutos. Por tanto, tengo que estar preparado para salir a toda prisa si detecto alguna amenaza que no puedo neutralizar.

Yo, que pensé que jamás podría vincularme a otro ser humano, ahora resulta que soy víctima de las mismas debilidades que el resto de mis congéneres. Los lazos afectivos son cadenas en realidad. Estoy atrapado en mi propia tela de araña, una que yo mismo he contribuido a tejer año tras año. Si la policía supiera que estoy

mucho más cerca de lo que se imaginan, no darían crédito. Sospecho que, con el paso de los días, están cada vez más convencidos de que me encuentro a varios miles de kilómetros, en lugar de a unas pocas decenas.

Y está bien que sea así.

Eso me proporciona una gran ventaja.

Me regala un tiempo inesperado para poder calcular bien mis acciones. Debo hacer las cosas sin prisa pero sin pausa. Todavía tengo que dejar bien atados algunos cabos. Me conviene que mis colaboradores estén satisfechos con lo acordado si no quiero que me delaten. Además, soy de los que pagan sus deudas. Durante años, mis inversiones han ido generando beneficios y eso me permite ser generoso. Gracias a la codicia inherente al ser humano, el dinero me ha permitido hacer amigos y contar con la ayuda necesaria.

Por otra parte, quiero cerrar bien las dos alternativas que tengo en mente, según me vaya solo o acompañado. Hay distintos destinos que me parecen aconsejables en cada caso. Si finalmente abandono el país por mi cuenta, la decisión la tengo bastante clara y definida. Si vienen ellas conmigo, me gustaría conocer su opinión al respecto. No me gustaría que terminasen residiendo en un lugar que no han elegido. Eso podría traer, a largo plazo, conflictos en la familia.

En cualquier caso, no puedo alargar esta situación más de lo necesario. Si cometo algún error estúpido por mi debilidad hacia mis chicas, podría acabar pagándolo muy caro. Además, intuyo que si Patrick Baker diera con mi paradero, no tendría excesivos reparos en pegarme un tiro entre ceja y ceja, si se le presenta la oportunidad. Su odio hacia mí es genuino y no le culpo.

Los sentimientos que yo le profeso son similares.

Capítulo 39
Myrkur



Una pregunta como esa es muy difícil de responder. «Si pudieras volver atrás, ¿cambiarías algo?». Apuesto a lo que sea a que todos y cada uno de nosotros responderíamos que sí. ¿A quién no le gustaría poder enmendar sus errores o, todavía mejor, evitar cometerlos? Pero en el caso que nos ocupa, soy consciente de que debo andarme con mucho cuidado y medir bien mis palabras, porque pueden convertirse en los clavos del ataúd que condenen para siempre mi carrera como policía.

Lo primero que habría que definir es hasta qué momento podemos volver atrás, cuál fue exactamente el punto de inflexión. Pero si, tal y como sospecho, se refiere tan solo al instante en el que me adentré en ese piso y se gestó la tragedia, supongo que solo hay una respuesta posible que puedo ofrecer sin exponerme a riesgos innecesarios.

—Intentaría reducir al sospechoso procurando que, en caso de tener que usar la fuerza, las heridas no fueran irreversibles.

Ambigua, como mínimo.

Pronuncio estas palabras en alto, tratando de sonar lo más creíble posible. En cierto modo, siento que es verdad —una verdad amplia y sin márgenes, eso sí—, puesto que habría evitado todo este lío en el que estoy metida en este instante. Sí, definitivamente, actuaría diferente, porque tampoco habría descubierto esa parte secreta de mí misma que afloró de manera infame.

—¿Y por qué no lo hizo, agente Cranston?

—Porque me dominó el miedo… y la rabia —confieso.

Vale.

Ya lo he dicho.

Querían sinceridad y le he dado una dosis de ella.

Que sea lo que tenga que ser.

Me lo merezco.

O puede que no, pero ya da igual.

Mi suerte está echada.

Pensándolo bien, solo se me ocurre a mí meterme a policía. Seguro que hay un buen número de profesiones que se me podían dar bien. Es probable que pronto esté en disposición de descubrirlo. Tampoco es tan tarde para explorar una nueva faceta de mí misma en la que disfrute. Incluso podría convertirme en escritora contando la historia de mi infancia con un asesino en serie como educador.

La mirada de los dos inspectores es indescifrable. No sé si están a punto de dilapidar mi carrera o de abrazarme para consolarme.

Intuyo que lo primero tiene más papeletas.

—Veintiocho puñaladas —menciona ahora la inspectora Rodríguez de manera seca. Es comprensible. Veintiocho puñaladas es una salvajada.

Suena realmente muy bestia.

Suena a furia inhumana.

Emilia Rodríguez me observa de una manera que me hace sentir incómoda. Es la primera vez que dice algo desde que hemos empezado. Igual son paranoias mías, pero tengo la impresión de que, si por ella fuera, este expediente se resolvería por la vía rápida.

—Eso dicen. Me cuesta creer que fueran tantas —me defiendo de manera débil.

Ha sido un comentario absurdo o, como mínimo, poco inteligente. Pero, en este caso, de veras que no miento. Es un número que me resulta excesivo. Apuñalar veintiocho veces a un ser humano lleva su tiempo y exige mucho esfuerzo. ¿Cómo pude hacerlo? Sospecho que el exceso de adrenalina hizo su parte.

—Hace unos minutos hemos hablado con la doctora Park, la psiquiatra que se ha hecho cargo de su caso.

Sé de sobra quién es. No entiendo por qué me lo explican. Si creen que por ser rubia soy tonta, bueno, pues deberían saber que ese estereotipo está ya demasiado manido.

Me limito a asentir. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Su médica dice que usted estaba en plenas facultades cuando apuñaló al sospechoso —continúa la inspectora.

Trago saliva. Me temo que se acerca la sentencia. Su rostro impertérrito no muestra ni la menor emoción. Desde luego, no estaba esperando gestos de cariño, pero quizás sí algo más de compañerismo. Imagino que eso no es más que una ingenuidad por mi parte. Los de Asuntos Internos tienen una misión muy clara. No debería esperar que fueran precisamente tiernos corderitos ni la madre de Bambi.

—El análisis minucioso de la escena del crimen, nos indica que, al menos en un primer momento, usted tuvo que defenderse del ataque del presunto asesino —dice ahora Wilson con voz desafectada. Y a pesar de su tono neutro, me da la impresión de que me está echando un cable.

Intento rememorar, segundo a segundo, lo sucedido, como si fuera una película a cámara lenta. La parte positiva es que el escenario no revela el planteamiento que urdí, el cual incluía provocarle hasta llevarle al límite y que cometiera algún error. En cierto modo, ya lo saben por lo que hablamos antes, pero no conocen los detalles. Pudo costarme caro, pero yo llevaba la iniciativa y fue lo que me dio, en última instancia, la ventaja. De hecho, recuerdo que tuve presente a mi padre y lo que solía decir, eso de que en la vida hay que ser proactivo si quieres construir tu futuro y no dejarlo en manos de los demás.

Pensé que mi mejor opción era crear desconcierto. Tenía la teoría de que alguna mujer que guardaba parecido conmigo le debió herir tiempo atrás de manera cruda, así que debía jugar esa baza. Además, era probable que sus anteriores víctimas no le hubieran desafiado, dominadas como estarían por el miedo. No se esperaría que yo me atreviera.

Y eso fue justo lo que hice.

Le perdí el respeto y le traté como si fuera un idiota. Enseguida me di cuenta de que estaba hecho papilla por dentro y que era bastante fácil sacarle de quicio. Cuando alguien está así de dañado, no es una tarea compleja manipularlo.

Le reté.

Lo puse en el disparadero.

Llevaba un arma de fuego.

Esa era demasiada ventaja para él y debía minimizarla.

Tenía que actuar y moverme con rapidez.

Por suerte para mí, detrás suyo había un espejo que me dio una ventaja.

—*«¿Vas a dispararme, Tommy? En serio, pensaba que eras más valiente. Pero si tienes que refugiarte detrás de un arma de fuego para matar a una mujer, entonces es que eres un mierda y te mereces todo lo que ella te hizo. Es más, debió quedarse corta. Si fuera yo, te destrozaría»*.

Buscaba provocarle hasta el punto de que decidiera matarme con sus propias manos. Era mi única salida, porque ya estaba muerta. Se lanzó hacia mí y lo aproveché. Logré arrebatarle el cuchillo sujeto a su cinturón, justo en la parte de atrás, después de propinarle un rodillazo en la entrepierna, cuando sus movimientos me indicaron que iba a por mí.

Ya no tuvo opciones.

La primera puñalada entró con relativa facilidad. La rabia era tal que me vi imbuida de una fuerza que no sabía que tenía. Después llegaron la segunda y la tercera… Él seguía golpeándome, pero cada vez de forma más débil.

Y luego me descontrolé de una forma inimaginable.

Cuando lo pienso con frialdad, me doy cuenta de que podría haberme salido muy mal y ser yo la que ahora estuviera criando malvas. Fui imprudente y, a pesar de ello, creo que reaccionaría igual si tuviera oportunidad. No se me ocurre otra manera de escapar de una sentencia segura. Mis compañeros no habrían llegado a tiempo.

Tuve suerte.

Más me vale recordarlo antes de volver a tentar al destino.

—Sí, exacto, eso es lo que sucedió. Él me atacó y no me quedó otro remedio que defenderme. Tuve que tomar decisiones de forma rápida. No es nada fácil en circunstancias como las que yo viví. Imagino que ustedes también habrán tenido que pasar por algo semejante a lo largo de sus carreras. Si es así, seguro que lo comprenderán. A veces, simplemente no hay tiempo para tomar la mejor decisión, sino para tomar solo una, la que puedes en ese instante. Ese hombre iba a matarme. Me doblaba en peso y altura. No tenía muchas opciones en un cuerpo a cuerpo. Simplemente, hice lo que pude.

Los dos inspectores me miran como si fuera un espécimen raro. Estoy acostumbrada, pero no por ello deja de molestarme, en especial porque, en este caso, puede implicar consecuencias que no deseo para mí.

Durante unos segundos, el tiempo parece expandirse en múltiples direcciones mientras espero alguna reacción por su parte.

—Hemos terminado por hoy. Gracias, agente Cranston.

Capítulo 40
No pensar y seguir



Lo primero que hace al regresar a su piso, es cambiarse de ropa y ducharse. Se frota con tanta fuerza, que casi logra levantarse la piel y dejarla en carne viva. Después, toma varios productos de limpieza y se dirige hacia su destartalada furgoneta. Tiene presente que es fundamental limpiar cualquier rastro de sangre que pueda haber quedado.

Enseguida empieza a sudar de nuevo, al restregar con intensidad las manchas que ve. Su mente va acelerada, pensando en qué va a hacer a continuación. ¿Debería quemar su ropa? Quizás fuera esa la mejor opción, pero no va sobrado precisamente de prendas de vestir. Ha descuidado tantos aspectos de su vida, que casi cuenta con lo justo para cambiarse entre una lavadora y la siguiente. Lo limpiará todo bien. Llevaba prendas de vestir oscuras y no tienen por qué verse rastros.

Siguiente pregunta: ¿Le convendría deshacerse de la furgo? No, eso ni de coña. Es muy vieja, está bastante oxidada y tiene lo que suele llamarse goteras, como que la puerta del conductor necesita cerrarse de una determinada manera porque ya no encaja bien, y el cinturón de seguridad hay que moverlo de forma suave, de lo contrario, se atasca y no sale. La guantera, bueno, hace mucho que solo abre si se le da un puñetazo en determinado lugar. Cosas que solo él conoce. Pero si se desprende de ella, le será imposible comprarse una nueva.

Cuando termina, se deshace de los trapos que ha utilizado para limpiar en el contenedor más cercano. No se detiene a pensar si eso es buena o mala idea. Su cerebro ya no parece querer trabajar más por hoy. Sube a casa agotado, física y mentalmente. No le vendría mal otra ducha, pero la descarta al instante. Solo necesita descansar y olvidarse de lo de esa noche.

Se fuma un porro antes de tumbarse para relajarse. Sus nervios están de punta. Sospecha que no va a ser capaz de conciliar el sueño, pero sucede justo al contrario, porque cae rendido y se duerme casi al instante. Paradójicamente, pasa una buena noche de sueños tranquilos.

A la mañana siguiente, se despierta más descansado de lo que siente haber estado en mucho tiempo. No hay ni rastro de las voces. Agradece ese silencio y le hace sentirse bien. Es reconfortante. Parece ser que Rocky está cumpliendo su parte del trato. Desde que él está, ellas se han esfumado. Ha cambiado una alucinación por otra, aunque él no lo piensa de ese modo, porque solo tiene visión de túnel, la cual le permite percibir lo que más le interesa.

Se prepara el desayuno. Está hambriento. Engulle lo que encuentra por los armarios y la nevera, junto con un café malo a rabiar. Durante un segundo, le asaltan las imágenes de la noche anterior y siente una punzada de culpa atravesándole el pecho. Desaparece casi tan rápido como ha llegado, debido a que es sustituida por otro sentimiento más poderoso que le asalta con ansias de dominarlo todo. Por primera vez en mucho tiempo, no cree que sea un flojo ni un pusilánime. Lo que ha hecho, aunque se considere reprobable, no está al alcance de cualquiera.

Ese día y los siguientes, las cosas le van mejor en el trabajo. Su actitud ha cambiado y sus compañeros parecen notarlo. No se meten con él. Algo en su semblante no es como siempre. Le sigue preocupando la bolsita de maría que perdió y su mechero, pero cada vez menos. Si hubiera consecuencias, no se habrían hecho esperar y ya se encontraría de patitas en la calle. Además, pudo perderla en cualquier parte, tal y como en realidad sucedió.

Rocky aparece de vez en cuando y le recuerda su misión, pero no se muestra tan intrusivo por el momento. Cada vez se siente más

seguro de sí mismo. Además, no ha visto nada en las noticias relativo al asesinato que cometió. En parte, no le sorprende. A nadie le preocupa un vagabundo sin historia ni lazos de ningún tipo. No hay quien le eche de menos.

Puede que ni siquiera lo hayan descubierto todavía.

Se prepara para su segunda vez. Se acabó el descanso. Necesita entrenarse. Rocky se lo recuerda. No va a ser magnánimo con el tiempo. Llegará el día en el que tenga que cumplir con lo cometido sin excusas, así que le conviene estar preparado. No puede demorarse más en ir a por otro cuerpo que le sirva de *sparring*.

Piensa en cómo hacerlo esta vez. Se alegra de no haberse desecho del cuchillo al final. Cree que usar la misma arma le traerá suerte. Ya no siente tanto miedo ni los recelos que tuvo. Es consciente de que tendrá que tomar más precauciones. Fue chapucero y descuidado. En primer lugar, cuando tenga más práctica, tendrá que adquirir algún arma más adecuada, puesto que un cuchillo de cocina no es lo ideal. Pero será más adelante. Tal vez, una navaja automática. No tiene ni idea de armas de fuego y aún no se ve capaz de manejar una.

«Antes o después, tendrás que dar el paso. ¿O crees que vas a matar a esos dos capullos con un arma de juguete? Han tomado tantos esteroides en su vida, que están más hinchados que un globo de los que sobrevuelan la Capadoccia. Con un leve puñetazo te mandarían a diez metros de distancia».

Sabe que tiene razón pero, por el momento, va a seguir adelante con su plan. Ni siquiera sabe cómo conseguir un arma de fuego, así que, mientras tanto, hará lo que pueda con los recursos que tiene disponibles.

Vuelve a salir a por una nueva víctima.

Esta vez los remordimientos le hablan mucho más bajo.

Capítulo 41
Myrkur



Apesar de que, en un primer momento, creí que el tema con los de Asuntos Internos se resolvería más o menos rápido, parece que eso no va a ser así. Justo después de que matara a Thomas Harley, el sospechoso que me secuestró durante mi última investigación, me dijeron que querían hablar conmigo enseguida. Desde esa primera toma de contacto a esta entrevista han pasado muchos días, y no tiene pinta de que lo vayan a resolver a corto plazo.

Me consta que están entrevistando a mis compañeros, no solo a los de Boston sino también a los que tuve en Salem. Imagino que lo hacen con el objetivo de comprender mejor mi personalidad. Eso me recuerda a mis dos viejos amigos, Ben y Michael. Se habrán frotado las manos despotricando de mí.

Patrick no me ha comentado si ha hablado ya con Wilson y Rodríguez. Quizá tarde en enterarme. En cualquier caso, me encantaría poder escuchar esa conversación. ¿Qué les dirá Patrick de mí ahora que tiene tantas dudas? ¿Saldrá en mi defensa o expresará en voz alta esas inquietudes que actualmente le carcomen por dentro?

Se me ocurre que Daniel Chrysler y Leonard, el forense, sí pueden haber hablado bien de mí. Eso ya de por sí me reconforta. Creo que son las dos personas con las que mejor he conectado en mucho tiempo. Me siento muy cómoda con ambos, hasta el punto de que puedo ser yo misma con ellos, sin ningún tipo de máscara y sin

disimulos ni cuidados. No estaría mal que, al menos, dos seres humanos en el mundo ofrezcan buenas referencias.

Me temo que voy a necesitarlas.

Como si lo hubiera invocado, suena mi teléfono y aparece el nombre del que fue mi compañero en el último caso que investigué, ese que me ha conducido a esta situación de limbo profesional. Su llamada me hace sentir bien, aún sin saber cuál es el motivo.

—Myrkur, ¿cómo lo llevas? —dice en un tono alegre que no deja de sorprenderme. Este hombre está siempre de buen humor. Es de esa gente que te contagia su estado de ánimo. En estos momentos, reconozco que me viene muy bien.

—Depende de si quieres que te diga o no la verdad.

—Vale, o sea que estás hecha una mierda.

—Es un buen resumen, desde luego. —Lo que decía, con Daniel, las cosas fluyen, porque hace que sean sencillas—. ¿Qué tal van las cosas por comisaría?

—Nuestro querido Tommy me está dando mucho trabajo —reconoce, haciendo referencia al sospechoso al que acuchillé repetidas veces—, entre otras cosas porque te las arreglaste para quitarlo de en medio y así dejarme a mí todo el marrón burocrático que viene después. Muchas gracias, compañera. No dudo que lo hayas hecho para ayudarme a crecer profesionalmente, pero preferiría que al siguiente lo dejes con vida para que nos comamos el papeleo juntos —concluye con sorna. Me encanta su sentido del humor. Hace que las cosas pierdan gravedad y que todo parezca algo más ligero.

—Cualquier cosa con tal de librarme de rellenar informes y acudir a los juzgados, ya lo sabes.

—Pues disfruta de tu tiempo libre, pero no vuelvas a repetirlo, ¿vale? Que me gustaba eso de trabajar contigo. Creo que congeniamos bien, ¿no piensas igual?

Lo cierto es que sí. Me entendía muy bien con Daniel Chrysler. Tenía la impresión de que, junto a él, no tenía que medir mis palabras o calibrar mis actos para encajar en el patrón que se supone a la gente normal. Con Daniel podía ser yo misma sin miedo a que me juzgase por mi apellido.

—Intentaré reprimirme la próxima vez que un sospechoso intente asesinarme. Espero que puedas perdonar que sea tan quisquillosa y elija salvar mi vida. Si llego a saber en los problemas que me iba a meter, ni me molesto, desde luego.

Se escucha una risa ligera al otro lado del teléfono y me reconforta. ¿Por qué no puede ser así de sencillo con el resto?

—¿Cómo van las cosas con los de Asuntos Internos?

No tengo muy claro qué puedo responder a eso, puesto que no lo sé con certeza. No tengo un buen pálpito y casi espero que, de un momento a otro, me llamen para pedirme que recoja mis cosas y que me busque un abogado que me defienda en el proceso penal que abrirán contra mí. Es como si la hoja de una guillotina pendiera por encima de mi cabeza.

No sé cuántos policías tienen que enfrentarse a algo así en sus carreras, pero de lo que estoy muy segura es de que, en su primer año, eso no le pasa a casi nadie. No sé a qué estoy esperando para echar una participación en la Powerball. Igual me hacía rica y se acababan mis problemas.

—Creo que no demasiado bien. Tengo una mala sensación, Daniel.

—Bueno, no debes fiarte mucho de tus sensaciones al respecto, porque no tienen porqué ser acertadas.

—Ahora lo único que quiero es que resuelvan cuanto antes y tomen la decisión que sea. Así sabré qué me espera. Detesto estar en ascuas y no saber.

—Si sirve, yo he declarado a tu favor. Y no ha sido solamente porque me caigas bien, que quede claro —señala con un tono liviano que intenta relajar la tensión—. Es que creo que eres una gran policía con un futuro prometedor. Hace falta gente como tú en el cuerpo. Además, hiciste lo que debías. Era tu vida o la suya. En tu situación, yo habría hecho lo mismo, sin importarme las consecuencias que vinieran después.

¿De verdad habría hecho lo mismo? Imagino que no, puesto que solo se refería a una parte de lo sucedido. Dudo por un instante si preguntarle qué opina acerca del número de puñaladas. Es evidente que ese punto se trata de una de las claves que, con toda lógica, están considerando en mi expediente. Tengo miedo sobre lo que

pueda pensar, pero por otro lado, soy de las que piensan que es mejor afrontar las cosas de frente.

—Dan, le apuñalé veintiocho veces —confieso, esperando casi con ansia algún comentario por su parte, como un acusado que aguarda el veredicto. Siento cómo los nervios se me agarran a la garganta. Supongo que, por muy acostumbrada que estés al rechazo, a nadie le gusta ser repudiada.

—¿Y qué? —pregunta, sorprendiéndome una vez más. Me doy cuenta de que él no me juzga. Nunca lo hace. Asume que cada uno cargamos con nuestra cruz y actuamos en consecuencia. Eso fue algo que me quedó claro desde el primer minuto en el que trabajamos juntos, pero siempre queda algún resquicio de duda.

—¿No te parece algo excesivo?

—Sí, lo es. Veintiocho puñaladas es una ida de olla de las buenas, compañera. Sin embargo, yo no sé qué habría hecho en una situación similar en la que sé que estoy en inferioridad de condiciones, y el tío que tengo enfrente solo piensa en darme una muerte tortuosa. Ese tipo no pretendía darte un beso de buenas noches y mandarte a la cama a dormir, Myrkur. En su mente jodidamente retorcida anidaba la idea de hacerte sufrir hasta la extenuación, mientras te arrebataba la vida. Por si fuera poco, luego iba a pintarlo todo con detalle para quedarse la imagen de recuerdo y poder rememorarlo en su cabeza una y otra vez. No me extrañaría que me saliera toda la rabia que llevase dentro si me sucediera algo así. Creo que yo también le habría dejado el cuerpo como un colador si hubiese estado en tu pellejo. Quien diga lo contrario, es un hipócrita de manual.

No tengo muy claro si lo dice para reconfortarme o por otro motivo, pero lo cierto es que agradezco su apoyo incondicional. El nudo de la garganta parece apretarse un poco más, pero ahora por otro motivo. Estoy sinceramente emocionada de que alguien me apoye de ese modo. Puede que sea la primera vez en mi existencia que me pase algo así.

—Oye, estoy bastante harto de que se nos trate como si nosotros fuésemos los malos, ¿vale? —continúa diciendo ante mi silencio—. Hacemos nuestro trabajo arriesgando la vida, y siempre nos toca

pedir perdón por lo que hacemos. Ya basta, joder. El resto de los mortales no tiene ni la menor idea de la presión que tenemos que soportar en muchas ocasiones. Habría que verlos en situaciones límite como las que tenemos que vivir. Toca tomar decisiones trascendentales en cuestión de décimas de segundo. Decisiones que no tienen vuelta atrás.

—Gracias, Daniel.

Se lo agradezco con total sinceridad. Sus palabras me están haciendo mucho bien. Son como un bálsamo que me ayudan a aliviar el dolor de tantos años.

—¿Por qué?

—Por estar ahí.

—De nada. Pero no es gratis, ¿eh? Me tienes que prometer que vas a incorporarte cuanto antes y me vas a ayudar con este marrón y con el siguiente que me caiga. No, perdona, retiro lo dicho. En el siguiente, te comes todo el papeleo, hasta la última coma. Ya sé que sueles trabajar con Patrick Baker, pero tendrás que hacer una excepción. Igual hasta deberías pensar en pedir el cambio de compañero. Además, él ahora está enredado en… bueno, ya sabes, en otros temas.

—Sí, lo sé. Está intentando dar caza a mi padre.

—Eso mismo.

—Tomo nota. Ojalá me dejen volver y trabajemos de nuevo juntos. Me gustaría de verdad, Dan.

No lo decía por decir. Realmente me siento muy cómoda trabajando con Chrysler. Según estaban las cosas con Patrick en ese instante, quizá fuera lo mejor para todos. Tal vez, incluso, si nuestra relación tenía alguna posibilidad de seguir adelante, fuese lo más aconsejable de cara a un futuro en común.

En cualquier caso, mientras llega el momento de conocer la decisión que hayan tomado, no pienso quedarme sentada. Tengo otros planes. Poco después de finalizar mi conversación con Chrysler, me subo a mi coche y meto en el GPS la dirección de una pequeña población. Después de cavilar mucho sobre el tema, me da la impresión de que cumple con los criterios que mi padre podría haber considerado como una buena opción como punto de partida después

de su huida. Seguramente ya estará muy lejos de allí, pero igual puedo conseguir información de todos modos. Sé que estoy basándome más en conjeturas y en suposiciones que en evidencias, pero no pierdo nada por probar y ocupar mi tiempo y mi mente.

La distancia a la prisión no es insalvable para recorrerla a pie en varias jornadas, aunque también es preciso considerar que las circunstancias no eran las mejores, suponiendo que tuviese que hacer todo el recorrido solo y sin ayuda. No tendría ni comida ni agua y eso, sin lugar a dudas, es un hándicap que no se puede obviar.

A su favor, no hay que olvidar que mi padre está en buena forma, por lo que pude ver en las ocasiones en las que lo visité. Era más que evidente que se cuida mucho. Tenía un aspecto muy saludable y se le veía fuerte, de un modo que solo responde a un entrenamiento sistemático.

Además, otro aspecto a tener en cuenta es que se trata de un superviviente y no se arredra con facilidad, por duras que sean las circunstancias. Su carácter es uno de sus puntos fuertes. Dudo mucho que conozca lo que es el miedo. Casi diría que es su principal bastión, esa capacidad para afrontar cualquier situación sin temor.

A pesar del tiempo transcurrido, siento que le conozco mejor que la mayor parte de las personas, incluso aquellas que han compartido tiempo con él.

Sigo siendo su hija.

Siempre tuvimos buena conexión.

Una muy especial, más allá de lo razonable.

Me veo capaz de imaginar cómo piensa.

Desconozco si eso es bueno o malo, si me acerca más a ser una réplica de él, una nueva versión.

El viaje hasta allí transcurre volando, sumergida como iba en mis pensamientos. Tengo la impresión de haber llegado en piloto automático, sin apreciar los detalles que han aparecido durante el trayecto.

Cuando aparco en una de las calles de la pequeña localidad, siento algo que no tiene ninguna base científica ni lógica alguna, pero aun así, me parece muy real.

Tengo el presentimiento de que he acertado.

Mi padre ha estado aquí.

Quizá, no se haya ido todavía.

Ahora tengo que averiguar si estoy en lo cierto o es todo fruto de mi imaginación.

Capítulo 42
Patrick



Hemos mantenido una reunión con el jefe todos los que estamos en el equipo de búsqueda de Frederick Cranston. Aunque Peter Radler es mi compañero de referencia y con el que más me coordino, el grupo es bastante numeroso. En total, hemos sido asignados doce agentes de distinto rango para poder repartirnos las tareas. No obstante, ha habido más efectivos que han participado en tareas concretas, puesto que el trabajo por hacer es ingente y no nos sobran las manos precisamente.

NorNor quería conocer los avances hasta el momento. El tiempo pasa y, aunque obtenemos información y hay novedades cada día, lo cierto es que no estamos más cerca de resolver el caso con el único resultado positivo, es decir, atrapar a Cranston y devolverlo al agujero del que nunca debió salir. El jefe ha dejado patente que le están presionando desde las altas esferas. El gasto que está suponiendo esta misión debe ser astronómico.

No es para menos.

Estamos buscando a un prófugo de la justicia con un historial delictivo que te pone los pelos de punta. Por si fuera poco, su extraordinaria inteligencia hace pensar que puede estar planeando cualquier barbaridad. A pesar de ello, prefiero creer que en lo único que ha dedicado su energía, hasta la fecha, es en poner tierra de por medio y alejarse de nuestro radar. No sé si eso puede considerarse bueno en realidad, pero es menos malo que el hecho

de que esté retomando su actividad criminal de antes de entrar en la cárcel.

No obstante, algo en mi interior me grita que es un pensamiento un tanto naíf y que Cranston está más cerca de lo que imaginamos. Por extraño que parezca, es un psicópata que adora a su hija y a su mujer. Me atrevería a decir que siente por ellas lo más parecido al amor que un animal como él puede sentir. Son sus puntos débiles y me sorprendería que no intentase contactar con ellas antes de tirar millas. Sin embargo, hasta la fecha no hemos descubierto que lo haya hecho, por lo que puedo haber errado con mi teoría.

Al finalizar la reunión de seguimiento, el jefe Norton nos ha pedido a Peter Radler y a mí que fuésemos a su despacho. No se encontraba de buen humor y, por supuesto, no ha hecho el menor intento de disimularlo.

Si a él le presionan, él nos presiona.

La ley de la selva.

No me sorprende y, de hecho, lo veo justificado. Al fin y al cabo, somos los que estamos al frente de la misión y me temo que, llegado el caso, si hace falta depurar responsabilidades, no le va a temblar el pulso a la hora de hacernos pagar el pato si no hay resultados a corto o medio plazo.

—Han pasado cerca de tres semanas y no tenemos ni rastro del paradero de ese maldito psicópata. ¡Tres semanas! —insiste, mirándonos alternativamente a uno y a otro—. No hay noticias de los aeropuertos, ni de que haya atravesado ninguna frontera. ¿Me lo podéis explicar? Porque os aseguro que no lo entiendo. No me puedo creer que nos haya burlado de esa manera. Nos hace parecer unos estúpidos delante de la población. Si nuestra popularidad ya de por sí no pasa por el mejor momento, esto no hace otra cosa que reafirmar lo que dice la facción más crítica.

Las arrugas de su frente y su ceño fruncido me han confirmado que su estado de ánimo estaba lejos de ser óptimo. De hecho, tiene un cabreo de los buenos. No es que no me lo esperase, pero tampoco puedo evitar que también me moleste. No voy a decir que me importe un bledo lo que opine la gente, pero mi trabajo no

consiste en contentar a nadie, sino en atrapar delincuentes. Eso es lo único que tendría que preocuparnos.

Me gustaría decir que tenemos avances interesantes, pero sería una mentira descarada. No está siendo fácil. Hemos peinado los terrenos que rodean a la cárcel, en un radio más que suficiente. Hemos registrado su celda, hemos estudiado las cámaras y hemos entrevistado tanto a funcionarios como a reclusos. Estamos buscando pruebas en las celdas de otros reclusos que mantenían una buena relación con él por si hallamos algún indicio que nos indique qué paradero podría elegir Cranston una vez fuera. No dejan de ser, en cierto sentido, acciones desesperadas, ya que resulta poco probable que encontremos algo concluyente ahí.

Hemos registrado los furgones en los que sospechamos que escapó. También hemos concluido que, efectivamente, tuvo que salir desde el servicio de lavandería y estamos siguiendo los movimientos financieros de los funcionarios que se encontraban en ese momento allí. No hay nada sospechoso, lo que implica que, si alguno está sacando beneficio de esto, lo hace por otros medios que desconocemos. Además, le estamos siguiendo la pista a uno en concreto con el que hemos averiguado que Frederick Cranston tenía, según parece, algunos trapicheos. Por el momento, sigue acudiendo al trabajo, lo cual nos despista, pues lo esperable era que, si está en el ajo, él también estuviese buscando un nuevo destino.

Nada de esto, por el momento, nos ha acercado a él.

¿Qué más podíamos hacer? No hemos parado ni un momento, a pesar de que no haya servido para nada que sea realmente efectivo. Yo también estoy enfadado por lo que esto supone y porque, en cierta medida, también está afectando a mi relación con Myrkur.

¡Cómo no iba a hacerlo!

A veces pienso en lo que cambia tu vida una decisión que no parece tan trascendente en un primer momento. En el instante en el que me ofrecí a trabajar de forma encubierta en Salem para intentar acercarme a la hija de Cranston, se inició una cascada de cambios impredecibles. El único objetivo era averiguar si el Devorador de Corazones estaba detrás de unos antiguos crímenes cometidos en una urbanización de las afueras de Boston. Aquellos hallazgos de

unos asesinatos perpetrados tantos años atrás nos traían de cabeza. Todo indicaba que él debía estar implicado de algún modo, pero no teníamos pruebas contundentes que sustentasen nuestra teoría.

El que fuera mi compañero, acabó muerto como consecuencia de aquella investigación. Pero antes, mi relación cada vez más estrecha con Myrkur deterioró la que mantenía con Aron Rubicon, con el que había trabajado durante años. Si bien ya habíamos empezado a distanciarnos y no éramos tan amigos como solíamos ser, ese caso terminó por abrir un abismo entre ambos. Puede que, debido a ello, Aron se obcecara más si cabe con aquella investigación y trató de llevar adelante las pesquisas por su cuenta, sin tenernos en consideración, a pesar de que supuestamente debíamos hacerlo en equipo. Fue una terrible imprudencia por su parte. Si hubiésemos trabajado juntos y bien coordinados como teníamos por costumbre en el pasado, su muerte con una gran probabilidad se podría haber evitado.

Ahora ya no hay marcha atrás.

Recordar esto provoca una sensación desagradable dentro de mí. No quiero hacerlo, pero de forma automática mi mente ha planteado que Myrkur se ha convertido en el epicentro de todos mis males. ¿Cómo se puede uno enamorar de alguien que no te hace ningún bien?

Un segundo después, me reprendo porque, en realidad, ella no tiene la culpa de nada de ello. Es una víctima más de lo sucedido y la estoy responsabilizando de algo de lo que solo yo debo responder porque fui el causante principal. Es más, me aproveché de su vulnerabilidad para acercarme a ella, y yo soy el único que puede hacerse cargo de mis sentimientos.

En retrospectiva, me hace sentir como alguien ruin. Soy yo el elemento común que ha causado este desastre y, sin embargo, intento cargarle a ella con lo sucedido. Fui un manipulador y un mentiroso. Jugué con ella porque me pareció inocente y fácil de manejar. He caído en mi propia trampa. Lo que ha venido después no era posible preverlo de antemano. ¿Cómo iba a imaginarme que terminaría enamorándome de ella?

Todos estos pensamientos me han mantenido distraído mientras NorNor ha seguido hablando. Cuando me doy cuenta de mi ensimismamiento, la cara de mi jefe me dice con claridad que se ha percatado de que no he hecho ni el menor caso a lo que nos estaba comunicando.

—¿Te aburro, Patrick? —me pregunta sarcástico. En su cara no hay ni rastro de humor.

—No, en absoluto, señor —le respondo, procurando volver al presente con toda mi atención. Hasta cambio mi postura, tratando de indicarle que ahora le escucho y no tengo intención de volver a distraerme.

—Pues lo parece, porque desde luego no tiene pinta de que tu mente esté en este despacho en este preciso instante.

—Lo siento —me disculpo con sinceridad.

—Este no es un asunto baladí, Patrick. Se ha escapado un peligroso asesino. Conocemos bien su historial de crímenes y todos aquí sabemos los que se han demostrado como suyos, pero estoy seguro de que pensamos igual si digo que los tres sospechamos que hay muchos más cadáveres a sus espaldas. Se suponía que tú ibas a sonsacarle información al respecto y por eso llegaste a tratos con él. Te engañó.

—Es posible, pero también logré que cooperase con nosotros. Con la información que nos dio, seguimos la pista a Edward Scott.

—Te dio migajas, Patrick, y nos llevó mucho tiempo dar con él. Demasiado, teniendo en cuenta que no logramos salvar a Aron.

—No creo que hubiésemos dado con él antes de que lo asesinara.

—Cranston sacó más beneficio, al final. Tal vez las mejoras que le supusieron esos acuerdos facilitaron que escapase de la prisión. Más nos vale tener esto en cuenta, porque si las cosas se ponen más feas todavía, la mierda puede salpicarnos de lleno.

—Insisto en que nos facilitó algunos datos de casos que teníamos abiertos, no lo olvide señor. Y ha colaborado en alguna que otra investigación adicional.

Lo que digo es cierto, el problema es que no todo puede considerarse estrictamente útil. Es más, hubo información que también servía a sus intereses, como la que nos facilitó para alejar la

sospecha que pendía sobre él acerca de los crímenes de la urbanización. Le venía bien que nos centrásemos en Scott. Se la tenía jurada porque fue quien levantó la liebre y provocó que hace ya doce años detuviéramos a Cranston.

El jefe Norton me mira de forma extraña. Quizá se deba a que se debate en seguir discutiendo el tema, hasta llevarse la razón y tener la última palabra, o no perder más energía con ello.

—Le he estado dando vueltas a una idea —comenta, mirándonos alternativamente a Radler y a mí. Parece que se ha dado por vencido —. He pensado que, como tú te llevas bien con su hija, podríamos utilizarla en nuestro favor sin que ella lo supiera. Igual logramos atraer al padre si jugamos bien nuestras cartas.

Trago saliva. No me gusta por dónde va esto. No podemos usarla nuevamente como moneda de cambio. No quiero ni imaginarme cómo haría que se sintiese. Nos hemos aprovechado demasiado ya. Es un miembro más del cuerpo y tendríamos que respetarla.

—Recuerde que es una agente de policía más, señor. Como compañero, no me parece ético que volvamos a hacer algo así con ella.

Por el rabillo del ojo, detecto que Peter me mira de un modo indescifrable.

—Y tú no olvides que hay un asesino libre como el viento ahí fuera —contesta señalándome con el dedo—. El problema de todo esto es que debo convencer a los de Asuntos Internos de que la permitan reincorporarse más pronto que tarde, y tengo la impresión de que las cosas no van demasiado bien con lo suyo. Claro que tampoco me sorprende. Veintiocho puñaladas no es ninguna tontería. Es para pensarse muy bien qué hacer con ella.

—No, desde luego. Pero creo que precisamente eso juega a su favor —la defiendo, sin creerme ni yo mismo mis palabras.

La cara del jefe es un poema.

Decir que está estupefacto es poco.

—No sé de qué modo eso puede ser una buena baza para que resulte exonerada. Ilumíname, detective Baker —solicita, con un evidente retintín.

—Bueno, es una muestra de que la dominaba un miedo visceral. Veintiocho puñaladas hablan de pánico en estado puro. Necesitaba asegurarse de que no podría atacarla más, de que no iba a levantarse e ir a por ella. Aquel tipo podría haberla hecho papilla si Myrkur no hubiera estado lista. Pero eso no significa que no estuviera aterrorizada.

Casi puedo ver los engranajes del jefe moviéndose dentro de su cabeza. Incluso a mí empieza a sonarme creíble lo que acabo de decir. De hecho, las dudas me asaltan y hacen que me pregunte si no lo habré juzgado con excesiva dureza por ser quien es.

Siento un nudo en el estómago.

¿Y si es eso lo que sucedió?

¿Y si sintió tal grado de terror que no pudo parar hasta que estuvo segura de que Harley estaba muerto?

Debería haber creído en ella.

Tendría que haberla respaldado.

Soy un auténtico gilipollas.

Capítulo 43
Myrkur



Esta localidad es más pequeña incluso de lo que imaginaba. Sharington tiene poco más de trescientos habitantes. No creo que haya demasiadas poblaciones en todo el país con esa cifra, salvo en zonas situadas en las proximidades de algún desierto. Supongo que en las inmediaciones de Death Valley habrá pueblos incluso más pequeños que este, aunque a mí desde luego no me gustaría ni lo más mínimo vivir allí. Las condiciones son tan extremas, que me resulta insólito que cualquier ser vivo elija residir en esa zona por voluntad propia. Casi podría decirse que son incompatibles con la vida.

Un dato curioso es que Sharington se encuentra a algo más de una hora y media en coche de Boston y más o menos a la misma distancia de la prisión. La cantidad de kilómetros no es nada desdeñable si vas andando. No es ni insalvable ni imposible, pero hacen falta varias jornadas para lograrlo, salvo que seas un corredor de ultramaratón. En ese caso, con unas cuantas horas te valdría. No obstante, considerando de forma global la situación, no puedo barajar el tiempo que le llevaría llegar hasta aquí a pie, suponiendo que fuese así como se ha desplazado.

Teniendo en cuenta que sabía que le irían pisando los talones, se ha tenido que esconder en diversos lugares hasta que sintiera que estaba seguro. Los primeros instantes serían claves, pues es cuando la búsqueda se intensifica, cuando se ponen todos los recursos

posibles a disposición de una misión de prioridad absoluta. Hubo muchísimos agentes implicados en la labor de rastreo. Se coordinaron diferentes fuerzas policiales tratando de encontrarle.

No le tuvo que resultar fácil hallar un lugar en el que esconderse, salvo que ya lo tuviera decidido desde antes. Eso requeriría de un análisis minucioso de la zona. Es posible que alguien que conociera bien este área en concreto le hablara tanto de la orografía, como de otros aspectos que le resultasen de interés. Pero eso no sería suficiente. Necesitaría verlo por sí mismo. Si, tal y como creo, tenía acceso a un ordenador, no le resultó difícil.

Google Earth tiene un asombroso nivel de detalle. Con su satélite, puedes acercarte hasta cualquier lugar de un modo tan realista que puede hacerte sentir que estás allí. No me sorprendería que, un análisis de las páginas webs visitadas por mi padre a lo largo de los años que ha estado en la cárcel, fuera muy revelador. De todos modos, estoy convencida de que no sería fácil adivinar sus intenciones, puesto que ocultaría cada dato de interés que buscase bajo una montaña de cosas insulsas e intrascendentes. Ha sido mucho tiempo dentro para planificarlo todo y enterrar lo que no quisiera que detectaran.

Intentar poner el mayor número de kilómetros de por medio le podía dar una ventaja inicial antes de que llegase la policía con los perros. El problema que eso conlleva es el olor del sudor provocado por esfuerzo, si se desplazó corriendo, lo que los atraería como moscas a la miel. Eso me lleva a la más que probable posibilidad de que encontrase el modo de que alguien le trasladase, al menos los primeros kilómetros. Igual estoy totalmente equivocada y tuvo un vehículo desde el principio que se lo llevó muy lejos.

Pero, ¿y si aún sigue en la zona?

Si no sucedió así, me pregunto si no encontraría algún sitio en el que poder semienterrarse para camuflar al máximo posible esas partículas odoríferas. Si llevase la ropa de otro o de otros, también podría ser una forma rudimentaria de despistar a los perros, ¿no? Me lo anoto mentalmente como tarea para llevar a cabo más adelante. Al fin y al cabo, parece que tiempo es lo que me va a sobrar a corto y medio plazo.

El problema es que no cuento con los medios para estudiar con detenimiento los lugares que pudo utilizar y podría envejecer tratando de averiguar si tengo razón. Quizá, deba barajar la opción de aprovechar todo este tiempo que se me ha regalado sin quererlo para pensar en mi futuro inmediato, y tener un plan B por lo que pueda suceder.

Eso sería lo más sensato.

Pero ya que estoy aquí…

Sharington da la sensación de ser un lugar tranquilo. Hay un núcleo urbano pequeño y también se aprecian casas desperdigadas aquí y allá. Se respira calma y serenidad. No hay apenas ruidos, salvo alguna sierra de calar que se oye en la lejanía y el canto de los pájaros. No hay bullicio, ni ruido de coches, ni estridencias. Hasta el cielo da la impresión de ser más azul, quizá por la falta de contaminación. Parece un sitio casi bucólico. Un lugar aislado del resto del mundo. Un remanso de paz.

Siento que he viajado en el tiempo y me encuentro en una población más propia de mediados del siglo XX que de la actualidad. Claro que yo soy nacida en el siglo XXI, así que no puedo decir exactamente cómo era vivir en aquella época en una localidad pequeña.

Me asalta una idea que, no sé por qué motivo, no he tenido en consideración. La cara de mi padre ha estado en todos los medios de comunicación. No creo que le resulte fácil esconderse aquí, salvo que, como creo, alguien le esté ayudando. Cuando menos, me resulta inquietante por lo contradictorio que parece. Tal vez mi intuición me ha fallado esta vez, puesto que aquí es más probable verse expuesto.

¿O no?

Quizá dependa del tipo de gente que reside aquí.

Puede que no sea el único que se esconde.

Puede que muchos tengan el mismo interés en no indagar en la vida de otros.

No sé. Ahora me parece algo disparatado. Cada minuto que paso en este lugar me parece más plausible que mi teoría sea errónea y ni se le pasara por la cabeza acercarse a un sitio como este. Y sin

embargo, siento que se encuentra aquí, como una presencia muy real que se encuentra más cerca de lo que imagino.

Estoy hecha un mar de dudas.

Si estoy en lo cierto, debe tratarse de un lugar en el que cada uno va a lo suyo y no se mete en la vida de los demás. Sospecho que, entre sus búsquedas en internet, también dedicó tiempo a investigar las diferentes localidades de la zona. Tal vez se basó también en revistas, periódicos o vete tú a saber. No me sorprendería que, en distintas conversaciones con unos y otros, lograse averiguar aquello que le interesara. Aun así, hay ciertos datos que no es fácil descubrir estando encerrado entre cuatro paredes de gruesos muros donde vigilan con lupa cada movimiento que haces, salvo que las personas que entran y salen de la prisión constituyan la fuente de los datos.

Al final, todo me lleva a certificar mi hipótesis de que no ha podido hacerlo solo. Es la conclusión más razonable. Necesariamente debió contar con la colaboración de, como mínimo, un tercero. Pero, ¿quién? ¿Quién estaría dispuesto a jugárselo todo por ayudar a salir a un prisionero? ¿Qué sacaría a cambio? ¿En qué podría verse beneficiado? Tuvo que ser algo que no pudiera rechazar.

Dinero.

Esa debe ser la razón.

Uno de los motivos más poderosos.

Una de las razones más habituales que está detrás de la mayoría de los delitos.

Tuvo que tratarse de una cantidad nada desdeñable.

Es algo que me encaja a la perfección. Cuando era niña y mi padre estaba en casa, nunca nos faltaba de nada. Llevábamos un tren de vida elevado. A pesar de que cambió de trabajo en distintas ocasiones, la situación no variaba. Podíamos permitirnos casi cualquier capricho. Nunca tuve la impresión de que mis padres tuvieran que controlar los gastos. Siempre destacó por ser un hombre brillante y previsor. ¿Es posible que tuviera prevista una situación en la que necesitara salir huyendo y dispusiera de dinero suficiente para empezar una nueva vida?

Claro que sí.

¿Cómo no hacerlo?

Debido a lo que hacía a espaldas de nosotras, seguramente tendría prevista una contingencia para casos extremos. Aunque fuera extremadamente cuidadoso y, en su fuero interno, estuviera convencido de que jamás le atraparían, no dudo de que tendría siempre a mano un plan B. ¿Nos incluía a mi madre y a mí en él? No estoy segura de ello, ni tampoco me apetece averiguarlo por el momento.

Hay dos motivos por los que pudo barajar la opción de quedarse cerca y no cruzar el charco para desaparecer del radar de la policía, que habría sido lo más inteligente. Por una parte, precisamente que quisiera tener a su familia cerca. Por otra, que tuviera una venganza pendiente.

Siguiendo con mi hipótesis de que buscó un lugar accesible y cercano, Sharington desde luego tuvo que estar en su mente. Es el pueblo que tiene menor número de habitantes de todos los que hay en un radio de unos doscientos kilómetros. Eso puede considerarse un pro o un contra, según se mire por las razones acerca de las que ya he reflexionado anteriormente. Además, se encuentra casi equidistante entre Boston y la cárcel. He descartado los núcleos de población más grandes atendiendo a una teoría bastante sencilla, pero también puede que ridícula: en ellos, la gente suele estar bastante al día de las noticias. Quien más y quien menos, ha visto su imagen en los distintos medios de comunicación, sin lugar a dudas.

Sin embargo, en núcleos pequeños, tengo la impresión de que los lugareños se preocupan más de lo que ocurre en su comarca que de los acontecimientos a mayor escala. Viven más próximos a su realidad inmediata, sin preocuparse en exceso de lo que sucede más allá de los límites de sus tierras.

¿Son desvaríos o tiene algún sentido?

No lo sé.

Quizás venir hasta aquí sea una absoluta pérdida de tiempo. Puede que mis prejuicios me hayan nublado el raciocinio. Estar de baja administrativa me hace perder facultades.

Capítulo 44
Lo bueno y lo malo



Le ha resultado mucho más fácil de lo que sospechaba. No ha sentido el temor de la primera vez, ni las dudas, ni la inseguridad. ¿Cómo es posible que se haya producido un cambio tan radical en él en un lapso de tiempo tan corto? Sus remordimientos se han diluido como el azúcar en el café. Todo aquello que le atormentaba pocos días atrás ya es cosa del pasado.

Resulta casi increíble lo rápido que se ha adaptado a su nueva situación. No hay nada como sentir de cerca la presión para olvidar los propios principios. En cualquier caso, no conviene descuidar la nada despreciable colaboración de las sustancias que fuma e inhala con escaso control en los últimos días. Tienen su parte de culpa en la versión actual de quién es. Han redefinido, calada a calada, dosis a dosis, la persona que un día fue. En la actualidad, le proporcionan las agallas que le faltan, y le ayudan a que se diluyan los pensamientos cuando estos resultan demasiado intrusivos.

El hecho de que el tormento de las voces se haya evaporado, constituye otro ingrediente importante. La presencia de Rocky no le resulta tan molesta. Es cierto que se presenta sin avisar, en el momento más inesperado, pero pronto desaparece igual que se presenta, una vez que le deja claro el mensaje que le quiere transmitir.

Su mente se compone de una extraña esencia incalificable. Su atención fluctúa, su memoria se deteriora, su razonamiento pierde

eficacia. Hasta su lenguaje y su capacidad para hablar se están viendo mermados. Un puñado de secuelas que no para de crecer y que no cesará de hacerlo, salvo que detenga esa escalada de vicios dañinos que están devorando su cerebro.

Rocky ya no le da tanto miedo como al principio. Es consciente de que le está pidiendo algo muy complejo que puede costarle muy caro, puesto que los objetivos a los que debe quitar de en medio no son fáciles de reducir. Desde luego, tendrá que ir a por ellos de uno en uno, pero no todavía, porque sigue sintiendo que necesita más experiencia.

Ha comenzado a pensar que, lo que hace, no es algo tan malo. Las dos víctimas a las que ha asesinado hace tiempo que habían perdido la ilusión por vivir. No tienen a nadie que las eche de menos y su vida se había convertido en un auténtico suplicio. Definitivamente, es probable que ni siquiera esté haciendo algo pernicioso, tal y como pensaba al principio, atormentándose por terribles remordimientos.

Esos malos sentimientos cada vez son más pequeños.

Y por si fuera poco, empieza a confiar más en sí mismo.

Será que todo tiene un lado bueno y otro malo.

Lo que tiene bien claro es que no piensa quejarse, ya que Rocky es una leve molestia, mientras que las voces eran machaconas y persistentes. Le llevaban a situaciones de mucho estrés, con su incesante discurso, con sus palabras desalentadoras, hasta el punto de hacerle perder los nervios.

Y ellas también habían comenzado a pedirle sangre.

Eran imprudentes.

No atendían a razones, ni pensaban en las consecuencias. Le sugerían que quitara de en medio a aquellos que no le trataban bien, sin ofrecerle herramientas para hacerlo, sin estimularle de la forma apropiada. Si les hubiera hecho caso, no habrían tardado en pillarle, pues todo el mundo le habría apuntado con el dedo.

No hay nada igual que mirar las cosas desde la perspectiva que más nos interesa o nos conviene, debido a que ahora ha llegado a ese punto en el que parece olvidar que ha asesinado ya a dos personas a sangre fría.

En la segunda ocasión en la que lo ha hecho, le ha resultado todavía más fácil. Cuando el miedo se convierte en humo, es mucho más factible ejecutar la acción con precisión. A pesar de todas las inseguridades y los temores de su estreno, le resultó relativamente sencillo, en lo que a la praxis se refiere, no así con relación a los condicionantes morales, los cuales fueron mucho más severos entonces. Aquel hombre indefenso que dormía al raso se convirtió en su primer saco de prueba.

No tuvo ni la menor opción.

Estaba muerto antes de que se diera cuenta de lo que sucedía.

En realidad, ya estaba casi moribundo desde antes de la primera puñalada, pues se encontraba enfermo y la vida en la calle no hacía otra cosa que agravar su condición. Sin embargo, Mickey eso lo desconocía. Lo único de lo que tuvo consciencia fue de que no hizo ni el menor intento de defenderse.

Se preguntaba si la policía ya tendría noticas a esas alturas. Habían pasado varios días, puede que tres, aunque no estaba del todo seguro, entre su primer y su segundo asesinato, pero no tenía ni la menor idea de si estaban investigándolos. Nadie había contado nada al respecto en el trabajo y tampoco lo había visto en la tele ni en las redes sociales.

En realidad, los cuerpos de seguridad ya estaban al tanto, aunque la prensa no se hubiera hecho eco de ello. Una pareja de trabajadores sociales que se encargaban de pasar por aquella zona cada cierto tiempo, fueron los que descubrieron el cadáver justo después de que Mickey matara a su segunda víctima. Aquel hombre era uno de los que tenían en un seguimiento más cercano, pues conocían su delicado estado de salud. A pesar de ello, se negaba a acudir al médico y tampoco aceptaba la posibilidad de ir a dormir a un albergue hasta que se encontrase mejor. Los trabajadores sociales temían que cualquier día podrían encontrárselo muerto, como ya les había pasado lamentablemente en otras ocasiones. Formaba parte de lo que, por desgracia, era esperable en esa facción social que parece no contar con las mismas oportunidades que los demás.

Lo que no imaginaban era que lo hallarían acuchillado.

Enseguida llamaron a la policía y esta siguió el procedimiento oportuno. No obstante, esperaban que no se le prestase demasiada atención a ese caso. Aunque, obviamente, la vida de esa persona no valiera menos que la de cualquier otra, lo cierto era que, el hecho de que nadie la echara de menos ni que presionara para que buscasen a su asesino, haría que se terminase por olvidar el caso más pronto que tarde. Aquellas personas tenían un perfil de alto riesgo por el simple hecho de vivir en la calle.

Los olvidados de la sociedad lo son, por desgracia, en todos los sentidos.

Cuando acudió a matar a su segunda víctima, en esta ocasión una anciana que se encontraba en otro callejón un poco retirado del resto, se convenció de que aquello no era más que un trámite necesario. Necesitaba hacer callo, entrenarse, practicar, no solo en cuanto a la ejecución del hecho, sino en lo referente a lo que le suponía emocionalmente arrebatarle la vida a otro ser humano. Lo importante era no ver la cara de sus víctimas, deshumanizarlas, para que no le afectase. Así, solo sería un cuchillo atravesando la carne.

Sin rostro.

Sin nombre.

Sin una historia vital.

Pero no era solo eso. Había implicaciones mayores. Debía hacerse más fuerte, debía coger seguridad antes de enfrentarse a los verdaderos objetivos que le había propuesto Rocky. Cuando llegase el día, debía estar sobradamente preparado para hacer frente al mayor desafío de su vida.

Estaba seguro de que ellos no serían pan comido.

Tendría que luchar, si no se hacía antes con un arma de fuego, tal y como planeaba. Eso lo haría mucho más sencillo, aunque también atraería más atención, ya que la detonación no sería lo que se dice discreta.

Miraba la sangre que todavía cubría, en parte, sus manos desde la noche anterior y reflexionaba sobre todo ello. En unos días, buscaría un nuevo objetivo. Mientras tanto, tendría que empezar a tantear algunos contactos que tenía para averiguar como podría hacerse con un arma sin necesidad de adquirir una licencia.

Capítulo 45
Patrick



Peter y yo nos encontramos revisando las declaraciones de los diferentes testigos, en especial, de tres de los celadores. Todas fueron grabadas en vídeo. Eso nos permite analizar su lenguaje corporal con detalle. A dos de ellos los entrevistamos nosotros mismos, pero no así al tercero, que es en el que más nos centramos por ser la primera vez que lo vemos.

Él es justo nuestro principal sospechoso.

Henry Maddox llevaba trabajando en la prisión cerca de veinte años. Al parecer, es un peso pesado allí dentro, respetado por compañeros y prisioneros. Según pone en los datos del expediente que nos han facilitado, ha cumplido recientemente los cuarenta y nueve, por lo que gran parte de su vida la ha pasado entre esos muros, dedicado a vigilar a presos violentos y especialmente peligrosos.

Eso tiene que quemar seguro.

Es de ese tipo de trabajos que, poco a poco, va erosionándote como persona hasta el punto de cambiar tu carácter de forma definitiva. Dejando al margen este análisis superficial de su personalidad, no hay registros ni denuncias que induzcan a pensar que este hombre estuviera llevando a cabo dentro de esos muros ninguna actividad al margen de la ley, bien porque no lo hacía, o bien porque había sido lo suficientemente listo para que nunca lo pillaran. No obstante, Cranston sí hace referencia a él en sus

anotaciones. Junto a su nombre, también menciona a otro funcionario que parece ser su más estrecho colaborador. Su nombre es Michael Fisher.

Ambos se encontraban trabajando la noche de autos.

En la reproducción del vídeo, me llama la atención la postura que mantiene prácticamente todo el tiempo que dura la entrevista. Está absolutamente relajado, como si se encontrara charlando animadamente con unos amigos en un bar. Se muestra seguro de sí mismo, como si no tuviera nada que esconder ni tuviera nada en absoluto de qué preocuparse.

Después de las preguntas de rigor para que quede registrada su identidad y el puesto que ocupa dentro de la prisión, comienza el interrogatorio. Al principio, no hay nada trascendente, pero algo me llama la atención cuando van cerca de unos diez minutos de entrevista. Es casi imperceptible, pero aun así, capta mi interés.

—Quiero hacer zoom para ver mejor la cara de Maddox —le digo a Peter. Algo en la expresión facial del carcelero me chirría cuando le preguntan por su relación con Cranston. Me ha dado la impresión de que había un tic cerca de su ojo izquierdo, como un parpadeo rápido e involuntario. Puede que no sea nada y esté buscando cosas donde no las hay para encontrar algo útil que nos permita averiguar su paradero. Sin embargo, tengo el pálpito de que podía tener tratos con él, aunque desconozco de qué tipo. De lo que estoy seguro es de que no está relacionado con un posible abuso de autoridad por parte del funcionario, porque un psicópata como este del que estamos hablando, no se lo habría permitido. Se lo habría hecho pagar muy caro, sin importarle el tiempo que tuviera que esperar para tener la oportunidad de resarcirse del agravio.

—¿Tú también piensas lo mismo que yo? —me pregunta mi compañero. Le miro con curiosidad. No estoy muy seguro de a qué se refiere. Cabe la posibilidad de que ni siquiera estemos viendo lo mismo, ya que cada uno interpretamos la realidad desde el prisma a través del cual miramos.

—Todavía no he adquirido la habilidad de leer la mente, pero puede que sí. ¿Qué te parece si me lo cuentas?

—Sin problema. Me parece que este tío está tan tranquilo que da miedo. Es decir, se ha fugado uno de los asesinos en serie más peligrosos que ha conocido este estado y no demuestra ni el menor deje de preocupación. Si te acuerdas, cuando hablamos con Harrelson y Docks, estaban hechos un flan, como si pensaran que podríamos culparlos de algo. Y no solo eso. A mí me daría por pensar si este tío no vendría a por mí para comerse mi corazón mientras duermo.

No había pensado en ello, pero es cierto. No es solo la responsabilidad por lo sucedido y las consecuencias que conlleva, sino que podría temer que Cranston quisiera ir a por él. Pero está claro que no es así. No le preocupa ni lo más mínimo.

—Sí, es cierto. Realmente estaban muy nerviosos, lo que es bastante comprensible. Una fuga de una cárcel de máxima seguridad no debería ser ni siquiera una posibilidad. Esa noche, tanto ellos como Maddox, estaban al cargo del ala en el que estaba Cranston, pero este tipo —indico señalando la pantalla— no presenta ni el menor rastro de preocupación.

Mi compañero asiente.

—No sé tú, colega, pero yo estaría cagado, aunque no tuviera nada que ver con la fuga. Creo que eso es lo normal. Al fin y al cabo, podría caerles un buen puro estar al mando en aquel momento, ya que hubo una innegable brecha de seguridad. Y desde luego vigilaría bien mi espalda y evitaría ir por calles oscuras y solitarias desde ese instante.

Me quedo pensando. Vuelvo a mirar a la pantalla, la cual está en pausa desde que ampliamos la imagen. Desde luego, tanta relajación debe ser fruto de una pose y una interpretación para que pensemos que no tiene nada que ocultar ni temer. No obstante, desde luego que no es lo que se espera de alguien que puede estar enfrentándose a un problema profesional y personal.

—No quiero pasarme de listo, pero tiene una pinta de que le han untado que huele a kilómetros— afirma mi compañero, reclinándose hacia atrás en la silla, mientras se lleva a la boca el bolígrafo—. Eso sí, más le vale tener pensado un plan para desaparecer del mapa por si el asesino cambia de opinión y decide no dejar testigos.

—No debemos prejuzgar, desde luego. Necesitamos más que una intuición, pero lo que sí que podemos hacer es volver a interrogarlo aquí en comisaría. Podríamos aclarar bastantes cosas.

—Me parece bien. De momento y ya que estamos aquí, veamos la parte que nos queda del vídeo por si detectamos algo que pueda sernos de utilidad.

—¿Qué hay de las cuentas de los tres? ¿Te han dicho algo los del departamento financiero de si ha habido algún movimiento en las últimas jornadas?

—No, pero tampoco me sorprende. Dudo que si esto va de dinero, hagan hecho algo tan básico y evidente como un ingreso de una cantidad llamativa en su cuenta corriente. Serían de un nivel de estupidez imposible de catalogar. Deben haber elegido otro método. Por lo que ya sabíamos y lo que han contado alguno de los presos, el puto Frederick Cranston tiene pinta de ser un genio. Conseguía prácticamente todo lo que quería o le pedían. No me sorprendería que tuviera cuentas en paraísos fiscales o incluso que invirtiese en su día en bitcoins.

—No, desde luego. A mí tampoco.

Capítulo 46
Cadáver y furia



Pocos minutos después de que Daniel Chrysler hablara con Myrkur, recibió el aviso para acercarse hasta la zona más oriental de Mattapan, uno de los barrios más deprimidos de Boston. Para ser más concretos, este se encuentra limitando con el lado sur de Roxbury, el cual, a su vez, se halla al sur del South End. Una zona muy alejada, sin lugar a dudas, del centro de la ciudad.

En cierto sentido también, una zona olvidada.

En algunos de estos barrios marginales, es donde suelen concentrarse el mayor número de delitos de la ciudad, algo que no sorprendió a Chrysler cuando le dijeron adonde debía dirigirse. Era un área de Boston que había tenido que visitar con relativa frecuencia en sus primeros años como policía. Desde que investigó con Myrkur Cranston los crímenes de la Sombra, había pasado de atender delitos menores como hurtos y casos de violencia doméstica, a ser considerado como investigador en casos como el que acababa de presentarse. Aunque oficialmente nada hubiera cambiado en cuanto a su rango dentro de la policía, oficiosamente, desde luego, se sentía mejor considerado.

Todavía estaba hasta arriba de trabajo debido a la última investigación, la cual no hacía tanto que habían cerrado. Se trataba de un asesino en serie al que le gustaba presentar la escena del crimen de manera ritual. Era el primer gran crimen en el que había trabajado como investigador y le había gustado, hasta el punto de

despertar en él una nueva ambición profesional. Hasta ese momento, Daniel Chrysler era un policía bastante conformista sin demasiadas pretensiones, salvo las de llevar una vida cómoda y agradable. Ahora la necesidad de avanzar en su carrera se convertía en una necesidad que no tenía visos de desaparecer.

Trabajar junto a Myrkur le resultó estimulante. No podía negar el morbo inicial que le supuso el hecho de ser compañero de la hija de un asesino tan nombrado y que había sido protagonista de ríos de tinta durante años. Pero dejando eso al margen, lo cual no fue nada más que un estímulo puntual, lo cierto era que disfrutó mucho con la perspicacia y la intuición de la joven agente.

En cuanto al caso en sí, a pesar de que hallaron en su piso pruebas más que de sobra para asegurar que Thomas Harley era el principal sospechoso, el hecho de que Myrkur hubiera terminado con su vida había conllevado más papeleo y labor burocrática para Chrysler gracias a la suspensión de la agente hasta que se resolviesen las pesquisas que estaban llevando desde Asuntos Internos.

Tardó unos cuarenta y cinco minutos en llegar a la escena del crimen. Le acompañaba Erika Messer, una detective con la que coincidía por primera vez. Recientemente se había trasladado desde Pensacola, en California. Al parecer, el principal motivo era el amor, puesto que su prometido era un directivo de una empresa tecnológica que había abierto una nueva sede en Boston. Se conocieron precisamente en el estado del sol, cuando el trabajaba en Sillicon Valley. No obstante, una relación de costa a costa no parecía tener futuro, salvo que uno de los dos se trasladase. Debido a que a Messer se le presentó una buena opción, no tardaron en decidirse.

El denso tráfico de esas horas de la mañana les retrasó más de lo esperado. A pesar de que iban con las luces de emergencia, el trayecto se alargó sin remedio, lo cual no hizo otra cosa que desesperar a Daniel, ya que detestaba llegar tarde a los sitios y sospechaba que no iban a ser los primeros en presentarse precisamente.

—Maldito tráfico. Es de las cosas que más logra sacarme de quicio —declaró Chrysler, al que pocas cosas parecían quitarle el humor.

—Sí, es un contratiempo, eso sin duda. Sin embargo, hace tiempo aprendí a no enfadarme por aquello que no puedo controlar. Creo que me inmunicé durante el tiempo que viví en Los Angeles. Si esto te parece tráfico, te recomiendo que pases allí una temporada. Seguro que aprendes a relativizar.

—¿Estuviste muchos años en L.A.? —le preguntó Chrysler con curiosidad.

—No, por suerte. No me gusta esa ciudad. Tiene una fama de ser el centro del glamour y la diversión inmerecida, pues la realidad es que allí lo que está a la orden del día es trabajar de sol a sol para poder malvivir, sin quedarte apenas tiempo de disfrutar, salvo que no te importe saltarte comidas para llegar a fin de mes.

No le faltaba razón. De hecho, Los Angeles es una de las ciudades de Estados Unidos en las que resulta más caro vivir. El coste de los alquileres es desorbitado, pero no es lo único que tiene un precio demasiado elevado para el ciudadano medio.

El resto del viaje lo pasaron comentando la escasa información que tenían sobre el posible homicidio. La persona que había dado el aviso era una trabajadora social que solía visitar esa zona de la ciudad por el elevado número de personas sin hogar que vivían allí. Ella y su compañero descubrieron el cadáver de un hombre al que le hacían un seguimiento estrecho, ya que tenía serios problemas de salud y no lograban que se dejase ayudar.

Cuando llegaron a la zona, la policía judicial ya se había encargado de precintar la escena y los de la científica estaban trabajando recopilando pruebas. El forense se hallaba junto al cadáver. Estaba claro que eran los últimos invitados en incorporarse a la fiesta, justo lo que había temido Chrysler.

Por lo que pudieron observar a simple vista, el hombre había sido apuñalado repetidas veces. El forense les comentó el modo en el que estaba situado el cuerpo cuando llegó, lo cual ya había sido debidamente documentado por la científica. No obstante, había tenido que moverlo para iniciar el análisis preliminar.

—Este hombre debe haber fallecido, como mínimo, entre treinta y seis y cuarenta horas antes de que fuese encontrado, teniendo en cuenta el estado en el que se halla el cuerpo. Incluso puede que me quede corto con esa estimación. Estaba tumbado sobre el lado izquierdo cuando fue asaltado. Ni siquiera debió percatarse de por dónde le venían las cuchilladas. Intuyo que estaba dormido, pues no hizo ni el menor esfuerzo por defenderse, ya que no hay heridas que sugieran tal cosa. Además, se encontraba muy enfermo. No creo que hubiese resistido mucho más en su estado viviendo en la calle, pero eso no son más que conjeturas.

—¿Algo relevante que puedas comentarnos? Me refiero a si hay algún aspecto que, como forense, te haya llamado la atención —inquirió la detective.

—Perdona, no nos conocemos, ¿verdad? —preguntó el forense, que quería saber primero con quién se encontraba hablando en aquel instante. Se habían incorporado recientemente un número considerable de policías en la ciudad y había muchos a los que no conocía.

—No, llevo poco tiempo aquí. Soy la detective Erika Messer.

—Encantado. Yo soy Anthony Lewis —se presentó el médico. Era uno de los forenses de más antigüedad en Boston y contaba con mucha experiencia—. Sobre lo que has preguntado, bueno, te diré que da la impresión de que, en algunas de las puñaladas, nuestro asesino dudó. Si os fijáis bien en estas dos de aquí —les explicó, señalando algunas heridas que estaban en el costado—, los cortes no son limpios. No sucede con las demás cuchilladas.

—¿Eso significa que era novato? —preguntó Messer.

—Podría ser, pero eso no me corresponde decirlo a mí. Aunque sospecho que sí, ese podría ser un motivo.

—Tal vez fuera su primera vez o no tenía demasiada fuerza —apuntó Chrysler.

—O no sabía cuánta debía ejercer —puntualizó su compañera.

—No es nada fácil atravesar la carne humana con un arma blanca —aseveró el doctor Lewis.

—Acabamos de llegar y no sabemos todavía si los de la científica han encontrado el cuchillo o la navaja que empleó nuestro asesino.

¿Tú has oído algo, Anthony? —preguntó Daniel, por si el forense estuviera al tanto de esa información.

—Bueno, no llevo tanto tiempo aquí. Apenas he llegado diez o quince minutos antes que vosotros, pero no he oído nada al respecto. Más vale que se lo preguntéis a los de los polvos mágicos —dijo refiriéndose a los del CSI.

—Eso haremos. Gracias de todos modos —dijo Chrysler, al tiempo que también Erika Messer hacía un gesto de agradecimiento con la cabeza.

—¿Para cuándo crees que tendremos los resultados de la autopsia? —preguntó la detective, volviéndose hacia el doctor Lewis, justo cuando ya se habían dado la vuelta y comenzaban a irse.

—Supongo que los querréis pronto, pero ya os adelanto que va para largo. Dudo mucho que sea antes de una semana.

Capítulo 47
Myrkur



Paseo por las calles de Sharington y, casi sin darme cuenta, ya me he salido del pueblo. Es una exageración, obviamente, pero es que este lugar es realmente pequeño. No me extrañaría que residan incluso menos habitantes de los que figuran en los registros.

Una carretera atraviesa la localidad y la divide en dos mitades prácticamente iguales, salvo por las viviendas que se ven desperdigadas a ambos lados. El núcleo está compuesto por unas cuantas casas bajas con el césped perfectamente arreglado, como viene siendo habitual en este estado. Puede que la edificación esté a punto de venirse abajo, pero el jardín siempre debe lucir presentable y bien cortado.

Los servicios se reducen a una pequeña tienda y un bar. Ni siquiera me ha parecido ver una farmacia, mucho menos una sucursal bancaria. Intuyo que, si mi padre ha venido hasta aquí y, en especial, si continúa en la zona, cosa acerca de la que tengo serias dudas, se encontrará en una de las viviendas más alejadas del sector principal, en esa parte a la que no se acercan ni los animales.

Decido entrar primero en el bar. La decisión es totalmente aleatoria, puesto que me da igual ir primero a un sitio o al otro, ya que mi intención es acudir a los pocos lugares en los que puede haber señales de vida humana en el municipio.

En cuanto abro la puerta, ocurren dos cosas. La primera es que me miran con cara extraña. La segunda es que me miran con

asombro. Puede parecer una sola acción, pero la realidad es que son dos bien diferenciadas, puesto que he podido apreciar el cambio en el gesto de forma evidente.

No deben estar acostumbrados a tanto turismo en la zona, a pesar de que debo decir que los alrededores son bonitos. No obstante, la mayoría del estado destaca precisamente por eso, por un entorno natural exuberante en el que apetece internarse y perderse, aunque sea solo por unos minutos.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —me dice el hombre que está tras la barra. Su expresión es neutra, pero desde luego no da a entender una señal de cálida bienvenida.

—Buenos días —respondo esbozando una sonrisa lo mejor que puedo—. Me gustaría tomar un café solo, por favor.

El camarero, que imagino que es el dueño del local, mira al único parroquiano presente allí acodado en la barra. Está apurándose una cerveza de la que parece que ya no quedan más que los posos. De un ventanuco que hay a la derecha, asoma una mujer con un mandil. Debo ser la noticia más relevante en bastante tiempo.

—Enseguida.

—¿Y qué le ha traído por aquí, señorita? —me pregunta el cliente, con más desconfianza que curiosidad.

—Estoy buscando a un conocido que me han dicho que se ha trasladado a la zona. Quizá puedan ayudarme con ello.

—Lo dudo. No sabemos de nadie que se haya mudado por aquí cerca recientemente.

La mujer vuelve a asomarse y mira al hombre que está preparándome el café. Algo pasa para ese intercambio de miradas furtivas tan poco sutil. O se huele a la legua que soy policía y estos dos tienen algo que esconder, o he pinchado en hueso y sí están al tanto de una nueva incorporación a la población de esta pequeña localidad.

Sea como sea, no tiene buena pinta y tengo dudas de si me conviene y compensa seguir preguntándole a estos tres o es mejor ir a la tienda y quemar allí el último cartucho que tengo para obtener información más o menos de forma fácil. Cuando digo fácil, me

refiero al hecho de encontrar gente, porque no se ve casi un alma por la calle.

—¡Qué extraño! —Finjo sorpresa lo mejor que puedo, ya que el arte del disimulo no está entre mis principales virtudes—. Estoy bastante segura de que me dijeron que estaba aquí. Es rubio, alto, de mediana edad. Tiene ojos claros. —«Y acaba de escaparse de la cárcel por matar, al menos, a diecinueve personas» omito decir, aunque ganas me dan para meterles un poco de miedo en el cuerpo.

—No le han dado una buena información, señorita.

—Estoy bastante segura de que…

—Acaba de decirle mi marido que se ha equivocado. ¿Qué le pasa que no entiende el idioma o está sorda? —me espeta de manera impertinente la mujer. Está claro que es de mecha corta, porque tampoco he insistido tanto, digo yo.

Me giro hacia ella, procurando no endurecer demasiado mi mirada, algo que en ciertas ocasiones me cuesta más de lo que me gustaría. Cuento hasta tres antes de volver a hablar.

Uno.

Dos.

Tres.

—No hace falta ser maleducada, señora —contesto con un tono que no da opción a réplica.

Vale, no me han servido de nada esos tres segundos de reflexión. O igual sí, puesto que se me ocurren una buena ristra de improperios que le soltaría a la cara y me quedaría tan a gusto, entre los que se incluye el de que debería probar el agua de vez en cuando y lavarse, porque no le va a pasar como a los Gremlins, puesto que ella ya es monstruosa de por sí.

Sí, conozco la peli. La vi con mi padre de pequeña porque a él le fascinó cuando era un niño. Aunque parezca increíble, hubo una época en la que mi progenitor fue un niño inocente como los demás que veía las mismas películas que los chicos de su generación.

—Será mejor que se vaya —me dice ahora el camarero.

Me dispongo a sacar unas monedas para pagar el café que ni borracha me habría tomado. Viendo la higiene del local, no me extrañaría que lo colaran con un calcetín sudado.

—No hace falta que pague.

Dejo igualmente algo de dinero.

Solo me falta que me tachen de tacaña.

Me dirijo a la puerta y, justo antes de salir, me giro otra vez para observar a mis nuevos "amigos". Siguen mirándome fijamente. Cualquiera diría que les he ofendido de la peor manera posible.

En cualquier caso, lo sucedido aquí no hace otra cosa que alentar mis sospechas. Si tenía dudas acerca del paradero de mi padre, acaban de despejarse un poco más. Como mínimo, me han animado a no rendirme y seguir investigando. No voy a irme de este pueblo hasta que no pase hasta por la última casa.

Capítulo 48
Frederick



Gracias a la buena conexión de red que finalmente puedo tener en este rincón perdido del mundo, estoy al día de mis cuentas y he podido hacer las primeras transferencias de dinero. Da gusto poder revisar todo con calma y sin recurrir a triquiñuelas para que no vean lo que estoy haciendo. Ha sido tanto tiempo recurriendo a todo tipo de trucos al usar un ordenador que, al principio, de forma totalmente automática, he comenzado a buscar subterfugios donde esconder mis verdaderos objetivos hasta que me he dado cuenta de que era una estupidez porque, esta vez, ya no había nadie mirando.

Había olvidado lo bien que sienta ser libre.

Todo ha sido mucho más fácil y fluido. No he perdido el tiempo dando vueltas, sino que hacer las cosas sin rodeos me ha dejado mucho tiempo de esparcimiento para disfrutar de esta recién estrenada libertad que me permite salir al aire fresco sin pedir permiso y sin tener unos ojos clavados en mí.

Con sumo cuidado, he ido transfiriendo parte del dinero acordado a mis colaboradores. La clave de todo es mantenerlos en una calma tensa. Es decir, necesitan saber que el dinero empieza a llegar, pero también es importante que no olviden que tienen que cumplir con su parte hasta el final si quieren recibir el monto total. Para asegurarme de ello, he puesto una clave de acceso. De ese modo, pueden ver que está, pero no podrán retirarlo hasta que yo crea que es el momento.

Control.

De eso es de lo que se trata.

La traca final, es decir, la cantidad nada despreciable de dinero que les va a cambiar la vida definitivamente, llegará cuando me encuentre muy lejos de aquí. Espero que eso suceda en los próximos días si todo va bien.

Imagino que alguno habrá empezado a ponerse nervioso. Maddox, por poner un ejemplo, debe estar atacado, aunque lo disimule bien porque es un tipo flemático. Hay que darle su comisión gota a gota. También es un cabrón vengativo y por eso me gusta que sufra. Además, está metido hasta el cuello y sabe que, si me atrapan, cae conmigo a los infiernos. En cualquier caso, en el cuaderno que dejé en la celda, hay varias anotaciones a su nombre. Si no se va a tiempo, puede verse mezclado en una fea investigación sobre sus actividades paralelas.

Según avanzan los días, es más posible que la policía esté más cerca de descubrir lo sucedido. Por ello, las prisas por salir del estado cada vez serán más perentorias y lo comprendo. Es complicado acudir cada día a trabajar cuando sabes que te están investigando y pueden pillarte si no juegas bien tus cartas. Si se ciñen a lo que les dije, no debería darse problema alguno. Sabrán cuando es el momento oportuno de salir por patas.

El momento de apagón fue fundamental para lograr todo lo que vino después. Duró apenas unos minutos, lo suficiente para poner en marcha todo el plan. Esos breves instantes de desconcierto fueron suficientes para agilizar las cosas y facilitar mi salida. Lograr que, por un momento, los guardias miraran para otro lado fue lo que posibilitó que Michael, un funcionario de segunda y el perro faldero de Maddox, me pudiera subir al furgón. En estos momentos, uno se da cuenta de lo poco que le cuesta a la gente olvidarse de sus principios cuando hay dinero en juego. Unos miles de dólares por un trabajo de menos de una hora es un salario que difícilmente conseguirán nunca más.

Michael Fisher es un cabrón de tomo y lomo. Al principio de llegar a la prisión, intentó mostrarse terriblemente cruel conmigo, como si creyera que así podía doblegarme. Aprovechaba cualquier excusa

para llevarme al agujero, sin ser consciente de que nunca he temido ni el silencio ni la soledad, mucho menos la ausencia de luz. Lo hacía con el beneplácito de Henry Maddox, desde luego. Se mostraba duro conmigo, amenazante, como si quisiera utilizarme como esbirro para que el resto tomasen ejemplo de lo que podía sucederles. Como respuesta, recibía mi expresión impertérrita, algo que le sacaba más de quicio todavía.

Hasta que un día nos quedamos solos él y yo.

Le pillé desprevenido y le agarré del cuello con fuerza. Apreté con una sola mano, para demostrarle que no necesitaba mucho más para matar a otro ser humano. En mis ojos tuvo que percibir el vacío que hay en mi interior, esa oscuridad que no es propia del ser humano. Su mirada reflejaba auténtico terror al darse cuenta de que todo podría acabar en cuestión de unos pocos segundos más.

—Michael, no tenemos mucho tiempo, puesto que en unos pocos segundos aparecerá alguien por aquí para liberarte o, si no tienes esa suerte, morirás asfixiado. Depende también de lo que elijas. ¿Me comprendes?

Hizo un movimiento que interpreté como un asentimiento. Sus ojos parecían estar a punto de salírsele de las cuencas. Experimenté una vieja conocida sensación que tanto me hizo disfrutar en tiempos pasados. Esos instantes en los que ves que tu víctima se debate entre la vida y la muerte. Estuve a punto de distraerme y no lograr mi objetivo.

—Sé perfectamente cómo eres y conozco tus anhelos. Se me da bien leer a las personas. Digamos que es un don. Y en ti lo que he visto es que eres un cabrón ambicioso y corrupto, así que creo que podríamos entendernos bien y sacar mutuos beneficios. Si tú me ayudas, yo puedo ayudarte. Pero si me jodes, encontraré la forma de matarte, si no es ahora, en cualquier otro instante, porque soy un hombre muy paciente al que no le importa aguardar el tiempo necesario para lograr lo que se propone.

Escuché los primeros estertores que anunciaban que ya no le quedaba mucho para decidirse. No me convenía matarle y lo sabía, aunque tampoco podía empeorar mucho mi situación teniendo en cuenta la condena que me había caído.

Por otra parte, si decía que sí, tendría que arriesgarme a confiar en él, puesto que cabía la posibilidad de que aceptara solo para que le dejase vivir. Sin embargo, desde el primer momento en el que entré en la cárcel, estuve estudiando el comportamiento de unos y otros para saber a quién me convenía acercarme y de quién sería recomendable estar lejos. Había visto en primera persona los trapicheos que Michael Fisher y Henry Maddox llevaban a cabo dentro de aquellos muros y cómo aprovechaban su situación de supuesta superioridad.

Aflojé la presión para dejarle tomar un poco de aire mientras seguía exponiéndole mis ideas.

—Sé que te gusta el dinero y yo puedo conseguírtelo si te portas bien conmigo. A ti y a tu amigo —le dije en clara referencia a Maddox, que era quien movía el cotarro y a quien me convenía tener de mi parte—. No necesito que te muestres amable. Me va bien que te sigas comportando delante del resto de tus compañeros como un desalmado hijo de puta para mantener tu fachada. Simplemente necesitaré que me consigas algunas cosas y que logres que se haga la vista gorda con otras. Nada exagerado ni evidente, no te preocupes. No soy tan estúpido. Solo pretendo llevar una vida digna y mantener abiertas ciertas oportunidades. ¿Hay trato?

Asintió.

Le solté.

Empezó a toser y boquear como un pez.

Venían unos momentos decisivos. No tardarían en aparecer otros guardias. Había pasado demasiado tiempo sin que nadie se percatase de que Michael faltaba y uno de los presos también.

Cuando se repuso mínimamente, sus ojos me miraban de un modo que me pareció indescifrable todavía. Era comprensible. Acababa de debatirse entre la vida y la muerte y casi gana la batalla la segunda.

Entonces aparecieron dos funcionarios. Me miraron desconcertados. Dudaron qué hacer.

—Michael, ¿estás bien? —preguntó uno de ellos, mientras el otro mantenía sus ojos en mí con actitud de alarma.

—Sí, perfectamente. No sé qué me ha pasado. Algo había obstruido mi garganta. Por suerte, este prisionero se encontraba aquí para ayudarme.

Sus palabras no parecieron convencerles demasiado. No obstante, eran dos novatos y Fisher era bastante más antiguo allí.

—Venga, poneros en movimiento. Hay trabajo qué hacer.

Me miró con gesto grave. Había odio en su expresión, pero también intereses que yo podía satisfacer.

En aquel instante, sellamos un trato de manera tácita.

Pocos días después constaté que Henry Maddox también se había aceptado mi propuesta de negocios.

Capítulo 49
Investigar y sanar



El análisis de la escena del crimen llevó varias horas, algo normal, pero que no gustó a los residentes habituales de la zona. A muchos de ellos, por no decir a la mayoría, les incomodaba la presencia de la policía.

El caos de la zona no contribuía a dilucidar lo sucedido. Había restos de basura esparcidos alrededor del cadáver, así como un buen número de cartones y objetos viejos que se encontraba en mal estado que posiblemente pertenecían a la víctima.

Chrysler y Messer, mientras trabajaban los de la científica, dedicaron su tiempo principalmente a entrevistar a todos aquellos que encontraron por allí. No les resultó fácil, puesto que muchos temían que pudieran verse implicados de alguna manera.

Una señora que bien podía ser mucho más joven de lo que aparentaba, fue la única que les facilitó cierta información que podría ser de alguna utilidad, aunque el tiempo diría si era así o nada más que un dato insustancial.

—Vi una furgoneta aparcada cerca del descampado. Era bastante vieja, pero desde luego estoy segura de no haberla visto nunca antes por aquí.

—¿Tenía algún logo o algo que sirva para identificarla? —le preguntó Erika Messer, al tiempo que anotaba en su pequeña libreta la información que les estaba ofreciendo la mujer.

—No, no tenía nada.

—¿Recuerda el color? —preguntó ahora Chrysler.

—Era oscura, pero nada más.

—¿Azul, negra, gris? ¿Podría decirnos algo más concreto?

—No, joder. ¿Cómo quieren que lo viera con lo oscuro que estaba? Aquí casi no hay farolas y, de las que hay, varias no funcionan.

Daniel pensó que había omitido decir que, si no funcionaba, era debido al vandalismo, puesto que, por lo que había observado, las bombillas estaban destrozadas, como si las hubieran apedreado. No obstante, no quería dejarse llevar por los prejuicios. La vida de aquellas personas distaba mucho de ser fácil.

—¿Y qué puede decirnos del modelo o de la marca? —insistió el agente.

—Ni idea. Yo no entiendo de coches ni de furgonetas ni de nada por el estilo. Como podrán observar, por aquí no ven demasiados vehículos, mucho menos que funcionen.

Los policías observaron que, efectivamente, lo que se distinguía principalmente eran esqueletos de vehículos en un estado lamentable, muchos con evidentes señales de haber sido quemados. No obstante, alguno se salvaba y tenía pinta de que incluso podría arrancar y hasta funcionar y desplazarse.

—¿Por qué cree que está relacionada con el homicidio? —cuestionó la detective, de pronto.

La mujer la miró con suma desconfianza.

—Ya entiendo. Como somos los marginados de la sociedad, no pueden fiarse de que lo que decimos tenga algún sentido, ¿verdad?

—No es lo que he querido insinuar en ningún caso. Simplemente me gustaría conocer los motivos que le llevaron a pensar que esa furgoneta tenía alguna relación con lo sucedido, puesto que necesitamos recabar información lo más fiable posible para no perder el tiempo con datos que nos lleven por el camino equivocado.

—Claro, claro. Eso es lo que dice. Cómo si no fueran a pasar página en cuanto puedan y a olvidarse del tema. Solo está buscando la excusa perfecta para poder cerrar la investigación lo antes que pueda. Si fuera un rico el que hubiera muerto, no estaríamos hablando de esto, sino que estarían seguros de que lo que ha dicho es cierto y hay que tenerlo en cuenta, ¿verdad?

—De veras que no es así, señora —intercedió el agente Daniel, a quien solían dársele bien las relaciones sociales, incluso cuando las cosas podían ponerse feas. Tenía esa facilidad con la que únicamente cuentan unos pocos que hace que la gente se fíe de ellos sin más—. Estamos aquí para ayudar, se lo aseguro. De hecho, hemos venido lo antes que hemos podido porque este crimen nos importa de verdad. Le doy mi palabra de que no vamos a parar hasta que lo resolvamos.

La mujer le escudriñó. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados, mientras decidía si podía fiarse de aquel hombre joven que parecía tan amable.

—Eso espero, porque nosotros también necesitamos protección. Si vivimos aquí todos juntos es para intentar cuidar unos de otros, pero no siempre es posible, ¿saben? —preguntó, mirando alternativamente a cada policía. Cuando volvió a hablar, pareció que se le quebraba ligeramente la voz—. No entiendo por qué tienen que hacernos daño. Nosotros no nos metemos con nadie. Solo intentamos sobrevivir un día más. Pero hay gente a la que parece que le molestamos, y otros que disfrutan causándonos dolor. Nos maltratan porque sí, y nadie hace nada para pararlos. Joseph nunca hirió a nadie. Solo intentaba pasar los días que le quedaran sin que le molestaran. Estaba sufriendo mucho y tenía terribles dolores. Solo quería morir en paz. ¿Acaso no tenía derecho ni siquiera a eso?

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Los dos policías empatizaron con la mujer. Desde luego que era algo triste y lamentable. Y ambos sabían que, salvo que encontrasen al responsable pronto, aquel asesinato podía caer en el olvido en cuanto algo más urgente ocupara su lugar.

—Rose, lo comprendo perfectamente —la consoló Chrysler, poniendo su mano en el hombro de la mujer—. Puede creerme cuando le digo que voy a hacer lo que pueda. Tiene toda la razón. Tienen derecho a que les dejen vivir en paz y nosotros estamos aquí para intentar que así sea.

En ese momento, se oyó un grito que venía de un lugar no muy lejos del que se encontraban.

Capítulo 50
Patrick



Hoy hemos descubierto un hecho insólito que no nos habían reportado en los primeros días. El corte de luz no fue tan insignificante como suponíamos. Su duración no fue de apenas unos segundos antes de que Frederick Cranston se escapara, sino de varios minutos. No saben todavía si fue un fallo del sistema o fue provocado, pero desde luego es un hecho más que relevante que deberíamos haber conocido desde el primer instante.

El alcaide se apoya en el hecho de que no le parece que fuera nada tan importante como para tener que compartirlo con nosotros, pues considera que no son más que aspectos relativos al funcionamiento interno de la institución que dirige. No era la primera vez que sucedía.

—¿Qué quiere decir que no le parece un hecho relevante para compartir con nosotros? —le pregunto haciendo un esfuerzo notable por controlar mi mal humor.

—Justo eso, detective Baker. Fue un fallo absolutamente insignificante que duró muy poco tiempo.

—Usted nos habló de tan solo unos segundos, pero resulta que fueron varios minutos, los cuales pudieron ser claves para Cranston.

—Discrepo. Si así fuera, no habría sido el único preso en aprovechar tal circunstancia. La prisión está preparada para responder en casos como ese. Tenemos generadores propios que mantienen vivo todo el sistema. Como ya le he dicho, fueron apenas

unos minutos que es lo que tardó en arrancar el generador en el caso de las luces, puesto que los sistemas informáticos cuentan además con un SAI de respaldo. Por si no lo sabe, un SAI es un sistema de alimentación ininterrumpida, por lo que nuestros ordenadores nunca dejaron de funcionar, a pesar del corte de electricidad, y son los que controlan la mayor parte de los sistemas de seguridad.

—Sé perfectamente lo que es un SAI, pero sigo pensando que esos minutos de desconexión debieron ser de oro para nuestro prófugo. Esa fue la perfecta maniobra de distracción que necesitaba. Me temo que entre sus funcionarios hay más de uno corrupto. Cada vez estoy más convencido de que encontraremos más de una mano contribuyendo a que, este prisionero en concreto, lograra evadirse de un lugar como este.

—No se pase, detective. Creo que estamos siendo muy colaboradores.

—¿Muy colaboradores? ¿En serio? Y en todo caso, creo que es lo mínimo que pueden hacer, puesto que el problema lo han provocado ustedes. La policía de Boston ya cumplió con sus funciones cuando le detuvimos. Ustedes son los encargados de la guardia y custodia de un asesino tan peligroso como este. Espero que no tengamos que lamentar ninguna muerte, porque si es así, debería recaer sobre su conciencia —concluí, de una manera no demasiado amistosa.

—Déjalo, Patrick —me sugirió mi compañero.

Tenía razón. Me estaba excediendo debido a la frustración que sentía. No merecía la pena seguir por ahí. Solo iba a lograr mayor hostilidad por su parte y eso no ayudaba a nadie.

Desde que comenzamos la investigación, en algunos momentos, tengo la impresión de que hay gente dentro a la que no le interesa que demos con el paradero de Cranston, alguien más aparte de los principales sospechosos que tenemos en el punto de mira.

Puede que me esté volviendo paranoico. La verdad es que los más perjudicados son los responsables de esta institución y así lo están dejando claro los medios de comunicación. Una brecha de seguridad tan grave en una penitenciaria como esta abre muchas dudas y despierta el temor entre los ciudadanos. Al fin y al cabo, entre estos

muros residen auténticos monstruos que nadie quisiera volver a ver en la calle jamás.

Y a pesar de ello, cada vez se vuelve más fuerte el pálpito de que alguien va a salir muy beneficiado de todo esto. Están logrando ocultarlo bien hasta el momento, pero daremos con ello. Los responsables de que esté fuera tendrán que pagarlo de un modo u otro. Lo prioritario es averiguar el paradero de Frederick, pero después me encargaré de que todos los implicados respondan ante la justicia.

Reconozco que me estoy tomando esto como algo personal y puede que no sea lo más recomendable. Trataré de relativizar de ahora en adelante.

Capítulo 51
Myrkur



Me dirijo a la tienda de Sharington sintiendo la mirada de las tres amistades que acabo de hacer en el bar bien clavada en mi espalda. Solo me faltaba que avisen de que voy para allá y me encuentre otra vez con la callada por respuesta. Será mejor que me dé un poco de prisa si no quiero darles tiempo a que les surja alguna idea peregrina.

Parece que ha habido suerte y, en cuanto me adentro en el pequeño comercio, me encuentro con una mujer de sonrisa agradable que me recibe de forma cálida. Le devuelvo el saludo en los mismos términos para establecer ese *rapport* necesario que favorece la comunicación. Compraré algunas cosas para que no pierda el buen humor y sea más receptiva a mis preguntas, aunque eso no me haya servido de nada en el bar.

Cojo una botella de agua, unos caramelos y unos dónuts. Demasiados dulces, teniendo en cuenta que no tengo intención de meterme toda esa mierda en el cuerpo. Seguro que encuentro a alguien más tarde a quien agasajar con mis compras.

—¿Esto es todo, jovencita?

—Sí, gracias.

—Muy bien.

Cuando empieza a marcar en la caja registradora los precios de lo que he adquirido, aprovecho para intentar entablar un poco de conversación.

—Este es un lugar muy acogedor. Seguro que se vive muy tranquilo aquí —le comento de la forma más despreocupada e inocente que puedo.

—Sí, así es —me confirma sin abandonar su luminosa sonrisa—. Son las ventajas de residir en un pueblo pequeño no demasiado cerca de la gran ciudad. Es maravilloso vivir tan en contacto con la naturaleza, sin agobios y sin prisas. Además, nos conocemos prácticamente todos.

—Ya me imagino. De hecho, alguien que yo conozco se ha mudado recientemente aquí. Estoy segura de que sabe a quién me refiero, puesto que parece que no hay más comercios por aquí y seguro que habrá tenido que pasar a por provisiones.

Su gesto cambia visiblemente, hasta el punto de que la sempiterna sonrisa que luce se queda congelada por unos segundos. No obstante, poco después vuelve a su expresión habitual de calidez y cercanía.

No responde inmediatamente, me temo que porque está buscando las palabras adecuadas.

—Pues no sé. No se me viene nadie a la cabeza.

—¡Qué extraño! Estoy segura de que me dijo que estaba aquí. Es un hombre rubio, con ojos claros, bien parecido.

Se pone rígida. No entiendo cómo ha conseguido en tan poco tiempo que tanta gente esté dispuesta a mentir por él. Tal vez lo que suceda es que sienta miedo. En el caso de esta mujer, podría ser así, pero desde luego no en el de los del bar. De todos modos, no comprendo por qué motivo no ha avisado a la policía si tiene conocimiento de que un asesino peligroso está viviendo entres sus vecinos.

En este preciso momento, me vendría muy bien conocer el nombre de esta mujer para poder hablarle de manera más personal. Cuando llamas a alguien por su nombre, le transmites confianza y cercanía.

Me acerco un poco más al mostrador para hablarle en susurros.

—Las dos sabemos de quién estoy hablando —comienzo a decirle muy bajito—. Puedo hacer que desaparezca el problema de un

plumazo. Soy policía, ¿sabe? Y seguro que tiene claro que, de quien hablamos, es un hombre sumamente peligroso.

Por un breve instante, tengo la impresión de que va a darme la información que necesito. Sin embargo, de manera repentina, su gesto cambia y sus ojos miran detrás mío.

Parece que ha entrado alguien en la tienda.

Capítulo 52
Gritos y confusión



Messer y Chrysler se giraron hacia el lugar de donde procedía el grito intentando hacerse una idea de qué podía haberlo motivado. Pocos segundos después, volvieron a escucharlo. Era una clara señal de alarma que indicaba que había pasado algo.

Se dirigieron corriendo hacia allí, tratándose de guiar por la que habían interpretado como la posible procedencia del sonido, mientras le pedían a los agentes que estaban custodiando la escena que no permitieran pasar a nadie que no estuviera debidamente acreditado. Aquellos momentos de confusión podrían ser caldo de cultivo para que alguien con malas intenciones arruinase el escenario, el cual ya era caótico de por sí. Ya era bastante complejo dictaminar qué podía ser útil, como para que alguien más lo contaminara una vez que ya se había comenzado con la labor de recogida de pruebas.

Cuando llegaron al lugar, a tan solo unas pocas manzanas de distancia, vieron a una mujer que salía de un callejón con las manos en la cara mientras seguía chillando, como si no pudiera parar. Se acercaron hasta ella lo más rápido que pudieron, pero procurando no alarmarla más.

—Señora, tranquila, somos policías —le dijo Daniel Chrysler con voz serena y las palmas de las manos hacia ella para favorecer que la mujer pudiera confiarse a ellos.

Temblaba de pies a cabeza, horrorizada por algo que todavía no alcanzaban a imaginar. Se dejó caer en el suelo, acurrucada con la espalda pegada a la pared.

—Será mejor que llamemos a los paramédicos. Tiene pinta de que está en *shock* —sugirió en voz baja Erika a su compañero.

—Yo me encargo —dijo Daniel, cogiendo su teléfono

—Señora, enseguida vendrá la ayuda —trató de calmarla la detective sin mucho éxito, por el momento.

En efecto, la mujer estaba fuera de sí, posiblemente por el impacto provocado por algo que le había sucedido o que había presenciado. Solo necesitaban hablar con ella en cuanto estuviera preparada y acercarse un poco más al sitio del que había salido para salir de dudas. No obstante, cuando la preguntaron qué le había sucedido, enseguida comprendieron que aquella mujer era incapaz de hablar por la conmoción. Simplemente se limitaba a señalarles hacia el fondo del callejón que se extendía frente a ella con mano temblorosa.

Los dos policías sacaron sus armas reglamentarias de sus cartucheras y se hicieron indicaciones el uno al otro para adentrarse en el callejón. Previamente, alertaron a algunos de los efectivos que estaban en la zona para que acudiesen como posibles refuerzos.

A pesar de que todavía no había caído el sol, debido a lo estrecho del callejón y a que estaba rodeado de muros altos y oscuros, había poca claridad en su interior. El olor a orines y basura era desagradable y los policías tuvieron que reprimir la tentación de tapar sus fosas nasales. Había diversos contenedores, alguno de ellos con evidencias de haber sido pasto de las llamas. Al fondo, pegado a la pared, había un bulto cubierto por lo que parecía una manta vieja de color indeterminado.

No había ni rastro de actividad alguna.

Las dos puertas que había, una en cada una de las paredes enfrentadas, debían pertenecer a locales que llevaban tiempo cerrados. Posiblemente fueron en su día salidas traseras de algún negocio. El óxido y el moho decoraban las jambas y las cerraduras. A pesar de todo, tanto Messer como Chrysler comprobaron que estuvieran cerradas. Para su sorpresa, la del lado de Daniel se abrió,

aunque con cierta dificultad y con un quejido que hablaba del desuso continuado en el que había caído en los últimos tiempos.

El policía enfocó con su linterna hacia el interior. Percibió como una gota de sudor le resbalaba por la espalda debido a la tensión del momento. Mientras tanto, Erika permanecía un paso por detrás, guardando sus espaldas. Giró su cabeza hacia la entrada del callejón. Ya se encontraban allí los refuerzos. Estos entraron con sigilo y se colocaron estratégicamente a los dos lados de la puerta. Los sanitarios ya estaban atendiendo también a la mujer.

No tardaron mucho en cerciorarse de que no había nada detrás de aquella puerta. Debió ser en su día el almacén de un comercio y solo había cajas desperdigadas, todas ellas vacías.

Era momento de acercarse hasta el bulto que habían visto al adentrarse en el callejón. Tenían un claro presentimiento de lo que iban a hallar, pero lo que uno piensa normalmente difiere de lo que encuentra en la realidad, ya que esto suele resultar mucho más impactante de lo imaginado.

A pesar de la escasa iluminación que provocaba sombras aquí y allá, el líquido oscuro y viscoso que rodeaba el bulto ya hacía a los policías intuir que aquello podía ser sangre. Si estaban en lo cierto y se confirmaban sus sospechas, la situación cambiaba considerablemente. Dos cadáveres en la misma zona hablaban de una situación más espeluznante de la que ya de por sí tenían.

Avanzaron despacio para no encontrarse con ninguna sorpresa. Delante iban Messer y Chrysler. Cuando estuvieron ya a la altura del bulto, la detective se sacó un guante de látex del bolsillo y levantó una esquina de la manta, la cual mostraba diversos agujeros manchados del líquido carmesí.

Estaban ante otro asesinato.

Capítulo 53
Myrkur



Me giro despacio. Cualquiera que sea la persona que se encuentra a mi espalda debe tener una influencia considerable, puesto que ha cambiado totalmente la situación. Estoy bastante segura de que, lo que experimenta la anfitriona de esta pequeña tienda de pueblo en este momento, es un miedo aterrador. Seguro que no tardaré mucho en averiguar por qué.

—Me comentan que estás haciendo muchas preguntas —me dice en cuanto me giro con voz profunda. Me recuerda al típico locutor de radio, con ese timbre tan característico que parece que retumba cuando habla, gracias a una tonalidad poderosa.

Se trata de un hombre fornido, de espaldas anchas, pelo largo desaliñado al final de unas pronunciadas entradas, a las que se podría llamar calva sin miedo a equivocarse, y barba poblada. Su camisa de cuadros y sus vaqueros un tanto desgastados por las rodillas me recuerdan al estereotipo de leñador de los que seguro que abundan en Montana y Minnesota y seguramente en otro buen puñado de estados. No puedo evitar la tentación de buscar con la mirada el hacha, pues tiene pinta de no habérselo dejado muy lejos.

Casi me decepciono al ver que no lleva nada en las manos.

El chaleco de cuero negro de motero recalcitrante también desentona lo suyo, para qué mentir.

—No creo que esté haciéndole daño a nadie —respondo de forma aséptica.

—Eso depende de lo que estés preguntando.

—Solo estoy buscando a un viejo conocido.

—No mientas. Se te da fatal.

—No miento. Es la verdad.

Es evidente que ambos somos parcos en palabras. Una conversación larga entre nosotros podría durar un minuto y medio a lo sumo.

—Es a tu padre a quien buscas, así que, en cierto modo, estás mintiendo.

Se oye un grito ahogado detrás de mí. Me temo que mi amiga la tendera está al borde del colapso al descubrir de quién soy hija. Si se hubiera fijado un poco, habría encontrado el parecido entre los dos y esto no le habría pillado por sorpresa. Es evidente que la situación le viene grande.

—Bueno, no deja de ser un viejo conocido —continúo aferrándome a mi versión inicial—. El parentesco es lo de menos.

—Myrkur, ¿verdad?

Me llama por mi nombre, supongo que como estrategia para dejarme claro que él controla la situación porque, en su caso, sí sabe quién soy, mientras yo sigo en la más absoluta ignorancia.

—Sí, así me llamo. Pero yo no tengo el gusto de conocer…

—Ni necesitas saberlo, tampoco. En todo caso, tu padre no está aquí.

—Cuando dices que no está aquí, ¿te refieres a que ya no está o a que nunca ha estado?

—No voy a responderte a eso. No te interesa conocer esa información.

—Bueno, yo diría que sí. Al fin y al cabo, como tú muy bien has evidenciado, soy su hija. No deberías privarme del privilegio de reencontrarme con el hombre que me crió. Tal vez él se alegre de verme.

—¿Qué es lo que estás buscando exactamente? Porque he oído por ahí que, ahora mismo, estás bajo investigación por algo que pasó en el último caso en el que trabajaste.

—Las noticias vuelan, está claro.

—Lo que te estoy preguntando es si has venido a buscar a tu padre para entregárselo a los maderos. Así podrías anotarte un tanto y que vuelvan a aceptarte como una más. Porque imagino que debe ser muy complejo trabajar entre polis siendo la hija de un criminal convicto.

—Digamos que, por el momento, estoy satisfaciendo una curiosidad personal. Además, mi madre está decepcionada porque no ha contactado con ella. Supongo que no esperaba que se olvidase de su familia en cuanto estuviera fuera de los muros de la prisión. Quizá solo intento ser una buena hija por una vez y ayudarla a descubrir qué ha sido del hombre al que tanto amaba.

—Vuelves a dar una respuesta vaga.

—Más o menos como las que tú me ofreces.

—Yo no he sido el que ha venido a incordiar a los habitantes de una población tranquila.

—Me pregunto cuál de mis tres amigos del bar ha sido el que te ha ido enseguida con el cuento, porque no me ha dado tiempo a irme mucho más lejos.

—Lo siento por ti. Pero, desde luego, lo que está claro es que tu excursión termina aquí.

Capítulo 54
Frederick



Hay novedades inesperadas. Siendo honesto, no sé realmente por qué me sorprende puesto que, hasta cierto punto, quizá debiera haberlo previsto. No estoy especialmente inquieto, pero sí un poco sorprendido por la rapidez con la que mi hija ha averiguado algo que la policía todavía no imagina.

Por suerte, seguí las recomendaciones de Willy Ram y me instalé en otro lugar a los pocos días de llegar a Sharington. Él no estaba muy seguro de que no hubiera algún vecino que terminara por irse de la lengua. Lo mejor era no arriesgarse. No será la última vez que me mueva hasta que por fin salga del país, ni tampoco la última que cambie de aspecto, por lo que pueda pasar. Es curioso el efecto que provoca en uno mismo el verse de forma diferente. Sientes que eres la misma persona, pero el reflejo del espejo te muestra a un desconocido, y eso sin recurrir a la cirugía plástica.

Lo que me intriga por encima de todo son las razones que han movido a Myrkur a buscarme. Después de nuestros últimos encuentros, no estoy seguro de que respondan a una genuina preocupación por mí. No obstante, me di cuenta de que sus reticencias a verme y a estar en contacto conmigo iban decreciendo en cada ocasión. Estoy seguro de que, con el tiempo, habría logrado quebrar su coraza y recuperar la relación que teníamos cuando todavía era una niña.

Tal vez aún estemos a tiempo de recuperar aquella magia que teníamos. Las cosas se han precipitado, es verdad, pero puede que eso me dé una oportunidad y no sea una desventaja. Además, hablar dentro de la prisión siempre implicaba estar expuestos a que vigilaran lo que decíamos, independientemente de que Fisher me guardara las espaldas en ciertas ocasiones. Era bien consciente de que no podía abusar de sus servicios, si no quería que nos pillasen a los dos y tuviéramos problemas.

Me inquieta la posibilidad de que, si acuerdo un encuentro con ella ahora, me entregue a la pasma. Eso sería tan decepcionante que me costaría mucho sobreponerme a ello. La traición de mi pequeña es una de las cosas que más daño pueden causarme en este mundo.

Me ha resultado muy difícil explorar las posibilidades de verme con Myrkur y con Karen. A pesar de que Willy Ram me ha facilitado un vehículo con el que me he podido desplazar, no me ha quedado más remedio que extremar las precauciones. Por mucho que haya modificado mi aspecto, no debía exponerme en exceso a las cámaras de tráfico ni a las de la ciudad. Con mi hija, además, he tenido que ser especialmente cuidadoso. No podía permitirme que me viera, ni siquiera que albergase la menor sospecha de mi presencia, pues no estaba seguro de su posible reacción.

Por el contrario, con mi mujer era todo más sencillo. Aunque manteniendo la cautela, sí he logrado averiguar en qué momentos podría abordarla mejor sin levantar ninguna sospecha. Estaba ya casi preparado para contactar con Karen y hablar de las posibilidades para nosotros. Es más, no tardarán ya mucho en facilitarme los documentos que necesito y que me den una nueva identidad.

Un colega de Willy Ram en quien este confía plenamente, iba a ayudarme estableciendo una vigilancia mientras yo me encontraba con mi esposa por si tenía que escapar antes de que hubiese alguna complicación. Estaba ya ansioso por verla. Ha llegado el momento en el que siento ya la prisa por alejarme de aquí y empezar una nueva vida.

Esto lo cambia todo.

Myrkur y su curiosidad insaciable han desbaratado mis planes. Por un lado, si no contacto con ella, puede transmitirle al detective Baker sus sospechas acerca de mi paradero. Por otro lado, si me comunico con mi hija, puede que igualmente comparta con su amante el punto de encuentro y entonces me atrapen sin opción alguna.

Debo sopesar bien los riesgos, así como los pros y los contras antes de tomar una decisión.

Capítulo 55
Myrkur



Estoy furiosa. Si ese tipo piensa que me voy a conformar con lo de hoy, está listo. Solo necesito que me toquen la moral mínimamente para que mi motivación se dispare. Si, en parte, el aburrimiento de mi inactividad es lo que me ha llevado a ponerme en marcha para buscar a mi padre, ahora tengo algo mucho más estimulante en mi horizonte, que no es otra cosa que hacerle saber a este capullo que conmigo no se juega.

Por otro lado, no me hacen gracia las implicaciones de lo sucedido hoy. Era evidente que sabía a la perfección que soy la hija del innombrable y me surge la duda de si no ha sido idea de mi padre que me repudiase de ese modo. Me ha echado sin darme opción a nada. Ni siquiera me han permitido hablar con nadie del pueblo sin amenazarnos a mí o a ellos primero.

Desde luego, han logrado el objetivo contrario a disuadirme, puesto que no ha hecho otra cosa que confirmarme que se encuentra en la zona. Solo me queda seguir buscando pero, esta vez, sin hacer ni el menor ruido.

¿Qué está planeando mi padre? Es evidente que si no ha salido todavía del estado, mucho menos del país, es porque algo se lo impide. ¿Y si está planteándose algún tipo de venganza? No me extrañaría que quisiera eliminar a alguien antes de marcharse. Y cuanto más lo pienso, solo se me ocurre el nombre de una persona que le incomoda de manera especial.

Patrick Baker.

Una vez más, la vida me regala un pack especial de vacaciones con el que disfrutar de días relajantes en la mejor compañía.

Mi mente está en modo llama ardiente, quemando pensamientos infructuosos derivados del cabreo que tengo. Y lo peor de todo es que no es algo que me ayude a discernir qué debo hacer.

Valoro varias opciones y no me convence ninguna.

Primera: sigo tratando de averiguar por mi cuenta dónde se esconde mi padre.

Segunda: acudo otra vez a Sharington para sacar nuevamente al lobo de su guarida, y le digo claramente que quiero ver a mi progenitor si no quiere que me vaya de la lengua y tengan a un ejército de maderos en la zona.

Tercera: contarle a mi madre lo que sé y mis sospechas. Ella siempre ha sido el punto débil de mi padre y no dudo que lo siga siendo.

Cuarta: comparto con Patrick cómo están las cosas y ofrezco mi cooperación para darle caza, aunque siempre con la condición de que no resultase herido y, por supuesto, mucho menos muerto.

Tengo la impresión de que este dilema se parece al de elegir una puerta, cada una de las cuales te lleva a un desenlace muy diferente.

Por mucho que miro hacia las cuatro, ninguna presenta un elemento que indique que es la mejor opción. No tengo ni la menor idea de cuál debo atravesar, como tampoco alcanzo a imaginar las consecuencias que acarrearán. No me refiero solo a los hechos puros y duros, sino a las emociones que provocarán. Puedes tener muy claro en tu cabeza qué es lo mejor, lo más adecuado, lo correcto, pero no saber ni de lejos cómo va a hacerte sentir.

¿Cómo me sentiré si miento a Patrick?

¿Qué sentimientos me desbordarán si entrego a mi padre?

¿Qué provocará decirle a mi madre que su marido está más cerca de ella de lo que imagina y no ha hecho ni el menor acercamiento?

Cadenas de consecuencias.

Cascadas de sentimientos.

¿Tengo que hacer lo debido?

No creo que nadie pueda decir que le resulta fácil tomar decisiones, porque elegir es desechar opciones, tirarlas por la borda sin posibilidad de volver sobre tus pasos para escoger otra diferente, cuando la que escogiste no te convence o te compensa.

Decidir es renunciar.

¿Qué estoy dispuesta a perder?

A Patrick.

A mi padre.

A mi madre.

Mi carrera.

Esa es la pregunta que tengo que hacerme.

Capítulo 56
uno y una



Pensaba Erika en aquel instante que era la primera vez que descubría dos asesinatos en el mismo día y a tan poca distancia el uno del otro, sin que pertenecieran a la misma escena del crimen. Cierto era que no llevaba tanto tiempo como detective, pero a pesar de ello, le resultaba un acontecimiento azaroso, cuando menos. ¿Qué probabilidades habría de que sucediera algo como eso? Suponía que no demasiadas.

Otra cosa en la que pensaba era en que, en aquel barrio, había muchos callejones. Teniendo en cuenta la cantidad de personas que vivían a la intemperie, era comprensible que buscasen cobijo en las zonas con menos corrientes de aire. A pesar de que todavía era verano, lo cierto era que la temperatura por la noche bajaba y dormir al aire libre debía resultar muy duro.

El cuerpo que yacía delante de ellos envuelto en una manta mostraba los mismos signos de violencia que el que estaba a unas pocas manzanas de allí. El número de marcas de arma blanca y la cantidad de sangre que se veía en el suelo hacía más que evidente pensar que estaba muerto. En cualquier caso, mientras esperaban que regresase el forense, el cual apenas hacía un par de horas que se había ido tras el levantamiento del otro cadáver, con sumo cuidado para no alterar el escenario, comprobaron los signos vitales confirmando sus fatídicas sospechas.

—Nada. Y tiene pinta de que lleva tiempo muerta —dijo Chrysler, al comprobar que era una anciana la fallecida en esta ocasión.

—Sí, eso parece. El cuerpo está frío y rígido, así que calculo que la muerte ocurrió entre ocho y treinta y seis horas antes de que lo encontrásemos —señaló la detective al hacer un primer chequeo—. A ver qué nos dice el forense.

—¿Cuánto tiempo habrá de diferencia entre ambos asesinatos? —preguntó Chrysler, de forma casi retórica, puesto que no esperaba realmente una respuesta por parte de su compañera. El forense únicamente les ofreció un abanico temporal amplio respecto a la primera víctima, pero desde luego daba la impresión de que esta fuera más reciente, aunque bien podían equivocarse. No obstante, todo indicaba que ambas habían sido expuestas a los mismas condiciones ambientales y meteorológicas.

—No lo sé, pero desde luego es bastante extraño que ocurran dos crímenes tan similares en áreas tan próximas. Da qué pensar, eso seguro.

—Podría ser el mismo asesino.

—Es una opción que debemos tener en mente. Parece más raro que dos criminales, sin ningún tipo de relación, comiencen a matar a gente en la misma área geográfica y casi en el mismo tiempo. Empiezo a temer si no habrá más víctimas por aquí.

Daniel lo valoró un instante. No lo había pensado hasta ese momento, pero desde luego era una posibilidad, en vistas de las circunstancias.

—Da la impresión de que alguien ha elegido está zona para hacer de las suyas.

—A lo mejor no es solo por la zona, sino por los objetivos a los que se dirige.

—Gente indefensa y sin hogar. ¡Maldita sea! ¿Se puede ser más cabrón? Estas cosas me revuelven las tripas —añadió el joven policía, con evidente disgusto.

—Por desgracia, suelen ser objetivos fáciles para desalmados y todo tipo de calaña. Nos guste reconocerlo o no, lo cierto es que el ser humano es la especie más aterradora de la tierra, capaz de destruir a sus iguales, e incluso el lugar en el que vive. Pero no es

tiempo de filosofar —acotó Messer, soltando un suspiro tras su breve diatriba—. Tenemos mucho trabajo. De hecho, acaba de duplicarse el que teníamos.

—No te falta razón, compañera.

Aunque Erika no era Myrkur, Daniel reconoció internamente que le caía bien la detective y estaba seguro de que podría aprender mucho con ella y de ella. Sin embargo, con la joven agente había conectado muy bien desde el primer instante. El trabajo a su lado resultaba muy estimulante. Por ello, seguía echando de menos su compañía. Además, sin desmerecer a Messer, pues todavía no tenía argumentos para hacerlo, tenía la impresión de que la joven Cranston tenía una perspicacia poco habitual. Eso era una cualidad de ella que le maravillaba. No es que no necesitara seguir las pruebas, sino que le resultaba más fácil que a la mayoría distinguir lo esencial de lo meramente accesorio, lo que resultaba muy útil en una profesión como la suya.

Pero tampoco era momento de echar de menos lo que no tenía en ese instante. Debían centrarse en lo que llevaban entre manos. Por mucho que aquella mujer con la que habían hablado unas horas antes creyera que a la policía no le importaba lo que les sucediera a los sintecho, lo cierto era que él no pensaba parar hasta dar con el responsable de aquellos actos ignominiosos. Todas las personas merecían ser tratadas igual y, en este caso, la vida ya se había encargado de tratarlos de manera injusta como para no intentar compensar esa desigualdad de alguna manera.

Chrysler siempre había sido el típico abanderado de las causas perdidas y este sería un nuevo ejemplo de ello.

Estaba dispuesto a dejarse la piel si era preciso.

Capítulo 57
Myrkur



Por la noche, sigo sintiendo que mi cabeza es una olla exprés, hasta el punto de que empiezo a sentir un dolor punzante. No es habitual en mí, pues no sufro de cefaleas con frecuencia, ni siquiera en esos días del mes en el que mi cuerpo está más revolucionado de lo normal. Es esta tensión y el no saber qué hacer.

Quién iba a decir que los pensamientos duelen.

Suena mi teléfono y me quedo de piedra al ver que es Patrick quien me llama. Después de la otra noche, no quedó nada claro cómo están las cosas entre nosotros y me parece que hemos vuelto a un punto de la relación que ya parecía olvidado, es decir, a esos primeros días de incertidumbre en los que ninguno de los dos se atrevía a afirmar que había algo entre nosotros. Es como jugar al perro y el gato, pero sin definir quién es quién. Incluso, a veces, pienso que, desde que nos conocemos, hemos estado corriendo en espiral.

Dudo si contestar. Por un lado, creo que es miedo a que me comunique que han dado con el paradero de mi padre y que todo ha terminado. En ese "todo" cabe la posibilidad de que me confiese que alguien lo ha matado, y reconozco que no estoy preparada para recibir una noticia de ese calibre. Por otro lado, si cojo la llamada, creo que se abren otras dos posibilidades. O bien le confieso lo que he averiguado o una nueva mentira se colará entre nosotros, abriendo grietas de imprevisibles consecuencias.

La llamada se corta y no sé cómo me siento. ¿Aliviada? ¿Decepcionada? ¿Triste? ¿Enfadada? Hay una maraña de emociones dentro de mí que no para de enredarse. Antes de que me dé tiempo a pensar mucho en ello, vuelve a sonar. Las dudas regresan con más fuerzas pero, en esta ocasión, elijo contestar. No hacerlo me parece una cobardía y yo, desde luego, no quiero considerarme una cobarde.

—Menos mal que te pillo —me dice Patrick—. Me apetecía mucho hablar contigo. Creo que… lo necesitaba. —Un suspiro se cuela de manera casi imperceptible entre sus palabras—. No sé si podemos vernos o es demasiado tarde ya.

Cuando dice lo de demasiado tarde, no tengo muy claro a si únicamente se refiere a la hora del día o a lo nuestro, ya que estamos en algo similar a tierras pantanosas de las que ninguno de los dos sabe cómo salir ni hacia dónde dirigirnos.

—Para mí no es tarde —respondo escueta. No lo hago con mala intención, sino porque no sé qué más decir en este instante. Tampoco pretendo desvelar mi revoltijo de ideas. Por lo menos, no de momento.

—¿Te apetece salir a cenar? —me propone.

—Sí, me apetece. La pregunta es si eso es una buena idea. Podría vernos alguien y, según están las cosas en este momento, podría perjudicarnos a ambos.

Patrick suspira al otro lado.

Un silencio breve se adueña de la conversación.

¿Cómo es posible que la ausencia de palabras pueda pesar tanto?

—Myrkur, estoy muy cansado de esta situación. Quiero un poco de normalidad. Ni me apetece esconderme ni que tampoco tú y yo juguemos al escondite, y estoy seguro de que sabes muy bien a lo que me refiero.

Claro que lo sé. No le falta razón. Por una parte, tenemos que darle a entender al resto del universo que no hay nada entre nosotros más allá de una relación profesional para no perjudicar nuestras respectivas carreras. Por otra parte, está la forma en la que ocultamos nuestros sentimientos y nos movemos siempre sobre un

fino alambre del que, en cualquier momento, podemos caernos al vacío.

Es evidente que ninguno de los dos nacimos para ser malabaristas.

A pesar de todo, no es nada inteligente jugárnosla en este preciso instante en lo que todo puede estar a punto de volar por los aires. Un paso en falso más, y ya no quedará ni un resquicio de salvación para mí.

Entonces, algo pasa por mi cabeza.

Mi mente retorcida por un segundo me alerta de si puede ser uno de los jueguecitos de Patrick del tipo de los que usó en el pasado con el único fin de averiguar si tengo información que pueda resultarle útil.

¿Confío en él plenamente o me dejó guiar por mi instinto y me mantengo con pies de plomo?

—Yo también lo estoy. De hecho estoy totalmente agotada. Hay demasiados frentes abiertos en mi vida ahora mismo, no hace falta que lo mencione. Pero no es la ocasión idónea de echarlo todo por la borda, en especial en mi caso. Si tengo una mínima oportunidad de recuperar mi puesto, lo siento, Patrick, per no voy a ser tan estúpida como para desaprovecharla. Si quieres que nos veamos, tal y como hemos hecho hasta ahora, tendrá que ser en tu casa o en la mía. No me parece que hoy sea el momento de jugar a las parejitas normales y felices.

Se hace el silencio por unos segundos. Es breve, pero denso. Otra vez hay mucho contenido en este vacío. ¿He sido demasiado brusca? Seguramente.

—Está bien. ¿Qué te parece si me paso por allí? Esto ha sido idea mía, así que debería ser yo el que tenga que hacer el esfuerzo, ¿no crees?

—Me parece buena idea. Te espero en mi apartamento.

En cuanto cuelgo, me inquieta la idea de que pueda ponerse en contacto conmigo el tipo que conocí hoy en Sherington.

O mi padre.

¿Qué sucedería en ese caso?

Capítulo 58
Frederick



Por fin doy el paso que he estado demorando. Quizá, debería haberlo hecho ya hace algunos días. El exceso de celo, en ocasiones, puede casi paralizarte. Tal vez ese haya sido el principal motivo de retrasar mis siguientes movimientos, ya que precipitar mi salida de la cárcel no estaba entre mis planes más inmediatos.

Me decido a contactar con mi mujer. La echo de menos y siento unas inmensas ganas de estar con ella. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que nos vimos. Insistí mucho en que debía continuar con su vida, puesto que no tenía claro que algún día pudiese escapar de esos muros. Merecía seguir adelante y yo no podía ser una carga adicional. Y aun así, ahora que estoy fuera, sigo temiendo que no podamos volver a reunirnos, aunque tampoco quiero ser pesimista.

Tengo muy presente que lo más probable es que esté siendo vigilada. Y aunque puedan haber rebajado esa observación con el paso de los días, tampoco me apetece arriesgarme. Es cierto que han pasado ya bastantes jornadas desde que escapé, y es difícil que puedan sostener un seguimiento estrecho de sus movimientos si no tienen indicios claros de que estoy al acecho.

No solo se trata de lo que supone a nivel económico, sino de los recursos personales y materiales necesarios para poder hacer esa vigilancia de forma tan constante. Habría que justificarlo bien. Al fin y al cabo, se paga con el dinero de los votantes y estos no creo que

estén dispuestos a regalarlo. A pesar de todo, sigo creyendo que ser extremadamente celoso con mis pasos a seguir puede ser la diferencia entre la libertad y el regreso a prisión.

Ese es el principal motivo por el que todavía no la he llamado ni he hecho el menor intento de hablar con ella. No es solo por el peligro que supone para mí, sino también por las consecuencias que acarrearían para ella. Encontrarían mil maneras de acusarla de cualquier cosa que se les pasara por la cabeza. Sin que les temblase el pulso, la encerrarían por no poner en conocimiento de las autoridades el paradero de un prófugo de la justicia. No puedo hacerle eso a Karen. La quiero demasiado como para joderle la vida más de lo que ya lo hice en su momento por dejarme atrapar.

No deja de sorprenderme que pudiera perdonarme tantas cosas, tantos años de soledad y de ser repudiada por el resto solo por el hecho de ser la esposa de un asesino.

Como no puedo arriesgarme a hacerlo por mí mismo, me veo obligado a pedir un nuevo favor a Willy Ram. Sé que puedo confiar en él y que va a ayudarme en lo que le pida. Es una lealtad mutua. Me tranquiliza poder contar con alguien como él. A veces, de las peores situaciones se sacan las mayores sorpresas.

Sin embargo, no quiero abusar. No es solo que no quiera aprovecharme de él, sino que también pedir demasiados favores puede implicar tener que devolverlos y desconozco el precio que eso podría tener. Somos colegas, casi diría que incluso amigos, pero es evidente que somos un par de hijos de puta que solo piensan en sus intereses. Si cualquiera de los dos necesita quitar al otro de en medio, estoy seguro de que ninguno dudaría en hacerlo.

Yo, desde luego, no.

No importa lo agradecido que esté.

Le mando un mensaje de esos que desaparecen en cuanto son vistos. Qué buen recurso para hacer el mal. Es improbable que tengamos nuestros teléfonos controlados, en especial el mío recién salido de la tienda cuando me lo facilitó Willy. Aun así, no está de más ser extremadamente precavidos.

—Necesito que hablemos.

Tres palabras, nada más. Con ello ya considerará que se trata de un asunto delicado. Él ya sabe lo que tiene que hacer. Debe venir hasta aquí, a esta cabaña en un lugar olvidado del mundo. Me gustaba Sherington, pero esto es mucho más seguro. A pesar de mi cambio de aspecto, ya me habían visto allí demasiadas personas. Había un exceso de variables que controlar y era preciso reducirlas.

Sé que no tardará más de unas pocas horas antes de venir. Mientras tanto, decido hacer un poco de ejercicio para no perder la forma. Correr por estos montes no solo es saludable, sino que es un desafío para mi forma física después de tantos años encerrado. Cuando regrese, cortaré un poco de leña para poder hacer funcionar la cocina, pues se están agotando las existencias de madera cortada con las que contaba.

El tiempo se pasa así volando y, antes de que me dé cuenta, veo que se aproxima el todotorreno de Willy Ram. Es un vehículo grande y oscuro. Sus ruedas son de un tamaño descomunal, lo que contribuye a que pueda moverse a su antojo por casi todo tipo de terrenos. Me recuerdan, en cierta medida, a los vehículos que vi en Islandia, los cuales tenían ruedas enormes que les permitían vadear los ríos.

Fue una visita corta a la tierra de fuego y hielo, pero aquel país me enamoró. Tal vez debido a la dureza de sus paisajes y sus gentes, aunque confieso que desconozco bien mis propios motivos. Lo único que sé es que me fascinó. Es obvio que existen razones que solo el corazón entiende. Eso motivó que mi hija se llame Myrkur, palabra que significa oscuridad y que creo que me identificaba a la perfección en aquel momento. Bueno, en aquel momento y siempre.

Myrkur.

Tiene una sonoridad maravillosa.

Si volviera atrás, volvería a ponerle el mismo nombre.

—Gracias por venir tan rápido —le digo a mi colega en cuanto se apea del vehículo. Sabe que se lo voy a pagar bien. Esto no se trata de amor casi fraternal, por mucho que nos respetemos y nos ayudemos. Es una suerte contar con dinero. Te ofrece infinitas posibilidades. La gente debería ser consciente de lo importante que

es saber invertir para sacar beneficios. Pero se dedican a derrocharlo, en lugar de estudiar las finanzas y la economía del mercado. Se pierden un mar de oportunidades.

—No tienes que darlas. ¿Qué necesitas?

—Quiero contactar con mi esposa. Me preocupa que mi hija haya estado tan cerca de dar conmigo. La policía podría saber más de lo que me supongo. Creo que no puedo demorarme mucho más en poner en marcha mis planes. Antes de una semana tengo que estar fuera del país. Si no soy capaz de averiguar ahora si Myrkur quiere o no venir con su madre y conmigo, lo haré más adelante por otros medios.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer?

—Necesito que contactes con Karen de manera discreta. Estuve incluso pensando en ir yo mismo, puesto que la idea es aprovechar cuando salga del trabajo, bien a media mañana al descanso o a la hora de la comida, y establecer comunicación con ella. Pero, por razones evidentes, no es una buena idea.

—Sin problema. ¿Prefieres que me acerque a ella personalmente o que le haga llegar una nota primero para avisarla de nuestro encuentro?

Valoro las opciones antes de responder. No tengo muy claro que será mejor. Karen no es de las que se asusta con facilidad. Por otro lado, una nota es dejar una evidencia que alguien puede localizar. La decisión es más sencilla de lo que pensaba.

—Será mejor que te acerques a ella de forma discreta. No descarto que la estén vigilando, a pesar de que, a estas alturas, ya me resulta poco probable.

—Tranquilo. Nadie se dará cuenta.

—Bueno, tu aspecto es bastante llamativo de por sí.

No me quedo corto. Es un tipo grande, de esos que es imposible no ver. Decir que nadie se dará cuenta es ser un iluso. Cualquiera se percataría de la presencia de Willy Ram, incluso en un acto multitudinario. No obstante, es un tipo hábil, así que no tengo verdaderos motivos para no confiar en su capacidad para hacer lo que le pido.

Le dejaré hacer.

No me queda otra.

Capítulo 59
Fortuna e infortunio



Mickey sentía que la suerte estaba de su lado. Las cosas ahora le iban mejor. Se había producido un cambio de rumbo perceptible en su vida. Al menos, era la impresión que tenía. Uno de los motivos era que estaba ganando confianza. Se sentía más seguro de sí mismo de lo que había estado en años. Resultaba increíble cómo había ocurrido todo, pero lo cierto era que la aparición de Rocky parecía la responsable de darle la vuelta a su vida.

En primer lugar, consiguió borrar las voces, a pesar de que en algún momento todavía experimentaba una sensación extraña, como si estuvieran aguardando en algún rincón de su cabeza, al acecho, preparadas para aparecer en momentos de debilidad. En segundo lugar, le había conminado a cometer atrocidades que, a la postre, estaban logrando cambios inimaginables en él. No podía negar que las voces también lo hicieron, pero era diferente. Ellas constituían un coro histriónico y repetitivo que no cesaba de darle órdenes de todo tipo, muchas sin sentido, y recomendaciones poco aconsejables para él. Rocky, por el contrario, había sido más directivo desde el primer instante y sus instrucciones eran más coherentes con los objetivos que le pedía. Parecían conducirle a un fin, aunque este fuera abominable.

En el trabajo, tenía la impresión de que le respetaban más. Posiblemente, ellos también percibían su cambio de carácter, pues este era más que evidente. Cuando Don osaba meterse con él de

algún modo como acostumbraba a hacer, Mickey le devolvía una mirada cargada de odio que le cerraba el pico en un santiamén.

Aquel día precisamente, al acabar el turno, aprovechando que Mickey se entretuvo más de la cuenta y que no quedaba nadie más por allí, Don se acercó a él, pues no había digerido bien que aquel habitualmente enclenque personaje quedase por encima delante del resto. Mickey, distraído, estaba a punto de subirse a su camioneta. El brillo de la punta del cuchillo que había empleado en su último crimen asomaba debajo de una manta que tenía sobre el asiento del copiloto.

Pasados los nervios del estreno, se estaba descuidando cada vez más con los detalles.

—¿Te crees muy valiente por desafiarme delante del resto, pedazo de mierda? —le espetó aproximándose más a él. Su actitud era claramente intimidante.

Mickey decidió no hacerle caso.

Tenía otros planes.

Rocky le había dicho que su plazo estaba a punto de expirar. Debía rendir cuentas. Por tanto, aquella noche, iba a acercarse una vez más a Mattapan para cobrarse una última víctima antes de ir a por los verdaderos objetivos. Tenía la impresión de que todavía estaba un poco verde para enfrentarse a dos matones como aquellos y necesitaba más práctica. Hasta el momento, no había podido conseguir un arma de fuego y necesitaba estar preparado por si no llegaba a disponer de ninguna en un futuro próximo.

Sin embargo, Don, que tenía ganas de problemas, había decidido darle una lección que no quería que olvidase, así que le pegó un empujón que le hizo golpearse con su cara contra la puerta del conductor.

Mickey se giró con cara de pocos amigos. Una brecha se había abierto en su ceja y la sangre manaba profusamente. A pesar de que su cerebro estaba hecho papilla por las drogas, no era tan estúpido como para enzarzarse en un cuerpo a cuerpo con un tío que pesaba mucho más que él y cuyos bíceps tenían una circunferencia casi mayor que la de su cintura.

—No quiero líos, Don —acertó a decirle.

—"No quiero líos" —se burló el otro, poniendo un tono que claramente trataba de ridiculizarle—. Habértelo pensado antes, justo cuando te pusiste chulo delante de los demás. ¿Qué pensabas, que iba a dejarlo estar? Pues te equivocabas. Tuviste suerte de que el jefe estuviera por allí en aquel momento y no pudiera dejarte las cosas tan claras como me habría gustado.

—Lo siento, tío. Lo pillo, ¿vale? Me ha quedado clara la lección.

Don le miró unos instantes, valorando si merecía la pena meterle un poco más de miedo. El muy capullo parecía que ya no le temía. Su expresión era de indiferencia, algo que le enfureció. ¿Por qué no disfrutar un poco? Claro que sí. Se lo merecía por perderle de ese modo el respeto.

Le agarró del cuello y comenzó a apretar. Detrás de Don, se apareció la imagen de Rocky que le instaba a que no dejase que las cosas quedasen así. El problema era que, aunque Mickey estuviera de acuerdo con ello, no veía la forma de aflojar la fuerza que aquel mastodonte hacía con su mano.

Entre jadeos le suplicó que le dejara.

Pero, en su interior, tenía otras intenciones.

Don finalmente aflojó la presión. Observó con complacencia cómo Mickey tosía y trataba de recuperar la respiración.

—Espero que te sirva de advertencia —concluyó satisfecho, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia el lugar en el que estaba estacionado su vehículo.

Todavía le llevó unos segundos recomponerse, pero sabía que no debía dejar las cosas así. Si no actuaba, Rocky se pondría furioso y tal vez tuviera consecuencias incluso peores. Debía demostrarle que era un hombre nuevo y que podía confiar en él.

En cuanto se encontró mínimamente recuperado, abrió la puerta del conductor y se inclinó hacia el asiento del copiloto de forma veloz. Levantó la manta roñosa y asió el cuchillo. Acto seguido, se lanzó a por Don, quien seguía avanzando despacio sin siquiera poder imaginar el peligro que le acechaba por detrás.

Capítulo 60
Patrick



Hoy nada ha salido tal y como esperaba. Supongo que, a veces, nuestra actitud influye de forma definitiva en el desarrollo de los acontecimientos. Llevo ya muchos días nervioso y noto que esa impresión cada vez va a más según avanzan las jornadas sin resultados.

He perdido los estribos cuando hablamos con el alcaide. No ha sido nada dramático, es cierto, pero no me gusta experimentar esa sensación de pérdida de control porque un caso me afecta de manera personal. Esta búsqueda infructuosa, que ya se acerca a las dos semanas, me tiene con los nervios de punta, puesto que soy consciente de que, cuanto más tiempo pasa, más difícil es dar con su paradero.

No puedo evitar pensar que es un enorme fracaso por parte de todos. En primer lugar, a nivel institucional es una catástrofe que un preso de estas características haya encontrado la forma de fugarse de una cárcel que se supone que tiene todas las medidas de seguridad necesarias para considerarla infranqueable. En segundo lugar, de los que trabajan allí y de los que supervisan el trabajo que hacen, puesto que cada vez resulta más evidente que Cranston recibió ayuda desde dentro. En tercer lugar, de los que estamos al cargo de dar con él, porque estamos demostrando una incapacidad peligrosa para cumplir con nuestra misión o, como mínimo, para poder barajar un posible destino.

Una rabia desconocida me recorre el cuerpo cuando pienso que ese malnacido puede estar disfrutando de la vida en algún paraíso fuera de nuestra alcance. ¿Cuántas muertes evitables caerán sobre nuestras conciencias? Se me encoge el alma solo de considerarlo. No quiero ni imaginar cuántas personas pueden estar en peligro con ese psicópata libre.

Un psicópata que algún día podría ser mi suegro.

Lo pienso y una náusea trepa por mi garganta.

Después de este día de mierda, quería llamar a Myrkur, hablar con ella, pero por encima de todo, me apetecía mucho que estuviéramos juntos.

Me parece casi una contradicción.

He tratado de olvidarme de que es la hija de ese monstruo al que trato de darle caza. He tratado de no pensar que lleva su mismo apellido, que su misma sangre corre por sus venas, que su ADN la define irremediablemente. Ahora que voy de camino a su piso, me asaltan las dudas otra vez. El último día no quedaron las cosas demasiado claras entre nosotros, y yo lo que menos necesito en este momento es darle más vueltas. Solo me apetece ver a mi pareja y estrecharla entre mis brazos sin tener que pensar en nada más.

Pero eso no va a ser posible.

No con Myrkur.

Porque Myrkur es un recordatorio ineludible, pues sus ojos se parecen demasiado a los de él y hacen que mi mente me recuerde que ella, no hace mucho, ha asesinado también a un hombre, asestándole un número de puñaladas que soy incapaz de digerir, por mucho que lo intente.

Estaciono mi coche cerca del edificio donde vive. Apago el motor y me quedo unos segundos dentro, en absoluto silencio, con el único sonido de fondo de mi respiración y de los latidos de mi corazón.

Después de deliberar un poco más si es buena idea, si debería estar aquí, me bajo del coche y trato de detener mi mente y no pensar más. Llamo al portero automático y, en cuanto me abre, me lanzo hacia las escaleras y las subo de dos en dos. No puedo quedarme quieto esperando el ascensor, pues sé que mi cabeza volvería a llenarse de ideas que no estoy dispuesto a afrontar ahora.

En cuanto alcanzo el rellano, percibo que su puerta se halla entreabierta. No me detengo a considerar si puede ser una señal de algo, si cabe la posibilidad de que alguien esté dentro al acecho, si corro algún tipo de peligro. No tomo precaución alguna porque, en este preciso instante, necesito poner en pausa mi cerebro y dejar que sean mi cuerpo y mi corazón los que tomen las riendas.

Capítulo 61
Myrkur



La espera hasta que llega Patrick se me hace eterna. Desde que he colgado el teléfono, parece que han pasado horas y, sin embargo, solo deben haber transcurrido unos pocos minutos. Supongo que forma parte de mi vida actual, una sucesión de tiempos muertos en los que aguardo que algo cambie y anhelo reiniciar mi vida. Hoy, al menos, he experimentado un poco de emoción cuando he acudido a Sharington, a pesar de que no he obtenido los resultados que me hubiera gustado. Sin embargo, me ha quedado claro que iba mejor encaminada de lo que suponía.

Por fin llama Patrick al timbre. Estoy nerviosa y no puedo controlar esta sensación. Hace ya más de un año que nos conocemos, pero parece que el tiempo no nos ha ayudado según lo esperado. Como mínimo, no como cabría esperar en una relación al uso. Tantos altibajos y sobresaltos entre nosotros han provocado esta situación extraña en la que nunca sé que me deparará un nuevo encuentro con él.

Y así ocurre.

Vuelvo a sorprenderme.

Lo nuestro es una relación de montaña rusa emocional.

Quizá porque esperaba ciertos recelos y distancia, me pilla totalmente fuera de juego que no me dé tiempo ni siquiera a hablar cuando me toma en su brazos y me lleva hasta la cama. Me recuerda a nuestra primera vez, cuando nos dejamos llevar por un

deseo indómito que no admitía palabras, sino solo el lenguaje de cuerpos enredados y pieles desnudas.

Como aquella vez, Patrick se muestra apasionado y anhelante, ávido de amor y de caricias. Supongo que yo también necesitaba lo mismo que él, puesto que respondo en la misma medida a sus demandas. Somos dos corazones a la deriva en un mar de contradicciones.

El sexo esta noche tiene un punto animal, casi salvaje, pues se evidencia que hay emociones contenidas que necesitan que les demos rienda suelta para que no terminen por ahogarnos. Nuestros encorsetados sentimientos, la represión enfermiza en la que hemos pasado las últimas semanas, provoca esta pasión desbocada que nos deja sin respiración y, al mismo tiempo, nos ofrece un respiro que ambos necesitábamos como agua en tiempos de sequía.

A pesar de que somos dos personas muy diferentes y que tenemos una trayectoria vital que podría considerarse casi opuesta, tenemos en común algunas cosas que, sin quererlo, nos unen por encima de nuestro control y nuestra voluntad.

Tumbados en la cama, exhaustos y con la piel sudorosa, Patrick me mira con ternura y acaricia mi pelo, enredando un mechón entre sus dedos. Leo culpa y dolor en sus ojos, pero también otros sentimientos que me desconciertan. No estoy muy segura, pero juraría que hay pena en el fondo de esos iris color castaño. Una pena que se mezcla con algo que se parece al amor. Pero reconozco que puede que esto último es solo lo que quiero ver, porque estoy necesitada de eso precisamente, de sentir que le importo a alguien, de creer que otro ser humano puede amarme.

—¿Qué sucede? —me atrevo a preguntarle.

Sus caricias se intensifican. El tibio contacto de su piel me calienta el corazón, el cual comenzaba a helarse por el miedo. Me acaricia ahora el rostro de forma tierna y suave, pasando su dedo pulgar por mi mejilla con suma dulzura y cariño.

—¿Por qué lo nuestro tiene que ser tan difícil, Myrkur?

Difícil es una palabra que se queda muy corta si tenemos en cuenta las complicaciones que nos acechan.

La diferencia de edad, la única salvable.

La incompatibilidad por nuestros trabajos.

Mis miedos y los suyos.

El mío, a que me rechace.

El suyo, a que yo sea una psicópata como mi padre.

Las mentiras que plagan nuestra relación.

El hecho de que soy la hija del hombre al que busca para meter nuevamente entre rejas.

Por si todos esas razones no fueran suficientes, hay que tener presente también la brecha que se abre debido a nuestras responsabilidades como policías, lo que yo debería confesarle y que no sé si estoy dispuesta a hacerlo. Y, cómo no, la distancia recomendable en la que deberíamos situarnos el uno del otro al estar llevando a cabo una investigación que me afecta a nivel personal.

No me atrevo a responder a su pregunta. No quiero abrir ese melón en el que debatimos si nos conviene o no estar juntos. No, ahora no. Necesito un paréntesis en el que dejarme llevar y sentirme como un ser humano cualquiera, con problemas rutinarios y sencillos. Entre las paredes de esta habitación me siento alejada de ese mundo cruel que no me quiere en él. Sé que es una ilusión, pero no tiene nada de malo viajar de vez en cuando a un cuento de hadas en el que reinan la calma y la tranquilidad.

—No quiero pensar en eso ahora. Estoy agotada de tener que enfrentarme a cada paso que doy con pies de plomo y midiendo lo que hago. Quiero dejarme llevar por una vez y pasar esta noche sin remordimientos ni consideraciones. Nos lo merecemos, ¿no crees?

Patrick se acerca un poco más a mí ahora y pone sus labios sobre los míos de forma contenida.

—Tienes razón. Disfrutemos de unas horas de paz alejados del barullo que nos espera cuando salgamos de aquí mañana por la mañana.

«Porque mañana por la mañana, el mundo volverá a esperarnos de manera cruel», pienso irremediablemente.

Capítulo 62
Morir o matar



Del filo del cuchillo goteaba la sangre dejando un reguero tras de sí según Mickey regresaba hacia su camioneta. Apenas podía creer que fuera cierto lo que acababa de suceder. Sin embargo, el rojo que teñía la hoja que portaba en su mano atestiguaba que aquel hecho no estaba tan solo en el interior de su atormentada mente, sino que era algo muy real.

El mierda de Don había dado al traste con sus planes de aquella noche y ahora podría encontrarse en problemas de verdad. Debía tomar una decisión pronto. Lo que estaba claro era que no podría volver al trabajo, puesto que, en cuanto descubriesen el cadáver, era probable que fueran a interrogarlo y podían terminar por detenerlo.

Cuando agarró el cuchillo, ya no pensó más. Solo siguió las indicaciones de Rocky que le decía lo que tenía que hacer. Ese cabrón de Don estaba empeñado en hacerle la vida imposible, pero había llegado la hora de pararle los pies.

El pobre idiota ni siquiera lo vio venir. Pensó que, había asustado tanto a Mickey, que este jamás se volvería a atrever a darle una mala contestación, mucho menos ponerle en evidencia delante de otros.

Se equivocó.

Logró controlar su furia y se aproximó a él por detrás, haciendo el menor ruido posible. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, le

abordó desde detrás y le hizo un corte limpio con dientes de sierra en el cuello de un modo que nunca imaginó que sería capaz.

En cuanto Don se llevó las manos al corte, Mickey se colocó delante de él. Quería que lo viera. Quería que le mirase a los ojos y supiera que era él quien le había quitado la vida. Quería que entendiese que tantos meses de humillarlo y de vejaciones gratuitas, por fin, recibían el castigo merecido.

—¿Qué dices ahora, Don? Perdona, no te entiendo —se mofó, poniéndose una mano en la oreja, como si no pudiese oír lo que el otro intentaba decirle.

Sus ojos estaban desencajados, incrédulo por lo sucedido. Siempre supo que algo no andaba bien con Mickey, pero estaba convencido de que era un cobarde incapaz de plantarle cara. Le había sorprendido en los últimos días, quizás incluso un par de semanas. Había visto un cambio en su actitud. Más osado, más desafiante. Pensó que debía bajarle los humos otra vez.

Estaba claro que no había calculado bien las consecuencias.

Mickey se quedó mirando a su víctima hasta que llegó el último estertor antes de la muerte. Sintió algo que jamás pensó que había en su interior. Había experimentado placer al ver cómo se escapaba la vida de aquel hombre que tantas veces se había reído de él y le había ridiculizado. Una agradable sensación de venganza, de heridas restañadas, se extendió por cada resquicio de su ser.

Después, llegó el baño de realidad.

Se dio cuenta de que aquello distaba mucho de lo que había hecho hasta el momento. Acababa de asesinar a un hombre que tenía familia y amigos. Un hombre que, además, estaba conectado claramente con él, ya que compartían a diario un buen número de horas por el trabajo que desempeñaban, por lo que, antes o después, la policía querría entrevistarle. Además, todos en la empresa conocían la animadversión que ambos se profesaban mutuamente. Era fácil que se convirtiese en el principal sospechoso. Daba igual que no quedase nadie en el lugar cuando se produjo el hecho, que no hubiera ni un solo testigo, porque pronto las dudas recaerían sobre él.

En ese instante en el que se dio cuenta de lo que podría venir a continuación, estuvo a punto de perder el cuchillo, al salir corriendo hacia su camioneta para huir de allí. Los nervios de ser consciente de la estupidez que había cometido, casi provocan un desatino todavía mayor. Si el arma del crimen hubiera quedado cerca del cadáver, entonces ya no habría tenido ni la más mínima posibilidad de salvarse.

Se subió al vehículo y lo arrancó lo más rápido que pudo. Tenía prisa por abandonar aquel lugar. Gotas de sudor resbalaban por su frente. Necesitaba pensar con claridad. Era preciso que encontrarse el modo de tranquilizarse. Aquella noche necesitaba meterse algo más fuerte de lo habitual.

Su cabeza se agitaba de un lado a otro en negación. ¿Cómo había sido capaz de hacer algo así? ¿Cómo no logró controlar ese impulso de sangre?

«Has hecho lo que debías», señaló una de las voces que ya creía olvidadas. Lo dijo con un tono firme, seguro. Lo sintió casi como una felicitación, a pesar de que no le gustó volver a escucharla. Se suponía que, si cumplía la misión que le encomendó Rocky, ellas desaparecerían para siempre.

Le había mentido.

No podía ser otra cosa.

No podía pensar más. Era hora de poner tierra de por medio y anular sus sentidos, de dejar en pausa su cerebro, de encharcarlo de sensaciones químicas para dejar la realidad fuera, muy lejos de su consciencia.

Tomó rumbo al lugar en el que habitualmente encontraba a un camello que solía venderle lo que le pedía sin hacer preguntas y sin mostrarse hostil, como hacían muchos. Desde la época de Rocky, había aprendido que era fundamental ser puntual con los pagos y no dejar nada a deber. Se inclinó hacia el lado del copiloto y abrió la guantera, pues estaba seguro de que había dejado algunos billetes ahí para emergencias cuando recibió el último salario. La distracción estuvo a punto de costarle cara, puesto que se salió de carril. Por suerte, el que venía de frente, le pitó a tiempo y pudo dar un volantazo que le devolvió a su carril sin causar demasiados estragos.

El susto había sido de los buenos.

«Debes tener más cuidado, ¡joder! Casi nos estrellas», le regañó Rocky desde el asiento trasero. Mickey le miró sorprendido por el espejo retrovisor. «Mira para delante, coño. ¿O quieres que tengamos otro percance? Después de lo que has hecho esta noche, deberíamos estarlo celebrando, no esquivando accidentes de tráfico».

—Lo siento. Tienes razón —respondió dócil, a pesar de que sentía que el enfado con él crecía con su presencia.

«Puto mentiroso», pensó furioso. El puñetero Rocky no había hecho otra cosa que meterle en problemas. No obstante, debía tener cuidado. Sabía bien lo peligroso que podía ser, así que no le convenía cabrearle.

«¿Dónde vamos?».

—Al barrio de Mattapan.

«¿No has tenido suficiente con cargarte a un tío hoy que quieres cepillarte a alguien más?».

—No, no es para eso. Es porque necesito ver a alguien —dejó caer de forma enigmática. Puede que fuese una tontería, pero Rocky en el pasado era su proveedor oficial, por lo que no le apetecía que descubriera que ahora tenía otro, posiblemente de los que él consideraba su competencia. Era una idiotez, puesto que resultaba evidente que tenía intención de acompañarle allá dónde fuera.

«Ya lo pillo. Vas a por droga».

Mickey tragó saliva. No quería que Rocky se enfadase por ese tema. Es justo lo que había pensado unos instantes antes, que por mucho que le detestara y le responsabilizase del lío en el que estaba metido, no le convenía hacerle perder los estribos.

De pronto, pensó que no debería tenerle miedo. Ya no. Había matado ya a tres seres humanos, incluido Don, a quien solía respetar porque le temía. Era hora de dejar claro que no podía manejarle a su antojo.

Sin embargo, no tuvo tiempo de más explicaciones.

Al llegar a las inmediaciones del lugar, se llevó una desagradable sorpresa.

La zona estaba infestada de policías, como si de una plaga se tratase.

«Me parece que estás bien jodido, chaval», le confesó su acompañante imaginario.

Sin lugar a dudas, parecía que tenía razón.

Más le valía irse de allí antes de que alguien se diera cuenta de su presencia.

El principal problema era que seguía necesitando su droga. Debía sopesar los pros y los contras.

Capítulo 63
Frederick



Willy Ram va a ir a ver a mi mujer. No puedo dilatar esto por más tiempo. La documentación falsa que necesitaremos va a llegarme ya en pocos días, tres a lo sumo. No obstante, decido seguir sus pasos a una distancia prudente. ¿Por qué lo hago? Porque quiero comprobar si alguien les acecha cuando esté con Karen. Será la prueba de fuego que me permita comprobar si la pasma la sigue o no.

A él no se lo he confesado, pero el plan es contactar con ella hoy mismo. En cuanto me asegure de que no hay nadie tras ella, me dirigiré a su encuentro. Willy Ram únicamente le va a decir que esté alerta porque, antes de lo que imagina, acudiré a verla. Para ello, necesitará extremar las precauciones y, si ve algo raro, sacará un pañuelo rojo que él le va a entregar para que me alerte de que algo no va bien.

Observo desde el coche a mi colega bajarse y dirigirse a la cafetería a la que se encamina Karen. Por suerte, va sola. Si en el descanso fuera acompañada, sería todo más complejo. Observo con atención a cada una de las personas que están en los alrededores buscando alguna actitud o gesto que me levante una mínima sospecha.

Nada.

Salgo del coche. Voy bien camuflado. Barba, gafas y gorra. Llevo unos vaqueros rectos y sucios de trabajar en la cabaña que

intencionadamente no he lavado para que recuerden a un trabajador que viene a tomarse un café en mitad de la jornada. La camiseta es blanca, uno poco rota por el mismo motivo, pero no tanto como para que revele abandono. No se trata de llamar la atención, sino de parecerme lo menos posible a mí mismo, es decir, al hombre rubio siempre bien afeitado que, antes de entrar en prisión, vestía impecable y con ropa cara.

Cuando entro, Willy está en la barra. Karen se dirige con una infusión y una tostada con aguacate a una de las mesas que está más alejada de la entrada. Supongo que le está dando un tiempo suficiente a que no llegue algún acompañante inesperado.

Pide un café solo. En cuanto se lo ponen, se encamina hacia el lugar donde mi esposa toma su desayuno ajena a todo. Por mi parte, me siento en la barra a esperar a ser atendido lo más cerca que puedo de donde se encuentran ambos ahora mismo. Espero no llamar la atención de ninguno de los dos y que me reconozcan. Al menos, no todavía.

El local tiene una ocupación bastante alta en este momento, lo que me facilita esconderme entre la gente. Hay personas de todo tipo, madres con bebés en sus carritos, hombres y mujeres que posiblemente trabajen en oficinas cercanas y otros que como yo parecen dedicarse a trabajos más manuales.

—¿Puedo sentarme? —le pregunta Ram, cosa que me decepciona, pues demuestra poca imaginación.

—Por supuesto que no —responde seca, lo que hace que se me escape una sonrisa. Karen puede ser de lo más arisca.

Willy Ram hace caso omiso para su sorpresa. Casi se me escapa una carcajada cuando me percato de la expresión de desagrado tan abiertamente expresada en su rostro.

Acaba de levantarse una pareja joven que estaba sentada justo a la espalda de Willy. Despreocupadamente, cojo mi café con leche en cuanto lo hacen y me siento allí detrás. Los anchos hombros de mi amigo me camuflan.

—Bueno, pues lo lamento. No tenemos tiempo, así que iré al grano —dice en apenas un susurro, lo que me dificulta escucharle con claridad. Estiro mi espalda a fin de afinar mis oídos—. Tengo que

entregarte un mensaje y me iré enseguida. Frederick contactará pronto contigo. Extrema las precauciones.

—¿Por qué no lo hace él mismo? —pregunta molesta.

—Ya sabes la respuesta. Si estás dispuesta a dejar todo atrás, ten una maleta preparada.

—¿Estás de broma? No te conozco de nada y crees que voy a fiarme de ti.

—No lo hagas. Yo solo he venido a comunicártelo.

Acto seguido, Willy se levanta y se va.

En ese momento, me giro. La veo mirando con incredulidad la espalda de Willy Ram. Me quito las gafas y espero que me mire a los ojos. En cuanto lo hace, dejo un billete de cinco dólares sobre la mesa, me levanto y me voy.

Estoy seguro de que me ha reconocido.

Siempre dijo que podría reconocer mi mirada en medio de una multitud.

Capítulo 64
Asesinos y asesinatos



Los detectives Daniel Chrysler y Erika Messer continuaban en la escena de los crímenes descubiertos aquel día después de más de doce horas de trabajo. Había caído la noche y ambos se sentían agotados, física y mentalmente.

Se había establecido un operativo para peinar la zona, puesto que comenzaban a sospechar que podían encontrar incluso más cadáveres. El descubrimiento del segundo, sin duda, hizo saltar las alarmas. No pintaba bien que dos personas, con aquel perfil concreto, hubieran sido asesinados en una ventana temporal escasa, tal y como parecían indicar los indicios encontrados.

Por otro lado, estaban considerando establecer algunas medidas de seguridad para esa zona, ya que parecía que alguien estaba empeñado en cobrarse la vida de esos pobres infelices. No era descabellado pensar que pudiera ir a por más.

—Me mosquea lo de la furgoneta que nos comentó aquella mujer por la mañana —comentó Daniel.

—Sí, tenemos que tenerlo en cuenta, aunque puede no ser nada. De todos modos, la descripción es demasiado imprecisa como para que nos resulte de utilidad.

Chrysler asintió abatido, mientras miraba en derredor, como si pudiese encontrar algo que todavía no había detectado y que pudiera ser de utilidad.

—Hay una cosa que me ha llamado la atención y que estoy deseando que, ya sea los de la científica, ya sea el forense, me lo confirmen —dijo de forma enigmática Erika.

—¿A qué te refieres?

—A las puñaladas. No lo puedo afirmar pero, por lo que hemos visto en los dos cuerpos, juraría que están hechas con una hoja dentada.

—¿Un cuchillo de sierra?

—Tal vez. Las heridas punzantes que presentaban no eran tan limpias como las hechas con un filo liso.

—Pero también ha comentado que apreciaba cierta vacilación en algunas de las incisiones.

—Sí, es cierto, pero incluso considerando ese aspecto, apostaría a que todas y cada una de ellas presentaban esa forma irregular en la piel, como si se hubiera desgarrado.

—No sé por qué me da que estás pensando que nuestro asesino, que parece que es el mismo en los dos casos, ha utilizado un cuchillo de cocina.

—Uno de carne, para ser precisos.

—Pero podría ser una navaja especial.

—Podría, pero quien tiene una navaja de ese tipo, no suele dudar cuando tiene que clavarla.

—Así que crees que eso indica que es un aficionado, ¿o eso ya es solo cosecha mía?

—Me gusta como piensas, Chrysler. Creo que podríamos trabajar muy bien juntos más allá de este caso, salvo que tengas ya asignado algún compañero con quien suelas hacerlo.

—Lo cierto es que no. Sin embargo, en el último caso estuve investigando con una joven policía con la que conecté bien, aunque fue algo puntual.

—¿Se trata de la hija del Devorador de Corazones? —preguntó Messer, a pesar de que ya estaba al tanto de ello.

Daniel asintió, aunque no le había gustado la forma empleada para referirse a ella.

—Ya sé lo que piensa la mayoría de la gente, pero creo que deberían conocer a Myrkur antes de juzgarla. Además, es una

extraordinaria policía. Tiene un instinto muy agudo. Me gustó mucho trabajar con ella. Ojalá se resuelva pronto su situación.

—No pinta bien, supongo que eres consciente de ello.

—Parece que sabes demasiado para el poco tiempo que llevas aquí.

—Es difícil no conocer aquello de lo que todo el mundo habla. Se cargó a un sospechoso, lo que hasta ahí puede ser, entre comillas, normal. Pero es que le asestó una burrada de puñaladas. Eso es lo que pone los pelos de punta.

—No opino igual. Creo que cualquiera de nosotros, en una situación límite, podríamos hacer cosas que ni imaginábamos que pudiéramos ser capaces. Él la secuestró y Myrkur era muy consciente de que pretendía matarla.

—Da igual. No es el momento de hablar de ello. Tenemos dos crímenes por resolver, y no sé tú, pero yo ya me he quedado sin batería —apostilló, refiriéndose al agotamiento que sentía—. Quiero irme a casa y descansar un poco. Mañana será otro día.

Capítulo 65
Myrkur



Cuando me despierto, todavía es bastante temprano. Patrick sigue durmiendo y yo me deslizo sigilosamente entre las sábanas. Sé que no debería, pero me propongo descubrir si hay algo en su móvil que me pueda servir para averiguar si tiene alguna sospecha de dónde se encuentra mi padre.

Ni siquiera sé por qué hago esto. No tengo ni idea de si quiero evitar que lo coja o justamente lo contrario, ayudarle a que lo haga. Una vez más, las contradicciones son mi seña de identidad.

Es complicado.

Me gustaría que Patrick pueda resolver un caso que, sin duda, será bueno para su carrera. Sin embargo, si lo logra, supondrá que mi padre vuelve a chirona o, todavía peor, que lo han liquidado. Me he pasado parte de mi infancia y toda mi adolescencia y juventud deseando que mi padre estuviera libre, a pesar de ser consciente de que se merecía la condena que le había caído. Incluso debería sentirme afortunada por no vivir en uno de los estados que todavía mantienen la pena capital como sentencia para asesinos como mi progenitor.

Gracias a que siempre he sido muy observadora, quizá demasiado para lo socialmente aceptable, conozco la contraseña de desbloqueo del teléfono de Patrick, salvo que la haya cambiado en las últimas semanas en las que nos hemos visto mucho menos. No fue fácil, ya que su *smartphone* emplea el reconocimiento facial para

desbloquearse. Sin embargo, muy de vez en cuando, todos los dispositivos, como medida extra de seguridad, piden el número pin y no te permiten acceder a su sistema si no lo conoces.

Estoy tan plenamente concentrada buscando algún dato entre sus mensajes y correos, que me sobresalto cuando oigo una voz grave que me habla.

—¿Qué coño haces, Myrkur? —pregunta Patrick visiblemente enfadado y decepcionado.

No sé cómo reaccionar.

Me ha pillado *in fraganti*.

Imagino que mi cara tiene en este preciso instante un tono similar al de un tomate bien rojo.

Más me vale asumir que, ahora sí, deberíamos cantar un réquiem por una relación ya imposible de resucitar. Resulta inviable que sobreviva a la desconfianza que acaba de instalarse entre nosotros dos.

No me atrevo a decir ni una sola palabra.

Patrick me arrebata su móvil con un movimiento brusco.

—¿Cómo puedes ser capaz de hacerme esto? Después de lo de anoche, después de confesarte mis sentimientos… ¿Cómo puedes ser tan… fría?

Entiendo que lo piense, porque el cambio en la tonalidad de mi piel es la única señal de que esto me afecta de algún modo. No sé qué me pasa. No sé por qué soy así, pero lo cierto es que soy incapaz de mostrar sentimiento alguno en situaciones como estas. Es como si cubrirme de esta coraza me sirviera para afrontar las cosas de otro modo.

La mandíbula de Patrick está tan apretada que casi puedo oír sus dientes rechinar.

—No es lo que crees —digo, por fin. Según termino de pronunciar la última palabra me doy cuenta de lo falso que suena. Es lo típico que se le decide a tu pareja cuando te pilla con otro.

—¿Ah, no? Y entonces, ¿qué es? ¿Qué debería creer? Porque tengo dos teorías. Por un lado, tengo la impresión de que intentas encontrar información acerca de si he hablado algo con relación a tu situación actual. Eso lo entendería, ¿sabes? A pesar de que no

demostrases ni la menor confianza en mí como para preguntarme. El problema es que, por otro lado, estoy convencido de que intentas averiguar si, a través de mi teléfono, puedes enterarte de cómo está la investigación sobre tu padre. ¿Tengo razón?

No respondo inmediatamente. No puedo hacerlo. Tengo que sopesar mis opciones. Los ojos de Patrick se me clavan y me comunican con claridad que esto le duele profundamente.

—Tienes razón. Intentaba averiguar qué habéis descubierto hasta ahora. Me temo que no demasiado y que estáis bastante perdidos todavía. Puede que ya sepáis cómo escapó. Parece evidente que tuvieron que ayudarle, pero dar con los responsables no va a serviros para dar con su paradero, salvo que encontréis al que es la pieza clave… —Casi me voy de la lengua. No puedo arriesgarme a contarle demasiado. No hasta que decida qué es lo que quiero.

Ahora me escruta con la mirada. Es una situación curiosa. Patrick intenta hacer de poli cuando no lleva puesto más que los bóxer. Eso le resta credibilidad. A mí me resulta hasta cómico, aunque es evidente que no puedo reírme.

Tampoco tengo ganas, en realidad.

En cualquier caso, a continuación se me congela cualquier atisbo de sonrisa.

—¿Qué es lo que sabes? No sé por qué me parece que estás al tanto de algo que nosotros deberíamos conocer. Imagino que entiendes lo que eso supone. No puedes esconder información crucial y menos en este caso.

—Estás dando palos de ciego, Patrick —le digo con desafección, a pesar de que en realidad estoy bastante preocupada.

—No, me parece que no. Te conozco bastante bien, dentro de lo que es posible conocerte, Myrkur Cranston. —Juraría que ha remarcado la pronunciación de mi apellido, quizá tratando de evidenciar las implicaciones que contiene—. Y tengo la sensación de que me estás ocultando algo importante.

Capítulo 66
casos y Prioridades



Las noticias aguardaban en comisaría cuando Chrysler y Messer llegaron para iniciar una jornada más, posiblemente maratoniana otra vez. Un nuevo crimen había reemplazado el interés suscitado por los dos cadáveres descubiertos el día anterior. Se trataba de un hombre de treinta y nueve años. Según la información preliminar que recibieron, le asaltaron por detrás y le cortaron el cuello. Se desangró en pocos minutos.

No conocían muchos más detalles, debido a que acababa de ser notificado.

—¿Por qué debemos encargarnos nosotros, señor? Tenemos que investigar un doble asesinato en la zona de los suburbios —intentó argumentar Daniel ante el jefe Norton.

—Ya, ya, lo sé. Pero ahora hay que atender este caso ahora mismo —les ordenó el comisario. Su severo gesto, con el ceño fruncido, indicaba que no tenía ganas de discutir nada al respecto.

—¿No se le puede asignar a otra pareja? —preguntó Messer indignada.

—¿No le parece, detective, que, si pudiera, lo haría? Pero no, resulta que tengo a todos mis efectivos ocupados en unas cosas y otras, porque esta puñetera ciudad parece haberse vuelto loca de repente, así que he tenido que tirar de los que he considerado que podrían hacerse cargo en este instante. El caso de los homicidios de las afueras va a tener que esperar.

—No me parece bien, señor. Y siento tener que decírselo, puesto que soy consciente de que no soy quién para indicarle cómo asignar las tareas.

—Desde luego que no lo es, agente Chrysler.

El joven policía se dio cuenta de que no podía tensar demasiado la cuerda con NorNor, si no quería terminar la pelea patrullando, de nuevo, la ciudad.

Aun así, sintió que tenía que decir lo que pensaba.

—Señor, como bien sabrá, hemos encontrado a dos personas asesinadas en ese barrio y nos tememos que puedan no ser las últimas, aunque de momento no hemos hallado más. Estamos bastante seguros de que es el mismo asesino el que se encuentra detrás de ambos crímenes. No podemos dejarle que campe a sus anchas.

—Le encargaré a alguna patrulla que se pase por allí de vez en cuando, pero tenéis que llevar a cabo esto ahora. Y no hay negociación posible ni opción a réplica, así que más vale que no perdáis más el tiempo y os dirijáis hacia allí. Si no os gusta lo que os digo, siempre tenéis la opción de buscar trabajo en otro lugar.

Messer sintió que ardía por dentro. No le gustaban los jefes autoritarios y, aunque llevaba poco tiempo en Boston y no conocía todavía demasiado bien cómo funcionaban las cosas allí, lo cierto es que estuvo tentada de decir cuatro cosas bien claritas. Al final, se abstuvo, consciente de que no era la más inteligente en su situación.

En realidad, Norman Norton no solía ser un mal jefe. El problema era que, en ese preciso momento, se sentía desbordado y el estrés le impulsaba a mostrarse más directivo todavía de lo que era habitual en él. Tenía sus cosas, como todos, pero procuraba escuchar a sus subordinados y siempre trataba de que reinase el mejor clima posible en su comisaría.

Erika y Daniel se pusieron en marcha. Era una idiotez perder más tiempo en una batalla que ya estaba perdida de antemano. Nunca se sabe, quizá tuvieran suerte y ese caso lo pudieran resolver pronto y dedicarse por entero al otro. Además, si llegado el momento se abandonaba la búsqueda del famoso asesino fugado de la prisión, volvería a haber más efectivos disponibles.

El escenario del crimen se encontraba en una calle aledaña a la que se encontraba una edificación que estaban remodelando en una zona de expansión de la ciudad. Estaban introduciendo modificaciones de seguridad y sistemas energéticos más eficientes, así como equipamiento domótico en un edificio que iba a convertirse en un centro de negocios.

El cuerpo lo había encontrado el capataz cuando llegó poco después de que amaneciera. Le gustaba ser el primero en presentarse en la obra para organizar el trabajo del día y tener controlados todos los aspectos que pudieran suponer un inconveniente durante la jornada, como por ejemplo, asegurarse de que los materiales necesarios estuvieran disponibles para la tarea de los próximos días y así evitar interrupciones evitables.

Al parecer, según había comentado a los agentes que se personaron en primer lugar, se trataba de uno de los trabajadores de la empresa. Avisó a emergencias en cuanto lo descubrió y la primera patrulla tardó apenas unos minutos en llegar. Tenía la vana esperanza de que acudiesen antes de que llegasen el resto de los empleados, aunque resultaba obvio que eso no era viable.

Cuando aparecieron Chrysler y Messer, ya se encontraban en el lugar la mayoría del equipo que trabajaba en aquella empresa. Se les dijo a todos que debían estar localizables y esperar a que les entrevistasen los policías al cargo de la investigación, pues era probable que contasen con información relevante. Era de esperar, teniendo en cuenta que la víctima se hallaba tan cerca de su lugar de trabajo.

Considerando donde se encontraba el cadáver, en una calle corta y estrecha que únicamente servía para comunicar otras dos vías con mayor tránsito, era fácil imaginar que, dependiendo de la hora a la que se cometió el homicidio, lo más posible era que no hubiese testigos que presenciaran el crimen. Eso no significaba que nadie viera algo que le resultase sospechoso antes de que aconteciera aquella fatalidad.

Unos minutos después, llegó el forense. Daniel y Erika ya estaban analizando los posibles indicios dejados por el homicida. De hecho, gotas de sangre gravitacionales apuntaban a la dirección que

probablemente había tomado el asesino. Dichas gotas, desaparecían en un punto concreto, que apostaban que podía ser el sitio en el que estacionó su vehículo.

En esta ocasión, enviaron al escenario a un forense más joven que era ya un viejo conocido para muchos de los policías del distrito. Se trataba del doctor Leonard Stample.

—Buenos días, doctor Stample —dijo Erika Messer, dirigiéndose al médico, gracias a que había leído su apellido en la chaqueta que llevaba puesta. En cuanto ella y su compañero vieron que se dirigía hacia el cuerpo, fueron hacia él.

—Por favor, detective, llámeme Leonard. Si dice doctor Stample, me parece que está hablando con mi padre. Y yo todavía no soy tan mayor.

A Messer enseguida le cayó bien aquel joven. Solía ser así. A pesar de su trabajo con los muertos, Leonard demostraba gran facilidad para relacionarse con los vivos.

Chrysler ya había coincidido con él durante la última investigación en la que trabajó con la hija de Frederick Cranston.

—¿Siguen manteniendo a Myrkur en el banquillo? —preguntó Leonard a Daniel.

—Eso parece. Espero que no sea por mucho más tiempo.

—Ojalá tengas razón. Me cae bien esa chica. Y creo que vosotros dos trabajabais bien juntos, desde luego mejor que con el arrogante Patrick Baker. Sin ofender, detective Messer.

—Tranquilo. No me ofende. Llevo poco en la ciudad. De momento, estoy conociendo cómo funciona todo.

—¿No sabía que te cayese mal Baker? —preguntó con curiosidad Daniel.

—Bueno, no es santo de mi devoción. Pero centrémonos en lo que tenemos aquí —dijo cuando terminó de ajustarse el último guante—. Parece que la causa de la muerte es bastante obvia. El corte en el cuello va de izquierda a derecha, por lo que vuestro asesino tiene que ser diestro.

—Es decir, como el noventa por ciento de la población mundial —apostilló Erika.

—Siento no daros mejores noticias. La aguja que tendréis que buscar está en un pajar que tiene pinta de ser muy grande —bromeó el forense.

—¿Podrías decirnos algo relevante hasta ahora? —preguntó impaciente Chrysler.

Leonard le miró desconcertado. No entendía muy bien esa pregunta por su parte, pues era testigo de que el forense llevaba allí tan solo unos pocos minutos. No había tenido tiempo apenas de ver el cadáver.

—Bueno, por desgracia no tengo un escáner en los ojos y acabo de llegar. Así que, amigo mío, siento comunicarte que no te puedo decir más, salvo lo que ya he comentado.

—Sí, sí, claro, disculpa. Lo comprendo. Es que tenemos otro caso abierto y nos gustaría poder ir avanzando en alguno de los dos lo más deprisa posible.

—Como me estás dando pena —señaló con sorna Leonard, mientras hacía un análisis preliminar de la víctima—, te voy a dar algún dato más, pero que debéis tomar con suma cautela. Por el estado del cadáver, puede que lleve muerto entre seis y nueve horas, pues el cuerpo no está frío y, por el contrario, sí está rígido. Pero como digo, estos datos son poco fiables todavía. Por otro lado, el corte parece bastante firme. Sin embargo, me da la impresión de que la hoja con la que se hizo era dentada, puesto que la piel presenta algunas irregularidades en el borde de la herida.

Messer y Chrysler se miraron. No podía ser. Eso sería demasiada coincidencia. No obstante, no se veían con tanta frecuencia ese tipo de cortes.

Capítulo 67
Myrkur



Mi mente, a veces, hace cosas extrañas en situaciones de estrés, como esta que estoy viviendo en este preciso instante. Dentro de mi cabeza, me parece escuchar la clásica música que se pone en las películas cuando se quiere remarcar la tensión de la escena. Casi percibo con nitidez la gravedad del sonido de un violonchelo cuando sus cuerdas son rasgadas de manera árida por el arco.

Patrick está esperando que diga algo, pero lo cierto es que no tengo nada que añadir. No puedo decirle lo que sé, no puedo comprometerme de esta manera. No quiero ni imaginar las implicaciones. Además, no he decidido todavía qué debo hacer con la información de la que dispongo. No tengo claro si lo que quiero es que encierren otra vez a mi padre o, en el peor de los casos, que acabe incluso muerto si algo sale mal.

Suena mi teléfono. Me sorprende. No esperaba ninguna llamada, y menos a estas horas. Es demasiado temprano todavía. Durante unos segundos más, permanezco inmóvil, estudiando el rostro del que, hasta hace unos minutos, era mi pareja o, al menos, mi amante.

La vida cambia en cuestión de segundos.

Ahora somos dos perfectos desconocidos midiendo las reacciones del otro.

—Tengo que contestar. Puede que sea importante.

Estoy bastante segura de que debe serlo. Nadie llama a estar horas intempestivas si no lo es. El problema es que temo quién está

llamando. Puede que sea el gorila de la barba al que no le gustó que estuviera en Sharington haciendo preguntas. Me pone bastante nerviosa esa alternativa.

Puede incluso que sea mi padre.

Sin embargo, me quedo petrificada cuando miro el identificador de llamadas y veo que es el jefe Norton quien me llama. Posiblemente es una de las cosas que menos esperaba. ¿Qué puede querer ahora? Noto que se me acelera el pulso.

Respondo dándome la vuelta y alejándome de Patrick lo máximo que puedo. Ahora mismo, no me apetece ni lo más mínimo que escuche esta conversación de la que no se me ocurre el motivo que la ha propiciado.

O, tal vez, sí.

Cabe la posibilidad de que quiera comunicarme en persona las conclusiones de la investigación de Asuntos Internos. No sé si eso todavía me pone más nerviosa. ¿Debería llamar a un abogado? ¿Tendría que contactar con alguien del sindicato? Esto me pilla un poco verde. Si con Patrick las cosas estuvieran en otro punto, no dudaría en pedirle consejo.

—Siento llamarla tan temprano, agente Cranston, pero me encantaría que acudiera a comisaría esta mañana para poder hablar con usted.

Empezamos mal.

Una conversación en la que se habla de usted no augura nada bueno.

—Por supuesto, señor. Estaré allí lo antes posible.

—Perfecto. Hasta ahora entonces.

Cuelga sin darme la oportunidad de que le pregunte por el motivo, así que la incertidumbre me va a acompañar todavía durante un buen rato.

—Tengo que irme. Era NorNor. Quiere que vaya a comisaría.

A Patrick también le sorprende. Sin embargo, tengo la sensación de que sabe algo de lo que el jefe se trae entre manos. Además, no me pregunta para qué, lo que me hace intuir que conoce sus intenciones. Puede que lo que le haya sorprendido es que se ponga en contacto conmigo justo ahora.

Me dirijo hacia el dormitorio. Debo cambiarme de ropa y me gustaría darme una ducha primero. No le digo nada más a Patrick, solo espero que recoja sus cosas y se vaya. Ya no tenemos nada más de lo que hablar. El abismo se ha abierto definitivamente entre nosotros y se ha agrandado de forma insalvable.

Me costará digerirlo, pero lo haré.

Soy fuerte.

Siempre lo he sido.

—Nuestra conversación no ha terminado —me dice, cortándome el paso.

—Yo creo que sí.

Nos miramos de una forma que no hemos hecho anteriormente. Hay desconfianza y un sentimiento oscuro que nuestros ojos transmiten con claridad.

—No me dejas más opción que hablarle al jefe de mis sospechas.

—Haz lo que creas, Patrick. Pero son solo eso, sospechas sin fundamento, nada más.

Veo con claridad cómo aprieta las mandíbulas otra vez, cómo se tensan todos los músculos de su rostro. La frustración se lee con nitidez en su expresión.

—Ya conoces donde está la puerta —le digo, apartando ahora el brazo que me impide el paso.

No pienso seguir con esto.

Es hora de mirar hacia adelante.

Capítulo 68
Huir o pelear



Casi no ha pegado ojo en toda la noche. Lo poco que ha dormido, han sido sueños poblados de pesadillas, demasiado intensos y desagradables. Eran sueños oscuros, donde la sangre y la muerte se convertían en protagonistas indiscutibles del infierno que poblaba su subconsciente.

Se ha despertado de forma abrupta. Está eléctrico, absolutamente fuera de control. No pudo conseguir la mierda que necesitaba para colocarse y ahora siente una sensación que hace tiempo había olvidado. Hay una agitación dentro de él que le recuerda que su cuerpo está sediento de una sopa química que restablezca una calma artificial.

Siente picores por todo el cuerpo. Se rasca de forma frenética, a pesar de que no son reales, sino psicosomáticos, porque reflejan la alteración química de su cerebro, el deterioro causado por el consumo de drogas continuado desde hace años.

A su mente acuden una y otra vez imágenes de los sucedido la noche anterior. Ha cometido un error fatal. Debe localizar de manera urgente un arma de fuego para poder defenderse de lo que venga a continuación.

Sabe que hay un tipo peligroso, más incluso de lo que lo era Rocky, que consigue casi de todo. Tendrá que ir a verlo. Pero necesitará pasta, así que más le vale reunir todo el dinero que tenga disponible en este momento, puesto que no va a volver al curro

nunca más. Será preciso buscar otra alternativa más adelante, ya que va a necesitar efectivo, pero ahora ese es el menor de sus problemas. Lo importante en ese instante es la supervivencia.

Antes de salir, rebusca por el suelo y por cualquier rincón que se le ocurre cualquier rastro de droga. Si no recuerda mal, un día se le cayó una china cuando estaba liándose un porro. Tiene que estar por algún lado. Revuelve todo, levanta las alfombras mugrientas, quita los cojines de los sillones y del sofá hasta dejarlos en el esqueleto… De forma casi increíble, acaba dando con ella y se lía un canuto de hachís. No tarda demasiado en notar sus efectos. Necesitaba esa relajación que trae consigo cada inhalación y nota que su ánimo se expande. El problema vendrá cuando lleguen el enlentecimiento mental y la somnolencia, especialmente si está al volante. No solo pondrá su vida en peligro, sino la de todos aquellos que se crucen en su camino.

Se va con lo puesto. Ni siquiera se ha cambiado de ropa. Allá donde se dirija, llamarán la atención las manchas de sangre. Si llega a su destino, tampoco será importante. Allí no habrá gente. Pero no puede pensar en eso ahora. Una única idea coloniza su mente.

Conseguir lo que necesita.

Una pipa para poder defenderse cuando vayan a por él.

Por las horas que son, es poco probable que encuentre al tipo que necesita. De todos modos, en cuanto esté por la zona y pregunté por él, sus esbirros le pondrán al corriente y será cuestión de tiempo que se vean cara a cara. No obstante, corre un gran riesgo. Su estado mental levantará todas las alarmas y hay altas posibilidades de que el desenlace sea fatal.

A pesar de algún que otro percance en la carretera, llega de una pieza a su destino. Aparca de cualquier manera su furgoneta y deja la puerta del conductor abierta, porque ni siquiera recuerda cerrarla.

No tardan en llegarle las noticias a " El Jefe". Hay un tío con mal aspecto que está en el barrio. Va vociferando que lo busca y que necesita un arma. Les encomienda que vayan a por él. No quiere problemas. No le interesa llamar la atención de la policía. Harán lo que sea necesario para quitar de en medio el inconveniente.

Pocos minutos después, un par de jóvenes van a por él y no tardan en neutralizarlo. Cargan con él y le llevan en presencia de "El Jefe".

Será quien decida que hacer con él.

Capítulo 69
Myrkur



La situación tan tensa me ha dejado una sensación desagradable de la que no logro desasirme. Me he duchado con agua fría con el único fin de reiniciar mis terminaciones nerviosas, como si necesitara que borraran sus últimas percepciones. Qué rápido pueden cambiar las cosas. A veces, solo son necesarias unas pocas palabras para destruir algo hasta los cimientos.

Ahora no puedo permitirme pensar en Patrick ni en lo sucedido, lo que no significa que me olvide de sus sospechas. Debo andarme con más cuidado todavía. Tengo la impresión de que, en este preciso instante, hay demasiados ojos puestos en mí.

No obstante, la prioridad número uno, justo ahora, es la razón para la que el jefe Norton me ha convocado. No quiero ser agorera ni dejarme llevar por oscuros presagios, pero me sorprendería que fuera para algo bueno. Yo no suelo tener tanta fortuna. Pero nunca se sabe. Dicen que no hay que perder la esperanza y no voy a cerrarme a la posibilidad de que mi suerte empiece a cambiar.

Cuando entro en la comisaría, siento las miradas clavándose en mí. Algunos me saludan cordiales, pero nadie se atreve a preguntarme por lo sucedido. Miro alrededor tratando de localizar a Daniel, pero no se encuentra aquí. Es una verdadera lástima. Sería agradable saber que hay alguien de mi equipo apoyándome por lo que pueda pasar. Él, desde luego, me ha demostrado en muy poco

tiempo que es una persona de la que me puedo fiar. Creo que con Chrysler el instinto no me falla.

Llamo a la puerta del jefe. Ya me ha visto llegar, pues su despacho, el cual recuerda a una urna de cristal, tiene una perfecta panorámica de gran parte de la comisaría. Respiro hondo y abro en cuanto me hace una señal con la mano para permitirme estar en su reino. No sé si acabaré en los salones del castillo o en las temibles mazmorras. Sea lo que sea, estoy deseando saberlo. Nada agota tanto como la incertidumbre, ese terreno baldío lleno de trampas que no puedes controlar.

—Le agradezco que haya venido tan pronto, agente Cranston.

—No hay nada que agradecer, señor. Más bien es al contrario —respondo haciéndole un poco la pelota. Puede que no sirva de nada, pero si llega el momento, ya me resarciré por ello.

Es broma.

No soy tan idiota.

Y menos con el jefe de policía.

—Imagino que lo primero que habrá pensado es que los de Asuntos Internos ya han emitido sus conclusiones.

—No voy a negárselo, señor. Es lo que he considerado. No se me ocurre otro motivo.

En realidad, estoy mintiendo, puesto que también temo que pueda haberlo llamado la doctora Park y le haya dicho cosas poco halagüeñas sobre mi evaluación.

Como decía, hay demasiados ojos puestos sobre mí.

—Bien, ya imaginará que ese tipo de investigaciones son bastante largas y tediosas. He conocido a polis que se han pasado en el dique seco cerca de un año hasta que se ha emitido una resolución definitiva. Usted es demasiado joven para haberlo visto, pero yo ya soy perro viejo.

Me limito a mirarle, intentando que mi rostro no refleje el miedo que se ha expandido por mi cuerpo. ¿En serio puedo tener que esperar hasta un año para que me digan qué puedo plantearme en el futuro? No puedo decir nada. Me muerdo la lengua no vaya a echar todo a perder y la decisión la tomen finalmente antes de que acabe el día.

—Resulta que ahora mismo tengo varios problemas en la comisaría y, entre otros, uno es que andamos cortos de efectivos. Seguro que ya conoce uno de los principales motivos.

Asiento. Claro que sí. Se está refiriendo al operativo de búsqueda que está en marcha para localizar a mi padre. No pueden mantenerlo mucho más tiempo en activo. Es posible que, en cuanto decidan que ya se han consumido excesivos recursos, dejarán únicamente encargados a Radler y a Patrick, cosa que me da que no le va a gustar. Creo que esa investigación precisamente es la que le está amargando más el carácter. Será por la frustración de ver que, aunque dediquen horas y horas a seguirle el rastro, no están más cerca de atraparlo.

—Me hago una idea, señor —comento complaciente, tratando de mostrarme comprensiva con él. Casi se me ocurre decirle que siento mucho las molestias que mi padre le está causando, pero seguro que no sonaría ni sincero ni honesto.

Porque no sería ni lo uno ni lo otro.

—La cuestión es que estoy negociando con los de Asuntos Internos su caso. Por una parte, les he pedido que agilicen al máximo su investigación. No podemos permitirnos prescindir de agentes. Y comprendo que lo sucedido en la última investigación, agente Cranston, merece un análisis minucioso y pesquisas rigurosas, pero ahora mismo estamos en cuadro y últimamente nos crecen los enanos. De hecho, en los últimos días han aparecido tres víctimas con evidentes signos de haber sido asesinadas. He tenido que asignarlas a la misma pareja de policías porque no me ha quedado otra.

—Lo comprendo, señor, pero no hay nada que yo pueda hacer.

—Para empezar, le agradecería que no volviera a meternos en este lío. Entiendo que las cosas se pusieron feas y que tuvo que defenderse, pero sobraban, al menos, veintiséis puñaladas —me dice sin ningún pudor. Al principio de la frase, pensaba que estaba usando el sarcasmo, pero es evidente que no. Ya sé que tiene razón y no se la voy a quitar, pero suena un poco fuerte que te diga esto el jefe de policía del distrito. Me hace sentir como una criminal.

Tal vez lo sea.

Más me vale dar un buena imagen.

Debo mostrarme compungida y arrepentida.

—Yo… De veras que me pongo en su lugar, señor. Es evidente que no es fácil entender lo que me sucedió. Ni yo misma lo hago. Fue una situación de gran tensión. Estaba aterrorizada y supongo que la adrenalina hizo el resto. Sentí que no podía parar.

Me mira con el ceño fruncido, sospecho que valorando si esto es solo una actuación o verdaderamente siento lo sucedido.

—Bueno, lo mejor será dejar esto atrás cuanto antes. Por suerte, parece que, por la información que me ha llegado extraoficialmente, es probable que den el visto bueno a su incorporación, aunque esta será parcial, para hacer labores de oficina principalmente. La Doctora Parker, de hecho, cree que podría volver a su puesto, siempre y cuando, acuda semanalmente a su consulta para hacer un seguimiento durante un plazo, como mínimo, de seis meses. Después de lo sucedido, me parece más que justo.

Emociones encontradas se arremolinan dentro de mí. Por un lado, siento agradecimiento al hecho de que haya intercedido a mi favor. Sin embargo, aprecio detrás un interés espurio. Creo que, una vez más, quieren usarme de cobaya para sus estudios.

O para algo más.

Capítulo 70
Enfrentamiento y asesinato



La policía no tarda en recabar información interesante respecto al reciente asesinato del hombre de treinta y nueve años al que todos conocen como Don. Su nombre completo es Donald Joseph Banner. Es uno de los más antiguos en la empresa y, según perciben Erika Messer y Daniel Chrysler, parece que es un tipo muy respetado entre el resto de la cuadrilla.

No obstante, alguno también comenta que Don era un hombre con carácter fuerte y no convenía meterse con él. Venía a ser algo así como el típico macho alfa que saca pecho en situaciones de enfrentamiento. Le gustaba remarcar, además, su aparente situación de superioridad, como si de un gallo de corral se tratase.

Los compañeros de trabajo recalcan que la relación con otro trabajador de la empresa era bastante conflictiva. Señalan, además, que el otro es un tipo más bien raro y están seguros de que fuma algún tipo de sustancia a menudo. Siempre les ha parecido que tenía problemas mentales. Se mostraba de manera habitual inestable y era frecuente verle hablar solo.

—Bueno, pues es un indicio que no podemos obviar —le dice Erika a su compañero cuando terminan de hablar con uno de ellos.

—Desde luego que no. Puede que no sea el responsable, pero es el primer sospechoso que debemos investigar. Estoy seguro de que estaba deseando ponerle en su sitio. A nadie le gusta ser vapuleado

delante de los otros, por mucho que no sepa defenderse. Seguro que en su fuero interno anidaban sentimientos de venganza.

—Te ha quedado muy poético, agente Chrysler. Por un segundo he dudado si estaba trabajando con un poli al uso o con un afamado poeta. «Anidaban sentimientos de venganza» —repitió con gesto teatral. Al instante, comenzó a reírse.

—Muy graciosa, Erika —respondió Daniel, sonriendo también—. No negaré que me ha quedado ridículo.

—Por no decir pedante —añadió la detective.

—Cierto. Creo que pedante es la palabra correcta —concluyó guiñando un ojo.

—Es broma, claro. Venga va, será mejor que hablemos con el capataz y nos diga quién es para poder hablar con él en cuanto se presente a trabajar hoy.

—Si es que tenemos esa suerte, porque si fuera el responsable, lo normal es que haya puesto tierra de por medio.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos.

Ambos se dirigieron hacia la caseta en la que estaba instalada una pequeña oficina destinada principalmente a labores administrativas. Albergaba una maqueta detallada del proyecto de rehabilitación que estaban ejecutando. Desde luego, tenía pinta de ser una obra de gran envergadura y calado.

Daniel consultó sus pequeña libreta antes de entrar, Comprobó que había registrado las diferentes anotaciones que hizo mientras hablaban con los distintos trabajadores. Quería tener fresca la información en su cabeza para poderla cruzar con la nueva que le ofreciesen a continuación.

—El susodicho se llama Mickey, pero ninguno me ha sabido dar el apellido. No se relaciona demasiado con los compañeros —comentó el policía.

—Da la impresión de que es un solitario —concluyó la detective.

—Sí, eso pienso yo también. De hecho, dicen que viene a currar y va a lo suyo, salvo por lo que hemos comentado de que el fallecido solía darle bastante caña.

—Confiemos en que acuda pronto al trabajo esta mañana y podamos hablar con él. Alguno me ha comentado que, cuando se

preparaba para irse a casa, ellos dos aún seguían aquí. Pero todavía no podemos estar seguros de que fueran los últimos en irse. Tal vez había alguien en alguna de las casetas que usan como vestuarios, por poner un ejemplo.

—Puede que, al final, resulte que el tal Mickey incluso viera algo que nos resulte de utilidad.

Finalmente, ya en la oficina de administración, les facilitaron todos los datos relevantes para que pudieran hablar con él si es que no hacía acto de presencia aquel día. En cuanto al responsable de la obra, le preguntaron si estaba al tanto de las fricciones existentes entre sus dos empleados.

—Lo cierto es que Don me dijo alguna vez que Mickey no estaba a la altura del trabajo, pero no era esa mi percepción. Si bien no puedo negar que es un tipo extraño, acude regularmente y cumple con lo que se le encomienda. Tampoco es que este trabajo exija mucho más. Con esto me refiero a que no hace tareas de arquitectura precisamente, sino otras más básicas.

—¿En alguna ocasión percibió en él alguna conducta extraña o desajustada? —indagó Erika con el objetivo de contrastar la información que le habían dado otros empleados.

—Bueno, era evidente que no estaba cien por cien en sus cabales. A veces, daba la impresión de que hablaba solo, pero, para ser justos, nunca ha tenido un altercado con ningún compañero mi hemos tenido que darle ningún toque de atención. No tengo ninguna queja al respecto y tampoco creo que se merezca que hable mal de él. Además, no sé si me entienden, pero tengo la impresión de que la vida no le trata demasiado bien. Hay que ser un poco comprensivos. Si cumple con lo que se le encomienda, ¿por qué privarle de su derecho a trabajar?

Ambos policías asintieron. Estaban de acuerdo con esa observación. Todo el mundo tiene derecho a que le den una oportunidad. No conocemos las historias personales ajenas como para estar en disposición de juzgar. Cada uno hace con su vida lo que puede con las cartas que le han tocado.

—Nos han dicho en la oficina que no ha llegado todavía —afirmó Daniel, con la esperanza de que aquello hubiera cambiado.

—Sí. Y la verdad es que me sorprende, porque suele ser bastante puntual.

—En cuanto llegue, le agradeceríamos que nos lo hiciera saber para conversar con él. Puede ser de mucha utilidad para la investigación si, tal y como afirman algunos de sus trabajadores, fue probablemente el último en irse de aquí anoche. Es posible que sea la última persona que viera con vida al señor Banner.

—Sí, sí, por descontado. No duden en que se lo haré saber. Lo que sea con tal de ayudar a que esto se resuelva lo antes posible.

Capítulo 71
Frederick



Karen es una mujer desconfiada. Quizá lo justo sería decir que lo es porque la vida la ha hecho así. Comprendo que, cuando la abordó Willy Ram, ella no se fiara del todo de lo que este le decía. Podía pensar que era una trampa, lo cual no era algo disparatado. Por eso, necesitaba que me viera, aunque tan solo fuera un instante, para que tuviera claro que podía creerse lo que le decía aquel tipo que acababa de abordarla.

Ahora toca prepararse y dar los siguientes pasos para irnos lejos de aquí. Hay que coordinar muchas cosas y a distintas personas, lo que siempre entraña un riesgo añadido, pues no sabes hasta qué punto alguien puede jugártela.

Myrkur sigue siendo la gran incógnita. Hay momentos en los que tengo claro que no puedo dejar atrás a mi hija. Lo más probable es que pensara que la hemos abandonado a su suerte. Debo darle la opción de elegir. Creo que es lo más justo para ella.

Sin embargo, en otros instantes me asalta el temor de que hacer justo eso sea el peor error que puedo cometer. Si me equivoco con ella, si decide hacer lo correcto de acuerdo con los valores que le impone la sociedad, lo menos malo que me pasaría es que volviera a la cárcel, aunque sospecho que, más de uno, aprovecharía la mínima circunstancia que pudiera justificar quitarme de en medio pues, obviamente, jamás abandonaría este mundo sin luchar primero.

Una opción alternativa sería contactar con ella más adelante, cuando nos encontremos a salvo y ya haya pasado el tiempo suficiente para que la búsqueda no sea tan intensa y nos resulte más fácil comunicarnos con ella. El principal problema que tiene este plan es que, mientras llegase el momento, Myrkur nuevamente sentiría que, tanto su madre como su padre, la han dejado atrás, reavivando el despecho anidado dentro de ella desde que salí de su vida hace ya tantos años.

Mientras estuve en la cárcel, era un tema recurrente en las conversaciones entre mi mujer y yo, ya fueran estas cara a cara o a través de cartas cifradas con nombres en clave. Mi hija estaba enfadada conmigo porque, en su mente de niña, sentía que su padre le había abandonado y no podía perdonármelo. Tanto es así, que ha pasado más de una década hasta que hemos retomado el contacto, y no fue algo voluntario precisamente.

Supongo que tendré que seguir valorando qué hacer hasta el último instante. Por si acaso, la documentación que he solicitado es para los tres. Contaremos cada uno con tres pasaportes de distintas nacionalidades, por lo que pueda pasar. Ojalá solo necesitemos utilizar uno de ellos. Si no fuera así, será porque las cosas no han salido según lo estipulado y habrá que tomar decisiones, algunas de ellas puede que drásticas.

Si Myrkur finalmente no nos acompañase, le dejaría a alguien de plena confianza su documentación lista para cuando estuviera dispuesta a venir o por si la necesitase en el futuro. Después de cómo acabó la última investigación en la que participó y teniendo en cuenta su situación actual, no me sorprendería que, antes o después, necesitara salir del país deprisa y corriendo.

El plan que tengo previsto es tomar un avión privado en Boston y dirigirnos a Nasáu, en Las Bahamas. Una vez allí, tomaremos otro vuelo que nos llevará a Lima, en Perú. Allí cogeremos un vuelo comercial hasta las Islas Maldivas. Según nos vayan las cosas allí, consideraremos instalarnos de forma definitiva o movernos una vez más, en esta ocasión a Nueva Zelanda.

Las Islas Maldivas suena muy bien, pero quizás demasiado relajante. Creo que se me quedaría pequeño en poco tiempo. En

cualquier caso, tengo en marcha unas posibles inversiones allí que nos ayudarían a instalarnos y adquirir cierto estatus desde el principio, pero sin llamar demasiado la atención.

En el caso de que, al final, debamos ir a Nueva Zelanda, me he decantado por la isla sur. Invercargill sería la opción perfecta, por todo lo que he estudiado estos años. Está muy al sur y tiene un aeropuerto cerca, lo que sería muy útil en el supuesto de que algo volviese a torcerse.

Pero no tiene por qué.

Cuando las cosas están bien planificadas, solo hay que ceñirse de manera sistemática a lo estipulado.

Capítulo 72
Busca y encuentra



Avanzaba el día y no había señales del hombre por el que estaban esperando para hablar con él. Resultaba de lo más extraño y los policías comenzaron a considerar la posibilidad de que también hubiera podido pasarle algo.

O de que estuviera implicado de alguna manera.

Al finalizar la jornada, decidieron acercarse a la dirección que les facilitaron en la oficina de administración de la empresa. El piso estaba situado en una zona de viviendas antiguas. Pertenecían a uno de los clásicos planes en los que construcciones de baja calidad se ofrecían a precios asequibles para personas de la clase trabajadora que no pudiesen permitirse nada mejor.

Con los años, la población del barrio se había ido transformando paulatinamente y, aunque seguían siendo viviendas de bajo coste económico, ahora estaban principalmente ocupadas por inmigrantes y personas de bajos recursos. El estado de los edificios era bastante malo, por no decir deplorable.

Cuando por fin localizaron el bloque de viviendas en los que supuestamente residía Mickey Odell, tal y como se apellidaba el susodicho, llamaron al portero automático con la vana esperanza de que alguien les contestara. Después de varios intentos, un hombre salió del portal y se acercó a ellos con cara de pocos amigos.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó.

—Buenas tardes.

—Casi noches, querrá decir —gruñó.

Era cierto que ya había caído tanto la luz, que el día se debatía en ese fino límite que divide tarde y noche.

—Pues buenas noches —respondió Erika Messer con exasperación. Estaba agotada, debido a las dos últimas jornadas interminables como para perder el tiempo debatiendo entre si debía referirse a ese momento del día como una cosa o la otra—. Estamos buscando a un vecino de este bloque. Se llama Mickey Odell.

El hombre frunció el ceño, aunque no tenían muy claro si debido a que le molestaba que estuvieran allí o porque no le hiciera gracia que preguntaran por esa persona en concreto.

—No le he visto en todo el día. Y tampoco he visto su camioneta, así que me temo que no se encuentra en casa. ¿Qué es lo que ha hecho?

—No le podemos dar información al respecto, señor.

—Muy bien. Como ustedes quieran. Entonces yo tampoco puedo abrirles su piso, a pesar de que sea su casero y tenga las llaves aquí mismo —respondió con el gesto torcido mientras les mostraba tentador el manojo del que disponía. El tintineo del metal entrechocando resultaba una provocación adicional.

Era pura contradicción. Por un lado, se ofrecía a ayudarles y, por otro, justo se oponía a hacerlo. Estaba bastante claro que le podía la curiosidad de saber qué había pasado y qué motivos habían llevado a la policía a personarse allí.

No obstante, tanto Chrysler como Messer sabían que, por mucho que fuera el casero, no tenía derecho a abrirles la casa. Era ilegal hacerlo sin el permiso explícito del inquilino o, en su defecto, sin la orden de un juez. A pesar de ello, tácitamente decidieron no hacer lo debido, que era rechazar su oferta. Ambos consideraban que había una prioridad que no podían ni debían soslayar.

Confiaban en que, más adelante, no les explotase en la cara esta decisión.

Chrysler tiró de sus habilidades sociales para tratar de hacerle cambiar de opinión sin revelar nada que pudiera comprometer su investigación.

—Disculpe, señor… Me parece que no nos ha dicho su nombre, ¿verdad? —preguntó, mirando alternativamente al casero y a su compañera.

—Jona. Con eso les vale.

—Muy bien, Jona. Entonces supongo que no le importará que le tutee. Se me hace raro llamarle por su nombre de pila y dirigirme de usted —señaló, con una sonrisa encantadora.

Erika le miraba embobada, pensando que aquel joven que no le había impresionado hasta el momento en ningún aspecto, tenía unas considerables habilidades para manipular a la gente.

—Haga lo que quiera —respondió el otro todavía con expresión severa.

—Muy bien. Mi nombre es Daniel, por cierto. Puedes llamarme Dan, Jona. Y el de mi compañera es Erika —dijo señalando a esta, la cual esbozó una débil sonrisa.

—No tengo toda la tarde, ¿sabe?

—Ya me imagino que tienes que ser un hombre muy ocupado, Jona. Nosotros tampoco queremos perder más tiempo. Verás, lo que pasa es que tenemos motivos para creer que podría haberle sucedido algo al señor Odell. No ha ido hoy a trabajar y su jefe está preocupado, porque no es propio de él. No contesta al teléfono ni tampoco cuando hemos llamado en su piso. Comprenderá que necesitamos acceder a su vivienda. Si le ha sucedido algo, puede que todavía estemos a tiempo de ayudarle, así que se imaginará lo importante que puede ser que nos abra esa puerta.

Estaba jugando a implicarle de forma casi heroica. Él podía ser la clave para incluso salvarle la vida al hombre que la policía había ido a buscar.

Jona cambio de expresión. Por una parte, estaba satisfecho por haberle sacado información a la pasma. Por otro, a nadie le viene mal que le den un poco de jabón y le haga sentir que tiene un propósito en la vida.

—Está bien. Les abriré la casa, pero solo pueden estar dentro unos minutos. Y por supuesto, si no está él como creen, más les vale no tocar nada.

Messer estaba tentada de decirle cuatro cosas, puesto que solo faltaba que aquel hombre les dijese cómo debían hacer su trabajo. No obstante, era consciente de que no era ni oportuno ni inteligente, así que respiró hondo hasta que notó que lograba bajar sus pulsaciones, las cuales se le habían disparado debido al acceso de mala leche que aquello le provocaba.

—Muchísimas gracias, Jona. Y descuida, seremos un par de espíritus ahí dentro. Nadie sabrá que hemos estado aquí, salvo que sea estrictamente necesario —respondió Daniel, guiñándole un ojo cómplice y dándole un par de palmaditas en la espalda como si fuera un colega.

Erika puso los ojos en blanco. Ella era incapaz de hacer algo así. Era bastante estricta en lo profesional y le gustaba marcar las distancias. Sin embargo, reconocía que esa habilidad de Chrysler les había facilitado su labor ese día.

Se adentraron en el piso con la intención de tardar solo unos segundos, salvo que Mickey Odell se encontrase allí dentro. Sin embargo, lo que vieron les obligó a hacer algunas llamadas.

Tendrían que estar allí todavía un buen rato.

Capítulo 73
Myrkur



No me fío. Me resulta bastante sospechoso que, de buenas a primeras y en tan poco tiempo, me dejen reincorporarme a mi puesto. Cuando un policía está bajo investigación porque alguien ha resultado herido o muerto, es algo que causa mucho revuelo y se cuidan mucho de que la opinión pública no crea que se ha hecho a la ligera. Es *vox populis* que no suele ser algo que se resuelve en poco tiempo, salvo que las circunstancias sean tan evidentes que no hay forma de alargar el proceso. Es más, en mi caso, todavía no hay un informe definitivo de Asuntos Internos, ni siquiera parecen haber finalizado las pesquisas. Por otro lado, la doctora Park quiere que siga visitándola con regularidad, aunque sea solo por mantener las apariencias o justificar su minuta, puesto que ella ha sabido ver bien dentro de mí.

¿Por qué tiene entonces NorNor tanto interés en que me reincorpore?

Es cierto que es justo lo que yo quería, porque esta inactividad me devora, pero me huele a que aquí hay algo bastante raro. Y por supuesto, no hace falta ser una lumbreras para darse cuenta de que tiene que ver con la fuga de mi padre.

Al final, su sombra planea una y otra vez sobre mí.

Tengo la impresión de que, el día que no lo haga, me achicharraré bajo el sol.

Sospecho que, de algún modo retorcido, considera que puedo ser útil. No es la primera vez que desde esta misma comisaría se planea utilizarme como medio de acercamiento a él. De hecho, esa es la forma a través de la cual Patrick llegó a mi vida. Se trasladó a Salem fingiendo haber pedido ese destino para huir del trajín y el estrés que suponía ser detective en la gran ciudad, pero lo cierto era que solo quería entablar relación conmigo y sacarme información. Su objetivo final era usarme como medio para comunicarse con mi padre, ya que este se negaba a hablar con cualquier policía.

Lo que está claro es que, después de lo de esta mañana, esa estrategia está descartada, porque desde luego no pienso trabajar con Patrick nunca más.

Si lo pienso fríamente, no sé cómo pude olvidar todos sus engaños y acabar enredada en una relación romántica con él. ¿Cómo pude enamorarme? ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Al final, todo se resume en un fracaso tras otro en mis relaciones personales. Puede que, en el fondo, siempre haya tenido razón en que estoy condenada al ostracismo y a una vida de soledad. Si reflexiono un poco más, me doy cuenta de que, desde que trabajo como policía, solo he recibido un varapalo tras otro. Empiezo a pensar incluso que hasta Daniel y Leonard me han tratado bien para sacar algo a cambio y que su amistad en ningún momento ha sido sincera.

Soy como un pez fuera del agua, algo que Aron Rubicon no dudó en recordarme siempre que podía con una crueldad implacable.

¿Qué hago aquí?

¿Qué demonios pinto entre las fuerzas de la ley, cuando estas no hacen más que tratarme como si fuera una delincuente a la que perseguir?

Puede que esté llevando las cosas al límite. Esto también es propio de mí. No se me da bien quedarme en el término medio. Soy una persona de extremos.

Yin y yan.

Blanco o negro.

No hay gama de grises en mi vida, no hay estaciones intermedias, solo puntos de salida y de llegada. Elegí ser policía para intentar

compensar todo el mal que hizo mi padre. Quería hacer algo bueno con mi vida, demostrarle al mundo que no soy como él.

Pero no me han dejado.

No han cesado de recordarme que soy sangre de su sangre. Tal vez sea hora de regresar a donde me valoran por ser cómo y quién soy.

Mientras tanto, estaré alerta y con la guardia alta.

Quizá pueda sacar provecho, al fin y al cabo.

Capítulo 74
Sorpresa y Desastre



Cuando no estás preparado para lo que vas a encontrar, la sorpresa se torna incluso mayor. Cuando Jona, el casero del edificio, abrió la puerta a los dos policías, los tres se quedaron estupefactos. A pesar de la impresión que les dio el casero en un primer momento, en cuanto a que no tenían muy claro que respetase la intimidad de sus inquilinos, quedó bastante claro que no se esperaba lo que sus ojos presenciaban.

—¡Virgen santísima! —exclamó horrorizado.

No solo era el desorden, el hedor y la suciedad, sino que había rastros de sangre en ropas tiradas por el suelo, lo que llevaba a pensar que pudiera haber ocurrido algo terrible en ese piso. Si pertenecían a Mickey Odell, era probable que estuviera en muy malas condiciones, si no muerto.

Erika Messer le pidió a Jona que esperase fuera. Debían asegurar la vivienda y comprobar que no hubiera nadie dentro. Podía suceder cualquier cosa. Después de observar lo que tenían delante, bien podían encontrar a alguna persona viva.

O muerta.

—Mejor será que llame para pedir refuerzos —sugirió Chrysler en voz baja.

No solo refuerzos, sino que necesitarían también la presencia de la policía judicial y de la científica. Estos últimos se iban a dar todo un festín, puesto que rastros era precisamente lo que iban a encontrar

por miles. Se les hacía difícil imaginar cuántas muestras tendrían que tomar.

Una vez colgó el joven policía, este se dispuso a seguir a su compañera al interior de la vivienda. Había ropa tirada por el suelo y encima de los muebles. También encontraron botellines de cerveza encima de las mesas de la habitación que debía servir como sala de estar, la cual estaba unida a la cocina.

En esa primera instancia no había rastro de ninguna persona, ni viva ni muerta. Habría que puntualizar que por suerte, considerando ese segundo supuesto. Se dirigieron ahora hacia el dormitorio y el baño. La cama estaba desecha y revuelta. Las sábanas dejaban al descubierto el colchón, como invitando a pensar que alguien había pasado una noche inquieta y agitada. Una mancha oscura alertaba de que posiblemente era sangre seca lo que cubría parte de las sábanas y del colchón.

Erika se adelantó y se encaminó hacia el baño, el cual estaba contiguo al dormitorio. Había pisadas sanguinolentas en aquellas baldosas que, en algún momento de su historia, pudieron estar dentro de la gama de los blancos, aunque era bastante difícil determinar qué tono preciso era. En el lavabo y la bañera, también había rastros clarísimos de sangre, como si alguien se hubiera lavado pero no se preocupase después de limpiar los sanitarios para eliminar los restos que pudiesen resultar sospechosos.

—Me resulta difícil imaginar cómo alguien con este nivel de desorganización es capaz de ir a trabajar cada día —comentó con asombro Daniel, mientras se acercaba a ella, después de comprobar que el dormitorio también estaba vacío. El policía guardó su arma en la cartuchera, una vez se aseguró de que no había nadie más en el interior de la vivienda.

—No lo sé. Está claro que este hombre no está bien.

—Para empezar, resulta bastante obvio que tiene un problema con las drogas. El piso huele a hierba, entre otras muchas cosas, claro —observó, haciendo referencia a la desagradable mezcla de olores que se percibía—. Y no solo eso, he encontrado restos de canutos aquí y allá. Así que las sospechas de sus compañeros acaban de confirmarse.

—¿Cuánto tiempo tardarán en llegar las unidades de apoyo? —preguntó Erika con el gesto contrariado. No esperaban encontrarse algo así. En ese piso había para muchas horas de trabajo. El problema era que tendrían que justificar bien el motivo para estar dentro sin una orden. No obstante, confiaba en que pudiesen argumentar que temían por la vida del inquilino y, por ello, habían solicitado al casero que les abriese la puerta.

—No creo que mucho. Les he dicho que era urgente. Ya sabes, en función del tráfico, de los agentes que estén libres y de dónde se encuentren antes del aviso, el tiempo puede variar de forma considerable.

La detective seguía concentrada mirando a su alrededor, buscando algo que destacase por encima de lo demás como posible prueba.

—Bien. Quiero ver la cocina. Hemos pasado casi de largo por ella cuando hemos entrado. Deberíamos comprobar si falta algún cuchillo —sugirió, al tiempo que sacaba de uno de sus bolsillos unos guantes de látex.

—¿Y crees que nos daremos cuenta? ¿Acaso no has visto el nivel de desorden que hay en esta casa? —señaló Daniel, girando sobre sí mismo con el brazo extendido para enfatizar sus palabras.

—Bueno, teniendo en cuenta lo descuidado que es este tipo, no me sorprendería encontrar algo incriminatorio allí, igual que hemos hallado en el baño restos de sangre y ropa esparcida con manchas que también evidencian una hemorragia.

—Pero no sabemos todavía si la sangre es suya o pertenece a la víctima. Puede que incluso ni siquiera sea humana. No podemos sacar conclusiones de manera precipitada.

—Y no lo hago. Solo barajo una hipótesis.

Daniel imitó a su compañera y se ajustó también unos guantes de látex. Era una buena costumbre que cualquier policía que investigara un crimen de sangre llevase siempre un par a mano por lo que pudieran encontrarse, al igual que una linterna pequeña para aquellos lugares más oscuros e inaccesibles.

En la encimera, había envases con restos de comida para llevar y una cafetera cuya jarra tenía café requemado. En el fregadero, había

platos y vasos sucios de varias jornadas. La cocina era una extensión más del desastre que asolaba al resto de la casa.

Abrieron muebles y cajones con la esperanza de hallar algo relevante que les indicara el camino a seguir en la investigación. Era un batiburrillo de cosas. Tan pronto encontraban una cazuela junto a una taza, como envases de cereales en cualquier parte junto a cubiertos o cualquier utensilio. Adivinar si faltaba algo en esa casa era bastante complejo teniendo en cuenta el caos generalizado que reinaba allí.

Abrieron el armario que había debajo del fregadero. El olor de la basura inundó sus fosas nasales. Debía llevar allí varios días. Daniel se atrevió a sacar el cubo y cogiendo aire antes de nada, se dispuso a revolver dentro por si aparecía algún indicio que les hablara de la actividad de los últimos días de Mickey Odell.

De pronto, algo llamó la atención de la agente Messer.

Capítulo 75
Patrick



No esperaba que las cosas acabaran yendo por estos derroteros. Estoy tan decepcionado… No imaginaba que todo terminaría así entre nosotros. Nunca creí que, al final, seríamos casi enemigos, enfrentados de una forma tan frontal, como si formáramos parte de bandos opuestos, cuando se suponía que caminábamos juntos con los mismos objetivos hasta hace nada. Lo cierto, y lo triste también, es que no lo vi venir, por mucho que nuestra relación haya sido extraña desde el principio, independientemente de todos los altibajos por los que hemos pasado.

Siento un vacío terrible dentro de mí, muy diferente de cualquier sentimiento que haya experimentado en el pasado. Y a pesar del dolor de la más que evidente ruptura de nuestra relación, todavía me hiere más que sea capaz de engañarme así y ocultarme información relevante relacionada con el paradero de su padre.

Me ha mentido.

Sabe algo importante que no quiere compartir.

Puedo entender el dilema en el que se encuentra. Es su familia y también es un peligroso asesino. Es el hombre que la crió y la colmó de afecto, pero también es un hombre despiadado y cruel que ha sometido a inimaginables horrores a otros seres humanos.

¿Qué haría yo en su lugar si supiera dónde se encuentra?

Quiero pensar que lo correcto, por duro que me resultase. Quiero creer que yo sería capaz de discernir dónde se encuentra la línea

que delimita lo que está bien de lo que no. Quiero convencerme de que sabría establecer las prioridades en función de un criterio de justicia y ecuanimidad, porque hay ciertas cosas que están por encima de lo demás. Estaría decidido a que mi padre pagase por sus pecados, en especial si los hubiera cometido en pleno uso de sus facultades y a sabiendas, tal y como es el caso de Frederick Cranston. Alguien que, por otra parte, no muestra ni el menor arrepentimiento por los crímenes cometidos.

Ya no tengo nada que perder. Ahora, lo quiera o no, me encuentro en esa situación en la que ya solo me queda un objetivo en el que poner todas mis fuerzas. Tengo que encontrar a Cranston, porque no hacerlo sería un terrible fracaso como policía. Ahora que intuyo que Myrkur puede estar al tanto de su paradero, solo tengo que seguirla y dejar que me conduzca hasta él. Debo hacerlo con sumo sigilo y cuidado, puesto que no me sorprendería que ella se espere que haga algo así.

Hoy la ha llamado el jefe Norton. Me imaginé que, si no obteníamos resultados pronto tal y como él esperaba, haría uso de esa estrategia que a mí me parecía absurda y que le discutí abiertamente. Provocar que la readmitan como trampa para ayudarnos a llegar hasta Frederick Cranston no es lo acertado. Estoy convencido de que ella se va a oler algo. En ese caso, ya no nos servirá para nada, puesto que puede hacer justo lo contrario y alejarnos precisamente de nuestro cometido. No descarto que comparta con él cualquier avance para alertarle.

No quiero contarle nada de esto a Radler, y por su puesto, mucho menos al resto del equipo hasta que tenga mayores certezas. Hay compañeros que están colaborando solo de manera puntual. Obviamente, esos no necesitan en absoluto estar al corriente de este tipo de cosas, mientras no les pongan en peligro. Sin embargo, no puedo llevar a cabo una vigilancia estrecha a Myrkur sin hablarle a mi compañero, como mínimo, de algo de lo sucedido y de mis sospechas al respecto.

No tengo claro cómo lo voy a hacer, ni qué información voy a compartir con él, ni tampoco cómo voy a justificar ciertas acciones que tendré que llevar a cabo. Pero no me importa, si el resultado es

el que ansiamos. Nada sería más satisfactorio que ver al maldito Frederick Cranston de nuevo entre rejas.

Capítulo 76
Descuidos y evidencias



No podía ser tan fácil y evidente. Casi parecía una provocación. Quizá lo fuera, al fin y al cabo, ya que era absolutamente desconcertante que en la basura brillara aquella hoja de cuchillo dentada impregnada de sangre.

—Hay que cogerlo con mucho cuidado —previno Daniel a su compañera.

—Sí, pero previamente tenemos que fotografiarlo debidamente. Además, no podemos precipitarnos. Porque, por mucho que brille como el oro… —comenzó a citar la detective Messer.

—No tiene por qué ser oro —completó Daniel.

—Eso es. Es decir, puede que lo que mancha la hoja, aunque desde luego parece sangre, al final no lo sea.

—O que no sea humana.

—Exacto.

—Sin embargo, seguro que igual que a mí, tu intuición te dice que tenemos el arma del crimen —confesó con esperanza el joven policía.

—Sí, no te lo voy a negar, pero parece tan fácil, que cuesta creerlo que pueda ser así. ¿Quién en su sano juicio tira en la basura de su casa un cuchillo que ha utilizado para matar a otro ser humano?

—Alguien que, parafraseando lo que acabas de decir, posiblemente no está en su sano juicio. Y por las declaraciones que

hemos recogido en la escena del crimen, este parece ser justo el caso.

Erika observaba a su alrededor con suma atención el desorden que ocupaba cada rincón de ese pequeño apartamento. Trataba de imaginar qué tipo de tormento sufriría el dueño de ese caos y cómo podría sobrevivir en él. Ella era una maniática del orden y se le hacía impensable una vida así.

—Vale. Se me está ocurriendo una cosa. Una hipótesis, por decirlo así —arguyó la detective.

—Cuéntame.

—Nos han dicho que el fallecido solía meterse con Mickey Odell de manera habitual, que lo había convertido casi en el objeto de sus mofas a diario.

—Eso he entendido yo también.

—¿Y si hoy, al final de la jornada, le instigó, una vez más, y este respondió de manera imprevista del peor modo posible? Ya sabes, eso de la gota que colma el vaso. Al fin y al cabo, muchos han coincidido en que fueron los últimos en irse.

—Pero tendría que haberle pillado por sorpresa. El corte del cuello parecía haber sido hecho por la espalda. Diría que lo sujetó de manera sorpresiva con su mano izquierda al tiempo que le rajaba con la derecha. El fallecido, además, es un tío corpulento. O nuestro asesino, sea Odell o quien sea, es un tipo cachas como él, o desde luego tuvo que pillarle de improviso.

—Es lo que estaba pensando.

—Sin embargo, aquí hay una laguna que me parece que hay que considerar. ¿De dónde sacó el cuchillo? Es decir, parece poco probable que alguien lleve en el coche un cuchillo típico de cocina de los que se usan para cortar la carne.

Los dos policías reflexionaron brevemente acerca de esa observación que acababa de hacer Chrysler.

—¿Estás sugiriendo que era premeditado? —preguntó Daniel, ahondando en su suposición previa.

—No lo sé, pero sí parece que llevase el cuchillo por algún motivo, ¿no? Es decir, no es como echar una camiseta de manga larga por si luego hace frío. No sé si me explico.

Daniel Chrysler la miró pensativo. Algo no terminaba de encajar. Puede que así fuera y ya tuviera pensado vengarse aquel día. O tal vez lo llevaba por si tenía que defenderse. Sin embargo, no parecía el tipo de arma más útil ni más apropiada para esos objetivos.

—¿Dónde llevaría el cuchillo? Por el tamaño que tiene, veo complicado que le cupiese en un bolsillo.

—Y nadie ha dicho que viera que lo llevase anteriormente en el trabajo —completó Daniel.

—Exacto. Además, en estas circunstancias, si lo hubiese metido en algún bolsillo de los vaqueros, seguro que a alguien le habría llamado la atención, en especial después de haber aparecido el cuerpo sin vida de Donald Banner.

Los policías procedieron a hacer algunas fotos hasta que llegasen los efectivos de la policía científica. Finalmente consideraron que era lo mejor esperar para no correr ningún riesgo de romper la cadena de custodia o de corromper alguna muestra por no haberla embolsado debidamente.

No tardaría demasiado en llenarse el piso de todo tipo de empleados de los distintos departamentos que debían trabajar en el análisis de las posibles evidencias que hubiese en el interior de la vivienda.

Mientras tanto, llamaron por teléfono y solicitaron a algunos de los compañeros que se quedaron en la escena principal que preguntasen a los trabajadores si alguien sabía adónde podría haber ido Mickey Odell. Estaba cada vez más claro que no tenía intención de pasar por allí, bien porque tuviera miedo o algo que ocultar.

Por las respuestas recabadas, no daba la impresión de que tuviera una relación un poco más estrecha con ningún compañero. Ninguno parecía saber nada sobre su vida personal, algo que no dejaba de ser triste en cierta medida.

Debido a la falta de respuestas, decidieron seguir otra estrategia.

No podían quedarse atascados sin más.

Capítulo 77
Myrkur



Decido dejar aparcados mis sentimientos. En realidad, estos no hacen más que obstruir mis pensamientos, impidiéndome ver las cosas con claridad. Debo ser mucho más práctica, en especial en situaciones como la que tengo ante mí en la actualidad. Tomaré distancia como tantas veces he hecho.

Justo cuando tomo esta decisión a mi madre se le ocurre llamarme. Hace tan solo unos días que nos vimos y me extraña que le apetezca que quedemos otra vez. No obstante, será mejor que responda y me quite de en medio esto cuanto antes.

—Myrkur, necesito hablar contigo. Es urgente.

Como es habitual, me habla con esa calidez maternal tan típica en ella. Hace que se me enternezca el corazón.

—Ya estamos hablando. Te escucho.

Se hace el silencio al otro lado. Rápidamente interpreto que no quiere hacerlo por teléfono, posiblemente porque considere que no es un medio seguro. Mi madre no es de las que se calla sin más. Siempre cree tener algo que decir, en especial con su hija. Decido no alargar el silencio más de lo necesario y la saco del atolladero.

—Es broma, ¿vale? ¿Quieres que me acerque a verte hoy cuando termine de trabajar? —le pregunto, intuyendo que lo que me está intentando comunicar es que nos veamos en persona para que pueda transmitirme lo que sea que tiene en mente.

Acabo de informarle que me he reincorporado, cosa que seguro que le sorprende, pero confío en que responda sin aspavientos y entienda lo que he querido transmitirle diciéndolo de forma rutinaria y despreocupada. Me doy cuenta de que así, sin apenas quererlo, estamos hablando casi en clave. Contamos con demasiados años a nuestras espaldas con lenguaje cifrado cuando no nos convenía que los que estuvieran a nuestro alrededor se enterasen de nuestra conversación.

—Me parece una idea fantástica. Pásate a cenar y prepararé tu plato favorito. Si te apetece quedarte a dormir, tráete algo de ropa de cambio.

—Nos vemos por la noche entonces.

Me preocupa esta llamada. Me ha dejado una sensación de urgencia y peligro. Se me ocurre más de un motivo, pero por encima del resto, está uno más que evidente. ¿Sabe algo sobre mi padre? ¿Ha contactado con ella? ¿Conoce su paradero? ¿Se ha metido en algún tipo de problema? ¿Cree que la están vigilando?

Esta última pregunta en realidad es redundante, porque es algo con lo que ha convivido durante tiempo. En este momento tan incierto, es de esperar que le hayan puesto a alguien que la siga. Puede que no sea una vigilancia intensiva, pero seguro que están más o menos al tanto de sus movimientos.

Por otro lado, nunca me sugiere que me quede a dormir. Sabe que soy muy independiente y me gusta regresar a mi piso, da igual si es tan pequeño como una caja de cerillas. Tampoco importa la hora a la que regrese, porque siempre lo hago.

¿Me ha pedido, a su manera, que me prepare una maleta?

No lo sé. La única certeza de la que dispongo ahora son estos nervios que se me han agarrado al estómago.

Regreso a mi mesa. Me siento un poco desubicada otra vez. Ojalá Chrysler se encontrara por aquí. Al menos, lograría rebajar esta tensión, sean o no sinceras sus intenciones. Con él alrededor, me da la impresión de que formo parte del mundo, aunque no sea del todo cierto.

Me acerco a unos compañeros que están hablando en torno al escritorio de uno de ellos. Mantienen una charla animada y se nota

que tienen buena relación. Solo recuerdo el nombre de uno de los tres, puesto que apenas he coincidido con ellos. Necesito averiguar dónde se encuentra Daniel y puede que ellos lo sepan. Lo cierto es que también podría llamarle, pero tampoco quisiera interrumpirle si está ocupado con algún caso. Podría alarmarlo. Además, la última vez que hablamos me dejó claro que estaba bastante liado.

—¿Sabéis alguno dónde está Daniel? —pregunto de forma directa. Me ahorro los preámbulos porque no se me dan nada bien.

Uno rubio, del que no recuerdo el nombre, es quien toma la voz cantante y me contesta. Greg es el único que controlo, pero no es el que responde, así que he hecho bien en no dirigirme a él por su nombre.

—Se está encargando de varios asesinatos. La última vez que le vi, estaba bastante agobiado. No creo que vuelva pronto, la verdad.

—De acuerdo.

—¿Tienes su número, verdad? Si no, te lo paso y puedes llamarle si necesitas hablar con él —se ofrece de modo amable.

—No tranquilo. Muchas gracias.

—De nada, Myrkur —dice mirándome de una forma que me parece algo más intensa, como si quisiera añadir algo más—. Nos alegramos de que estés de vuelta.

—Gracias —contesto de forma lacónica, puesto que no sé qué decir. Me ha pillado por sorpresa.

—Tenemos que apoyarnos entre nosotros —señala ahora Greg—. Parece que a nadie le importa que nos jugamos nuestro pescuezo cada vez que salimos a la calle. Nosotros no somos los malos.

Me conmueve este arranque de cordialidad. No estoy acostumbrada. Y no les falta razón. Nos jugamos la vida en nuestro trabajo y no es algo que se valore en su justa medida. A pesar de todo, no quiero ablandarme. No quiero confiarme otra vez y que me vuelvan a apuñalar por la espalda. Agradezco el apoyo que acaban de brindarme, pero eso no significa que no deba permanecer alerta.

Capítulo 78
Anzuelo y sedal



La falta de información condujo a los policías encargados del caso a implementar una estrategia complementaria a la que estaban siguiendo. Aparte de seguir las pruebas y esperar los resultados del laboratorio, las cuales obviamente tardarían todavía bastante en llegar, a Messer se le ocurrió acudir a los medios de comunicación para intentar localizar a Mickey Odell. No dejaba de ser una forma simple de lanzar el anzuelo y dejar correr el sedal a ver si picaba alguno.

—¿No te parece un poco precipitado, Erika? Todavía no hemos entrevistado a los padres, por ejemplo. Además, sería lo suyo hablar con ellos antes de nada para que no se enteren por la televisión.

—Vale, tienes razón. Primero podemos intentar hablar con los padres. Pero creo que puede ser útil hacer un llamamiento público.

—Ya pero…

La detective Messer levantó las manos, pidiéndole con este gesto que la dejara terminar de hablar.

—Entiendo tus reticencias, Daniel. Desde luego que no es lo más protocolario, no te creas que no lo sé. Pero estamos hablando de un hombre que, según la información que tenemos, no está en sus plenas facultades mentales. Eso me hace ver dos peligros, uno para él y otro para el resto. Si alguien le está persiguiendo, puede que no lleguemos a tiempo. Pero, por otra parte, si su mente está tan atormentada como creemos, puede que haga daño a otras personas

y no tenemos ni la más remota idea de quiénes pueden ser sus posibles víctimas.

—Me sigue pareciendo muy precipitado, pero si al jefe le parece bien, no seré yo quien diga que no —señaló, encogiéndose de hombros.

Algo en la expresión de su compañera le dijo que no era exactamente eso lo que pensaba hacer.

—¿No estarás pensando en saltarte al jefe Norton, verdad? —preguntó con temor, al intuir las intenciones de la detective.

—Mira, no quiero que te lleves una impresión errónea de mí, ¿vale? Soy una persona a la que le gusta seguir las reglas al pie de la letra, pero también hay ocasiones en las que comprendo que tomar un atajo puede ser el modo de obtener los mejores resultados. Y en esos casos, tomo mis propias decisiones. Si no te parece bien lo que voy a hacer, puedes quedarte al margen. No me enfadaré, te lo aseguro.

—No, no me parece bien, pero tampoco voy a echarme a un lado. Si resolvemos este caso, podremos continuar con la investigación que llevábamos a cabo. Si no, estoy seguro de que terminará por caer en el olvido, salvo que siga muriendo gente.

—Vale. Pero ya sabrás que estas cosas rara vez se resuelven en un día. Lo normal son semanas de trabajo, cuando no meses, eso teniendo suerte. Y entre medias, surgen nuevos casos y ya no se puede dedicar tanto tiempo a los que ya teníamos. Hay que priorizar. Eso implica que muchos ni se resuelven, con la frustración que eso supone.

—¿Intentas animarme, Messer? Porque se te da fatal. Me dan ganas de devolver mi placa y buscarme otro empleo con mejores perspectivas.

La detective sonrió y le guiñó un ojo. Tenía razón, se había puesto en plan pesimista total, pero eso no significaba que fuera menos cierto lo que decía. Decidió ir por otros derroteros.

—Tengo mis métodos, ¿vale? Y no pienso acudir a los medios tradicionales, no te preocupes. Eso sería una chapuza. Ni siquiera sabrán que hemos sido nosotros los que hemos dado el chivatazo.

—Intuyo que no es la primera vez que haces algo así, ¿me equivoco?

—Buenos, digamos que una chica debe tener sus trucos para sobrevivir en un mundo de hombres. Por mucho que nos guste pensar que vivimos en una sociedad igualitaria, lo cierto es que no es así y hay ciertas profesiones en lo que esa desigualdad se hace más evidente. La nuestra, sin lugar a dudas, es un de ellas.

Al hablar de ese tema, a Daniel le vino a la cabeza Myrkur Cranston. El suyo era un caso todavía más extraordinario. No solo era una chica, muy joven además, sino que también tenía la desgracia de ser la hija de un asesino en serie muy conocido. Sabía lo duro que había sido para ella hacerse un hueco en las fuerzas de seguridad y todas las desconfianzas que había provocado su presencia. Sin embargo, él conectó con ella desde el primer instante y trató de no dejarse influir por esa circunstancia que, sin dudarlo, ella no había elegido.

—¿Qué pasa, Daniel? Te has quedado en las nubes.

—Nada. Estaba pensando en una compañera —contestó sin precisar para no sacar el tema otra vez. Quería restarle importancia para que no le hiciera más preguntas al respecto, pero no le salió bien.

—¡Vaya, vaya! ¿Algo que me quieras contar? —preguntó con picardía Erika, mientras le golpeaba suavemente con el codo.

—No, no, nada de eso. Es decir, es una chica guapa y todo lo que quieras, pero no hay nada entre nosotros ni creo que ninguno de los dos pretenda que lo haya. He pensado en ella por lo que has dicho, porque imagino que debe haber sido muy duro para ella este trabajo desde que se incorporó. No me hagas caso —concluyó, agitando la mano como si quisiera borrar así lo último que había pronunciado. Si seguía explicándose, solo conseguiría despertar más interés en Messer en lugar de desviar su atención—. Será mejor que centremos nuestra atención en lo importante.

Capítulo 79
Frederick



Está casi todo listo ya. Falta lo más importante, es decir, conocer la respuesta definitiva de Karen y de Myrkur. La de mi mujer la tengo bastante clara. Lo contrario, me sorprendería, aunque ha mostrado sus reticencias en el caso de que nuestra hija no quiera venirse con nosotros. Supongo que no quiere abandonarla, a pesar de que ya es una mujer hecha y derecha. Lo entiendo, en cierto sentido. Ya le hemos causado demasiado sufrimiento, pero le vamos a ofrecer la oportunidad de elegir.

Myrkur, desde luego, me continúa generando grandes dudas. A veces, hasta me aterroriza lo que pueda llegar a hacer. No es solo que decida no acompañarnos en esta nueva vida que estamos a punto de iniciar, sino que pueda desbaratarlo todo en aras de su ideal de justicia.

Karen va a encargarse de hablar con ella. No podemos perder más tiempo ya. Está todo preparado y, ahora sí, no conviene dilatarlo. Cada día que permanezco cerca, el riesgo aumenta. He pecado de imprudente, en cierta medida. Quizás me he confiado demasiado. Estar aislado del mundo en esta cabaña ha creado en mí una falsa ilusión de seguridad engañosa.

Debo dejar cerrados ya mis asuntos, puesto que mis colaboradores empiezan también a estar cada vez más nerviosos y no les culpo. Yo mismo lo estoy. Esto se está alargando demasiado.

Los documentos ya están listos. Mañana mismo podríamos partir. Sería lo ideal.

Maddox quiere largarse del país. Siente que la policía está aproximándose. Según Willy Ram, este le ha transmitido que tiene un mal pálpito. Acude al trabajo como si tal cosa, pero no cree que la máscara aguante mucho más tiempo. Se le da bien ocultar sus emociones, eso pude observarlo cuando estaba dentro. El problema aquí es que nunca ha estado sometido al nivel de estrés actual. Sabe que si algo sale mal, se enfrenta a una condena ejemplar.

Por su parte, Michael Fisher empieza a ser un incordio. Está pidiendo más dinero del estipulado. Parece ser que la lección que le di aquel día en la trena no fue suficiente. Ahora mismo, no estoy en disposición de acercarme a su piso o esperarle después del trabajo para recordarle que no tiene el control de la situación, sino que está tan jodido como los demás. Al fin y al cabo, él fue el que me metió en uno de los grandes cestos de ropa sucia y logró que subiera al furgón. Pero no solo eso, fue quien le dijo al conductor que necesitaba deshacerse de algo por el camino y que no le convenía hacer preguntas. Le indicó la ruta que debía llevar ese día y el lugar en el que debía parar. Estoy más que seguro que se ha encargado de amenazarle para que no hable. Ese no era el trato. Habíamos acordado untar a todo el que colaborase con la cantidad suficiente que les impidiera decir que no. Me temo que ha decidido quedarse con su parte, aunque eso no va a suceder.

Fisher es un mal tipo que se ha colocado supuestamente en el lado de la ley, pero aprovecha esa posición en su propio beneficio y para llevar a cabo sus propias fechorías. Me sorprende que los polis no hayan logrado sacarle información, puesto que no es un tipo al que se le pueda considerar inteligente. Además, es un fanfarrón. Supongo que, si no se ha filtrado información por su parte, es gracias a que Henry Maddox ha hecho su trabajo, el cual sí ha demostrado tener claras sus prioridades.

No es por el dinero. Darle más a Fisher para mí es calderilla. El problema es que no tolero esas insubordinaciones. Si yo caigo porque se va de la lengua, me lo llevo a mi celda conmigo y le hago

picadillo después, aunque imagino que, por suerte para él, no nos permitirían ser compañeros.

Una pena.

Mataríamos dos pájaros de un tiro y le ahorraríamos dinero a los contribuyentes.

Maddox sabe que, si no lo controla, él también se verá arrastrado, a pesar de que ha demostrado ser eficiente en sus movimientos y más inteligente que el resto. Entiendo que es justo esto lo que le hace estar nervioso.

Todos empezamos a estarlo.

Y eso no es bueno para el negocio.

Capítulo 80
Contacto con tacto



Erika Messer envió un mensaje a un conocido influencer. Para ello, utilizó un perfil falso que solía emplear para este tipo de asuntos o cuando quería seguir los pasos de alguien a quien estaba investigando. Tenía diferentes cuentas para ello. Había cerrado ya unas cuantas, cuando tenía la impresión de que ya estaban quemadas. No podía arriesgarse a que resultasen sospechosas, aunque sabía cuánto costaba poner una nueva en marcha. Le llevaban un tiempo considerable, ya que no podía tenerlas totalmente paradas hasta la siguiente vez que decidiera usarlas. Debía parecer que detrás había una persona real, aunque era innegable que, en su caso, la Inteligencia Artificial le estaba resultando de gran ayuda para crear publicaciones cada cierto tiempo.

Hubo una temporada corta que trabajó en Los Ángeles en la sección de delitos informáticos y eso le sirvió para aprender ciertos trucos. Algunos de sus compañeros, además, le ayudaron a descubrir algunos contactos interesantes en la red que podían serle de utilidad. Desde esa etapa, había venido haciendo uso de lo aprendido de manera fructífera.

—Bueno, mientras esperamos a que dé resultado, deberíamos retirarnos a descansar, en primer lugar, y cuando retomemos mañana la investigación, seguiremos los pasos convencionales hasta que mi contacto mueva ficha.

Regresaron ya tarde a comisaría con la intención de rellenar el informe del día lo más pronto posible y retirarse a descansar. El trabajo burocrático se estaba acumulando en la mesa de Daniel Chrysler, que todavía tenía pendientes algunas tareas del caso en el que trabajó con Myrkur.

Precisamente, se sorprendió cuando vio a la joven policía sentada en su habitual mesa de trabajo. Aunque se había reincorporado aquel día, era evidente que todavía no estaba trabajando en ningún expediente activo. Supuso que estaba ocupada revisando lo que posiblemente serían casos abiertos antiguos en los que podría echar una mano o llevando a cabo cualquier otra tarea administrativa.

—¿Qué ven mis ojos? —preguntó el policía con sincera sorpresa—. Si está aquí la mismísima Myrkur Cranston, mi querida compañera. Lo que es la vida, porque habría apostado mil pavos a que me habría llamado antes que a nadie en esta oficina cuando se reincorporase. Se ve que me equivoqué.

—Me dijeron que estabas ocupado y no quería molestarte —comentó escueta y sin excesiva emoción.

Daniel se mostró contrariado.

—¿Va todo bien? —le preguntó, al detectar esa distancia que parecía imponer la policía rubia.

—Digamos que mejor que ayer, al menos. Lo cierto es que me pillas por los pelos, porque estaba a punto de irme. Se está haciendo tarde.

—Pues una pena, porque podríamos haber tomado algo y así me ponías al día de las novedades.

—Mañana mejor, si no te importa. Hoy tengo otros planes.

Erika Messer, ya sentada frente a su ordenador, observaba a los dos en la distancia. Mientras lo hacía, algo le llamó la atención. Estaba muy cansada y tenía ganas de regresar a casa, por lo que no le interesaba distraerse innecesariamente. No obstante, le resultó curioso que uno de los detectives que, según tenía entendido, llevaba más tiempo en esa comisaría, no les quitara ojo. Su expresión era dura. No recordaba su nombre. Posiblemente se lo presentaron el primer día que llegó, pero no había vuelto a coincidir

con él desde entonces, ni tampoco habían mantenido una conversación como para recordarlo.

Cuando la chica se levantó y Chrysler se dirigió a su sitio, Messer se fijó en que el otro detective seguía mirando a la joven con renovado interés. Le resultaba bastante inquietante aquello, a pesar de que probablemente sus sospechas eran infundadas.

—¿Quién es ese tipo? No recuerdo cómo se llama —le preguntó a Chrysler señalando hacia donde dirigía sus ojos, cuando ya estaba suficientemente cerca de ella.

—¿Quién? —Trató de verificar concretamente a qué persona se estaba refiriendo—. ¡Ah, ese! Es el detective Patrick Baker.

—Pues no le quita ojo a tu amiga. Es más, juraría que tiene intención de seguirla, porque en cuanto ella se ha levantado y ha recogido sus cosas, después de hablar contigo, él ha hecho lo mismo.

—Solían trabajar juntos, excepto en el último caso que ella ha investigado en el que fue mi compañera. Ya sabrás que las cosas acabaron un poco regular, por no decir del peor modo posible, pues Myrkur mató a nuestro principal sospechoso. Este la secuestró y la llevó a su casa, imagino que con la clara intención de acabar con su vida. Ella se parecía mucho a sus víctimas anteriores— le resumió de forma breve, puesto que no recordaba si Erika estaba al tanto de ese tema.

—¿Y la relación entre ellos es buena? Lo pregunto por la forma en la que la miraba. No sé, igual estoy viendo cosas donde no hay.

Chrysler se acercó más a su compañera y bajó un poco la voz, tal y como se hace cuando se quiere compartir algún secreto.

—Corren algunos rumores de que están liados o, como mínimo, la gente piensa que se han acostado más de una vez. Ya sabes que esas cosas siempre se acaban sabiendo.

—Vale, pues entonces supongo que por ahí va el tema. Me había dado una mala sensación, pero debo estar equivocada. No imaginaba que iban por ahí los tiros —respondió con sorpresa.

—Yo no te he dicho nada.

Efectivamente, poco después de que Myrkur abandonase la comisaría, Patrick salió tras ella.

Capítulo 81
Myrkur



Otro día raro más que acumulo en mi vida. Comenzó con la discusión con Patrick, después de una noche en la que parecía que habíamos acercado de nuevo posiciones.

Nada más lejos de la realidad.

Después, la llamada del jefe Norton le dio un nuevo giro al día y a los acontecimientos, en general. Acudí a hablar con él y este me comunicó que me quería otra vez en el equipo y que había hablado con los de Asuntos Internos para que estos me lo permitieran.

Algo nada habitual y, cuando menos, sospechoso.

Esconde algo oscuro, no hay duda.

Tras esta conversación, me he pasado el día con tareas administrativas insulsas y revisando casos abiertos. El propósito es hacer una preselección de aquellos que podrían reactivarse, si existiese algún indicio que hiciese pensar que podría resolverse.

Esto me ha desconcertado.

No creo que necesitasen que me reincorporase con urgencia para una tarea que lleva parada ni se sabe cuánto tiempo. He tenido la sensación todo el tiempo de que era más bien una excusa, así como que querían tenerme a la vista y controlada. Cuando ha pasado Patrick por allí por la mañana, no hemos hablado, si siquiera nos hemos mirado apenas. La tensión era palpable. Ha estado poco tiempo y se ha ido con Radler, imagino que para continuar con la investigación de la fuga de mi padre. Entiendo su frustración

creciente, porque pasan las jornadas y no hacen otra cosa que dar vueltas y más vueltas sin avanzar en ninguna dirección.

O eso, al menos, es lo que yo creo.

Cuando me ha sido posible, me he acercado a su mesa por si había información relacionada precisamente con la fuga y con lo que han descubierto hasta la fecha. He tenido sumo cuidado. No podía levantar sospechas, en especial teniendo en cuenta esta sensación de que me tienen aquí para vigilar mis movimientos y para tratar de averiguar si yo sé algo. Hasta cierto punto, no les culpo. Tienen una prioridad y es obvio que no les importa utilizar los medios que tengan a su disposición, dejando en segundo plano su humanidad y su ética.

Lo poco que he podido ver me invita a pensar que no tienen ni la más remota idea de dónde se encuentra mi padre. He respirado aliviada. Tengo la impresión de que Patrick está con ganas de vengarse de él, entre otras cosas, por la muerte de Aron Rubicon, aunque no estuvo directamente implicado en lo que le pasó.

Sin embargo, parece que tienen en el punto de mira a varios funcionarios de la prisión por su presunta colaboración la noche en la que logró abandonar esos muros aparentemente inexpugnables. Me pregunto a qué esperan para detenerlos. Quizá es que no tienen aún pruebas suficientes para hacerlo.

Por si todo esto fuera poco, me dirijo a ver a mi madre que, después de su críptica llamada, intuyo que va a contarme novedades frescas e importantes. Estoy de los nervios, quizá porque tengo la intuición de que nuestro mundo está a punto de dar otro vuelco radical que va a poner la vida del revés. He dado tantas volteretas con el paso de los años, que ya no sé ni dónde están el norte y el sur.

No quiero distraerme y mis pensamientos intentan hacerlo. Si bajo la guardia, puede que no perciba si alguien me sigue, tal y como sospecho que debe suceder. Miro el retrovisor de mi coche con cierta frecuencia y, por el momento, no he percibido nada anómalo. No hay tras de mí ningún coche que me resulte familiar, aunque también podría suceder que, si alguien me sigue, conduzca un vehículo que yo no conozca. Sería lo más lógico, pensándolo mejor.

Llego a las inmediaciones de casa de mi madre. Tengo que dar un par de vueltas antes de encontrar un sitio en el que estacionar mi vehículo. En este barrio, muchos edificios no tienen garajes subterráneos, lo que hace que haya más coches aparcados en la calle.

No llevo las llaves, así que tengo que llamar al portero automático para que me abra. Si hubiera intuido que ella quería verme hoy aquí, las habría cogido antes de venir. Obviamente, tampoco llevo ninguna bolsa con ropa, puesto que no he regresado a mi apartamento desde esta mañana.

Miro a mi alrededor buscando algo sospechoso. Tengo un mal presentimiento, pero no encuentro nada que lo confirme. Si hay alguien, es evidente que se ha ocultado bien.

Cuando me abre y accedo al portal, un temor me invade. No he pensado en la posibilidad de que le hayan puesto un rastreador a mi coche. Tal vez hubiera sido más inteligente tomar un taxi, aunque me hubiera salido cara la carrera.

También cabe la posibilidad de que esté paranoica, algo que no deja de ser bastante habitual en mí.

En cuanto mi madre me abre, la noto nerviosa. Esto no es típico de ella, ya que es, más bien, lo más parecido a un témpano de hielo. Desde luego, hay algo que la inquieta.

Entonces me fijo en que tiene el equipaje hecho.

Al final, creo que interpreté bien su mensaje.

Y no es la única sorpresa.

Capítulo 82
Resultados



A primera hora de la mañana siguiente, hay novedades en comisaría. En cuanto llegan Erika Messer y Daniel Chrysler, les notifican que los padres de Mickey Odell están allí. Según parece, un conocido les ha contado que ha visto lo sucedido en las redes sociales y están bastante seguros de que es su hijo del que hablan.

No obstante, no son los únicos. Una mujer llamó a primera hora para comunicar que estaba segura de que había visto, el día anterior, a un hombre lleno de golpes con un parecido más que razonable al de la foto que habían difundido. No quiso dejar sus datos. Tenía miedo por si se enteraba quien no debía y se metía en problemas sin quererlo. Sin embargo, sí les dijo que le había visto en una calle que pertenecía al barrio de Dorchester, uno de los barrios marginales de Boston.

Le pasaron nota a Messer y Chrysler en cuanto entraron.

—En esa zona de la ciudad hay muchos trapicheos —le informó Daniel a su compañera—. Cuando patrullaba, he tenido que acudir allí en muchas ocasiones por distintos delitos.

Acto seguido, se dirigieron a ver a los padres de Mickey Odell. La preocupación y el miedo se leía a la perfección en los rostros ajados de una familia que temía que su hijo pudiera estar muerto. Los policías los condujeron a una sala de interrogatorios donde poder hablar con calma con ellos.

—No fuimos capaces de alejarle de los malos hábitos. Lo intentamos con todas nuestras fuerzas, se lo aseguro, pero cada vez nos hacía menos caso —dijo la madre, entre lágrimas.

—Señora Odell, no tiene que disculparse. Esto no es culpa suya. Ni siquiera sabemos si él es el asesino o, por el contrario, corre algún tipo de peligro. De todos modos, ustedes no son su hijo y no son responsables de sus acciones. Son personas diferentes —señaló Daniel con empatía.

—Estamos tratando de localizar a Mickey. No sabemos si podría estar en peligro. Tal vez a ustedes se les ocurra algún lugar al que suele acudir o algún sitio que le sirva de refugio —observó la detective Erika Messer.

—Lo cierto es que hace muchos años ya que perdimos el contacto con él, ¿saben? Desde que empezó a tomar sustancias, la relación con nuestro chico se fue deteriorando hasta volverse casi inexistente. Ha sido muy doloroso. Hemos intentado retomar el contacto en numerosas ocasiones, pero ha sido en vano. Antes de que nos diéramos cuenta, empezaban los reproches y lo que comenzaba siendo un acercamiento esperanzador, acababa siempre en una terrible discusión.

Erika no paraba de pensar que entendía que los padres necesitaran justificarse y desahogarse, pero lo que ellos ahora precisaban era ir al grano para poder determinar si las pareja de ancianos podría resultar de utilidad o no. Si no fuera así, tendrían que seguir adelante con la siguiente pista o probar otras alternativas. Visitar el barrio de Dorchester era una buena opción, de hecho.

Miró a su compañero y le dio a entender que sería mejor que fuera él quien continuara. Ya había apreciado en primera persona la habilidad del joven para conectar con otros y estaba convencida de que él sería la mejor opción para sacarles información, si es que disponían de ella.

—Debe ser muy duro para ustedes ver cómo su hijo se alejaba —dijo con expresión compasiva.

—Sí, lo ha sido —respondió la señora Odell, secándose con un pañuelo las lágrimas—. Sabíamos que, antes o después, iba a

terminar mal.

—Tal vez no sea demasiado tarde todavía —señaló ahora el policía, tomando entre sus manos la de la madre—. Estoy seguro de que usted sigue conociéndole bien. Los hijos siempre tienen una conexión especial con sus madres. Me apostaría algo a que usted conoce ese rincón casi secreto al que solía acudir Mickey cuando se metía en problemas.

Así era. Aunque ella no podía estar segura de si seguía acudiendo a aquel lugar al que siempre se escapaba cuando las cosas no le iban bien. Todavía era casi un crío, aunque recordaba que, en más de una ocasión, siendo ya un joven de cerca de veinte años, también había acudido allí. Gracias a eso, en los momentos difíciles, pudo encontrarle cuando pasaba una mala etapa.

—La verdad es que puede que haya un sitio especial para él —señaló el padre, que conocía bien el lugar al que se refería su mujer.

Ambos policías se miraron.

Podía no significar nada.

Podía incluso que Mickey Odell no se encontrase allí.

No obstante, los dos pensaron que cabía la posibilidad de que esa pista fuera realmente relevante.

Capítulo 83
Myrkur



La noche ha sido larga. La hemos pasado casi en vela. No me podía creer lo que mi madre me estaba contando. En algunos momentos, he tenido la impresión de que mi padre estaba escondido allí mismo, en su piso, a tan solo unos pocos metros de nosotras, lo cual no dejaría de ser algo audaz y una temeridad también.

—Tengo algo importante que contarte y no quiero que hagas aspavientos —fue lo primero que me dijo en cuanto traspasé el umbral de la puerta. No supe cómo reaccionar en un primer instante ante tal exabrupto. Después, mis ojos comenzaron a buscar datos a mi alrededor que completasen la información que ma faltaba.

Fue entonces cuando vi su equipaje. Mil preguntas se amontonaron dentro de mi cabeza, amenazando con acabar con mi cordura. ¿Qué significaba aquello? ¿Salía de viaje? ¿Por qué no me lo había dicho? Tal vez no fuera solo un viaje. ¿Acaso se iba de Salem? Si era así, ¿dónde? Había demasiadas maletas como para pensar en una escapada corta. ¿Iba a abandonarme? ¿Había decidido mudarse sin ni siquiera comentármelo antes, hasta que ya era inminente?

—¿Qué significa esto? —le pregunté señalando los *trolleys* que se encontraban detrás de ella.

Ella me mandó callar con una mano, mientras que con la otra me pedía que esperase. Entonces puso música y se acercó más a mí para hablar. Eso me indujo a pensar que creía que nos estaban

escuchando, algo perfectamente plausible si alguien había considerado poner micrófonos en su piso, con la esperanza de averiguar algo relativo al paradero de mi padre.

—He tomado precauciones, tal y como me enseñó Frederick cuando todavía estábamos juntos. Desde que escapó de la cárcel, he puesto hilos finos de pescar en la puerta principal y en algunas más de la casa. Parece que no ha entrado nadie, pero no me fío. Prefiero parecer paranoica por ser excesivamente precavida que cagarla por confiarme.

—Vale, lo comprendo. Y ahora, ¿vas a contarme qué es todo esto?

Tomó aire. Estaba nerviosa, más de lo que la había visto nunca. Debía ser algo grave de verdad. Noté cómo a mí también se me aceleraba el pulso.

—Myrkur, he hablado con tu padre. No solo hemos hablado. Le he visto.

Mi expresión debió ser nítida, porque yo desde luego sentí que se me escapaba la sangre de la cara. Sabía que estaba cerca, pero no creí que fuera a atreverse a dejarse ver, con el riesgo que eso implicaba.

Yo sospechaba que se encontraba escondido en algún lugar aislado esperando el momento idóneo para poder irse a algún destino lejano. La sorpresa era mayúscula. No era propio de mi padre jugársela así.

Según parece, me equivoqué.

—Quiere que me vaya con él.

Tragué saliva, pero la sensación fue que por mi garganta bajaban miles de espinas, las cuales iban cargadas del veneno de la traición. Se iban y me dejaban aquí a mi suerte, en un momento de mi vida en el que perfectamente podía acabar en la cárcel si me condenaban por el asesinato de Thomas Harley. Una cosa era que el jefe Norton hubiera jugado esa baza extraña y poco creíble de mi acelerada reincorporación, y otra muy distinta que Asuntos Internos lo dejara estar sin más. No me cabía duda de que eso no había terminado. Pero esto…

Esto era algo mucho peor.

En cuanto leyó mi expresión, mi madre se apresuró a seguir hablando.

—No saques conclusiones precipitadas, hija. Por supuesto que te hemos incluido en nuestros planes. Nunca te dejaríamos atrás, por mucho que pienses lo contrario —afirmó, estudiándome con la mirada—. No vamos a obligarte a que nos sigas. Eso tendrás que decidirlo tú y tendrás que hacerlo pronto. Intuyo que ya te habrás dado cuenta de que, en realidad, no hay mucha gente de la que puedas fiarte.

Me encontraba entre la espada y la pared. Vivir una vida en el exilio, perseguida el resto de mi vida, o enfrentarme a la incertidumbre que me esperaba en las próximas semanas o meses.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidirme?

—Poco.

—¿Cuánto es poco?

—No más allá de esta noche.

Me reí de forma sarcástica, porque desde luego aquello no tenía ni la menor gracia.

—¿Pretendéis que tome una decisión tan trascendental en tan poco tiempo? ¿Me lo estás diciendo en serio? —la cuestioné indignada. Aquello suponía una total falta de consideración hacia mi persona.

—No saques las cosas de quicio, Myrkur. No es el momento, ¿vale? Son circunstancias sumamente especiales y apremiantes, ya lo sabes —respondió flemática. En aquel momento, más que nunca, admiré la capacidad de mi madre para mantener sus sentimientos bajo control, a pesar del nerviosismo inicial que detecté en ella al entrar en su casa—. ¿Crees que si no hubiéramos podido no te lo habríamos dicho antes?

—Papá te lo dijo a ti, ¿no? Así que no entiendo por qué yo no me he podido enterar al mismo tiempo.

—No seas hipócrita, hija. Conoces muy bien la respuesta a eso. En primer lugar, tu padre sabe que yo me iría con él adonde fuera. Sin embargo, no lo tenemos tan claro en tu caso. Ya no eres una niña y has elegido tu camino. Por si eso fuera poco, resulta que tu camino es en el lado de las fuerzas de la ley. Creo que son motivos

suficientemente razonables para que tu padre no se haya expuesto a verte antes de estar bien seguro de qué lado estás.

—Parece que olvidas que es un asesino —le espeté con frialdad. No sé por qué hago esto, quizá porque no sé cómo gestionar la frustración que siento por todas las dudas que me rondan la cabeza.

No sé si quiero irme o quedarme aquí.

No sé si quiero enfrentarme al escrutinio público resultante del veredicto de Asuntos Internos.

No sé si quiero ver nuevamente el rechazo en los ojos del hombre del que me enamoré.

No sé si quiero seguir teniendo la esperanza de que hay personas a las que les caigo bien y que puedo considerar mis amigos, como Leonard y Daniel.

No sé si quiero volver a empezar desde cero, siendo otra persona.

—No lo olvido, claro que no. Es algo que ya sabía mucho antes de que el resto lo descubriera y, aun así, lo acepté y lo amé tal como es —me confiesa.

Capítulo 84
Patrick



No fui directo a comisaría después de salir de casa de Myrkur aquella mañana. Estaba demasiado enfadado y necesitaba poner mis pensamientos en orden. Todo había dado un vuelco en cuestión de segundos y me había pillado con el pie cambiado, sin capacidad real de reacción.

NorNor se ha equivocado. Eso es algo que tengo claro. Creo que es un error de manual lo que ha hecho. Con la reincorporación de Myrkur, le ha dado acceso a la comisaría, así como al material y la información que guardamos allí. Puede usar eso en nuestra contra y favorecer a su padre. Ha sido toda una imprudencia.

Cuando he regresado un par de horas más tarde a comisaría, no he dudado en compartir con él mi parecer. Hemos discutido de forma acalorada y sé que es algo que Norman Norton no tolera, a pesar de que lo hemos hecho alejados de las posibles miradas indiscretas. Supongo que, antes o después, tendrá consecuencias para mí. Sin embargo, alguien debía decirle que se ha saltado muchas normas y puede que pague caro lo que ha hecho.

Mejor dicho, puede que todos lo paguemos caro.

Ha soslayado la investigación de Asuntos Internos y se ha aventurado a decirle a Myrkur que se reincorpore en su puesto. Me cuesta creer incluso que ellos estén al corriente. Además, no le veo mucho sentido a tomar dicha decisión para enterrar sus narices

entre expedientes muertos y otras labores administrativas. Al menos, de momento.

He tenido la suerte de estar estar de regreso cuando ella ha abandonado la comisaría. Pasé el resto del día con Peter Radler de aquí para allá, tratando de encontrar nuevas pistas y presionando a los trabajadores de la prisión que tenemos en el punto de mira. Sin duda, Henry Maddox esconde algo turbio. En el cuaderno de Cranston había anotaciones con sus iniciales. Tal vez con eso podamos solicitar una orden de un juez para retenerlo en comisaría y poder investigar más a fondo todo lo que tenga a su nombre. De todos modos, tampoco me hago ilusiones porque nuestros argumentos no dejan de ser endebles.

Empiezo a sospechar que alguno de los que colaboraron en su fuga puede terminar por flaquear. Ya ha pasado mucho tiempo. No es fácil sentir el aliento de la policía detrás de ti, en especial según avanzan los días. Es extraño que ninguno haya salido del estado, mucho menos del país. Quizá consideran que así levantan menos sospechas, a pesar de que se exponen más. No puedo imaginar qué les habrá ofrecido Cranston a cambio para arriesgar tanto.

Veo que Myrkur sigue llevándose bien con Chrysler, algo que ya no debería importarme pero que, en realidad, no puedo negar que me escuece. Debo reconocer que es un tío con encanto. Supongo que con el tiempo las heridas irán doliendo menos.

Cuando ha salido ya a última hora de la jornada, he visto claro que lo mejor que podía hacer era seguirla para ver dónde se dirigía. Por suerte, gracias a que le coloqué un localizador en los bajos del coche cuando fui por la mañana, no necesitaba seguirla de cerca. Ha sido una intuición que no me ha salido mal, pero también ha resultado desconcertante en cierto sentido. No me esperaba que fuera a visitar a su madre, sobre todo, porque sé de primera mano que no tienen una relación fácil precisamente.

Myrkur y su madre son como el agua y el aceite.

He pasado casi la noche en vela aguardando a que salieran. Debido a que llevo días agotadores sobre mis espaldas, no he podido evitar dormirme en algunos momentos, con la consiguiente

preocupación de haber perdido la oportunidad de verlas salir del edificio y que eso implicara perder su pista de forma irremediable.

Cuando solicitamos al juez una orden para poner micros en el interior de la vivienda de Karen Cranston, este nos la denegó al no ver motivos suficientes que justificasen la vulneración de la privacidad de una ciudadana que no ha violado la ley ni una sola vez. Y es cierto. No tiene ni una multa de aparcamiento. No nos sirvió argumentar que había sido la esposa de Frederick Cranston cuando este cometía sus asesinatos. El juez consideraba que eso no implicaba que ella estuviera al corriente de las actividades delictivas de su marido.

"Actividades delictivas".

Así lo llamó.

A mí me parecía quedarse demasiado corto.

Me hervía la sangre cuando lo dijo, pero supe que no podía hacer nada al respecto. Nunca conviene contrariar a un juez y mucho menos cabrearle, así que agaché la cabeza y me mordí la lengua, casi literalmente. Las "actividades delictivas" del Devorador de corazones han supuesto la vida de, al menos, diecinueve personas que sepamos. Y a pesar de ello, no le parecía suficientemente justificada nuestra petición.

Odio la burocracia y lo que esta representa.

Odio aquellos procesos que no sirven para nada más que para ponernos palos en las ruedas.

Odio no tener el control de mi trabajo y depender de las decisiones de otros.

Si hubiéramos tenido esos micros en el interior de la vivienda de Karen, podría haber escuchado la conversación que han mantenido madre e hija durante esta noche. Y es evidente que han estado hablando bastante tiempo, ya que la luz que se filtraba por dos de las ventanas del piso así lo atestiguaba, precisamente las dos correspondientes al salón de la casa, cosa que sé bien gracias a que cené con ellas ahí mismo en alguna ocasión hace un tiempo que ya parece una eternidad.

Ya de madrugada, poco antes de que amanezca, cuando el esfuerzo de mantener los ojos abiertos es casi sobrehumano, me

doy cuenta de que sale un coche del garaje. El de Myrkur continúa en el mismo sitio. No obstante, algo parecido a una corazonada me hace fijarme un poco más. Me parece verla dentro y tengo que aguzar la vista para asegurarme. Dudo un instante qué hacer, ya que esto no es lo que esperaba, en especial porque el vehículo lleva una pegatina atrás que indica claramente que es un coche de alquiler.

Me la juego y decido seguir mi intuición. Si me equivoco, quizás cuando regrese todavía sigan aquí o, al menos, puede que me reencuentre con ella hoy en comisaría. Sin embargo, algo me dice que esto es importante.

Arranco el coche y me camuflo como puedo entre los vehículos que me preceden. Por suerte, el que conduzco hoy no es uno que Myrkur conozca, puesto que este se confiscó hace unos meses en una operación de tráfico de drogas. No lleva ni el menor distintivo de la policía y tampoco llama la atención. Sospecho que estará pendiente y atenta por si alguien las sigue.

Debo extremar las precauciones.

Capítulo 85
Pista



Unas horas más tarde de que Patrick Baker comience a seguir a ese coche de alquiler que ha salido del garaje del edificio donde reside la madre de Myrkur, Chrysler y Messer están a punto de obtener una pista de los padres de Odell. Tienen la esperanza de que esa investigación tome buen rumbo después de esa conversación.

—¿Cuál es ese sitio especial, señor Odell? —le animó a seguir hablando Daniel, ya que después de sus últimas palabras se había quedado mudo por unos instantes.

—Cuando Mickey era pequeño, nos gustaba ir a un refugio que está a tan solo unos minutos en coche de donde vivimos. Está en un pequeño bosque a pocos kilómetros de la ciudad y que tiene un lago muy pequeño y poco frecuentado. Ese refugio lleva abandonado bastante tiempo, si no me equivoco. No creo que nadie lo utilice ya. Hace años era un lugar que usaban senderistas y cazadores como lugar de paso y descanso antes de dirigirse a otro parque natural que está un poco más allá y que destaca por su dureza. Nosotros nos sentábamos cerca del lago con unas sillas plegables y yo le enseñaba a pescar, aunque pocas veces logramos que picara algún pez —relató el hombre con los ojos vidriosos al recordar los buenos tiempos junto a su hijo. La melancolía que experimentaba provocaba que se le atascasen las palabras en la garganta, como si estas estuvieran constituidas de una densidad viscosa—. Pero eso fue hace una eternidad.

—Señor Odell, puede que lo que acabe de decirnos sea clave para encontrar a su hijo. Puede, incluso, que esté salvándole la vida —le animó Chrysler, sabedor de que esos padres necesitaba que alguien les dijera que estaban haciendo algo bueno por su Mickey.

Después de que facilitasen la ubicación y de agradecer a la familia su colaboración, los dos policías se levantaron y se dispusieron a organizar el operativo para localizar al desaparecido.

Justo antes de salir, recibieron un aviso del laboratorio. En el cuchillo hallado en la casa, habían encontrado el grupo sanguíneo de tres personas diferentes. Aquella información lo cambiaba todo. En cierta medida, todavía pensaban que estaban tratando de encontrar a una posible víctima.

Nada más lejos de la realidad.

Ahora sí, iban a la caza de un más que posible asesino.

—¿Sabéis a quiénes pertenecen las distintas muestras de sangre? —preguntó Messer intrigada. Era una probabilidad diminuta que conocieran ese dato tan pronto, pero por tratar de averiguarlo no perdía nada.

—Negativo. De momento, vamos a compararlo con la víctima hallada ayer a ver si hay coincidencias. Si tenéis alguna sugerencia para comparar las muestras con algún perfil más, no tenéis más que decirlo.

—Por desgracia, no es el caso —respondió Daniel, aprovechando que su compañera se había quedado callado y estaban con el manos libres.

—Entonces vayamos paso a paso. En cuanto sepamos algo, os avisamos.

Erika se quedó pensativa. Algo le rondaba la cabeza, pero no se atrevía a poner sus pensamientos en alto. Aquel era el momento de actuar y no dejarse llevar por ideas que no tenían por qué tener sentido alguno y tampco visos de ser veraces.

Cuatro coches de policía salieron de la comisaría en dirección a las coordenadas que les había facilitado el padre de Mickey Odell. Las sirenas atravesaron la ciudad, mientras los vehículos acudían a toda velocidad a su destino. Poco más de media hora después, se encontraban en las inmediaciones de la localización, puesto que la

comisaría se encontraba en un punto más alejado del que se situaba la vivienda familiar de los Odell.

En la medida de lo posible debido a la orografía de la zona, rodearon con los vehículos policiales la construcción que tiempo atrás había servido como refugio. Algunos de los coches patrulla tuvieron que avanzar más despacio de lo que querían, puesto que, al no ser todoterrenos, eran demasiado bajos y debían tratar de evitar las rocas o ramas que sobresalían en el terreno, pues si golpeaban alguna pieza del motor o que se encontrase más allá del chasis, podrían averiarse.

El refugio estaba en bastante mal estado y parecía poco probable que alguien estuviera ocultándose allí. Sin embargo, el vehículo del sospechoso se encontraba a poca distancia y parecía confirmar que se hallaba por en la zona.

Aquellos eran momentos de máxima tensión. Era previsible que Mickey Odell estuviera al tanto de la llegada de las patrullas, puesto que en mitad de la tranquilidad de la naturaleza, resultaba imposible no apercibirse del ruido que habían ocasionado.

Los agentes se dispusieron estratégicamente en las inmediaciones de la edificación de piedra que milagrosamente se mantenía todavía en pie, a pesar del abandono y el paso del tiempo. Aseguraron los alrededores lo mejor posible para evitar que el sospechoso pudiera darse a la fuga. No tenían constancia de que contara con ningún arma de fuego, pero eso no era sinónimo de que no la tuviera. De hecho, por la zona en la que le había visto aquella mujer que declaró en comisaría, había varios delincuentes que estaban desde hace tiempo en el punto de mira de la policía, ya que sospechaban que trapicheaban, entre otras cosas, con armas.

Una vez que uno de los agentes confirmó que el sospechoso se encontraba en el interior, Daniel Chrysler le pasó a su compañera el megáfono para que esta solicitara a Mickey Odell que saliera al exterior. Esta negó con la cabeza y se lo devolvió. Le demostraba así su confianza en él. Sabía que su compañero tendría más posibilidades que ella.

Esperaban que no se complicaran demasiado las cosas. Nada en los antecedentes de aquel hombre, ni la información que habían

facilitado familia y compañeros, indicaba que fuera un hombre violento.

Estaba por ver.

Capítulo 86
Myrkur



No puedo creer la decisión que he tomado. Ni siquiera estoy convencida de lo que estoy haciendo. Una vez más, mi vida parece un carrusel de cambios inesperados y decisiones precipitadas que me conducen de un abismo insalvable al siguiente.

La noche ha sido larga. Ninguna de las dos hemos pegado ojo. Jamás, hasta la fecha, había mantenido una conversación con mi madre tan intensa y tan sincera a la vez. Creo que, por primera vez en mucho tiempo, he conectado con ella y he logrado comprender todo su sufrimiento. Me he pasado tantos años mirándome el ombligo, sintiéndome una víctima de unas circunstancias que yo no había creado, que me olvidé de que ella tuvo que ser el parapeto que detuviese el temporal que cayó sobre nosotras.

No es que no lo supiera.

Simplemente, no quería asumirlo.

En estos momentos, subida en un coche de alquiler, me uno a un plan del que era totalmente ajena y contando como único equipaje con mi arma reglamentaria que hoy mismo he recuperado gracias a la intervención del jefe Norman Norton. No sé por qué motivo no la he dejado en el piso. No creo que vaya a necesitarla nunca más. Tal vez solo sea aferrarme a un recuerdo y, al mismo tiempo, a un sueño que un día tuve de convertirme en policía y enrolarme en el lado de los buenos.

Hubo un día en el que quise curar al mundo.

Pero el mundo se empeñó en herirme.

Creí que podía hacer algo bueno. Creí de verdad que podría compensar en algún grado el daño que había causado mi padre. Asumí una responsabilidad que no era mía. Mi madre me ha hecho ver que no soy una redentora, sino tan solo una joven de veinticuatro años que merece tener un nuevo comienzo y una nueva vida alejada del estigma.

Mi madre me mira de reojo, como si fuera consciente de las cavilaciones que ahora mismo me rondan la cabeza. Reflexiono acerca del hecho de que, tan solo unos días atrás, estuve a punto de dar con el paradero de mi padre. Estuve a punto, quizá también, de desbaratar unos planes que se pusieron en marcha en el preciso momento que Thomas Harley me secuestró, activando un mecanismo inesperado de consecuencias imprevistas.

La vida es un caos.

¿Cómo no equivocarse?

—No queda mucho para llegar al aeropuerto —dice mi madre, tratando de cortar así mi línea de pensamiento. Mientras lo dice, me agarra con suavidad la mano y me siento cerca de ella.

Pocos minutos después, nos encontramos llegando a un *hangar* privado. Me da un vuelco el corazón cuando diviso la silueta de mi padre dibujada contra el sol del amanecer. Su imagen recortada a contraluz le reviste de una aura especial.

Cuando nos acercamos y puedo verle mejor, constato que está sumamente cambiado. Es obvio que es un claro intento de alejarse de su aspecto habitual para ocultarse bajo un disfraz que impida que puedan reconocerle con facilidad.

Me siento nerviosa y excitada por todo lo que esto supone. Por lo que queda atrás, por lo que estoy viviendo y por lo que está por venir. Nos esperan horas de avión y días de alta tensión hasta que, por fin, alcancemos nuestro destino final después de varias conexiones de vuelos. Soy consciente de que nunca podremos llevar una vida de tranquilidad absoluta y tendremos que vigilar nuestras espaldas, puesto que jamás va a cesar la búsqueda de mi padre. Las autoridades removerán cielo y tierra para encontrarnos, ya que

desde este momento, los tres nos convertiremos en prófugos de la justicia.

Hay algo que no sé cómo voy a poder gestionar. No solo me vienen a la cabeza las muertes que ya carga sobre su conciencia, sino con la posibilidad de que vuelva a hacer algo similar. Ser un asesino está en su naturaleza y temo que tantos años de abstinencia puedan abrir nuevamente esa necesidad con hambre renovada.

No quiero ser testigo de ello.

Y mucho menos quiero ser cómplice.

Mi padre se aproxima a mí, puesto que yo me he quedado clavada sin posibilidad de reacción. Unas raíces invisibles me agarran las pantorrillas y me impiden moverme en ningún sentido.

Hay un momento de duda en mí en esos segundos que nos separan y me planteo la posibilidad de tomar mi arma y detenerle, haciendo, como quizá debería, lo correcto. Mi boca se vuelve pastosa, por lo que ni me planteo pronunciar palabra alguna. Mis fosas nasales se resecan y me cuesta incluso respirar. Todo tipo de percepciones, emociones, sentimientos e impresiones se agitan y revuelven en mi interior, impidiéndome pensar con una mínima claridad.

Con mi mano derecha toco mi arma y él se da cuenta al instante. No aparta sus ojos de mí mientras lo hago y se acerca más y más sin temer cómo pueda reaccionar.

Hasta que algo lo cambia todo para siempre.

Capítulo 87
Salida



Desde el exterior, se colaba una voz robotizada por el efecto del megáfono. En su cabeza, donde la realidad cada vez se encontraba más distorsionada, algo le decía que se estaba produciendo la rebelión de las máquinas y eran ellas las que ahora venían a por él. El desconcierto no hacía otra cosa que crecer en su mente.

«¿Cómo puedes pensar algo tan absurdo?», le increpó Rocky, materializado junto a él. Su expresión estaba entre la burla y la incredulidad.

Mickey Odell se encontraba acuclillado en un rincón del pequeño y destartalado refugio, negando con la cabeza una y otra vez. La vana ilusión de que lograría que así desaparecieran todos sus males seguía arraigada dentro de él.

Si no los veía, no estaban.

De pronto, vio la cabeza de uno de los agentes de policía asomarse a un pequeño ventanuco que había en la pared que daba al lado norte de la casa. Mickey se revolvió en su rincón, asustado como pocas veces había estado antes.

No contaba con nada con lo que defenderse, más allá de sus manos y sus palabras, las cuales cada vez eran menos ágiles unas y menos coherentes las otras. Aquellas ideas que un día tuvo de hacerse con un arma de fuego no llegaron a materializarse nunca. Cuando lo intentó, recibió una paliza de las buenas que solo le

condujo a querer esconderse en algún lugar recóndito en el que nadie pudiera localizarle.

En el exterior, el policía que se había asomado proporcionaba la ubicación del sujeto dentro de la pequeña edificación. No podía asegurar que estuviese desarmado, pero tenía la impresión de que era así.

Daniel Chrysler hizo un nuevo intento antes de entrar por la fuerza a por él.

—Mickey, soy Daniel otra vez. Por favor, sal aquí fuera para que podamos hablar. Tus padres están preocupados y quieren que vuelvas a casa. No vamos a hacerte daño. Solo queremos que todo termine.

«No les hagas caso. La pasma no es de fiar. Nunca lo son. Solo quieren engañarte. Te lo digo por experiencia propia. Si sales, hazlo defendiéndote, pero no te rindas», le sugirió Rocky.

—No tengo nada para defenderme, ¿acaso no lo ves?

«Tienes todavía alcohol en esas botellas, un mechero y tienes ropa, ¿no? Pues ahí tienes un modo de defenderte. Al menos, le harías pupa a más de uno. Me encantaría ver a un poli ardiendo. Sería todo un espectáculo», ser rio de forma siniestra.

—Vamos, Mickey, por favor —continuó Chrysler—. Hagamos las cosas fáciles. Sabemos que has pasado un calvario. Somos muy conscientes de lo que has tenido que sufrir. Acabemos con todo de una vez. Tienes una oportunidad de empezar de nuevo. Te ayudaremos. Yo mismo lo haré.

Le dieron unos minutos antes de tomar una decisión. No podían alargar eternamente la situación. Por suerte, no había nadie más en peligro y, si tal y como pensaban, no contaba con ningún arma de fuego, las cosas no tenían motivo para salir mal. Eran un buen número de efectivos para reducir a un solo hombre. Si no salía por su propio pie, tendrían que entrar a por él.

—Mickey, voy a acercarme, ¿vale? —le informó Daniel Chrysler, mientras bajaba el megáfono y lo dejaba en el suelo.

—¿Qué haces? —le preguntó su compañera en voz baja—. Ese no es el plan. No puedes acercarte sin más. No quieras hacerte el héroe. Es una estupidez.

—Ya lo sé, Erika. Pero si está asustado, tal vez si ve a alguien amigable acercarse, se tranquilice y nos lo ponga un poco más fácil. Por lo que sabemos, es un hombre atormentado al que la vida tampoco le ha tratado excesivamente bien. No voy a cometer ninguna imprudencia innecesaria. Solo quiero aproximarme un poco más para que me vea.

Se puso el chaleco antibalas y dejó su reglamentaria en el suelo, confiando en que sus compañeros le cubrirían si era necesario. Llevarla encima no iba a ayudar a que el sospechoso se mostrase más tranquilo. Erika Messer hizo un claro gesto de desaprobación que no le pasó desapercibido. En el poco tiempo que llevaban trabajando juntos, ya se había percatado de que no era una mujer que escondiese ni lo que sentía ni lo que pensaba.

No le gustaba esa situación.

No le gustaba correr riesgos que le parecían innecesarios.

Esa clase de circunstancias pocas veces terminaban bien.

Daniel comenzó a avanzar con las manos en alto. Se sentía nervioso. No había estado antes en una situación similar. Era demasiado lo que había en juego. Su propia vida, de hecho. Y la de sus compañeros también. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Se estaría precipitando? Igual su intuición le había traicionado esta vez. Quizá estaba siendo demasiado optimista.

Sin embargo, lo cierto era que algo dentro de él no cesaba de gritarle que aquel no era más que un pobre hombre y que no mostraría intención de hacerle daño.

¿No merecía que le dieran una oportunidad?

No tardaría en averiguarlo.

Capítulo 88
Patrick



No me resulta fácil seguirlas. Al principio porque, debido a la hora, no hay demasiado tráfico por las calles de Salem, por lo que tengo que darles más distancia de la que me gustaría. Más tarde, cuando ya nos sumergimos en el maremágnum de la autopista, precisamente es lo contrario lo que me dificulta continuar en su estela.

En más de una ocasión he estado a punto de perderlas. He tenido que hacer alguna maniobra brusca, algo a lo que no solo no me hubiera gustado tener que recurrir por lo peligroso que puede resultar, sino porque puede llamar su atención, cosa que no me conviene en absoluto.

Por suerte, voy tomando, una y otra vez, los mismos desvíos que ellas con tan solo unos segundos de retraso. Hasta que llegamos a un lugar en el que no puedo avanzar más. Aparco en el lugar más cercano y bajo del coche. A partir de ahora, toca moverse a pie con sumo cuidado para no ser descubierto.

Estoy tentado de pedir refuerzos. El problema es que todavía no tengo motivos que lo justifiquen. En realidad, no están haciendo nada ilegal y mis sospechas pueden no ser ciertas. Sin embargo, algo me dice que no tardaré mucho en reencontrarme con Frederick Cranston frente a frente y lo mejor, en ese caso, sería contar con apoyo.

Cuando menos, lo cierto es que las circunstancias resultan sospechosas. Estamos en un aeropuerto de vuelos privados. ¿Qué hacen aquí las dos? Si están planeando hacer un viaje juntas, ¿por qué no han tomado un vuelo comercial en un aeropuerto convencional? Las respuestas parecen confluir en una opción clara: van a acompañar a alguien que huye de la justicia.

Encontrar la forma de acceder parece compleja. No veo entradas alternativas a la que ellas han tomado. Obviamente, hay un par de gorilas vigilando la entrada y dudo mucho que les sirva mostrarles la placa, en especial si suelen transigir con ciertas actividades ilegales.

En el supuesto de que hiciese justo eso y me saliera bien, porque resulta que estoy equivocado y quieren ayudar a las fuerzas del orden, lo más probable es que todo se acelerase de forma innecesaria, ya que Cranston se apercibiría también de mi presencia. No obstante, moverme excesivamente despacio para asegurarme de no ser visto tampoco ayuda. Tengo miedo de llegar demasiado tarde y lograr acceder cuando el avión ya haya despegado. En ese caso, solo me quedará descubrir el destino y, al menos, tendremos la posibilidad de solicitar una unidad allí para que los detengan.

Me siento en una encrucijada, en un dilema sin solución.

Noto que el cansancio va haciendo mella. A pesar de la adrenalina por la situación en la que me encuentro, mis piernas casi no me responden. Llevo más de veinticuatro horas en pie, salvo por las cabezadas que he pegado en el coche. Me preocupa no reaccionar con la suficiente lucidez ni con la rapidez que pueda ser necesaria.

Por fin, tras recorrer agachado casi todo el perímetro, encuentro un lugar por el que, con un poco de suerte, voy a poder colarme. Tendré que tener cuidado, ya que una parte de la valla está rota y tengo que evitar cortarme con algún alambre de los que están sueltos.

Cuando por fin logro abrir el hueco con suma precaución, me doy cuenta de que es demasiado pequeño. Tengo que tirar de él tratando de obrar un milagro para ampliarlo mínimamente. La sensación de estar perdiendo un tiempo valioso me hace sentirme, una vez más, impaciente y eso provoca que, antes de que sea suficientemente grande, intento colarme por él tumbado en el suelo,

con la mala suerte de que me corto en el antebrazo derecho. El dolor del desgarro provoca que apenas pueda reprimir un grito que pugna por salir de mi garganta. La herida empieza a sangrar profusamente. No puedo perder ni un segundo más, a pesar de que soy consciente de que esto añade puntos a la situación de desventaja en la que ya me hallo.

Improviso y busco por los alrededores algo con lo que poder tapar un poco la hemorragia. Estar en verano, aunque sea ya a finales, no ayuda a disponer de ropa con la que taponar la herida. Sin embargo, tengo un destello de fortuna y veo a mi derecha lo que parece ser un cuarto de limpieza. Me adentro en él. Hay un grifo en el que puedo lavarme un poco la herida, pero debo actuar rápido. En esta situación, el tiempo es oro. También hay papel y algunos paños. No tengo tiempo ahora de pensar en infecciones, solo de resolver este inconveniente momentáneo de la mejor forma posible.

Espero no tener que arrepentirme.

Cubro la herida y la ato con uno de los trapos, lo cuales no me dan demasiada confianza. No obstante, lo importante es taponar la herida y parar la sangre. Cuando salgo del cuarto y avanzo con cuidado, veo con claridad a un hombre que me recuerda mucho a Cranston.

Todo apunta a que mi intuición no me ha fallado esta vez.

A pesar del evidente cambio de *look*, cada vez estoy más seguro de que es él. Enfrente suyo, están Karen y Myrkur, la cual lleva su mano derecha hacia su costado. Por el gesto que hace, tengo la impresión de que está dudando si detener a su padre.

Quizá haya lugar para la esperanza.

Es hora de actuar.

Si no lo hago, tal vez acabe matando a su hija.

No debo permitirlo.

Capítulo 89
Dudas y miedos



Las gotas de sudor corren por la espalda de Daniel Chrysler. Se encuentra más nervioso de lo que recuerda haber estado en mucho tiempo. Ninguno de los allí presentes está al tanto de lo ocurrido a tan solo unos kilómetros del lugar donde se encuentran, en un aeropuerto que opera vuelos clandestinos.

Están demasiado concentrados en otra cosa.

Daniel sigue con los brazos en alto, aproximándose despacio y tratando de mostrar el rostro relajado. Las dudas le asaltan y le llenan de miedos. Quizá debería haber hecho caso a su compañera. Al fin y al cabo, él no tiene experiencia en situaciones como esta. No entiende qué le ha movido a hacerse el héroe e intentar controlar la situación. Pero ahora no es momento para los remordimientos. Debe acallar sus pensamientos y dejar que solo haya espacio para lo único realmente importante en ese preciso instante.

—Mickey, no voy a hacerte daño, ¿vale? Nadie quiere herirte. Tus padres han venido esta mañana para hablar con nosotros porque estaban preocupados. Te echan de menos. Por ellos sabemos que estabas aquí —relató, dejando que las palabras hicieran efecto en el sujeto. Se mantuvo unos segundos en silencio. Confiaba en ablandarle a través de los afectos y las emociones—. Tu padre nos ha contado que este refugio era especial para vosotros cuando eras un niño, que solíais venir y te enseñaba a pescar.

Desde las sombras del refugio, Mickey Odell aguardaba agazapado y con miedo. Demasiados sentimientos se acumulaban dentro de él pero, sobre todo, demasiados pensamientos acelerados. Su cabeza era un bullir de ideas pronunciadas por un coro de voces que se superponían las unas a las otras. Algunas le recomendaban que se rindiera, que terminara con aquel martirio. Sin embargo, otras clamaban violencia, que se levantase y pelease, que no se dejase aplastar una vez más.

—No me parece que sea una mala persona. Igual debería salir —dijo Mickey en voz alta, esperando que alguien le diera la respuesta que necesitaba, la única que fuera correcta.

Desde el exterior, al policía le pareció oír que decía algo.

—No te he escuchado, Mickey. ¿Puedes decírmelo otra vez un poco más alto?

«No le hagas caso. Viene a por ti. Te encerrarán de por vida y tirarán la llave a un pozo profundo y oscuro. El resto del mundo se olvidará de ti y tú te pudrirás en un agujero».

Mickey negaba una y otra vez, mientras se golpeaba las sienes con los puños. Estaba tan cansado. Le dolía todo el cuerpo de la paliza recibida el día anterior. Ya no creía que le quedasen fuerzas para nada más. Hacía unas horas, se le habían terminado las últimas drogas que le quedaban y empezaba a sentirse más agitado. Tendría que hacer algo para salir de allí.

—Estoy muy cerca ya, ¿vale? Estoy casi en la entrada del refugio. No quiero que te pongas nervioso. ¿Qué tal si sales tú aquí fuera mejor?

El resto de los agentes que estaban apostados alrededor de la antigua construcción, se preparaban para actuar si fuera necesario. Eran instantes de máxima tensión en lo que todo podía torcerse si no se tomaban las decisiones adecuadas.

Ante la ausencia de respuesta, Daniel se detuvo a escasos metros de la puerta de entrada. No lograba vislumbrar nada con suficiente claridad. Lo único que percibía era un bulto oscuro que parecía estar al fondo, pero no podía asegurar que fuera Mickey Odell.

Notaba cómo su carótida palpitaba con fuerza, simbolizando toda el estrés del momento. Ahora que había llegado hasta allí, debía

tomar una decisión. Ya no había vuelta atrás.

El policía extendió su mano hacia la entrada, ofreciéndola amistosa al hombre que se encontraba en su interior. Esperaba que entendiese el mensaje y se dejara ayudar. De lo contrario, la situación no pintaba nada bien para él. Podía ser un blanco fácil al que acertar desde aquella distancia.

Mickey se acercó a la puerta. Su silueta se recortaba en la oscuridad del interior de la pequeña edificación. Desde su posición, Chrysler seguía sin distinguir si iba o no armado, lo que no contribuía a que se sintiera más relajado.

—Yo no quería. Él me obligó. Yo no soy así —se escuchó entonces desde el interior del refugio. La voz sonaba lastimera.

—¿Quién te obligó, Mickey? ¿A quién te estás refiriendo? —preguntó con curiosidad Chrysler. Ya se había imaginado que su discurso podía ser un poco caótico, así que decidió ayudarle a centrarse.

—Rocky. Está aquí dentro conmigo.

El resto de policías se pusieron entonces alerta. No esperaban que hubiese nadie más en el interior. El agente que se aproximó a la ventana, no había facilitado esa información.

—¿Podéis comprobar lo que dice? —pidió Messer a los agentes que se encontraban más cerca. Aquella podía constituir una nueva amenaza que no habían contemplado hasta aquel instante.

Con sumo cuidado, dos agentes se aproximaron hacia la ventana. Uno se asomó lo más cerca que pudo, mientras el otro lo cubría y se aseguraba de que no corriese riesgos innecesarios.

—Negativo —dijo por el pinganillo—. Aquí no hay nadie más.

—¿Estás totalmente seguro?

—Es un espacio diáfano, señora. No obstante, aunque no puedo asegurarlo al cien por cien, estoy bastante seguro de lo que digo.

—¿Y has visto algún arma?

—No, el sospechoso no lleva ninguna en las manos. Tampoco he apreciado ninguna en la cinturilla del pantalón en la parte trasera.

Erika Messer dudó qué decirle a continuación a su compañero.

—Daniel, parece que no hay nadie más ahí dentro con Odell. Tampoco parece que tenga armas de fuego. No obstante, no te

relajes porque la visual no es del ciento por ciento. Puede que justo en los ángulos muertos esté el peligro que no apreciamos ahora mismo.

—¿Quién es Rocky? ¿Es algún amigo tuyo? —preguntó Chrysler, para mantenerle distraído y entretenido.

El otro se rio.

—No, desde luego que no es amigo mío. Nunca lo ha sido. Es un mal bicho y solo quiere utilizarme para vengarse de los que le mataron —espetó de forma incomprensible.

Daniel quedó desconcertado. Aquello no tenía ni el menor sentido. Al menos, había comenzado a hablar.

—¿Qué te parece si vienes aquí y me lo cuentas con calma? Podremos conversar tranquilamente. Quizá pueda ayudarte.

—Nadie puede ayudarme —sollozó—. Ahora ya no hay vuelta atrás. No puedo deshacer lo que he hecho. He cometido demasiados errores.

Daniel sintió el tormento de aquel hombre casi como si fuera propio. Aquella voz rota, lo que le habían contado los padres y los compañeros de trabajo, venía a confirmar que era una persona que llevaba mucho tiempo sometida a mucho sufrimiento.

—Todos cometemos errores —observó el policía, acercándose un poco más a él, con mirada compasiva y con la mano todavía extendida hacia Mickey.

Entonces Mickey Odell alcanzó, por fin, el umbral de la puerta. El resto de agentes, se prepararon y cargaron sus armas.

—Tranquilos, tranquilos —pidió Chrysler, dirigiéndose a los demás —. No pasa nada. Estamos bien. Mickey va a salir y todo va a ir bien si todos mantenemos la calma, ¿vale?

Mickey traspasó el umbral de la puerta.

—Levanta las manos para que todo el mundo esté tranquilo, Mickey, ¿de acuerdo?

Este obedeció y puso las manos en alto.

Dos agentes se dirigieron hacia él, lo redujeron y le esposaron.

—Tranquilo. Sigo aquí contigo —le dijo acercándose a él y posando su mano en su hombro para hacerle sentir confiado—. Voy a estar a tu lado en todo momento.

—No quería, de verdad. Tenéis que creerme.

—Enseguida nos lo cuentas en comisaría. No te preocupes. Lo peor ya ha pasado.

Capítulo 90
Myrkur



Mis dudas se disipan de pronto. El instinto sustituye a la razón y ya no hay espacio para pensar, sino solo para actuar. Justo cuando deliberaba acerca de qué hacer respecto a mi padre, en ese preciso instante en el que intentaba decidir si debía detenerle o iniciar una nueva vida junto a mi familia, he visto a Patrick agazapado muy cerca de nosotros.

Un destello de luz se ha reflejado sobre el cañón de su revólver. He sentido el peligro que nos acechaba. Conozco bien las intenciones de Patrick y, si algo es evidente, es que no ha venido a despedirse de nosotros, como es lógico, por otra parte. Pero si solo fuera eso, si únicamente su propósito fuera esposar a mi padre y llevárselo de nuevo a prisión, las dudas habrían vuelto a ocupar espacio en mi mente. Sin embargo, en su mirada he leído muchas veces que, si se le plantease una sola vez la oportunidad, no dudaría en arrebatarle la vida a mi progenitor.

Esto me conduce inevitablemente a pensar en que, al final, todos sin excepción llevamos un asesino en nuestro interior, nos atrevamos a confesarlo o no. No es fácil asomarse a ese abismo que se abre en lo más profundo de nuestro ser y enfrentarse al hecho de que podemos ser crueles y mezquinos como el que más. Solo tienen que darse las emociones y las circunstancias adecuadas. Puede que algunos maten por placer, otros por venganza, por celos o por amor. Y también puede que otros lo hagan por cualquier otro motivo, pero

todos contamos con esa oscuridad que nos arrastra en algún momento de nuestra vida.

Saco mi pistola de forma rápida y me giro hacia él.

—No cometas ninguna estupidez, Patrick —le digo con firmeza apuntándole con decisión. Me llama la atención el hecho de que me siento tranquila, como si este fuera un trámite más y no una situación en la que la vida de cada uno de los presentes pende de un hilo.

Mis padres no se habían percatado hasta ese momento de su presencia. No tengo oportunidad de mirarles, pero no dudo que en los ojos de mi padre hay en este momento llamaradas de odio y desprecio hacia el que fuera mi pareja.

—Mátale, Myrkur —me increpa mi padre—. Si no lo haces, lo joderá todo.

Mis emociones ahora confluyen y chocan en una guerra cósmica en la que sentimientos antagonistas se baten en una ardua pelea.

—¿Qué coño estás haciendo? —me pregunta Patrick con ojos desorbitados—. Baja el arma ahora mismo, Myrkur. Tú no eres así. No eres como él —implora, dulcificando el tono.

—Eso no lo sabes. De hecho, me estás mintiendo, porque llevas tiempo dudando de mí. No has estado a mi lado cuando te necesitaba, sino que me has rehuido como un cobarde. Pues sabes qué, Patrick, tal vez tuvieras motivos para hacerlo. Tal vez sí soy una asesina como crees —digo, al tiempo que cargo el tambor. Hay una bala preparada para salir. Solo tengo que hacer una leve presión y todo habrá terminado.

De fondo, se oye como los motores del avión se ponen en marcha. El tiempo se agota. No podemos permitirnos enredarnos en debates o charlas infructuosas. Sé que, suceda lo que suceda hoy, supondrá un antes y un después.

Un punto de inflexión.

Ese instante en el que la vida se comba.

—Escúchame, por favor. Tienes la oportunidad de hacer lo correcto, de convertirte en la mujer que siempre has querido ser, de defender esos valores que te llevaron a formar parte de la policía. Tienes una exitosa carrera por delante.

—¡Oh, por favor! Deja ya de escuchar a este patán, hija. El avión nos espera. Si no tomas una decisión pronto, tu madre y yo tendremos que irnos. Si no te ves capaz de hacerlo, puedo tomar esa decisión por ti. Te aseguro que a mí no me costará nada.

Detesto que haga esto. Detesto que intente tomar las decisiones por mí. Ya no soy una cría. Soy una mujer adulta y yo soy la única que lleva las riendas de mi vida.

—¡Cállate! —le grito sin mirarle—. Cállate si no quieres que sea a ti a quien le meta una bala entre ceja y ceja.

Se hace un silencio denso. Es curioso porque Patrick y yo portamos un arma cada uno y, sin embargo, parece que solo yo tengo el control de la situación. Y en cierto modo es así. Si él dispara a mi padre, yo le disparo.

Y si no suelta su arma…

—No voy a permitir que te vayas —dice ahora Patrick dejando de mirar hacia mí. En sus ojos hay una determinación nueva—. No voy a dudar en matarte aunque pierda la vida en ello. No mereces vivir. Merecerías sufrir tanto como lo hicieron cada una de tus víctimas, pero no está en mi mano hacer algo así. Y aunque pudiera, no lo haría porque no soy como tú.

—¿Estás seguro de que no eres como yo? ¿Cuántas veces has soñado con verme morir? ¿Cuantas veces has fantaseado con hacerme daño y quitarme la vida poco a poco, mientras disfrutas de la sensación de poder que da arrebatarle a otra persona lo más preciado que tiene? —le contesta mi padre, aproximándose un poco más a él.

—No te acerques, Frederick. No des ni un paso más —le advierte Patrick—. No quiero que tu mujer y tu hija sean testigos de tu muerte. Haz algo bueno por una vez en tu vida y déjalas marchar. Prometo no ir tras ellas y permitirlas vivir en paz.

La tensión sube por momentos. Noto mis antebrazos cansados. Una voz procedente de alguna parte indefinida nos recuerda que si no subimos al avión, despegarán sin nosotros.

Entonces, una bala estalla dejando tras de sí una estela de sangre.

Capítulo 91
Tormento



Una vez en comisaría, procedieron a fichar a Mickey Odell. Le tomaron las huellas, muestras de diverso tipo, le hicieron las oportunas fotografías de rigor y todo el proceso ulterior, hasta que fue conducido a una sala de interrogatorio donde, poco después, Messer y Chrysler le tomarían declaración. Ni siquiera sospechaban todavía lo que estaba a punto de confesarles.

—Lo has hecho bien hoy ahí fuera —le dijo Erika a Daniel—. Aunque reconozco que no me parece que hayas procedido de la mejor manera.

—Lo sé. Solo seguí un impulso.

—Tu impulso podría haberte costado muy caro. Bueno, no solo a ti. Podría habernos costado caro a todos —señaló con cara de pocos amigos.

Daniel Chrysler agachó la cabeza, casi en un gesto de contrición. Sabía que su compañera tenía razón. Además, no tenía la suficiente experiencia ni llevaba tanto tiempo en el cuerpo para tomarse aquellas licencias.

—Deberías plantearte convertirte en negociador. Tienes buenas habilidades sociales. Creo que se te daría bien.

Daniel sonrió. Supuso que su compañera estaba siendo sarcástica con él.

—Sí, claro. Eso seguro.

—No te lo digo en broma. En Los Angeles he visto a negociadores con mucha menor pericia que tú. Sabes cómo conectar con la gente y eso no es fácil. Yo creo que es de esas cosas con las que se nace.

—Esto de alternar reprimenda y elogios me desconcierta, si te digo la verdad.

—No te acostumbres. A mí me suele gustar mucho más reñir. Es infinitamente más emocionante, sobre todo cuando ves que el otro se hace pis en los pantalones —dijo riéndose—. Venga, será mejor que entremos.

Los dos policías accedieron a la sala en la que les esperaba Mickey Odell. Sus padres seguían en comisaría aguardando la oportunidad de poder ver y hablar con su hijo. Necesitaban conocer lo sucedido y entenderlo. En aquel momento, todavía no estaban seguros de si era víctima o verdugo, aunque todo parecía apuntar a la segunda opción.

Chrysler y Messer se presentaron formalmente y pusieron en marcha la grabadora. Todo lo que se hablase allí debía quedar debidamente registrado. Procedieron a leerle sus derechos, por si solicitaba la presencia de un abogado.

—Yo no quería. Yo no quería —decía continuamente, como si su conversación fuera en paralelo a la del agente y la detective.

Los policías trataron de asegurarse de que había entendido cuáles eran sus derechos. Odell asintió y dijo expresamente que no quería un abogado, que solo quería que aquello terminara de una vez. Daba la impresión de estar exhausto, tanto física como psíquicamente.

—Yo no quería matar a Don, pero es que no me dejaba tranquilo. Fue a por mí. Se quedó esperando a que saliera y me amenazó. Algo dentro de mí me impulsó a ir a por él, a pararlo de una vez.

Mickey Odell explicó con más detalle lo sucedido, aunque su discurso no era del todo coherente, puesto que parecía mezclar ideas fantasiosas, o tal vez delirios, en su narración. No dejaba de hablar de un tal Rocky y de que este era el responsable de lo que había terminado por hacer. Aun así, las piezas encajaban con el asesinato de Donald Joseph Banner.

—Yo no soy un asesino. Nunca le había hecho nada a nadie —declaró, con lágrimas en los ojos.

—Lo sabemos, Mickey. Estamos seguros de que no era tu intención.

—Hasta que él reapareció, no había matado jamás a otro ser humano. Pero dijo que tenía que cargarme a los que fueron a por él porque fue culpa mía. Y tenía que entrenarme, ¿saben?

Erika y Daniel se miraron entre sí desconcertados. No comprendían a qué se estaba refiriendo.

—Si no lo hacía, sufriría las consecuencias. Me haría daño, mucho daño. Tenía que hacerlo. Además, hizo que las voces desaparecieran. Fue un descanso dejar de escucharlas constantemente. No paraban de hablar, recordándome que no valgo para nada.

—Cuando dices que tenías que entrenarte, te estás refiriendo a… —indagó Erika sin terminar la frase, con la esperanza de que el sospechoso la completara. Estaba nervioso y excitado, con una verborrea evidente, lo que le hacía pensar que podía confesar cualquier cosa mientras continuara en ese estado.

—Estaban enfermos. Yo solo les ayude a descansar. Lo que tenían no era vida. Vivir en la calle no es vivir. Yo les ayudé a dejar atrás el sufrimiento y ellos me ayudaron a aprender a enfrentar mi problema. ¿Lo entienden?

En aquel momento, Erika Messer pensó en las heridas de los sin techo que habían encontrado asesinados. Fueron hechas con una hoja dentada, al igual que el corte del cuello de la última víctima hallada el día anterior.

No se podía creer que ambos casos estuvieran conectados. ¿A cuántas personas más habría matado si no llega a increparle su compañero de trabajo? Probablemente, les habría llevado mucho tiempo dar con él, un hombre sin antecedentes por actos de violencia. Únicamente figuraba una detención por posesión de estupefacientes de varios años atrás.

Una vez finalizado el interrogatorio, la detective sugirió a su compañero que revisaran los archivos de la detención de Mickey Odell. Allí estaba. Vinculado a su caso estaba el nombre de Rocky

Balenciaga, un conocido traficante que acabó brutalmente asesinado unos meses después.

Pidieron al laboratorio que comparasen la sangre hallada en el cuchillo de la casa de Odell con la de las dos víctimas asesinadas que figuraban en el expediente del caso que investigaban antes de que les avisaran del homicidio de aquel trabajador.

Horas después, les confirmaron que, efectivamente, la sangre se correspondía con la de los dos indigentes encontrados en tan trágicas circunstancias.

—No lo comprendo, de verdad —dijo Daniel—. ¿Qué lleva a alguien a matar a otros seres humanos, en especial cuando estos no pueden defenderse?

—En este caso, es evidente que fueron sus propios delirios. Este hombre era víctima de sus tormentos internos. Si no hubiera estado enganchado a las drogas, si no padeciera la enfermedad que posiblemente sufre después de años y años de consumo de sustancias de diferente tipo, es posible que nunca jamás hubiera llegado a ese extremo. No creo que esté en su naturaleza la violencia o, al menos, no hasta el extremo de asesinar a otro ser humano.

—No lo sé, Erika. A veces me da por pensar que todos podríamos ser capaces de auténticas barbaridades en según qué condiciones y circunstancias.

En ese momento, le vino a la cabeza Myrkur Cranston, la joven de apariencia tan inocente y que había asestado la friolera de veintiocho puñaladas cuando temió que su vida corría peligro.

¿Qué no sería capaz de hacer él en una situación similar?

Capítulo 92
Myrkur



No puedo creer lo que acaba de suceder. Tengo la impresión de estar dentro de una película, solo que yo no actúo en ella, sino que la veo desde dentro. Únicamente oigo voces que me increpan a que haga algo, a que me mueva, a que avance, a que salga de este estado de parálisis. Reproduzco en mi mente lo que acaba de ocurrir, revisando paso a paso la secuencia, incrédula todavía.

He disparado a Patrick.

La sangre cubre el pavimento.

Ya no hay margen para la duda.

Mis piernas corren hacia el avión sin la voluntad de hacerlo, arrastrada por una mano firme que tira de mí hacia la única dirección que implica una salida que no sea la cárcel.

He disparado a un policía.

He disparado a un compañero.

He disparado al que, hasta ayer, era mi amante.

En un momento, saco el teléfono de mi bolsillo sin dejar de correr. Funciono en modo automático, sin ser consciente de lo que hago. Quiero llamar a emergencias, por si hay una posibilidad de salvarle la vida. No puedo dejarle ahí tirado sin más. Tenía muy mala pinta, tanto que creo que no lo va a lograr si no viene alguien inmediatamente.

—No lo hagas —me ordena mi padre de pronto, deteniendo bruscamente mi avance. No sé cómo se ha dado cuenta de lo que

estaba haciendo. Su mirada de hielo me congela el alma. Por un segundo, siento lo mismo que debían experimentar sus víctimas antes de morir. Tuvieron que sentir un terror absoluto, sin contemplaciones ni disfraces, un terror desnudo que lo llenaba todo. Sin embargo, yo no me arredro. Es mi padre y no me haría daño.

Me agarro a esa hipótesis.

No obstante, tampoco olvido que no me conviene convertirme en un obstáculo en su huida. Haga lo que haga, debo ser más inteligente que él, cosa que no es fácil precisamente.

—Puede morir —le digo, como si él fuera una persona normal a la que eso pudiera importarle.

—Lo sé. Es el precio que tendrá que pagar. Él lo eligió cuando vino hasta aquí con la intención de hacerse el héroe. Si le salvas, nos perseguirá alrededor del mundo hasta que dé con nosotros. No estropees la posibilidad que tenemos de reiniciar nuestra vida. Por primera vez, tenemos un futuro. ¿Quieres convertirte en un impedimento?

La amenaza velada no se me escapa. ¿Sería capaz de matar a su propia hija? No las tengo todas conmigo. Creo que tampoco quiero comprobarlo.

Mi madre me mira con un gesto duro. Piensa que voy a echar todo a perder, después de que, en realidad, he sido la que he habilitado esta posibilidad que se estrechó al aparecer Patrick en escena.

—No te quería, Myrkur —me dice con frialdad—. Nunca te quiso.

Soy la hija de dos psicópatas con una manifiesta incapacidad para empatizar con el resto de seres humanos o de sentir algo por alguien que no sean ellos. ¿Qué posibilidades tenía de convertirme en una persona normal? Intuyo que entre pocas y ninguna. Puede que mi madre no haya asesinado a nadie y que probablemente nunca lo haga, pero tiene la misma frialdad que mi padre. Solo busca su interés y desprecia a quien se opone en su camino. No duda en hacer lo que sea necesario para lograr sus objetivos.

La definición de psicopatía lleva su foto anexa en el diccionario. No sé cómo no he podido verlo con claridad hasta ahora.

Dudo que Patrick no me haya querido. Estoy segura de que hubo algún momento en nuestra relación en la que ambos

experimentamos por el otro un sentimiento intenso parecido al amor. Supongo que, después de los últimos acontecimientos, eso ya no importa.

Me parte el alma verle tendido en medio de un charco de sangre. No obstante, lamento reconocer que nuestra única oportunidad de salvarnos es salir de aquí cuanto antes sin mirar atrás.

Me subo al avión y, cuando este despega, veo alejarse mi pasado poco a poco mientras vuelo hacia nuevas incertidumbres.

No echaré de menos lo que dejo atrás.

Trataré de construir un nuevo proyecto desde cero.

Capítulo 93
Preguntas



Una vez terminado el interrogatorio, Daniel se siente agotado mentalmente. Quizá es la decepción de darse cuenta de que el ser humano puede ser un auténtico depredador con sus congéneres. Él, que es un hombre de ánimo positivo y optimista, empieza a desencantarse, gracias en parte a lo que le muestra día a día su trabajo. No es que no fuera consciente de lo que iba a encontrarse siendo policía, sino que siempre resulta más devastador cuando lo observas en la práctica que cuando solo lo consideras mera teoría.

Todos esos pensamientos le han llevado una y otra vez a Myrkur. Se alegra por ella de que la hayan permitido reincorporarse. Está seguro de que, con el tiempo, se convertirá en alguien muy relevante dentro del cuerpo. A él particularmente le encantaría seguir trabajando con ella, aunque no puede negar que con Erika Messer también se ha entendido bien. No obstante, eso no es novedad, puesto que suele encajar con facilidad allá dónde va.

—¿Habéis visto a Myrkur? —le preguntó a unos compañeros, ya que quería saber qué tal le estaba yendo la reincoporación.

—No la hemos visto por aquí hoy.

Le extrañó que así fuera. Entonces se dirigió a preguntarle directamente al jefe, ya que él tendría que estar al tanto. Le sorprendió verle tan nervioso y agitado. Estaba al teléfono y prefirió no interrumpirle hasta que terminara de hablar.

Cuando por fin lo hizo, probó suerte y le preguntó.

—Es justo lo que estoy tratando de averiguar. Tenía que haber acudido a la consulta con la Doctora Parker a primera hora de esta mañana, antes de venir a trabajar, pero no se ha presentado. Para colmo, tampoco localizo a Patrick Baker y Peter Radler no tiene ni la menor idea de dónde se encuentra. Habían quedado hace horas para proceder a detener a dos miembros del personal de la prisión en la que estaba Frederick Cranston, ya que tenían indicios más que suficientes de su implicación en la fuga de este.

Aquella verborrea de NorNor no hacía otra cosa que confirmarle que el jefe estaba verdaderamente alterado.

Probó a llamar a Myrkur, pero su teléfono estaba desconectado. Marcó entonces el número de Patrick, pero no tuvo éxito. Sonaron varios tonos de llamada hasta que saltó el aviso del buzón de voz.

—¡Qué raro! —se preocupó Chrysler—. No es propio de ninguno de los dos faltar al trabajo.

—¿Alguna teoría, agente? —preguntó el jefe con un deje de ironía, mientras cogía su chaqueta para, un segundo después, volverla a colgar en el respaldo de su silla al darse cuenta de que la temperatura a esa hora sería nuevamente calurosa, nada semejante a la de primera hora de la mañana.

—No señor, lo siento. Pero tal vez podríamos tratar de geolocalizaros a través de la señal de sus móviles.

—Como si eso fuera barato y sencillo —replicó.

—No digo que lo sea, pero teniendo en cuenta lo poco habitual que es que dos policías como Patrick y Myrkur falten al trabajo y que, además, no respondan a sus respectivos teléfonos, podríamos dar por hecho que pueden estar en peligro. Así que creo que el gasto puede estar justificado.

—Estupendo, agente Chrysler. Solicitaré la geolocalización. Si resulta que era del todo innecesario, luego espero que sea usted quien justifique el gasto debidamente.

Daniel tragó saliva. No entendía la reacción del jefe, puesto que tenía la impresión de que lo que le había sugerido era bastante lógico. Sin embargo, también conocía ya las salidas de tono de NorNor, en especial en situaciones de máxima tensión como aquella. Suponía que, probablemente, era su forma de liberar tensión.

Esperaba que llegasen buenas noticias sin tardar demasiado. A pesar de ello, no tenía un buen pálpito.

Capítulo 94
Patrick



Cuando la bala impactó en su cuerpo, creyó que aquello no era real. Debía ser fruto de algún tipo de alteración de la conciencia que estaba sufriendo en aquel mismo momento. De manera fugaz, pasaron por su mente un sinfín de escenas, algunas de su vida en general, pero en especial de los acontecimientos de los últimos días y horas.

Al dolor palpitante del brazo se unió otro mayor que amenazaba con arrebatarle la vida. Cayó de espaldas debido al impacto de la bala. Le había atravesado el pecho, aunque no tenía ni la menor idea del daño que le habría causado. Su mente se empeñaba en decirle que aquello no era real, que Myrkur no podía haber sido la que acababa de dispararle.

Con la caída, su arma se le escapó de la mano derecha, en parte debido a la herida que tenía en el antebrazo y que le había hecho perder fuerza en ese miembro. Trató sin éxito de alcanzarla con las escasas fuerzas que tenía. No podía permitir que aquel malnacido se escapara, mientras él moría solo en el asfalto de aquel solitario hangar. Ahora ya no se veía a más personal por allí, lo que le hacía intuir que aquella operación había estado bien orquestada por Frederick Cranston, asegurándose de que hubiera los mínimos testigos posibles. Seguramente lo habría reservado en exclusividad, pagando una desorbitada cantidad de dinero.

Nadie debía recordar que había estado allí.

Según avanzaban los segundos y contemplaba como la familia Cranston se alejaba de él, percibía con claridad como el cansancio se adueñaba de su ser. Si no hacía algo rápido, se enfrentaría a una muerte segura. Los párpados se le cerraban. Sabía que dormir no era una opción, porque era sinónimo de enfrentarse a una muerte segura.

Se sintió desolado y abandonado. No podía creer que hubiera sido capaz de querer tanto a la persona que no había dudado en meterle un tiro cuando se presentó la oportunidad. Aquella idea le entristeció. Una solitaria lágrima cayó, mojándole la mejilla.

Con las escasas fuerzas que le quedaban, palpó sus bolsillos. Necesitaba encontrar su teléfono. Aquella tarea tan sencilla se tornó una labor titánica que exigía un nivel de esfuerzo que apenas podía soportar. Por fin, logró localizar el móvil. Ahora quedaba desbloquearlo y marcar el número de emergencias, algo que para cualquiera sería una labor absolutamente liviana pero que para Patrick Baker era un auténtico desafío.

Cuando lo logró, trató de explicarle a la voz del otro lado de la línea lo sucedido para que le enviasen ayuda. No estaba seguro de haberlo conseguido. Puede que solo lo hubiera soñado.

Cerró los ojos.

Pensó en su madre, en el sufrimiento que su muerte le ocasionaría. Le encantaría tener la oportunidad de decirle cuánto la quería.

Pensó en su hermana y en la complicidad que siempre tuvieron.

Pensó en Myrkur y en cómo se había enamorado de ella sin importar las diferencias que les separaban.

No se permitió pensar en Frederick Cranston.

No quería que lo último que viera antes de cerrar los ojos para siempre fuera el rostro del mal.

Capítulo 95
Aviso



Poco después de que finalizara la llamada para solicitar que geolocalizaran a Patrick Baker y Myrkur Cranston, un agente interceptó al jefe Norton. Tenía un mensaje urgente para él.

—Señor, acaban de notificarnos que hay un aviso de emergencias por herida de bala. Según parece, se trata de un policía.

El jefe y Chrysler intercambiaron una mirada.

—¿Un policía? —trató de asegurarse.

—Sí, jefe. Es lo que han dicho.

—¿Se sabe si es un hombre o una mujer? —preguntó Daniel.

—Un hombre.

—¿Y no hay ningún herido más? —insistió Daniel Chrysler?

—Solo han hablado de un herido, el cual puede ser de gravedad.

—¿Se conoce la ubicación? —indagó el jefe Norton.

—Sí, señor. Se trata de un aeropuerto privado que está a las afueras, saliendo por la autopista que va hacia el norte.

—Muy bien, pues pásanos las coordenadas y vamos ahora mismo para allá.

—Enseguida, jefe.

Rápidamente, Norman Norton organizó un equipo para que lo acompañasen. No era frecuente que el jefe saliera a un operativo, así que debía considerarlo algo de extrema gravedad.

Daniel Chrysler no paraba de darle vueltas a aquello. ¿Qué podría haber sucedido? Resultaba desconcertante. Deseaba que no

tardaran demasiado en llamar al jefe con los resultados de las señales de geolocalización de los móviles de Patrick y Myrkur. Presentía que el policía herido debía ser el detective Baker, aunque esperaba equivocarse y que, en realidad, fuera un efectivo de otra comisaría. Aquella idea le hizo sentirse cruel e inhumano, puesto que, al fin y al cabo, alguien sufriría con aquello, le conociese o no directamente.

Volaron casi literalmente hacia la ubicación que les habían facilitado. Las sirenas cruzaron la ciudad con sus señales de alerta. Cuando llegaron, los sanitarios estaban levantando la camilla para llevarla urgentemente a la ambulancia y conducir al herido al hospital más cercano.

Era Patrick Baker.

El aspecto indicaba que su vida pendía de un hilo, algo que confirmaron los paramédicos sin perder ni un segundo. Debido a que el paciente había perdido la consciencia, no pudieron preguntarle acerca de lo sucedido. Tocaba reconstruir los hechos desde cero, analizando el escenario como tantas veces habían hecho.

Cerca del charco de sangre, encontraron un casquillo de bala que, a falta de la confirmación de balística, coincidía con las balas utilizadas para las armas reglamentarias de la policía de Boston.

Aquello despertó una intuición amarga en Daniel.

¿Habría sido capaz Myrkur de tratar de asesinar a un compañero?

Epílogo



Un año después…

La vida aquí es muy diferente a la que llevábamos en Estados Unidos. Todo parece ir a un ritmo distinto. Me siento bien, relajada y casi me atrevería a decir que feliz, a pesar de que soy consciente de que voy a pasarme el resto de mi vida alerta y mirando a mi espalda por si alguien viene a buscarnos.

La amargura de la culpa ha ido poco a poco diluyéndose con el paso del tiempo. Llegué a la conclusión de que era un sentimiento que no me servía para nada. Asumo lo que hice y no me enorgullezco, pero he decidido no fustigarme por ello. No es algo que haya conseguido de la noche a la mañana, pero al final, he podido pasar página.

Aunque resido en el mismo lugar que mis padres, no vivo con ellos. No podría soportarlo. Les veo de vez en cuando. Lo mínimo para que no sospechen que quiero alejarme definitivamente de ellos, algo que haré antes o después. Tengo sentimientos ambivalentes que me cuesta digerir. No quiero odiarlos, pero tampoco puedo quererlos. Supongo que seré una náufraga emocional el resto de mi vida.

Estoy conociendo a alguien con quien me siento a gusto. No es nada sentimentalista y es bastante práctico. Tengo la impresión de que, en ciertos aspectos, somos almas gemelas, aunque quizá únicamente sea una proyección de mis deseos. En cualquier caso, no tengo intención de apegarme demasiado. Me experiencia me ha

hecho comprender que es mejor estar preparados para soltar lastre en cualquier momento.

He aprendido a ganarme la vida de una manera sencilla, que no llame la atención. Trabajo unas pocas horas a la semana, algo que acordé con mis padres, y el resto del dinero que necesito para subsistir me lo proporciona el millonario fondo de inversión que mi padre puso a mi nombre en un paraíso fiscal.

Al menos, puedo agradecerle eso.

Por si la vida vuelve a dar un vuelco, tenemos un plan de contingencia familiar, que incluye una vía de escape rápida hacia un lugar del mundo en el que posiblemente no podrían localizarnos durante mucho tiempo. Lo que mis padres no saben es que yo misma estoy elaborando mi propio plan de huida en el que mi familia no tiene cabida.

Tan solo *respira*, me recuerdo cuando regresan las dudas, cuando *experimento* esas emociones tóxicas que me llevan a tiempos de infelicidad y rechazo. El pasado no constituye más que rescoldos de un fuego extinto que, todavía en algunas ocasiones, se empeña en poblar mis *sueños*. No voy a permitir que *sombras* antiguas me impidan construir un nuevo futuro en el que la vida me sonríe. Elijo dejar atrás el *tormento* que tantas veces me hizo dudar de mí misma.

Bajo esta nueva identidad, que figura en mi documentación, sigue existiendo Myrkur Cranston, con sus luces, pero también con su oscuridad, negra y densa.

A veces, pienso que puede que, antes o después, decida por fin hacer lo correcto. Entonces me pregunto, ¿qué sería lo correcto? Supongo que incluiría reconocer mir propios crímenes y estar dispuesta a pagar por ellos. Pero, siendo pragmática, aunque correcto, no sería lo más inteligente.

Tengo veinticinco años y, definitivamente, elijo ser feliz.



Después de varias semanas en coma, sometido a cuidados intensivos, Patrick Baker logró volver a abrir los ojos. Se enfrentaba a duros meses de recuperación para volver a llevar una vida medianamente normal. La bala que recibió estuvo muy cerca de atravesarle el corazón. Por suerte para él, no fue así, aunque la masiva pérdida de sangre estuvo a punto de hacerle perder la vida. Por otro lado, la infección de la herida del brazo le provocó una sepsis de extrema gravedad. En el estado en el que se encontraba, el pronóstico que se dio a la familia no era nada halagüeño. Sin embargo, de manera casi milagrosa, logró finalmente ganar su particular batalla entre la vida y la muerte.

Cuando ahora pensaba en aquel momento en el que regresó al mundo de los vivos después de un sueño muy largo, apenas podía creer que tuviera la suerte de disponer de una segunda oportunidad. Le tocaba reaprender a vivir después de una experiencia frustrante y altamente traumática.

Todavía tenía por delante trabajo que hacer, aunque no estaba claro que pudiera recuperar el cien por cien de su actividad previa al balazo. En su mente, la duda de si Myrkur no quiso matarle en realidad le atormentaba con frecuencia. Lo cierto era que, a la distancia que estaba y siendo una buena tiradora, si hubiera querido borrarle del mapa, no le habría costado meterle una bala entre ceja y ceja. Sin embargo, que el disparo fuera tan cerca del corazón, le pareció que estaba cargado de las peores intenciones.

Nunca lo averiguaría.

Finalmente, hubo varios detenidos, algunos debido a la investigación iniciada por las anotaciones en el cuaderno de Frederick Cranston y otros por la colaboración en su fuga. Algunos seguían todavía en busca y captura. El conductor del furgón en el

que salió de la prisión, se avino a colaborar con la policía y habló de dos de los que él sabía que estaban directamente implicados, que eran Michael Fisher y Henry Maddox. Al último, seguían intentando localizarle sin éxito.

En muchos momentos, el rencor de Patrick Baker hacia Frederick Cranston se despertaba en su interior clamando venganza. En esos instantes, algo dentro de él le pedía que no descansase hasta que le diera caza. Sin embargo, había otros momentos en los que recordaba que no siempre se tienen segundas oportunidades y que dedicar la suya a ir tras él solo sería una forma de desperdiciarla.

Por el momento, no disponía de esa opción.

Más adelante, cuando su recuperación estuviese cerca del cien por cien, se plantearía qué hacer. En cualquier caso, no pretendía olvidarse del Devorador de Corazones.

No se obsesionaría.

Pero tampoco desaprovecharía la oportunidad de detenerle si se presentaba la ocasión.

Hasta entonces, procuraría disfrutar de lo que la vida decidiera regalarle.

Fin

Encuentra una nueva historia en el próximo libro de ariel zorion



"Cada libro, cada volumen que ves aquí, tiene un alma. El alma de la persona que lo escribió y de aquellos que lo leyeron, vivieron y soñaron con él. Cada vez que un libro cambia de manos, cada vez que alguien baja sus ojos a las páginas, su espíritu crece y se fortalece".
(La Sombra del Viento, Carlos Ruiz Zafón)

Datos de interés

Tormento es la última entrega de esta serie con la que he disfrutado muchísimo mientras la escribía. El personaje de Myrkur para mí es especial. Bueno, en realidad todos lo son, puesto que cuando escribí la saga Ocaso me pareció de Kisha Jennings era increíblemente única, pero luego me tuve la sensación de que Andrew Davis era mi mejor protagonista. Y así una y otra vez con los que han venido después. Supongo que todos y cada uno de ellos ocupan su lugar en el corazón de una escritora y, como a los hijos, no puedes evitar quererlos con todos sus defectos y virtudes.

En esta novela que acabas de finalizar, me he permitido algunas licencias, como por ejemplo, todo lo relacionado con la prisión de máxima seguridad en la que estaba Frederick Cranston. En Estados Unidos realmente tiene esa catalogación la prisión federal de ACX Florence, en Colorado, la cual aparece en *Amanece en el Ocaso*, lugar en el que Jenkins, un peligroso asesino en serie, se encontraba preso.

No existe ninguna cárcel con esta clasificación en Massachusetts. Sin embargo, por razones relacionadas con la trama, me interesaba que el padre de Myrkur se encontrase relativamente cerca. En realidad, no es una licencia solo de esta novela, sino de toda la serie.

Además, la localidad de Sherington tampoco es real, aunque sí está inspirada en otra que localicé gracias a Google Maps y que cumplía más o menos con los criterios que buscaba. Debía ser un pueblo pequeño, de los que menos habitantes tuviera en la zona, alejado un poco de todo y rodeado de bosques. La parte norte de la Costa Este de Estados Unidos está repleta de frondosos e interminables bosques donde las comunicaciones no son fáciles, tal y como pude comprobar en mi viaje por esa zona en el verano de 2023. No obstante, son de una belleza única, con un verde esplendoroso.



El cerebro es uno de los grandes misterios a los que la ciencia sigue haciendo frente en un interesante desafío que augura muchos años de investigación. Los avances en neurociencia han permitido profundizar en el acercamiento a este todavía gran desconocido que albergamos y que rige nuestra vida.

El cerebro sin lugar a dudas es una obra maestra de la naturaleza. Si nos detenemos a pensar en todas las funciones que ejerce en paralelo, en cuántos aspectos vitales rige y gobierna, nos daremos cuenta de que no existe máquina más perfecta que esta.

Todas las novelas de la serie de Myrkur Cranston hacen referencia a algún tipo de afección relacionada con el cerebro. Me fascina todo lo que tiene que ver con él. Leo mucho sobre todo lo relacionado con la neurociencia y no dejo de sorprenderme. Es un campo inagotable de estudio que, con total seguridad, nos proporcionará datos de incalculable valor en el tratamiento de diferentes enfermedades mentales y alteraciones de tipo neurológico.

Agradecimient0s



Cada libro es una historia que te lleva a lugares inesperados y te permite vivir aventuras no planeadas. Te conviertes en un navegante intrépido que cruza aguas inciertas. Con un poco de suerte, en ese viaje te acompañan diferentes lectores que lo viven de manera diferente, algo que lo hace más estimulante todavía. Esa incógnita con la que vive un escritor cuando comienza un nuevo libro, no digo ya una nueva serie, resulta tremendamente enriqucedora.

Myrkur lleva ya un par de años conmigo y es hora de dejarla marchar, a pesar de que muy probablemente habrá un *spin off* en el que contaré la vida de Frederick Cranston. No obstante, en esa novela, la protagonista de esta serie no será más que una presencia testimonial.

Es digno de agradecer disponer de la posibilidad de escribir cuando sabes que hay lectores esperando para adentrarse en una nueva entrega. Como tantas veces he dicho, es un sueño hecho realidad y lo agradezco más cada día.

Resulta tremendamente difícil llegar al público en un mundo tan masificado y, al mismo tiempo, es la única forma de hacerlo gracias a la interconectividad actual, puesto que lograr que una editorial respalde tu trabajo es cosa imposible si no cuentas con los contactos adecuados. Por ello, me siento tan afortunada por tener lectores a lo largo y ancho del mundo. Ojalá me sigáis permitiendo llegar a vuestros hogares con la única pretensión de haceros disfrutar de una buena historia.

Los lectores sois la parte más importante de una novela, puesto que sin vosotros, lo que escribimos no son más que palabras puestas en un orden determinado. Vosotros le dais vida a nuestros personajes e historias, aunque aquellos que cometemos la osadía de escribir pongamos nuestro corazón en cada una de nuestras creaciones, solo pasan a estar vivas cuando alguien las lee. Sois la chispa que prende la vida y lo mantiene latiendo hasta el final.

Muchísimas gracias por darme la oportunidad de ver que este libro cobra vida en vuestras manos.

◆◆◆

Gracias a mis lectores 0.

A pesar de lo descuidados que los he tenido, siguen estando al pie del cañón y me aguantan con infinita paciencia. Todos y cada uno de ellos han tenido la generosidad de aportar algo para que Tormento sea un poco mejor. De los errores y los defectos, por supuesto me hago absolutamente responsable.

Mi equipo de lectores beta lo componen, en esta ocasión, las siguientes personas:

- Margarita González Benavides. A pesar de las circunstancias del momento, has buscado el modo de leerlo y transmitirme tus impresiones. Es imposible no sentirse agradecida. Eres una persona realmente generosa.
- Andreu Purroy Giribet. Siempre, sin excepción, cuento con tu ayuda, la cual sigue siendo inestimable. Gracias por estos años de complicidad.
- Rocío García Melgar. Lo que me aportas siempre tiene un valor incalculable. Gracias por tu profesionalidad, por ser tan minuciosa y por buscar la forma de que la narración sea mejor.
- Laura Díaz de Prado. No puedo dejar de agradecerte que, en estos momentos, te hayas preocupado de leer el libro, a pesar de que las circunstancias no son las más propicias. Me siento muy afortunada de contar contigo.

◆◆◆

A quienes en algún momento habéis mostrado interés por mis novelas, os mando un gracias enorme y en letras de neón. El simple hecho de que, hoy en día, le prestéis un mínimo de atención ya es pura magia.

Gracias también a los que me toleran en mi día a día, con mis más y mis menos, en los momentos buenos y en los que no lo son tanto. Procuraré que la risa nunca nos falte, porque es aliento para seguir viviendo.

◆◆◆

En mi página web hay un apartado relativo a mis lectores cero. Os dejo aquí el enlace.

https://arielzorion.com/conoce-a-mi-equipo-de-lectores-0/

Antes de irte…

Primero de todo, reitero mi agradecimiento por darle la oportunidad a mi novela. Espero que hayas disfrutado con su lectura y te haya resultado intrigante.

Para los autores autopublicados es muy importante



vuestra opinión. Por eso, quiero pedirte unos minutos más para que dejes tu valoración en Amazon y, si te apetece, en Goodreads o alguna red social, lo cual sería fantástico. No dudes en mencionarme o etiquetarme si lo haces. Estaré encantada de leerte.


Ariel Zoriou

Otros libros de Ariel Zorion

Podéis adquirir cualquiera de mis más de cuarenta novelas en ebook, tapa blanda o tapa dura en Amazon. Si preferís obtenerlos en papel dedicados y con algún detalle personalizado, solo tenéis que contactar conmigo a través de mis redes sociales.

A continuación, os dejo el listado de los libros entre los que podréis encontrar diversos géneros literarios:

- La Hora del Ocaso (Saga Ocaso 1)
- El Ocaso De Los Días (Saga Ocaso 2)
- Ocaso (Saga Ocaso 3)
- Amanece en el Ocaso (Saga Ocaso 4)
- El Primer Ocaso (Saga Ocaso 0)
- The Twilight Case (English Version)
- La Biografía de las Lágrimas (Saga Biografías 1)
- La Biografía del Dolor (Saga Biografías 2)
- La Biografía del Miedo (Saga Biografías 3)
- La Biografía del Amor (Saga Biografías 4)
- Respira (Serie Myrkur Cranston 1)
- Experimento (Serie Myrkur Cranston 2)
- Sueños (Serie Myrkur Cranston 3)
- Sombras (serie Myrkur Cranston 4)
- Tormento (serie Myrkur Cranston 5)
- Bancos de Niebla
- El Encuentro
- Memoria Ingrávida
- Relaciones
- Viaje a la Oscuridad
- ¿Estás Ahí?
- No Habrá Silencio
- El Amor Se Encuentra A La Vuelta De La Esquina
- La Luna Enjaulada 1
- La Luna Enjaulada 2

- Desde El Otro Lado
- Cómo escribir 3 o 4 libros al año
- Algo Muere al Amanecer (Serie Amanecer 1)
- Amaneceres Oscuros (Serie Amanecer 2)
- Amaneceres Inciertos (Serie Amanecer 3)
- El Casero
- Espectro
- Los sonidos del silencio
- Aire - serie Frágiles 1
- Enclaustrado (bajo el seudónimo Noiroz Leira)
- El Accidente (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 1)
- La Familia (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 2)
- Cuando te miro - Serie Amor con Humor 1 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cuando sonríes - Serie Amor con Humor 2 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cuando te grabo - Serie Amor con Humor 3 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cómo secuestrar a un asesino (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cómo ser feliz (bajo el seudónimo Sheila Relish)

◆◆◆

PROYECTOS:

Tengo una mente inquieta que necesita proyectos para no morirse de aburrimiento. Por ello, comparto un secreto con vosotros y os dejo aquí algunas de las ideas que me rondan y que posiblemente vean la luz antes o después:

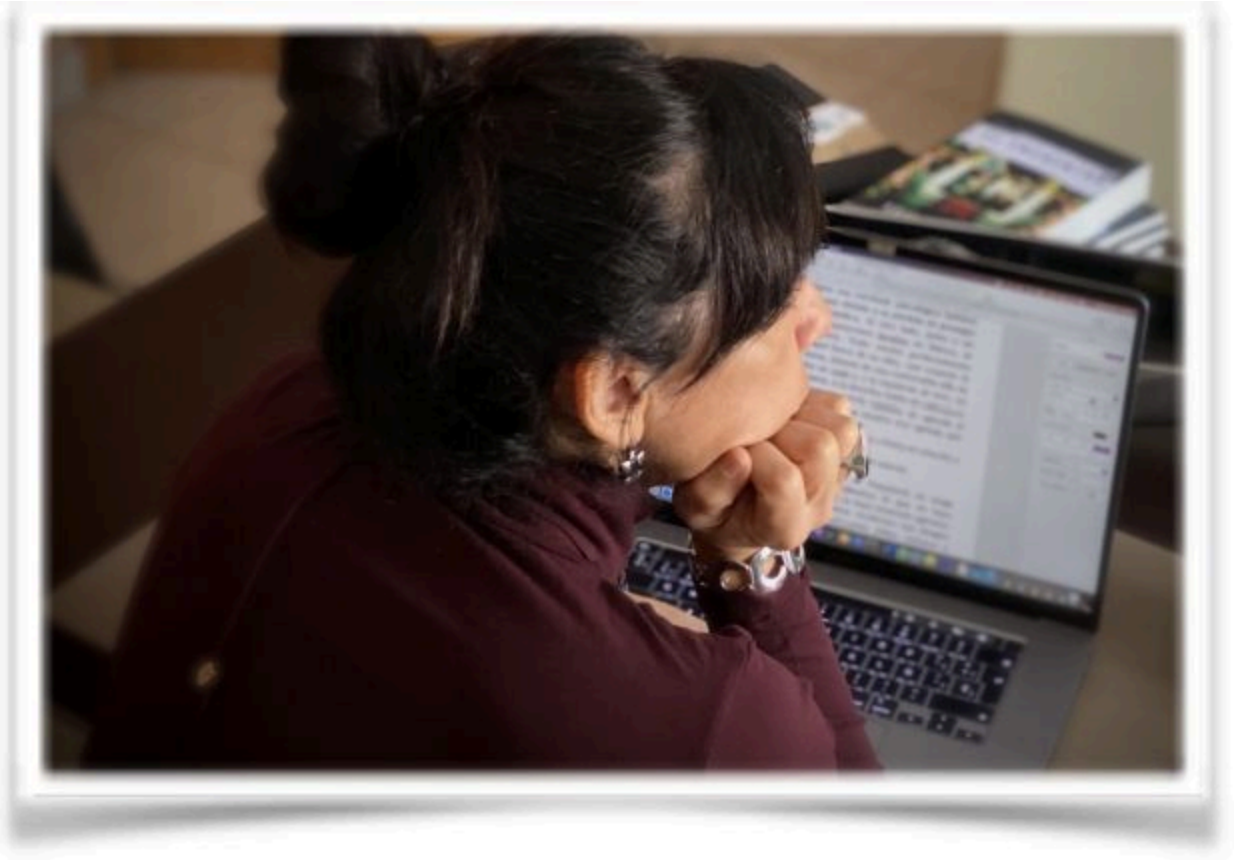
- Espejos rotos (serie Davis y Tracy 1)
- Serie Tom Beckett.
- Hambre de corazones - *spin-off* serie Myrkur Cranston
- Los crímenes del algoritmo

- El asesino de las estrellas (proyecto de colaboración con otro autor).
- Diseñando al perfecto psicópata
- Puerta sin retorno
- Alma - serie Frágiles 2
- Etérea - serie Frágiles 3
- Amor a primera risa (comedia romántica)
- Las formas del miedo (terror)
- Nadie lo vio
- El túnel
- La casa inacabada
- El secreto escondido
- Cae la noche en Sant Michel



"La creatividad es la inteligencia divirtiéndose" - Albert Einstein.

Acerca de la autora



Escribir ha sido un regalo para mí. Descubrir esta pasión, un sueño. He perdido la capacidad de aburrirme, pues en mi cabeza siempre se están gestando nuevas historias que estoy deseando volcar en un papel. No hay tiempos muertos, sino el anhelo por disponer de unos minutos para sentarme a poner en orden las ideas que revolotean dentro de mi mente.

Cuando estaba en plena adolescencia y tocaba decidir qué camino seguir, me costó encontrar mi verdadera vocación, así que estudié primero ciencias puras y, en el último curso antes de la universidad, letras mixtas. Una clara contradicción. Ese año comencé a colaborar como redactora en una revista local y entendí que lo de redactar tenía su punto y disfrutaba haciéndolo.

Mis estudios universitarios me proporcionaron sólidas bases, lo cual agradezco, y no hicieron otra cosa que reafirmar esa intuición que ya sentía acerca de la satisfacción que me daba ponerme delante de un teclado.

Sin embargo, pasaron muchos años hasta que retomé mi pasión, puesto que mi carrera profesional se encaminó a destinos relativamente alejados de la escritura. Cuando me lancé a autopublicar mi primera novela, me di cuenta de que ya no quería dejarlo.

Ya he sobrepasado la friolera de los cuarenta libros escritos y no podéis imaginaros lo feliz que me siento por ello. Y lo mejor de todo es que, con cada uno, estoy más motivada. Sigo teniendo un buen número de ideas buscando su momento para convertirse en una novela.

Eso sería imposible sin vosotros, mis queridos lectores.

GRACIAS #lectoresdelazorion.